

SANTIAGO ARCOS
Comunista
Millonario y Calavera

GABRIEL SANHUEZA

SANTIAGO ARCOS,

*comunista, millonario
y calavera*

EDITORIAL DEL PACÍFICO S. A. / Santiago de Chile

COLECCION VIDAS



Gabriel Sanhueza

SANTIAGO ARCOS

Comunista, millonario y calavera

Con el texto completo de su carta - manifiesto de 1853

BIBLIOTECA
CLODOMIRO ALMEYDA



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
SANTIAGO DE CHILE

5600

F.P.P. Carlos Tupia

P R E F A C I O

PASÓ Santiago Arcos como fugacísimo meteoro por las páginas de nuestra historia. Chileno por azar, vivió menos de tres años entre nosotros durante su mayor edad, y fue sólo en el breve espacio de cinco meses —noviembre de 1849 a marzo de 1850— que dejó impresa su huella en los sucesos nacionales.

A pesar de que los historiadores apenas lo mencionan, algo peculiarísimo resalta en este personaje único, mezcla de caballero andante y calavera, de aventurero y redentor de las masas; y han sido los literatos del presente quienes han reparado con mayor atención en su persona. Ricardo Latcham y Eugenio Orrego ofrecieron escribir su biografía, pero nunca lo hicieron. La dificultad para seguir su ruta habría que buscarla en la índole endiabladamente escurridiza de Arcos, y, consecuentemente, en la escasa información que existe en Chile acerca de sus andanzas y escritos.

En los últimos años, solamente Julio César Jobet ha trazado su silueta. Su primer trabajo contenía algunos errores (retiró su libro de la circulación), pero el segundo, aunque con nuevo y valioso material de información, estudia a Arcos casi exclusivamente como sociólogo.

Diletante ante todo —así lo define Vicuña Mackenna— le ha cabido a otro diletante, el autor de estas páginas, escribir su historia, y lo hemos hecho ateniéndonos a puntos de vista y a material informativo no considerados por otros autores. Ello tiene su explicación, ya que habiendo sido Arcos un revolucionario singular en nuestro medio, y excéntrico en todo sentido, no cabía sino presentarlo dentro de un marco exclusivo y diferente a los usados para encuadrar la época en que actuó y a los demás personajes que en ella intervinieron.

Si los acontecimientos del pasado son, en suma, como de-

sean que hubieran sido quienes posteriormente los aderezan para la posteridad, sirva este trabajo con el fin de corregir las deformaciones que han hecho algunos cronistas de la personalidad de Santiago Arcos, al que presentan como el demonio de la mitad del siglo XIX chileno, tan apasionante como arbitrariamente enjuiciada.

El autor.

El año del "temblor grande"

EL 25 DE AGOSTO de 1818 fue un día memorable en los santiaguinísimos fastos del pelambre. Pero no solamente en los salones encopetados adquirió el chismorreo caracteres de escándalo, sino que también los jefes, oficiales y hasta los soldados chilenos y argentinos del Ejército de los Andes, de suyo desprejuiciados, se hicieron lenguas respecto del acontecimiento que ese día se desarrollaba. Y para que nadie quedara sin su parte en la unánime murmuración, los personajes de menor cuantía del comercio abrieron asimismo tamaños ojos y agregaron su grano de pimienta al comentario. Desde el día de la batalla de Maipo, ocurrida hacía menos de cinco meses, no vivía Santiago de Chile una jornada de tan ajetreado afán; solo que en esta oportunidad era la primera vez que las opiniones de patriotas y realistas se confundían en unánime expresión condenatoria frente a un suceso que, en suma, sólo a los protagonistas y a sus allegados debiera interesar.

La causa de tanto alboroto y apresurado santiguarse para luego seguir pelando era una boda; y aunque todos ponderaban y compadecían a la novia, ni la familia de ésta ni mucho menos el contrayente se libraban de la acre y exacerbada crítica. Era unánime el juicio de que la joven era ni más ni menos que una víctima propiciatoria entregada en holocausto por los últimos vestigios de la Colonia al nuevo régimen que alzabase desafiante en la nueva etapa que vivía el país.

La recién desposada, Isabel Petronila Arlegui Rodríguez Zorrilla, pertenecía a una familia conspicua y tradicional. Su padre había sido maestro de campo durante la dominación española, pero la derrota de los peninsulares había hecho que don Francisco Javier Arlegui, caballero entrado en años y sin grandes bienes de fortuna, viera ahora cernirse obscuro su

propio porvenir y el de los suyos. En cuanto a la esposa del empingorotado personaje, doña María Josefa Rodríguez Zorrilla e Idoate, no le iba en zaga a su marido en cuanto a alcurnia y consideración social, ya que era hermana de la más alta jerarquía eclesiástica del país, el obispo don José Santiago Rodríguez Zorrilla. Pero por ser el prelado un empecinado realista, se encontraba desterrado en Mendoza desde marzo del año anterior debido, según la severa y lacónica notificación de O'Higgins, a que "la salud pública... clama por la separación absoluta de V. S. I.". Como se ve, por ambas ramas la familia había perdido con la independencia el lustre de su grandeza, y en tal circunstancia debía enfrentarse a la realidad por muy crudamente que ésta se presentara.

Si Isabelita Arlegui era realista y devota, quién la llevaba al altar representaba la más completa antítesis en cuanto a convicciones políticas y religiosas. De cuántos habían sido protagonistas de primera magnitud en la epopeya militar que acababa de rescatar a Chile del dominio español, ninguno más fervoroso republicano ni más empedernido ateo que el flamante sobrino político del señor obispo. Y por si lo anterior fuera poco para que el beaterío repudiara al novio, los soldados recordaban a su vez que éste había sido expulsado no ha mucho del ejército, con lo cual había dejado sentada por tercera vez su fama de felón irremediable y contumaz.

El contrayente, Antonio Arcos Arjona, que había nacido en Almería, reino de Granada, con anterioridad a 1790, tenía una larga historia de bajezas y traiciones. Siendo oficial de ingenieros del ejército de Fernando VII, desertó de las filas españolas para pasarse a las francesas apenas Napoleón invadió la península en 1808. A las órdenes del mariscal Jourdain luchó contra sus compatriotas en Vitoria y en Bailén, pero cuando el emperador fue derrotado primero en España y por último en su propio territorio, emigró Arcos a Inglaterra y luego a Estados Unidos, donde vivió una misérrima existencia sin porvenir y sin fortuna. Pero entonces oyó decir que en la América del Sur se necesitaban oficiales experimentados que

contribuyeran a abatir el dominio peninsular, y hacia acá partió el tráfuga, convencido de que su sino era derramar, en dondequiera que fuese, la sangre de sus connacionales.

Arribó Arcos a Buenos Aires a fines de 1814 y en enero del año siguiente el gobierno de las Provincias Unidas le extendió sus despachos de sargento mayor de ingenieros para destinarlo en seguida a Mendoza, donde, en julio de 1816, se presentó al cuartel general de San Martín. Con justificada desconfianza recibió éste el recién llegado porque, de cuantos militares extranjeros ofrecían sus servicios a la causa emancipadora, solamente Arcos era español. Pero el granadino tenía fácil labia, era fecundo en argucias y, como credencial que acreditaba su fervoroso antimonarquismo, estaba su hoja de servicios bajo el tricolor francés. Además, lo que le valió que desapareciera toda prevención en contra suya, fue su largo vínculo con las logias españolas, cuya fundamental misión era abatir el absolutismo en donde quiera que existiese.

Fue así como el dos veces renegado consiguió ganarse la confianza de San Martín y O'Higgins, pasando a ser en breve tiempo oficial de estado mayor del general en jefe. Igualmente, según se desprende de los hechos que siguieron, se le concedió el significativo privilegio de ser aceptado como miembro de la Logia Lautarina a pesar de que sus reglamentos prohibían el ingreso a ella de extranjeros y muy especialmente de españoles.

Un honor más le estaba destinado al renegado: la primera acción militar emprendida por el Ejército Libertador en tierra chilena, la escaramuza de Achupallas, lo tuvo a él como protagonista. Con doscientos hombres bajo su mando desembocó por el boquete de Valle Hermoso y puso en fuga al pelotón realista que le salió al paso, despejando así el avance del grueso de las tropas hacia Putaendo y San Felipe. De esta manera, en un oscuro lugarejo andino, el traidor tomaba desquite sobre sus compatriotas del desastre de Bailén ocurrido nueve años atrás, al mismo tiempo que, con una semana de anticipación a la batalla de Chacabuco, se distinguía cómo el

primer héroe de la campaña que habría de darle a Chile su definitiva independencia.

DURANTE el año y dos meses transcurridos desde Chacabuco a Maipú, el sargento mayor Antonio Arcos, el ayudante del general en jefe citado honoríficamente en el parte de batalla de Chacabuco, disfrutó de los mayores privilegios que se concedieran en Chile a "patriota" alguno. Cuando fue creada la Academia Militar (la Escuela Militar de nuestros días), se le dio a él el cargo de director. Ni Zenteno, ni Freire, ni Las Heras; ni oficiales europeos de gran pericia militar como Viel, Beauchef y tantos otros, fueron considerados con los suficientes galardones como para ocupar tan honorífico cargo. Quién habría de desempeñarlo era el flamante favorito del Director Supremo "atendiendo a sus méritos y servicios", como reza el decreto de su nombramiento. Pero no era el honor el que disfrutaría solamente, sino también el sobresueldo de ochocientos pesos mensuales correspondiente al cargo, estipendio fantástico para aquellos tiempos si se considera que en breve lord Cochrane ganaría \$ 6.000 al año como jefe de la escuadra. Y, detalle tan sugestivo como revelador de la índole del personaje y de su influencia, el 30 de abril de 1817 (su nombramiento lleva fecha 17 de marzo), el reemplazante provisional de O'Higgins en la jefatura del gobierno, Hilarión de la Quintana, dictaba un decreto disponiendo "que la gratificación asignada a dicho director de la Academia no sufra descuentos de montes o invalideces, por ser oficial de las Provincias Unidas". ¡A fin de no sufrir la menor merma en su paga, el andaluz optaba por aparecer como argentino!

Siguieron lloviendo a montones las mercedes sobre el afortunado vencedor de Achupallas. Cuando fue creada la Legión de Mérito, cuyos reglamentos él redactara, se le designó su secretario y como tal pronunció el discurso inaugural en Concepción ante una rutilante constelación de padres de la patria. De los ocho miembros de la Legión honrados con los títulos de oficiales, Arcos fue uno de ellos, junto con Las He-

ras, Freire, Conde y otros beneméritos jefes militares; y como tal, agregó otra remuneración de doscientos cincuenta pesos mensuales a sus pagas de oficial de estado mayor y de director de la Academia Militar. Antes de tres meses de encontrarse en Chile el sargento mayor Arcos disfrutaba de una renta que sólo era superada por la del Director Supremo.

Pero estaba escrito que como soldado Antonio Arcos no clavaría la rueda de la fortuna. Otro porvenir le estaba reservado, destino fantástico e increíble, que luego de sepultarlo en la ignominia lo elevaría al cabo de cuatro años a la condición de primer capitalista de Chile.

EN LA NOCHE del 19 de marzo de 1818 el ejército patriota acampaba al nororiente de Talca, dispuesto a atacar a las fuerzas de Osorio que se encontraban sitiadas en la ciudad. Al caer la noche, la del jueves santo, y con el objeto de prevenir cualquiera sorpresa de los peninsulares, dispuso el general San Martín que las dos divisiones que componían su ejército efectuaran algunos cambios en sus posiciones. ¿A quién confió el general en jefe tarea de tanta responsabilidad? Al sargento mayor Arcos, al amigo y subalterno de toda su confianza, al hermano de logia, al profesor de táctica militar de la Academia, al más eficiente de sus oficiales de ingenieros.

Uno de los cuerpos efectuó sin incidentes el movimiento cuando la noche comenzaba a echarse encima. Estaba por hacer lo mismo la otra división cuando Osorio, que había salido sigilosamente con sus fuerzas desde Talca, sembró la confusión en el campo chileno. Ramalazos de balas razgaron la noche con su fulgor de muerte, el desconcierto disgregó las filas patriotas y se disparó en cualquiera dirección, hiriéndose y matándose los soldados entre sí. Solamente uno de los jefes habría podido dominar la situación, de haber tenido ánimo para ello: Arcos, el que por estar encargado de los cambios de posición, sabía exactamente el punto en que se encontraba cada regimiento.

Pero Arcos ya no estaba allí. A los primeros disparos ha-

bía perdido el control sobre sí mismo. Un espanto rayano en la locura, el espanto del renegado que sabe que será fusilado por sus compatriotas si es cogido, se había apoderado de él. Desertando de su puesto, abandonando a las tropas desorientadas, sin comunicarse con sus superiores, emprendió la huida.

Fue una fuga desesperada, irreflexiva, a través de los campos y de la noche. En compañía de Bernardo Monteagudo y de otros oficiales galopó a revienta cinchas hacia Santiago. Hizo ochenta leguas en veinte horas cambiando de cabalgadura allí donde la suya caía exhausta; y adonde llegaba, con la faz desencajada por el miedo, daba la noticia de que el ejército había sido deshecho y que Osorio avanzaba a marchas forzadas hacia la capital. En Santiago, donde arribó a la media noche del 20, se detuvo breves horas, las necesarias para arreglar sus asuntos más urgentes, montando a caballo una vez más para dirigirse en desesperada carrera hacia Valparaíso. Y allí, como en Curicó, como en San Fernando, como en Rancagua y Santiago, decía lo mismo, con igual acento angustiado en la voz:

—Es el fin; Osorio ha vencido. ¡Sálvese quién pueda!

El, por su parte, estaba dispuesto a hacerlo a toda costa. Cuarenta horas después del desastre de Cancha Rayada, cuando San Martín y O'Higgins, éste último exangüe y con el brazo roto, reunían los batallones dispersos tratando de aminorar las proporciones del desastre, Arcos estaba en Valparaíso. Suplicó al capitán Biddle, de la corbeta norteamericana "Ontario", que le recibiera a bordo, y como éste rehusara, pidió que, por humanidad, se le diera pasaje en el bergantín "Albión", que estaba por hacerse a la mar. Pero el gobernador militar de Valparaíso lo reclamó como desertor, recluyólo prisionero y al día siguiente lo remitió a Santiago custodiado por un oficial y cuatro soldados.

Parecía ser ya el fin de Antonio Arcos. Pero gravemente herido O'Higgins y preocupado San Martín de organizar la resistencia (eran los días angustiosos que precedieron a la ba-

talla de Maipo), a nadie le quedó tiempo para preocuparse del preso. Fue así como al general en jefe se le pasó el furor de los primeros momentos y se libró Arcos de un castigo excesivamente severo. Encerrado en un calabozo y mantenido a pan y agua, fue olvidado de todos durante las dos semanas siguientes. Pero el 4 de abril, la víspera de la batalla, San Martín recordó de pronto al desertor. ¿Qué hacer con él? Rememorando, quizá, la amistad que los uniera, prefirió la burla al castigo y dispuso una broma en vez de la sanción rigurosa. Determinó que Arcos fuese llevado al cuartel general ubicado en las lomas de Maipú, donde lo rebajó a la condición de soldado raso del regimiento de Granaderos a Caballo, y así lo mantuvo en su estado mayor por todo el tiempo que duró el combate.

¡Qué amargos pensamientos debió albergar entonces el hasta hacía dos semanas director de la Academia Militar! Humillado y hundido al parecer para siempre, asistió en la condición de reo a la apoteosis final. O'Higgins llegó al campo de batalla pálido y con el brazo en cabestrillo. San Martín avanzó hacia él, transfigurado el rostro por la victoria; en torno de ambos, vitoreándolos, los que fueron compañeros de armas del tres veces renegado.

—¡Glorias al salvador de Chile! —saludó, emocionado, el Director Supremo todavía convalesciente.

—General —respondió San Martín—, Chile no olvidará jamás al ilustre inválido que en el día de hoy se presentó al campo de batalla en ese estado.

Luego, a dos pasos de Antonio Arcos, se abrazaron los que hasta ayer habían sido sus amigos y protectores. La gloria parecía nimbar el grupo histórico; pero no era la pérdida de ella la que parecía lamentar el desertor sino la de la esquiva fortuna, que, en el instante supremo y cuando ya aparecía definitivamente a su alcance, le había vuelto las espaldas.

YA NO ERA nadie Antonio Arcos. Hasta la pensión mensual de doscientos cincuenta pesos que le correspondía como oficial

de la Legión de Mérito le fue suprimida. Sin embargo, le quedaba un recurso, el último: su condición de *hermano* de la Logia Lautarina. Los reglamentos de esta asociación secreta, y que fue la que verdaderamente rigió los destinos de Chile durante los dos años siguientes, contenían dos artículos que podían favorecerlo y que el desvalido se apresuró a revisar. Uno, el número 14, decía así: "Será una de las primeras obligaciones de los *hermanos*, en virtud del objeto de la institución, auxiliarse y protegerse en cualesquier conflicto de la vida civil y sostenerse la opinión unos de otros; pero cuando ésta se opusiere a la pública, deberán por lo menos observar silencio". El artículo 23 disponía: "Cuando el Supremo Gobierno estuviere a cargo de algún *hermano*, no podrá disponer de la fortuna, honra, vida, ni separación de la capital de *hermano* alguno sin acuerdo de la Logia". A la sombra de ésta se cobijaría, pues, el favorito en desgracia. Ya que el *hermano* San Martín no había dispuesto de su vida y él mismo malbaratará su honra, que por lo menos se le diera la oportunidad de conseguir un pan que llevarse a la boca.

La victoria torna generosos a los hombres, mayormente cuando éstos son cofrades de misteriosos ritos. Así, la Logia Lautarina resolvió auxiliar y proteger en su conflicto al *hermano* Arcos, entregándole al Director Supremo la determinación de disponer del desertor de Cancha Rayada. O'Higgins hizo con Antonio Arcos lo que Barrás con otro supino traidor, Fouché, cuando éste era un triste despojo de la revolución francesa: lo nombró proveedor del ejército.

Abasteciendo a los soldados que meses antes traicionara comenzó a amasar su fortuna el aventurero. El ex sargento mayor del Ejército de los Andes, el ex oficial de la Legión de Mérito, perdió entonces sus títulos para ganarse un apodo: desde entonces fue conocido como el *gallego* Arcos, y como tal comenzó a obtener exorbitantes diferencias de precios en la compraventa de vituallas y fornituras para las tropas. En abril de 1818 no poseía ni honor ni fortuna, pero a fines de agosto del mismo año estaba en condiciones de casarse con una aris-

tócrata. Había lugar, sin duda, para que en todas las esferas de Santiago se comentara apasionadamente el acontecimiento.

Pero hubo más: siempre habrá un adarme que colme la medida en lo que se refiere al *gallego* Arcos. Un nuevo hecho se agregó para darle un carácter mayormente reprochable a la ceremonia que ese 25 de agosto se estaba desarrollando.

Según dijimos, en la época en que se verificó la boda, el obispo Rodríguez Zorrilla, tío de la joven, se encontraba con finado en Mendoza por orden de O'Higgins, pero junto con él sufría los rigores del destierro el provisor del obispado don Juan de Dios Arlegui, hermano de la novia. Lo que había de sarcástico en el asunto era que el Director Supremo, que tan desconsideradamente había procedido con los dos miembros más conspicuos de la familia de la desposada, tomaba ahora parte principal en la ceremonia del casorio. Porque, según consta en el archivo de la parroquia del Sagrario, los recién casados fueron "velados en el Oratorio privado del Palacio Directorial, siendo padrinos el Señor Don Bernardo O'Higgins, Mariscal de Campo y Supremo Director del Reyno de Chile y Doña Isabel Riquelme".

Una sola justificación habrían podido encontrar los espíritus magnánimos para tan censurable unión: el hecho de que la novia, la cuarta de quince hermanos (nueve de ellos mujeres) hacía dos meses cabales que cumpliera treinta años. Y si se considera que en aquella época las que se casaban eran a los quince madres de familia, de no ser por tal boda la encantadora damita habría estado irremediabilmente destinada a vestir santos.

Pero hay que hacerle justicia al *gallego*, ya que no fue solo un matrimonio de conveniencias el que hizo. Cuantos conocieron más tarde a Isabel Arlegui dejaron constancia de las adorables prendas físicas y morales que adornaban a quién, para su desgracia, acababa de transformarse en esposa del más desacreditado personaje de su tiempo.

CONTEMPLANDO desde los estadios inferiores en que nos desenvolvemos los simples mortales hacia las alturas al parecer deslumbrantes del poder, es posible advertir que jamás gobernante alguno se vio más abandonado a sí mismo que Bernardo O'Higgins. Y es indagando en el por qué de esta ausencia de colaboradores que afligió al Director Supremo, como podemos llegar a comprender el motivo por el cual éste estuviera al fin de su gobierno cercado por una desacreditada camarilla en la que el gallego Arcos tuvo tanta como decisiva influencia.

Desde el instante en que le fue confiado el mando hasta su caída, un desolado yermo aparece en torno del Director Supremo. Servidores y palaciegos no le faltaron, porque, especialmente los últimos, invariablemente merodean alrededor de los que mandan; pero cuantos le sirvieron de ministros y funcionarios fueron hombres insignificantes, figuras de tercero y cuarto término. Mackenna, el único verdaderamente capaz, fue arrebatado cuando más útil le era su presencia. Zenteno y Prieto fueron eficaces sólo en el terreno militar. Albano no poseyó más que su sumisión ciega y fanática. No hubo a la vera de O'Higgins individuos que por su lealtad y sabiduría fuesen capaces de sugerirle ideas grandes y generosas y que tornaran más flexible su ruda mente de soldado.

A quién se le han menudeado los términos de dictador y de tirano se le ve aparecer desentonando en el cuadro a la vez sobrecogedor y magnífico en que se destacan los grandes sátrapas. El dictador dicta, esto es, da una orden, la que es cumplida sin chistar y temblando. ¿Quién, en cambio, se sometió a la voluntad de O'Higgins? Las organizaciones republicanas de que se rodeó, aunque fueron hechas a su amaño, desde el primer instante se le mostraron rebeldes y "díscolas", para emplear su propia expresión. El ejército era un hervidero de intrigas y de envidias, dentro del cual los carrerinos no disimulaban sus intenciones sediciosas; los jefes y oficiales argentinos hacían pública manifestación de su rebelde suficiencia; e independiente de estos permanentes regañones y descontentos estaba el más alborotador de todos, Manuel Rodríguez, el que

sin ambages le decía al Director Supremo que si él fuese gobernante y no encontrara quién le hiciese la revolución, se la haría a sí mismo.

Como si tantas resistencias dentro de los cuadros militares no bastaran, durante la mitad de su gobierno tuvo que sufrir O'Higgins el riguroso despotismo del peor de todos sus antagonistas, la Logia Lautarina, cuyas disposiciones, tajantes e imperiosas, llegaban de Buenos Aires. Fue así como en 1820, el año de su mayor gloria, el esclavizado "dictador" decía a un confidente: "Algún día me harán justicia los chilenos, no reconociendo en mí servicios prestados a la independencia, sino el que he practicado librando a Chile de las dominaciones de esa fuerza (la Logia Lautarina) que tres años nos ha subyugado a todos".

En cuanto a los que en el orden civil podrían haberle sido útiles por sus relativos conocimientos y su capacidad, se enrolaron en el bando opuesto apenas el Director comenzó a tomar determinaciones que afectaron los privilegios de casta. Hombres como Marín, como Egaña, como Infante, se le mostraron reacios o francamente adversos; y el resto de los personajes connotados, los que por ser usufructuarios de la tierra, del dinero y de la tradición, eran los verdaderos dueños del país, se apresuraron a demostrarle su hostilidad apenas pasaron las efusividades que siguieron a la definitiva derrota de los peninsulares.

El 16 de abril de 1818 ¡apenas once días después de la batalla de Maipo!, los más empingorotados señorones de Santiago, que en esa oportunidad se llamaron a sí mismos el "pueblo sano" y el "pueblo de Chile", se reunieron en cabildo abierto a fin de ver como podían despojar al Director Supremo de los poderes que en el mes de febrero del año anterior ellos mismos le habían dado. Luego de ardorosas deliberaciones acordaron designar tres representantes conspicuos del "pueblo de Chile" para que redactaran lo que el historiador Jaime Eyzaguirre, descendiente de uno de aquellos magnates, llama, no sin cierta ironía, un *pliego de peticiones*. Los integrantes

de esta comisión fueron el conde de Quinta Alegre Agustín Alcalde, Agustín de Eyzaguirre y Juan José de Echeverría. No fueron pocos en la confección del pliego los redactores del mismo, los cuales, al día siguiente, haciéndose acompañar de sus cofrades y de una poblada encabezada por el revoltoso Manuel Rodríguez, solicitaron audiencia del Director.

O'Higgins, que guardaba cama, pues todavía tenía a mal traer su herida de Cancha Rayada, hubo de levantarse expresamente para recibir a los cabildantes. Estos, con los necesarios respetos, pusieron en sus manos el apenas velado ultimátum que exigía de manera categórica la reunión de un congreso nacional en el término de cuatro meses; la redacción, dentro del riguroso plazo de quince días, de una constitución provisoria; la instantánea organización tripartita de un gobierno en que formaran parte O'Higgins y como vocales José Manuel Infante y Gaspar Marín; la supresión de la intendencia y su reemplazo por un cabildo presidido por Agustín de Eyzaguirre, al cual se le entregaría de inmediato y sin limitaciones la tuición de la policía. Por último se exigía la libertad de una prensa inexistente y un indulto que incluyera no sólo a los civiles recalcitrantes en su afeción al rey de España, sino también a los militares, ahora más soliviantados que nunca después del reciente y despiadado fusilamiento de Juan José y Luis Carrera.

O'Higgins, que tenía un concepto harto definido de los inconvenientes de la intromisión de la política en esos tiempos de guerra y de ajuste de una nacionalidad en vías de consolidarse, recibió con manifiesto desagrado el pliego de peticiones. Ofreció, sí, preocuparse de la redacción de una constitución provisoria, pero opuso su más formal negativa a toda otra innovación al estado de cosas existentes; y como para demostrar que había comprendido los propósitos que se ocultaban tras el follaje del imperioso memorial, ordenó detener al alborotador Rodríguez y dictó orden de destierro contra Juan José de Echeverría, el que había aparecido como el más exaltado e irrespetuoso de los peticionarios. En esta forma, así co-

mo aceptó la guerra a muerte iniciada en el sur por Benavides, aceptó también la que, desde ese momento, le declararon los aristócratas.

CUANTOS han estudiado la vida de O'Higgins, el patriota que sin ser soldado se vio compelido a ser héroe y que sin ser hombre de estado fue obligado por las circunstancias a ser gobernante, están de acuerdo en que éste careció de dotes políticas. Cabe mantener este aserto si —consideradas previamente las no muy sobresalientes dotes del Director Supremo— se estima que la política es el arte de las contemporizaciones y el abandono de los más arraigados principios en beneficio de los adversarios. Pero entre O'Higgins y los patricios en cuyas mentes la Colonia había estampado su inconfundible sello, había un mundo de diferencias y la imposibilidad de una conciliación.

No hay que olvidarse que hasta los veintidós años de edad el futuro Director Supremo de Chile vivió ausente de su tierra natal y que cerca de los treinta tuvo el primer contacto con los hombres públicos de su patria. En la adolescencia, etapa en que se graban indelebles las impresiones, había disfrutado de la preferente amistad y de los consejos de Francisco de Miranda, esclarecido protagonista de la revolución francesa, reformador de vastas concepciones y personaje al que aún en vida circundaba el nimbo de la leyenda. Por otra parte, su permanencia en Inglaterra y la posterior confrontación de lo que allí viera con las formas de vida que existían en Chile, diéronle oportunidad a O'Higgins para advertir hasta qué punto su patria estaba necesitada de las más urgentes reformas.

Es por eso que durante la primera mitad de su gobierno, que fue de índole casi exclusivamente militar, se dio tiempo para abrir las puertas y ventanas del viejo régimen a fin de que se renovara la pesada atmósfera que saturaba el espíritu de sus compatriotas. Con mano enérgica se empeñó en arrebatarse hasta donde fuera posible su omnipotencia a la aristocracia de raigambre monárquica, despojándola de sus títulos nobiliarios, haciendo pesar sobre ella las cargas a que obli-

gaba la situación, arremetiendo contra el absurdo económico y social que significaban los mayorazgos y alejándola sin contemplaciones de toda influencia en los asuntos de gobierno. Pero como no sólo en este orden quería extirpar hasta en sus últimos vestigios un estado de cosas que él consideraba necesario renovar, es que, junto con indisponerse con la aristocracia, entró también en conflictos con la Iglesia.

La medida por la cual confinó O'Higgins en Mendoza al obispo Rodríguez Zorrilla, aunque hirió en lo vivo al clero realista y a los seglares a él afectos más que por devoción por solidaridad de castas, no bastó para quitarle al sacerdocio tradicional su omnipotencia. Tres siglos de imperio sobre las almas y el predominio en muchos órdenes de la vida colectiva habían hecho de la Iglesia un estado dentro del estado, una fuerza a la que había que reducir a sus justas proporciones si se quería hacer verdaderamente una revolución.

Durante largos años, desde los púlpitos y en los confesionarios se había venido diciendo que quienes atentaran contra la autoridad del monarca español estaban condenados al fuego del averno. Homilias tras homilias se fueron sucediendo a fin de convencer a la grey católica de que el demonio y la emancipación eran una misma cosa condenable; y así como las autoridades civiles habían prohibido la internación de libros que dieran nuevas luces al criollaje, los sacerdotes amenazaban de excomunión a quienes desobedecieran tal mandato. Nada da una idea más completa de las condiciones en que se desenvolvía la vida colonial que el hecho de que le fuese negada la absolución a una joven por el "pecado" de hablar francés (1).

No fue, pues, contra la religión que embistió el Director Supremo sino contra los usos de una jerarquía en exceso apegada a moldes rigurosos. De ahí que con ímpetu bien poco recomendable implantara en Chile las escuelas lancasterianas a

(1) Miguel L. Amunátegui: "Las Primeras Representaciones Teatrales en Chile".

cargo de profesores ingleses. De ahí también su empeño en fundar un cementerio laico en Santiago a fin de terminar con la costumbre de sepultar los cadáveres en las iglesias y los conventos, lo que acarreó no pocas críticas y escandalizadas protestas. Pero el clima de indignación llegó a su colmo cuando se trató de construir un cementerio protestante en la capital y otro en Valparaíso. Entonces sí que los santos padres pusieron el grito en el cielo y un clima francamente sedicioso se extendió desde los templos hacia todas las capas de la sociedad. Los profesores del Instituto Nacional, a quienes habría que suponerlos de criterio medianamente amplio, se sumaron a los que repudiaban la creación de estos *panteones* para disidentes, condenando en un escrito a los que "propagaban doctrinas que debían hallar fácil acogida entre los jóvenes corrompidos, los libertinos, los viciosos que tanto abundan en nuestros tiempos, los literatos de café que no tienen más instrucción ni más principios que las especies de las tertulias y los papeles impíos".

No hubo, en consecuencia, cementerio protestante en Santiago, pero sí en Valparaíso, con lo cual se puso término a que los cadáveres de los *herejes*, como hasta entonces ocurriera, fuesen arrojados al mar.

UNA VEZ que la resistencia peninsular comenzó a derrumbarse en el sur y que la escuadra libertadora zarpó hacia el Callao en agosto de 1820, el hombre de armas que había en O'Higgins vio terminada su misión. Su papel quedó reducido desde entonces al de gobernante civil, pero tal tarea, lejos de estimularlo como había ocurrido con los objetivos militares, lo encontró desorientado y perplejo.

Ante sí veía un erario en ruinas y el descontento corriendo por todos los rincones. Los magnates, hartos ya de su presencia, comenzaban nuevamente a impacientarse. ¿Por que no se iba de una vez el militarote autocrático y les entregaba a ellos la administración del país ahora libre de enemigos? Fue entonces que se produjo el fusilamiento de José Miguel Ca-

rrera, lo que precipitó los acontecimientos. Unidos en esta ocasión los aristócratas y los carrerinos todos juntos comenzaron a acumular cargos contra el Director. Salieron a relucir el sacrificio de los Carrera y el asesinato de Manuel Rodríguez; se trajo a colación el destierro del obispo Rodríguez Zorrilla, olvidándose los carrerinos que Su Señoría Ilustrísima también había sido confinada en Mendoza por José Miguel Carrera en 1813; se recordaron los nombres de otros perseguidos por el "déspota", tales como los conspiradores de la Cuadra, Allende, Luco, Novoa y otros, a los cuales O'Higgins en persona había sorprendido complotando contra él y oído de sus labios su propia sentencia de muerte. Y como nunca está de más sazónar la realidad con el estimulador condimento de la fantasía, se echó a correr también que en el *campo santo* en construcción, los esbirros de O'Higgins llevaban a efecto por las noches espantosas matanzas de personas a él desafectas. Nadie en los medios influyentes lo defendía; ni una voz se levantaba para recordar que careciendo de medios había terminado victoriosamente la guerra contra el español y sacado de la nada las "cuatro tablas" con que liberara al Perú.

Asediado por una opinión altiva e impaciente —el pueblo no contaba entonces, el que era llamado en forma despectiva como la *plebe* y el *populacho*— O'Higgins no se decidió a darles en el gusto a sus adversarios entregándoles el poder. Al Director no le seducía el oropel del gobierno porque, como le escribiera más tarde a Bolívar, "mi corazón no es amasado para mecerse en la política insidiosa con que puede sostenerse un estado enfermo de envidias, de partidos y de facciones". Pero ya que continuaba siendo el Supremo Director de la República, y como tal debía velar por los principios niveladores que él impusiera, debía mantenerse en el cargo. Si; ¿pero de quienes hacerse asesorar si todos se le apartaban? Entonces apareció a su vera, o por mejor decir se deslizó junto a su persona, quién tanto habría de influir en los sucesos futuros y que iba a ser, por fin, el causante de su caída.

EL PERSONAJE que tan repentina como subrepticamente había saltado al primer plano de la administración se llamaba José Antonio Rodríguez Aldea. Nacido en Chillán, como O'Higgins, y uno de los abogados más notables de América, hombre de actividad infatigable, sagaz hasta el extremo, ducho en las buenas y en las malas artes políticas y en el conocimiento de sus semejantes, poseía toda la variada gama de defectos y virtudes, de resolución y de malicia que le faltaban a O'Higgins para los efectos de irse sosteniendo en el resbaladizo terreno de las intrigas. Poseía además Rodríguez Aldea una larga expedición en los negocios públicos porque en Lima primero y más tarde en Santiago, había prestado sus servicios como le-guleyo al ahora abatido poder peninsular. A él se entregó entonces el "dictador" falto de carácter; a su custodia confió el blando mandatario su sillón directorial bamboleante.

Durante los dos años y medio que siguieron, fue Rodríguez Aldea el dueño absoluto de la situación; él sería quién mandara en lo sucesivo; nada más que sus resoluciones serían en adelante las que prevalecieran. Con celo infatigable se entregó el ministro a su labor apenas se le confiaron los negocios de la hacienda pública. Puso orden y reorganizó las aduanas; reprimió el contrabando; estableció un tribunal de cuentas y mediante sus acertadas medidas logró hacer de Valparaíso el primer puerto del Pacífico. En vista de que sus condiciones de hacendista eran precarias, estudiaba esta ciencia en sus escasos momentos libres para poner en práctica de inmediato sus conocimientos. Si algunas de sus medidas resultaban erradas, corregía las deficiencias y volvía a empezar; y así un día y otro en permanente acción y en incansable búsqueda de recursos para el erario escuálido. Sabiéndose unánimemente odiado, una no interrumpida actividad y una imponderable eficacia debían ser sus cartas de triunfo para mantenerse en el poder. Maravillado, O'Higgins lo dejaba hacer, entregándose cada vez más a la influencia del favorito.

Pero tras la persona de Rodríguez Aldea, envuelto en una semipenumbra en la que apenas logra atisbar la historia, cer-

niase la figura tenebrosa de Antonio Arcos, el que ávidamente iriase llenando los bolsillos mientras sus protectores cargarían más adelante con el oprobio y sus consecuencias.

Era él, Arcos, quien aconsejaba al nuevo consejero; él quien le prestaba —además de su dinero, con intereses hasta del veinticinco por ciento— la utilísima experiencia adquirida en el campo de los negocios. Si Rodríguez Aldea iba convirtiéndose en un economista teórico, Antonio Arcos, el comerciante más inteligente de la época, el hombre de negocios más experimentado y audaz, le aportaba a la vez su expedición práctica en el tráfico insustituible del dinero.

Pero no lo hacía gratis el avaricioso. Desde el momento en que el Director Supremo y su ministro le dispensaban sin límites su amistad y su confianza, estaba dispuesto el gallego a abusar de la una y de la otra hasta donde lo permitieran las circunstancias. Entonces comenzó para el tres veces felón la era de sus mayores felonías. Cauteloso en un principio, pero más adelante sin ambages, empezó a deslizar en el oído del habilidoso Rodríguez Aldea esa clase de proposiciones que transforman a un funcionario en un cómplice. Pero para quién la moral no contaba entre las virtudes humanas, no sólo al ministro le pintó Arcos el cuadro halagador que representa una ganancia pecuniaria sin desmedro de su posición. También el gallego, el protegido y ahijado de boda de O'Higgins, se deslizó furtivo dentro del palacio directorial y comenzó a hablarle a la media hermana de quien tanto hiciera por él, no palabras de amor, sino de negocios fáciles y reproductivos.

Al cabo de un tiempo ya se hablaba sin ambages en Santiago de la "sociedad" formada por Rosa O'Higgins, Rodríguez Aldea y el gallego Arcos, sociedad que, según se decía, lograba pingües utilidades en la contrata de armas, en la proveeduría del ejército y en negocios de contrabando. Benjamín Vicuña Mackenna tuvo más tarde en sus manos las pruebas de este desdichado consorcio, pero, por piadoso respeto a la memoria del prócer, las puso en manos de un hijo de Rodríguez Aldea, quien las destruyó.

Quedan, sin embargo, evidencias de los escandalosos negociados de Arcos. En una oportunidad fue autorizado por el ministro para importar más de medio millón de pesos en mercaderías con la reducción del 50% de los derechos de aduana. Otra vez, y cuando Rodríguez Aldea había conseguido también para sí la cartera de guerra desplazando al austero Zenteno, concertó con Arcos la entrega de fusiles, pistolas y sables por un valor de \$ 75.000. Aunque los precios ofrecidos por el aventurero fueron sospechosamente bajos, su oferta fue aceptada. Se convino entonces en que los \$ 75.000 valor de esta negociación fuesen abonados a una subida de deuda aduanera que tenía contraída el gallego, lo que le permitió la internación de nuevas mercaderías que solamente en derechos de aduana representaron \$ 214.000, de los que pagó \$ 16.000 en efectivo. Una vez obtenido lo anterior, Arcos pidió que se rescindiera la contrata de armas porque, cómo era de esperar, alegó que le era imposible cumplirla, lo que fue aceptado por el complaciente ministro. De tal manera que a lo adeudado primeramente por Arcos a la aduana se agregaron los \$ 198.000 insolutos provenientes de la nueva internación. Se llegó, sin embargo, a una transacción: con \$ 50.000 que integrara el gallego en arcas fiscales, se daría por cancelada su deuda de más de un cuarto de millón, pero como Arcos demandara nuevas franquicias se rebajó la cantidad a \$ 40.000 que el aventurero, a fin de no desmerecer ante sí mismo, tampoco pagó.

Hasta la guerra que continuaba en el sur contra Benavides estuvo a punto de malograrse por otra rapacería del nefasto personaje. Estando sitiado Freire en Talcahuano, pidió el urgente envío de municiones para la defensa. Arcos, proveedor del ejército, despachó en el bergantín "San Pedro" las municiones, pero cuando éstas llegaron a Talcahuano encontró Freire que una parte de los barriles contenían escoria en vez de pólvora.

Otra demostración de las artes del gallego para hacer ganancias fáciles a costa del erario: un día arribó a Valparaíso procedente de Buenos Aires un barco que traía un cargamen-

to de tabaco tan inservible que ni siquiera a cinco pesos el quintal quisieron pagarlo en la capital del Plata. Pues bien, Arcos compró el quintal a quince pesos, vendiéndolo de inmediato al gobierno a cuarenta y ocho, y echándose íntegra la diferencia al bolsillo ya que el gasto de desembarque corrió de cuenta del estado.

El viajero John Miers da otros pormenores referentes a los peculados de la "sociedad". "Cuando Arcos hubo comprado todo el tabaco que había en el mercado —escribe— fue impuesto inmediatamente un nuevo y fuerte recargo sobre derechos de importación de este artículo, lo que dio gran incremento al valor del tabaco que había en plaza. En otra ocasión compró toda la azúcar y entonces se impuso a la importación de este artículo un derecho adicional de ocho pesos por quintal. Un negocio análogo se efectuó con los licores extranjeros".

¿A qué seguir? Bástenos mencionar una rapacería más del desaprensivo agiotista, referida precisamente por el ministro, víctima a la vez de su compinche en una trapisonda de poca monta, pero que tiene el valor de una burla al burlador, de una tomada de pelo al astuto y complaciente hacendista. He aquí, escritos de puño y letra de Rodríguez Aldea, los pormenores del asunto: "Si he de hablar todo lo que siento, más que gratitud tenía yo queja contra él en lo privado, pues me vendió un fardo de azúcar y unos cajones de vino para mi gasto, y cuando después me dio la cuenta para el pago cargó un peso más en la arroba de la azúcar y dos reales más en botella de vino del corriente en que supe había vendido a otros".

HABÍAN corrido cuatro años desde que se casaran el cínico trapalón e Isabel Arlegui cuando, a las tres y media de la tarde del 25 de julio de 1822 nació el cuarto y último de sus hijos. Quién será el verdadero protagonista de este relato fue bautizado por su tío, el antiguo provisor del obispado y ahora prebendado don Juan de Dios Arlegui —el mismo que estuvo desterrado en Mendoza cuando su hermana Isabel Petronila fue dada en matrimonio— con los nombres todo lo beatíficos que

requería su parentela eclesiástica. Se le puso Santiago Mariano del Carmen: Santiago, porque así se llamaba tu tío abuelo el obispo; Mariano, a fin de colocar al niño bajo la benéfica influencia de la Santísima Virgen; y del Carmen, como un homenaje a la patrona del ejército que cuatro años antes el autor de sus días había traicionado. Difícil era suponer que con tales nombres el crío habría de convertirse al cabo de los años en ateo y masón como su padre.

Pero no vino al mundo en buena hora el recién nacido, a pesar de que su progenitor era por ese tiempo el comerciante más adinerado de Chile. Bien veía el gallego que el año que promediaba se presentaba difícil para el Director Supremo y por ende para los integrantes de la organización agiotista de la que él era el instigador y principal cabecilla.

La desaparición de los Carrera, enemigos tradicionales de O'Higgins, y la ocupación de Lima por los chilenos al mando de San Martín, ocurrida en julio del año anterior, habían sido dos sucesos al parecer favorables para la marcha de la administración. El peligro exterior dejaba de serlo, los belicosos hermanos Carrera yacían bajo tierra y ni una nube cerníase en el cielo apacible de la patria. Pero esta misma tranquilidad era precursora de tormenta, y pronto los *cúmulus* del rencor, de la ambición y del descontento fueron tomando consistencia. Los carrerinos querían vengar la muerte de sus caudillos, los aristócratas ambicionaban el poder y todos los hombres conscientes, sin excepción, deseaban ver abatida a la camarilla de especuladores que se había enseñoreado del país. Faltaba solamente que algunos hombres influyentes tomaran la iniciativa para que el autócrata cada día más desacreditado se viniera al suelo y con él sus paniaguados. Y ningunos más indicados que los del *pliego de peticiones* de 1818 para cumplir exitosamente tal finalidad.

NO IGNORABAN los mayorazgos del coloniaje que para abatir a un soldado se precisa de otro soldado. Si O'Higgins había derribado a Carrera en su oportunidad, no faltaría otro militar

que se prestara a repetir el juego a costa del Director si se sabía influir en su ánimo con tal fin. ¿Pero qué otro general había cosechado tantos laureles y galardones como para enfrentarlo al héroe máximo de la independencia y derribarlo?

Un solo hombre se presentaba a los ojos de los complotados: el de Ramón Freire. También héroe de primera magnitud en la guerra por la emancipación y valeroso sostenedor de la campaña del sur, su prestigio entre los civiles y su ascendiente sobre la tropa eran indiscutibles. Sí; Freire era el hombre de las circunstancias; a él había que ganarlo a la causa del "pueblo sano" por todos los medios de que fuera posible disponer.

Comenzó entonces la labor apasionante que significó plegar al bando reaccionario al jefe ingenuo y patriota que estaba barriendo con las últimas partidas realistas más allá del Bío-Bío. Cuando vino Freire a Santiago por exigencias militares y administrativas en la primavera de 1821, de inmediato comenzaron para él los adulos, los suntuosos festejos y el ensalzarlo a fin de inculcarle que él era el hombre del destino. "Esta visita del joven general a Santiago —relata Miguel Luis Amunátegui— fue una verdadera ovación. Todos los círculos, todos los bandos compitieron a porfía por ganarse su voluntad. Se conocía que hasta los políticos menos penetrantes divisaban en Freire, sino por cálculo previsor, a lo menos por instinto, el militar de cuya espada pendían los destinos del país. Por su parte los miembros más destacados de la oposición rodearon al general recién llegado, y pusieron en juego toda clase de seducciones, aun las del amor, para inclinarle a sus ideas". Imposible que Freire, que entonces tenía treinta y cuatro años y que más tarde habría de caer rendido a las plantas de una reina polinésica, pudiera escapar al irresistible embrujo de tantos halagos y homenajes. Además, como a las seducciones del amor iba unida la enorme fortuna dejada por el conde de la Conquista, el anzuelo que se arrojaba debía atrapar necesariamente al pez gordo que permitiera hacer la revolución.

Durante un año, empero, dudó Freire antes de decidirse,

y ello a causa del agradecimiento que le debía a O'Higgins. Su carrera militar, su elevación a los más altos rangos, el sitio de honor y de responsabilidad que entonces ocupaba como jefe del ejército del sur y como intendente de Concepción, habían venido de la mano espontánea y generosa del Director. ¿Cómo, entonces, pagar tanta merced y tanta amistad empuñando las armas en contra suya? Pero está escrito que el agradecimiento no es virtud que prevalezca si en el platillo opuesto de la balanza pesan las perspectivas fantasmagóricas del poder; y menos aún si día tras día, ya sea de viva voz o en forma de ponderadas cartas, se urge al dubitativo para que tome una resolución categórica.

Pero mientras Freire vacilaba, el clan formado alrededor del ministro Rodríguez Aldea, y en el que tanta influencia tenía el gallego Arcos, percibió claramente de donde venía el peligro; y como los acontecimientos se iban precipitando en términos de vida o muerte, se arremetió rápido contra el general-intendente con el propósito de desacreditarlo en el ánimo de O'Higgins y de eliminar así del ejército al más peligroso de los adversarios. El motivo lo proporcionó una causal de segundo orden: la autorización que había dado Freire para que fuese exportada al Perú una partida de trigo, la que, en opinión del ministro, debió haberse destinado a abastecer las tropas acantonadas en Concepción. Se atacó anónimamente a Freire a través de la prensa con el ánimo de que en la opinión pública y especialmente del ejército, entraran dudas respecto a su integridad y buen sentido, y además se llegó a escatimarle fondos y provisiones para aumentar el descontento entre sus tropas, por más que con ello se corriera el riesgo de que la campaña en el sur se malograra.

Pero no se contentaron con esto los de la astuta y tortuosa camarilla. Maestros consumados en el arte de la intriga y conocedores profundos de las flaquezas humanas, Rodríguez Aldea y Arcos —¡cómo se ve la mano del último en la trastada de alcances pecuniarios!— idearon una treta que junto con herir en el corazón a Freire, haría que los cuantiosos bienes del

mayorazgo Toro pasaran a las manos de un sujeto afecto al régimen. El hecho fue que mediante los manejos de la política, la condesita de Toro entregó su mano y su bolsa bien repleta a un apuesto oficial de la guardia de honor del Director Supremo, chasqueando así al iracundo Freire.

Dos airadas cartas escribióle éste entonces a O'Higgins. En ellas vació toda la amargura que se albergaba en su alma, toda la indignación que había acumulado contra Rodríguez Aldea. Denunció en ellas la manera cómo el ministro desatendiera sus demandas de dinero para el pago de las tropas; la indiferencia del mismo para abastecerlo de vituallas y armamentos; el demostrativo desdén del favorito hacia los mil problemas angustiosos de su desamparada provincia. Conteniendo a duras penas los improperios, se refería también a la convención preparatoria inaugurada el 23 de julio de 1822 —dos días antes del nacimiento del último vástago del gallego Arcos— y la presencia en ella como diputado suplente de un primo hermano del ministro, condenado a muerte poco antes por el delito de alta traición. Pero donde Freire habló sin ambages fue en lo relativo a los negociados que evidenciaban la concomitancia del favorito. Citaba nombres y fechas, cifras y procedimientos, faltando nada más que estampara con todas sus letras que el ministro de hacienda y de guerra y también de justicia era un pillastre.

Pero evidenció Freire a la vez en estas cartas su índole tortuosa cuando escribió: "Es un concepto manifestamente equivocado pensar que aquí (en Concepción) hay hombres que traten de meterme en un abismo. Sus enemigos de usted están en esa ciudad (Santiago): aquí no los tiene seguramente". Pero un mes más tarde se decidía por la revolución, declarando que su espada "pertenece al pueblo en contra de los agitistas de la capital". Así, quien en su desahogo epistolar llamara a O'Higgins "padre de la república y bienhechor mío", se resolvía al fin por la causa de la antigua nobleza, uno de cuyos miembros, el poderoso marqués de la Pica y señor feudal de Petorca, algunas semanas más tarde ascendería por su

cuenta y riesgo a los cabos y sargentos de un escuadrón de cazadores en premio por haberse insurreccionado contra el jefe del estado.

Otra carta recibió O'Higgins a continuación de las anteriores, escrita ésta por lord Cochrane, y en la cual el almirante lo apremiaba para que se deshiciera de Rodríguez Aldea, aunque sin mencionar el hecho de que a él, un extranjero, le había pedido Freire ayuda para derrocar al Director Supremo. "No importa que Rodríguez sea culpable o inocente —escribía el lord—. De manera, pues, que a Vuestra Excelencia sólo le queda una alternativa, o mantenerse a todo trance o caer con aquél de cuyas faltas V. E. es tan inocente como del terremoto que acaba de asolar la tierra".

A LO QUE se refería Cochrane era al llamado *temblor grande* ocurrido en la noche del 19 de noviembre de aquel fatídico año de 1822, el que por poco acaba con la vida de O'Higgins.

Hallábase éste aquel día en Valparaíso atendiendo al pago de la escuadra con cien mil pesos que había prestado Arcos, cuando a las diez y cuarto de una noche de luna (desde la tarde se había visto relampaguear en la cordillera) se sintió un fortísimo sacudón y "un ruido semejante a una explosión de pólvora". En seguida, según relata María Graham, "la rápida trepidación de la tierra se cambió en un movimiento ondulatorio semejante al de un buque en alta mar". El aterrador remezón duró tres minutos, pero aunque no había viento, "era tal la agitación de los árboles que sus copas parecían tocar la tierra". Durante la noche hubo otros siete temblores, débiles algunos, otros violentos, y desde aquella noche hasta el 31 de diciembre María Graham anotó la existencia de más de un centenar de sacudones. Quillota quedó virtualmente destrozado. Santiago sufrió grandes perjuicios y Valparaíso vio venir al suelo la mitad de sus edificios.

Pero contrariamente a lo que había escrito lord Cochrane, los interesados en cargarle al Director Supremo todos los males del país, fingieron creer que O'Higgins era el único cul-

pable del cataclismo. Así lo hicieron correr entre la población aterrada, ya fuese de viva voz o por escrito, y tanto insistieron que era el gobierno con sus heréticas medidas el causante del terremoto, que los sacerdotes de Valparaíso pidieron que, para ponerle fin a la terrorífica sucesión de temblores se expulsara del país a los extranjeros. Hubo procesiones a las que por centenares acudieron los penitentes; entre golpes de pecho y gritos de misericordia se vituperó el ateísmo del Director Supremo, y, como lo acotó después Vicuña Mackenna, "hay quienes hayan imaginado que aquella mudanza (la deposición de O'Higgins) fue sólo el agrio fruto de la peste de las cosechas y del terremoto del 19 de noviembre de 1822".

EL 28 DE ENERO del año siguiente, menos de un mes después de sentirse los últimos temblores, Bernardo O'Higgins se veía despojado del poder supremo. Hemos visto cómo, con buenas o malas artes, exagerando las debilidades del Director y desconociendo sus virtudes, se había ido socavando su prestigio. Hasta el día de su caída fue presentado como un déspota sanguinario y como un gobernante sin merecimientos; pero desde el instante en que hizo entrega del poder, los mismos que durante seis años incansablemente se encargaron de desacreditarlo pusieron sobre su frente la guirnalda del héroe y revistieron su caída con caracteres de apoteosis.

—“¡Que se presenten mis acusadores! ¡Quiero saber los males que he producido, las lágrimas que he derramado” —exclamó iracundo O'Higgins apenas se hubo despojado de las insignias del mando.

Hubo un momento de perplejidad entre los señorones congregados en el Consulado. ¿De qué iban a acusarlo? ¿Del confinamiento de un jerarca realista de la Iglesia? ¿De la muerte de los Carrera y de Manuel Rodríguez, obras ambas de la Logia Lautarina? ¿Del temblor grande y del cementerio para disidente? ¿De las tropelías del gallego Arcos y de su socio Rodríguez Aldea, el que, mal que mal, prestó útiles servicios al país? ¡En menudo aprieto los ponía el acusado! Pero entonces

uno de los prohombres allí presentes —¡y qué lástima que no se haya conservado su nombre para la posteridad!— pudo sacar a los insurrectos del atolladero cuando gritó a plena voz:

—“¡Nada tenemos contra el general O'Higgins! ¡Viva O'Higgins!”

Doscientos pechos suspiraron aliviados y otras tantas gargantas corearon al oportuno improvisador. Nada tenían, era cierto, contra el “dictador” desde el momento en que había dejado de serlo y que una junta formada por un Eyzaguirre, un Errázuriz y un Infante se hacía cargo del poder. Es cierto que Freire cobraría el pago de su aporte en la asonada y sería ungido Director Supremo. Es cierto que se cumpliría el vaticinio de O'Higgins cuando en desgarradora carta dirigida a su protegido de ayer decía: “quiera el cielo que usted no sufra igual pago de los que han sorprendido su buena fe; el que hace valer las armas y las injurias contra otros debe esperar que las hagan valer contra sí”. Es cierto también que como lo previera el Director derrocado, una larga serie de asonadas militares instigadas por civiles habrían de sucederse a lo largo de seis años.

Pero también es cierto que a su debido tiempo llegaría a implantarse una nueva dictadura, más implacable y rigurosa que la de O'Higgins y de cuantas se sucedieran en el futuro. Un providencial hombre de genio sería el encargado de llevarla a cabo, el que, el único, aprovecharía la lección de O'Higgins sintetizada en su creencia de que “nuestros pueblos no serán felices sino obligándolos a serlo”. Pero infinitamente más hábil que su maestro, Portales no se malquistó con la Iglesia porque como ladinamente decía: “no creo en Dios, pero creo en los curas”; tampoco se creó conflictos con la aristocracia y, por el contrario, le entregó el poder. ¡Qué vuelco el de los principios pelucones en el curso de diez años y cuán diferente trato el de los magnates para con ambos dictadores! Pero uno había sido nada más que el herético *huacho* O'Higgins y el otro uno de los suyos, un aristócrata entre cuya as-

endencia, la de los Borgia, se contaban dos Pontífices romanos y una reina de la Francia absolutista.

CAYÓ O'HIGGINS porque no supo retirarse a tiempo y por haber empañado el prestigio de los últimos años de su gobierno dejando actuar a mansalva a la pandilla agiotista inspirada por Arcos. En vano quiso evitar la revolución deshaciéndose en el último momento de Rodríguez Aldea, porque cuando tomó esta medida el torrente revolucionario había crecido de tal manera que fue imposible contenerlo. Era ingenuo creer que por haberse desprendido el Dictador Supremo de su favorito podrían darse como no efectuados los daños que los especuladores causaran al país. Escribe Vicuña Mackenna, el mejor informado de cuántos han narrado los hechos de aquel tiempo, que en el momento en que se produjo la caída del ministro "fue el correr azorados y el palidecer los semblantes entre los agiotistas de todas las categorías y de sus altos padrinos; entonces el arrancar de los libros del ministerio de guerra las contratas fraudulentas; entonces el sustraer las pólizas de los contrabandos de la aduana de Valparaíso; el huir unos, el esconderse otros, y el repartirse entre sí, con ávida y sobresaltada diligencia, las últimas piltrafas de la inmensa expoliación que se había hecho a la patria".

El que huyó, por ser el más culpable, fue el *gallego* Arcos. Igual que en Cancha Rayada, lo sobrecogió esta vez también el pánico y a lo único que atinó fue a poner tierra de por medio entre su execrable persona y los nuevos dueños de la situación. Dejando a Isabelita sumida en un sinfín de inquietudes, dejando a sus cuatro hijos y proveyéndose de lo más indispensable, se fugó subrepticamente a Mendoza. ¡Qué distinto este trayecto a través de los Andes al que emprendiera en dirección contraria años atrás cuando, vestido con el uniforme de oficial de estado mayor del Ejército de los Andes, marchaba a la cabeza de la avanzada emancipadora! No pensó en aquella oportunidad el aventurero en arriesgar su vida por la, para él, vana hojarasca de la gloria sino para labrar fortu-

na. La había conseguido, ¡pero a qué precio! Había sido traidor y desertor; había engañado al probo O'Higgins con sus triquiñuelas; había conseguido que su propia deshonra cayera sobre la hermana de quien tanto había hecho por él; había sido el depradador, él, el sin patria, de su ingenua patria adoptiva. Tras de sí quedaba su prestigio por el suelo, escardecido su nombre y derribado del pedestal omnipotente, en gran parte por causa suya, su protector. Si; ¿pero qué había ganado en cambio? Centenas de miles de pesos, acaso un millón o más de tangibles onzas de oro; la riqueza, en fin, única deidad a que había estado dispuesto a rendir culto. Era rico, ¡rico! y ello bastaba para dar por bien empleado el tiempo en que viviera en el confín del mundo y para que se encogiera de hombros ante las felonías que allí había realizado.

Cortes reales y cortes financieras

OCHO largos meses de incertidumbres y sobresaltos pasó Antonio Arcos en Mendoza, donde, semana a semana, fue imponiéndose de los sucesos de Chile: la constitución de la junta de gobierno, el establecimiento de O'Higgins en Valparaíso y el arribo de Freire a dicho puerto, donde, por haberse quedado sin su parte de gloria en el derrocamiento de su antiguo benefactor y ahora su enemigo, con arrestos vengadores y sin consultar a los hombres de Santiago mantuvo preso al ex Director Supremo en su residencia bajo la infamante vigilancia de un pelotón de soldados. Supo luego del ascenso de Freire a la magistratura suprema y del juicio de residencia que hizo promover contra el gobernante depuesto y sus ministros.

Esto último debió quitarle el sueño al gallego. ¿Hasta qué punto las investigaciones llegarían a afectarlo a él personalmente? ¿No sería sobre su persona, la menos influyente del triunvirato agiotista, que caería el peso de la sanción con la consiguiente confiscación de los bienes que había dejado en Chile?

Pero si bien Freire y algunos rencorosos querían llevar a toda costa a O'Higgins al banquillo de los acusados, los hombres de buen sentido comprendieron hasta qué extremos podía llegar con un proceso semejante. ¿Meter en la cárcel quizá por cuántos años al héroe máximo de la independencia? ¿Condenar por arbitrario y prevaricador al blando y ahora empobrecido sujeto que, fuese como fuera, había librado al "pueblo sano" del mil veces más peligroso José Miguel Carrera? A pesar de la chilla de los rencorosos no hubo juicio de residencia y O'Higgins estuvo en condiciones de pedir autorización para abandonar el país.

Magnánime, el presidente del senado, el mismo Agustín

de Eyzaguirre del cabildo abierto de cinco años atrás, le dirigió a Freire una nota manifestándole que la corporación no trepidaba en aceptar que se diera permiso al solicitante para alejarse de Chile. Colmando al ex Dictador de epítetos elogiosos, decía Eyzaguirre que "el nombre de O'Higgins está unido a las glorias de la patria y ha de encontrarse en todas las páginas de nuestros gloriosos esfuerzos"; pero a fin de que el así loado no adquiriese nuevas ínfulas que pudieran hacer peligrar el patrimonio recién heredado, deslizaba la frase justa para poner al recomendado en su lugar. Con condescendencia desdeñosa, el senador Eyzaguirre manifestaba que por parte del senado no había "inconveniente para acceder a la solicitud del *mencionado general*".

Fue así como después de medio año de humillaciones y de vergüenzas, de verse insultado y vilipendiado, de sufrir cuánto el desagradecimiento es capaz de concebir, pudo al fin el *mencionado general* partir hacia el exilio en un viaje del que no debía volver jamás.

Ya que los juicios de residencia no prosperaron, una vez vuelta la normalidad, en agosto o septiembre del mismo año 1823 pudo Antonio Arcos regresar a Chile a fin de preocuparse de sus asuntos. Valiéndose de personajes afectos a la nueva situación —no hay que olvidarse que su mujer era una aristócrata y que eran ellos los que ahora gobernaban— le fue posible conseguir que le fuesen devueltos los cien mil pesos que había prestado el año anterior al gobierno, aunque debiendo renunciar muy dolidamente a los intereses. Y aún se dio tiempo para una última sordidez antes de abandonar el campo de sus deprecaciones. Dejó instrucciones a su apoderado para cobrar a Rosa Riquelme, la media hermana de O'Higgins, la suma de \$ 20.000 que el gallego le había anticipado a cuenta de un negocio que quedó sin realizarse debido a la rapidez de los acontecimientos. Tuvo que reconocer la deuda la infortunada dama, y como además el nuevo gobierno la urgió para que integrara en arcas fiscales el producto de operaciones poco claras, doña Rosa, al igual que su hermano, quedó pobre.

No así Antonio Arcos, al que ni por un momento se le ocurrió quedarse en Chile. Perdida su anterior influencia, desconceptuado en todos los ambientes, lo mejor, pensó, era buscar otros lugares en donde seguir desarrollando sus habilidades. ¿Pero adónde ir? Sobradamente lo conocían en Buenos Aires para que esperara ser allí bien recibido; en España, su país natal, hasta era posible que lo fusilaran si ponía los pies en ella; Francia estaba gobernada por un hermano de Luis XVI, con lo cual su pasado napoleónico no era el más recomendable como para instalar allí sus reales. Con certera mirada el antiguo táctico militar advirtió entonces cual era el punto exacto adonde debía dirigirse. No hacía aún dos años que en el Brasil se había fundado un imperio, y según sus informaciones, el monarca instalado en el trono era de los que por su modalidad hacía posible la realización de excelentes negocios. Así, a fines de 1823 echaba Arcos un nudo a los lazos de su bolsa fabulosamente repleta mientras que, deshecha en lágrimas, se despedía Isabelita de su copiosa parentela. Acompañado de ella y de sus cuatro hijos, de seis años el mayor y de menos de dos el pequeño, el gallego partía en dirección a *el* Janeiro, como se decía entonces, libre de todo cargo y al acecho sus manos codiciosas.

NO ANDUVO errado el cuasi héroe de la independencia de Chile cuando eligió los dominios de Pedro I de Braganza para ampliar el campo de sus actividades. Aunque el dinero le abundaba en las arcas imperiales, la índole del monarca se prestaba a maravillas para usufructuar fácilmente a costa de sus caprichos. Licencioso y mujeriego, amigo de las francachelas y empedernido don Juan, Pedro I era, precisamente, la clase de autócrata que convenía a los intereses del recién llegado. Casado con una hija del emperador de Austria —la que habría de morir años más tarde de un puntapié en el vientre que habría de darle su imperial esposo— acerca de la vida galante de Pedro se contaban por centenares las anécdotas. La que circulaba entonces en boca de todos se refería a que habiendo si-

do sorprendido el emperador en la alcoba de una dama, el marido ultrajado, sin respeto alguno hacia la augusta investidura del burlador, le dio una tunda de palos que lo dejó hecho una lástima. Examinado después por el médico, éste, confuso y desolado, diagnosticó:

—Su Majestad, con la debida licencia, ha recibido una paliza...

Para mayor fortuna de Arcos, estaban entonces en su más fogoso apogeo los recientes amores del emperador con Domitila de Castro Canto y Mello. La que en breve habría de ser honrada con los títulos de marquesa de Santos y de dama de honor de la emperatriz Leopoldina, era una mujer cuya vida pasional corría a parejas con la de su ilustre amante. Casada a los quince años con el alférez Felicio Pinto Coelho Mendonça, antes de que cumpliera los veinte ya había sido sorprendida por éste en amores con un tal Pedro de Lorena. El marido, que era sujeto de resoluciones extremas, no encontró nada mejor que darle a la adúltera dos puñaladas, de las cuales Domitila fuese a convalecer junto a sus padres. Tres años después de este episodio se produjo el encuentro de la ardorosa dama con el emperador, quien hízola trasladarse desde Sao Paulo, su ciudad natal, a Río de Janeiro, donde la instaló con el rango que correspondía a su descollante rol de concubina de su majestad imperial.

En los ajetreos de mudanza y de ornamentación de su palacete se encontraba Domitila de Castro cuando arribó el gallego Arcos a la capital del imperio, y a poco, este hombre diabólicamente ducho para colarse por todos los resquicios, ya estaba en condiciones de ofrecer a Pedro I sus valiosos servicios como decorador de suntuosas residencias. Porque ya había desempeñado anteriormente estas actividades, ya que hay que suponer que fue él quien, durante las postrimerías del gobierno de O'Higgins, y a pesar de las angustiosas pobreza del erario, había logrado que se trajeran de Europa para el palacio directorial alfombras, porcelanas, relojes de pedestal y has-

ta un suntuoso lecho tapizado en seda, en el cual fue obligado a dormir en adelante el austero don Bernardo.

Así fue como, apenas instalado en *el Janeiro*, se convirtió nuestro aventurero en proveedor de exquisiteces, no sólo de la mansión imperial, sino también de la Pompadour paulista. Fluyeron las afiligranadas estatuillas de Sévres, los suntuosos cortinajes, los tapices provenientes de las mejores manufacturas europeas y cuanto un amante manirroto puede pagar sin regateos para agradar a su favorita. Refiere un cronista que por entonces comenzaron a lucir en la residencia de Domitila "ricos tapices, vajillas labradas, piezas de maderas preciosas entre las cuales se destacaban las camas de jacarandá, tapiizadas en cuero repujado y con dosel de columnas *manuelitas*". Como se ve, en lo de obligar a dormir en lechos monumentales a los poderosos, fuesen estos célibes como O'Higgins o calaveras como Pedro I, el "sobrino" del obispo Rodríguez Zorrilla era un verdadero maestro.

Pero en la América ibérica los tiempos eran de revueltas y de incertidumbre y Brasil no escapaba al fenómeno. Antes del año de estar el Braganza frente a su imperio tropical, ya sus súbditos se manifestaban descontentos. Entre ellos y Pedro había de por medio una constitución a la que el autócrata no quería someterse, y en estas pugnas iba desvaneciéndose todo vestigio de adhesión y de respeto hacia el monarca. Un hecho pintoresco ocurrió por entonces en la capital imperial. Como Pedro I concurriera a una sesión del parlamento sin despojarse dentro del recinto de su corona, los diputados, ofendidos en su dignidad ante lo que ellos consideraron una afrenta, se encasquetaron a su vez sus sombreros de copa. Solamente cuando el emperador se despojó de su toca simbólica colocándola sobre sus rodillas, hicieron otro tanto los congresales con sus chisteras, iniciándose sólo entonces la sesión. Pero no iban a ser pormenores semejantes los que amilanaran a su majestad. Al descontento respondía con cárcel, a las protestas de constitucionalidad con persecuciones.

Escamado el *gallego* con la inseguridad de los gobernantes

americanos, discurrió que lo más conveniente era buscar otro punto del planeta donde sentar sus reales. El manotón que le diera al erario brasileño había sido lo suficientemente grande como para considerar que los largos meses que había permanecido en el país no habían sido perdidos. Oportunamente para él, en Francia habían ocurrido novedades: después de la muerte de Luis XVIII había ascendido al trono Carlos X, quien había iniciado su gobierno con promisorias intenciones de reconciliación con todas las facciones. Además, circunstancia favorable para Arcos, el mariscal Jourdain, su jefe durante la campaña napoleónica en España, se veía colmado de honores y desempeñaba altas funciones en la corte. A Francia partió, pues, el antiguo hijo adoptivo de la revolución, cargado de buen dinero americano y poseedor de una experiencia y de una audacia que le permitían considerar el porvenir abierto a todas las posibilidades.

CARLOS EL SIMPLE había llamado Boulanger al nuevo monarca, y bajo este sambenito fueron desenvolviéndose penosamente los seis años de su reinado. En un principio el rey se había dado ínfulas de liberal suprimiendo la censura de prensa y adoptando medidas tranquilizadoras, y todo hacía suponer que Carlos X iba a hacer un gobierno progresista. Pero en breve, ancestros de siglos pesaron sobre su conciencia; quien ocupaba ahora el trono que los reyes francos habían fundado mil años atrás, determinó hacerse ungir con el óleo que sirvió para coronar a Clodoveo. De golpe, *Carlos el Simple* retrocedía hasta los albores de la Edad Media, olvidándose de que aún no hacía sesenta años la revolución había estremecido a Francia desde sus cimientos.

Pero las contingencias de la política no interesaron en un principio a Antonio Arcos. Como hombre de negocios, solamente éstos le preocupaban; y así pudo advertir que por encima del rey, un nuevo monarca habíase enseñoreado de París: el dinero. Según afirma un comentarista, "una era de prosperidad, de expansión de capitales como nunca se había presen-

ciado desde la época de los lombardos, había sucedido a la pesadilla napoleónica. Las personas pudientes invertían frenéticamente sus sobrantes en todo lo que prometía un dividendo. Los negocios estaban en auge. La especulación era desenfrenada”.

Como un pez en el agua se sintió en tal ambiente nuestro personaje. Cada vez más expedito en la técnica de los negocios, ya no fue más el gallego Arcos sino el opulento y asiduo oteador de los negocios bursátiles *monsieur Antoine Arcós*. Al cabo de poco tiempo la complicada trama de las operaciones financieras no tenía secretos para él. Se supo al dedillo el flujo y reflujo de los valores; cada mañana verificaba cuáles eran los papeles en alza y cuáles aquellos de que había de desprenderse. ¡Qué lejos le parecieron entonces los años en que el ahora manipulador de acciones y títulos del estado operaba en trapaceros negocios de pólvora y tabaco en un lejano país sudamericano! Y, especialmente, ¡cuánta diferencia entre aquél distante ministro Rodríguez Aldea, al que él enseñara sus conocimientos económicos, y los titanes de las finanzas francesas que veía operar en la bolsa y en la banca, a los cuales comenzaba a admirar con todo el fervor de un devoto!

Uno, especialmente, de estos magnates fue considerado por *monsieur Arcós* como su mentor y su guía: el poderoso Jacobo Lafitte, que fuera presidente del Banco de Francia durante el imperio y que ahora, nadando en la opulencia, magnífico y fastuoso, era el amo de la bolsa y propietario de la casa de banca más fuerte del reino. Y como un financista no es bastante poderoso si no incursiona con éxito en la política, Lafitte, como diputado y haciendo sentir dentro de los partidos el peso incontrarrestable de sus millones, era uno de los hombres más influyentes del momento. Imposible que el oportunista adorador del éxito no siguiera apasionadamente la trayectoria de este gigante y que hiciera de él su inspirador y su maestro.

Pero no dejaba de advertir también el acucioso observador que toda una constelación financiera se cernía al mismo

tiempo junto al astro: la formada por los hermanos Rothschilds, salidos del *ghetto* de Francfort y que desde los comienzos del siglo, bajo la tutela del padre primero y más tarde por sus propios medios, habíanse convertido en prestamistas de reyes y emperadores, y cuyas casas de banca instaladas en Francfort, Viena, Londres, Nápoles y París constituían una fuerza económica internacional de tal magnitud como jamás se viera otra semejante.

Pocos meses antes de que Arcos se instalara en París, Lafitte y los Rothschilds habían iniciado una gigantesca negociación que habría de dejar malparados a los *cinco hombres de Francfort*, al borde de la ruina al francés y que daría origen, algunos años más tarde, a una lucha subterránea y sin cuartel entre ambas potencias financieras, lucha de la cual solamente algunos iniciados en los secretos de las alzas finanzas, *monsieur Arcós* entre ellos, habrían de saber sus ocultas y apasionantes alternativas. En esta furiosa brega los monarcas europeos y sus cancilleres serían manejados como piezas de ajedrez y el tablero en que habría de desarrollarse la peligrosa partida sería el mapa del continente entero.

La cosa comenzó cuando Natán, el Rothschild de Londres y genio financiero de la familia, ideó convertir la deuda pública de Europa a un interés más bajo del hasta entonces existente y acumular el inmenso crédito en manos de un trust de banqueros controlados por la familia. Después de tantear en pequeño y por su cuenta la operación en Inglaterra —¡una fruslería de 400 millones!—, y aunque ésta no dio buenos resultados, Natán Rothschild decidió hacer las cosas en grande. Su campo de acción fue Francia, donde el presidente del consejo, Villéle, quedó seducido con el proyecto. ¿Y cómo no iba a aceptarlo cuando, de tener éxito, el estado desembolsaría el tres por ciento de interés sobre sus débitos en vez del cinco que se pagaba hasta entonces?

Jaime Rothschild era el representante de la familia en París. Convenientemente aleccionado por su hermano Natán, procedió Jaime a iniciar una serie de intrincadas operaciones

auspiciadas por Villéle, después de las cuales los Rothschild quedaron en condiciones de hacerse cargo de un empréstito preliminar por valor de mil millones de francos. Aunque el total del negocio debía ser por cuatro mil millones, precavidamente Natán quiso tantear primero el mercado con un ensayo de menor envergadura. Con todo, decidió no arriesgar a la sola familia en esta aventura de mil millones, sino que consideró prudente asociar a otros banqueros. Los escogidos fueron el inglés Baring y Jacobo Lafitte, el hasta entonces reverenciado maestro de *monsieur Arcós*. Formado así el consorcio, cada parte enteró en proporción equivalente los mil millones que se requerían, dándose luego el primer paso para la conversión de la deuda pública francesa.

Controlados por los tres magnates, en algunos meses el alza de los títulos del estado se hizo vertiginosa. Los consolidados del 5%, con los que operaba el triunvirato, subieron de 90 a 110. Los aún todavía inexistentes valores del 3% llegaron a cotizarse en la bolsa a 80, lo que superaba las mejores expectativas. Así las cosas, Lafitte y Baring comenzaron a apremiar a Jaime: ¿no era tiempo de empezar a vender? Pero valiéndose de toda suerte de argucias, el astuto banquero fue dilatando una respuesta y sólo cuando, al parecer inexplicablemente, los títulos comenzaron a bajar, supieron los socios que habían sido burlados. El Rothschild había estado vendiendo bajo cuerda no sólo los 5% destinados a ser recogidos, sino también los 3% que ni siquiera habían sido lanzados a la circulación. Viéndose así traicionado, Baring decidió no trabajar nunca más con los hermanos trapalones; en cuanto a Lafitte, vióse de la noche a la mañana en situación desesperada. Otras alternativas que se siguieron terminaron por hacer fracasar definitivamente el proyecto de Natán, con lo que la casa de banca francesa comenzó una declinación que habría de provocarle a no muy largo plazo el derrumbe.

PERO por lo mismo que ahora se veía en situación desesperada, Lafitte cobró fuerzas de su propia desventura. El hombre de

oscuro origen que había sido que desde la nada se levantó hasta acumular una de las mayores fortunas de Francia, no iba a permitir que así no más se burlaran de él los hermanos salidos de un *ghetto* alemán. Si Villéle y Jaime Rothschild habían sido los causantes de su casi inminente ruina, contra ellos debía arremeter ahora con la avasalladora fuerza de la desesperación. El político reemplazó entonces al banquero; el despechado al magnate en decadencia.

En corto tiempo Lafitte se convirtió en el jefe de la oposición contra Carlos X, o, por mejor decir, contra su primer ministro. Los vaivenes políticos hicieron que Martignac, Polignac y Broglie lo sucedieran, pero eso no le bastaba al banquero semi quebrado, porque si bien Villéle había caído, Jaime Rothschild quedaba todavía en pie. Para abatirlo, debía ser él, Lafitte, quien controlara el poder, y con éste en sus manos estaría en situación de rehacer su fortuna y de aplastar a la insolente familia hebrea que lo había burlado.

OTRO HOMBRE, un príncipe de sangre real, ambicioso y en posición subalterna, se consumía por ese entonces en París en larga aunque paciente espera. Era Luis Felipe de Orleans, primo hermano del rey, el que no ocultaba sus esperanzas de suceder a Carlos X en el trono. Fue fácil que Luis Felipe y Lafitte se entendieran. Dos reinos vendrían a sus manos si prosperaban sus comunes propósitos: para el primero sería el poder monárquico y cuando éste representa; para el otro la omnipotencia financiera y a la par que ella el placer inigualable de la venganza.

Llegó, al cabo de tres años, la hora que ambos aguardaban. Y tan inesperada fue su caída, que *Carlos el Simple* supo de los sucesos ocurridos en París del 28 al 30 de junio de 1830 mientras realizaba tranquilamente una partida de caza en Saint Cloud. El socio de sangre real ocupó entonces el trono con el título de rey de los franceses, y quien le despejó el camino hasta las Tullerías, el casi arruinado *monsieur Lafitte*,

se colocó ostentosamente a su vera con el título de presidente del consejo de ministros.

—Ha comenzado el reino de los banqueros —aseguran que dijo Lafitte apenas el *rey burgués* trocó el paraguas con el cual se le veía anteriormente por las calles de París por las áureas insignias del mando.

En realidad, lo que empezó el día mismo en que Lafitte se vio dueño de la situación fue la guerra mortal por el predominio entre su casa de banca bambaleante y la de sus odiados enemigos los Rothschilds. Aunque mucho se ha escrito acerca de los sucesos que durante los próximos seis meses se siguieron, sorprende comprobar que ningún cronista —ni aun aquellos que acondicionan a factores económicos el desenvolvimiento histórico— hayan reparado en que las dos facciones que dividieron entonces a los franceses, las del *movimiento* y la *resistencia*, fueron los medios de que se valieron Lafitte y los banqueros judíos para atacarse mutuamente y tratar, a la postre, de destruirse.

Como jefe del gobierno y del partido del *movimiento*, inició Lafitte una política desalentada y peligrosa. El hecho de que Luis Felipe hubiese adoptado el tricolor de la revolución y no la flor de lis como emblema de su reinado, inquietó a los demás monarcas y soliviantó a los pueblos. Azuzados por Lafitte, convertido junto al trono en jefe de la extrema izquierda monárquica, agitadores republicanos salidos de París se expandieron a través de Europa anunciando que, por segunda vez en medio siglo, Francia se transformaba en el baluarte de los derechos del hombre. En Alemania, en Italia, en España y Suiza hubo levantamientos populares; los belgas hicieron una revolución conquistando su independencia, y Polonia, la perpetuamente oprimida, pareció que iba a romper definitivamente sus cadenas. Al mismo tiempo todos los súbitos de Luis Felipe sin excepción, alborotando los belicosos y a la expectativa los tímidos, pensaron que había llegado la hora de revisar los tratados de 1815 a fin de que Francia recuperara su tradicional frontera en el Rin. El clima existente, en suma, era

inquietante y lo que se veía venir a corto plazo era la guerra. Los emperadores de Austria y Rusia pensaban que solamente aplastando a Francia, semillero de tanta agitación, lograría ponerse fin al sentimiento liberal predominante. El zar Alejandro se negó a reconocer en Luis Felipe al monarca legítimo de los franceses; Fernando VII mantuvo en Madrid al embajador del depuesto Carlos X; en Austria, Metternich refrenaba al emperador y mantenía una actitud de hostil acechanza. Durante medio año, desde septiembre de 1830 hasta marzo siguiente, la alternativa de paz o guerra cirnióse amenazante sobre el viejo mundo.

Entretanto, Luis Felipe mismo se hallaba consternado. ¿Hasta qué peligrosos extremos quería llevarlo su primer ministro? ¿No comprendía el loco de monsieur Lafitte que la voluntad real era gobernar pacíficamente y en buena armonía con sus primos los reyes y emperadores vecinos? ¿A qué el empeño del jefe del *movimiento* de expandir las ideas republicanas, lo que en último término acarrearía la caída de su propio reinado? En vano el hijo del regicida Felipe Igualdad se desgastaba los sesos tratando de explicarse los desorbitados alardes de su presidente del consejo. Y es que él, ni nadie, llegaba a comprender el fondo de apasionado rencor que había en la actitud de Lafitte. Nadie tampoco, salvo los interesados, reparaba que de triunfar la política belicista del *premier*, sus antagonistas caerían para no levantarse más. Y ello, como señala un biógrafo de la dinastía bancaria, porque “*todo el crédito de Europa estaba en la caja de caudales de los Rothschilds; todo su poderío y grandeza se realizaba o se rebajaba con la solvencia o la bancarrota de los gobiernos. Su casa era de materiales combustibles, y la guerra, cuyas primeras víctimas tienen lugar inevitablemente en el sector financiero, la transformaría en humo*”. “Y, querido hermano Salomón —escribía Jaime al hermano de Viena—, tenemos en nuestras manos dieciocho millones en títulos franceses, y si se consigue la paz subirán a 75, y en caso de guerra bajarán a 45. Es lo bastante para volverse uno loco. El sentido común aconseja la paz y,

sin embargo, la idea de guerra gana favor en muchos cerebros”.

Pero el sentido común no prevalece cuando el despecho y la ruina inspiran los actos de los hombres de gobierno. Porque la guerra ocasionaría daños irreparables a los Rothschilds era por lo que el primer ministro de Francia quería prenderle fuego al porvorín. Con sus negocios cada día más ruinosos, Lafitte, como todos los desesperados, veía en el caos su salvación. Con la guerra sucumbirían sus odiados enemigos y con ello podría salir él nuevamente a flote. Y si en último término el estallido de la conflagración habría de aplastarlos a todos, ¡qué inmenso placer el de la venganza, qué satisfacción ver en su propia agonía la ruina de los cinco hermanos causantes de su descalabro!

Pero mientras los cancilleres se desvelaban y los embajadores de una y otra parte iban tejiendo la trama de urgentes negociaciones, los Rothschilds, que habían visto bien de donde venía el peligro, se aprestaron a su vez para abatir al desafortado antagonista. No sólo cada uno de los cinco hermanos trató de influir en favor de la paz haciendo pesar su influencia entre los monarcas con ellos entrampados, sino que Jaime especialmente comenzó a socavar febril la débil base en que se sostenía el crédito comercial de Lafitte. Abrumado de deudas, el banquero parisién lograba evitar su propia hecatombe nada más que por el respaldo que le daba el poder; sus acreedores no lo urgían porque era de buen sentido contemporizar con el presidente del consejo de ministros de su majestad. Por la brecha de su crédito a mal traer arremetió su rival. Haciéndose transferir seguramente los créditos, influyendo con el peso de sus millones en el ánimo de aquellos con que Lafitte estaba en deuda, fue Jaime carcomiendo la plataforma financiera en que aquél se sostenía. Imposible precisar de qué manera astuta y diabólica procedió el Rothschild, pero el hecho fue que en enero de 1831 la casa de banca del jefe del gobierno se declaraba ignominiosamente en quiebra.

No necesitó más Luis Felipe para desahuciar al ministro

y amigo en desgracia; antes de que pasaran dos meses del *crac* financiero de aquél que tanto había influido en su ascensión al trono, lo despedía con la misma fría indiferencia con que se pone en la calle a un sirviente. Casimiro Péricrès lo sucedía en la presidencia del consejo, el que era dueño, a su vez, de una casa de banca. Entonces sí que comenzó verdaderamente, bajo la benevolencia interesada del *rey burgués*, el reinado de los banqueros; o por mejor decir, del más poderoso e influyente de todos, el de Jaime Rothschild.

¡CON QUE suspiro de alivio debió recibir *monsieur Arcós* el término de la guerra financiera, cuyo desenlace, de paso, evitó la conflagración europea! Otra vez comenzó el auge de los negocios en forma que llenó de regocijo a nuestro experimentado agiotista. “Nada puede compararse en toda la historia de la realeza francesa —escribe M. E. Ravage, el biógrafo de los Rothschilds de que anteriormente hemos hecho mención— a la monarquía de julio. Durante diecisiete años dominaron los grandes negocios. Se gobernaba con una *insouciance*, con una desatención cínica del interés público y del bienestar nacional, que hubiese avergonzado a Luis XV. El rey ciudadano, preocupado con las clases a las que debía el trono, entregó el país abiertamente a la alta burguesía. Sabedor de la condición precaria de los tronos en general y del suyo en particular, había determinado que cualquiera que fuese su porvenir, él y su familia no debían pasar nunca apuros. Y conforme con esta idea, siguió una era de especulación, de agiotaje, de corrupción, de la que el rey, la corte, el parlamento, todos y cada uno de los que tenían participación en el poder, disfrutaron con toda libertad y abundancia”.

Por dinero perdió Luis Felipe el decoro al extremo de ver mezclado su propio nombre en un episodio de contornos policiales, cual fue el suicidio con trazas de asesinato del septuagenario duque de Condé, el último de los de su raza. El caso apasionó a Francia entera porque miembros de la nobleza, con las consiguientes interioridades de alcoba, aparecían

mezclados en el *affaire*. Intervino en el caso la policía, pero súbitamente el rey ordenó paralizar la investigación, de resultas de todo lo cual la inmensa fortuna del duque, sospechosamente fallecido antes que alcanzara a modificar su testamento, pasó íntegra a beneficiar al tercero de los hijos de Luis Felipe.

Era sabido que éste retardaba hasta lo último el pago de sus deudas a fin de sacarle el mayor interés a su dinero, y quien se encargó de invertir provechosamente los fondos privados del monarca fue Jaime Rothschild. En pago de estos servicios y de otros de parecida índole, Jaime recibió el título de caballero gran cruz de la Legión de Honor, el mayor galardón que Francia podía concederle a individuo alguno. Se le otorgaron además el monopolio de los empréstitos del gobierno, ventajosísimos contratos y privilegios tales como la concesión y administración de los ferrocarriles del norte del país. "La casa Rothschild —escribía sombríamente Metternich por entonces—, desempeña en Francia un cometido de mayor trascendencia que cualquier gobierno extranjero, con la excepción, quizá, de Inglaterra. Hay razones para ello, de cuya moralidad me permito dudar. El dinero es el gran propulsor en Francia y la corrupción juega un papel importante".

El poeta Heine, alemán y judío como los Rothschilds y humorístico contemplador de los sucesos, escribía a su vez: "Lo que más me agrada es ir al despacho de su casa de banca (la de Jaime), desde donde, como un filósofo, puedo estudiar a las personas, no sólo a las escogidas de Dios, sino las de todas las razas, arrodillándose y rebajándose ante él. ¡Qué manera de doblar el espinazo cual si se tratase de acróbatas! He visto a algunos que al sentirse en presencia del gran barón, son invadidos por un temblor nervioso como si hubieran pisado inadvertidamente un cable eléctrico. Esta oficina es, en verdad, un sitio singular. Lo hace a uno comprender la insignificancia del hombre y la grandeza del Señor, pues el dinero es el dios de nuestra edad y Rothschild es su profeta".

También Ludwig Förne, compatriota y correligionario de

Heine y de Rothschild, satirizaba en un diario de Francfort: "Si Luis Felipe es aún rey el año que viene, se coronará a sí mismo, no en la iglesia de Saint Remy, en Reims, sino en París, en Nuestra Señora de la Bolsa, y Rothschild actuará de arzobispo".

A este nuevo dios de carne y hueso fue a quien ofrendó ahora el tributo de su admiración nuestro *monsieur Arcós*. También fue él próspero devoto del templo bolsístico, en el que logró enormes ganancias. El general inglés Miller, que lo había frecuentado en Chile durante la época en que Arcos era oficial de ingenieros, decía de él por aquel tiempo: "Actualmente vive en París con el lujo y la ostentación de un príncipe, al mismo tiempo que conserva la mezquindad de un avaro judío. Su preciosa esposa, chilena sumamente apreciable, hace un chocante contraste con la extraña mezcla de avaricia y orgullo de su marido".

Así como el *faubourg* de Saint Germain era entonces el barrio donde residía la nobleza, el de la Magdalena albergaba a la nueva casta de banqueros y bolsistas. Vivió allí seguramente nuestro flamante magnate, rodeado de cuánto el confort y la opulencia podían ofrecerle. Se sabe que algunos chilenos, Blanco Encalada y Borgoño entre ellos, frecuentaron su morada. Exquisitos manjares y vinos escogidos harían gratas las veladas durante las cuales los visitantes, sus antiguos compañeros de armas, daban noticias de la patria distante. ¡Con qué avidez escucharía Isabelita Arlegui pormenores de la vida santiaguina y noticias de sus amigos y parientes! El marido, en cambio, se impondría sin mayor pesar de la suerte de los personajes que en Chile frecuentara. O'Higgins se consumía de pobreza y nostalgia en el Perú. Freire vagaba mundo traviesa en una vida trashumante de aventuras y sobresaltos. Bajo la rígida férula de Portales, aparecían reducidos a la nada otros héroes de la epopeya emancipadora: Prieto, el presidente sin iniciativas, dejando hacer a su todopoderoso ministro; Las Heras, Pinto, Lastra y tantos otros, sin paga y desvaída

la aureola de su gloria. San Martín viviendo a pocas horas de París, falto de dinero y de esperanzas. ¡Qué pequeño mundo de próceres sin destino aguardando en lo misérrimo de su presente la hora todavía distante del bronce! Entonces, envuelto en las nubes aromáticas de su habano, *monsieur Arcós* meditaba y comparaba la trayectoria de aquellos soldados oscuros y perseguidos con la suya propia. De cuántos actuaron en la independencia de Chile él era el único próspero, rico y de seguro porvenir. Allí estaban su casa principesca, su fastuoso menaje, su platería. Allí también su esposa aristocrática que oía misa los domingos en Saint Germain de Pres, en la grata vecindad de princesas y duquesas. Allí sus cuatro hijos que frecuentaban los mejores colegios, en los cuales era posible hacerse de amistades que más tarde podían serles provechosas.

Pero más atento que a aquellas preocupaciones lo estaba *monsieur Arcós* a sus propias y florecientes actividades. Comprar y vender acciones era su pasión; como socio de casas de banca, prestar dinero al rico para que con él hiciese más dinero era su negocio; estar atento a las apasionantes alternativas de la oferta y la demanda le causaba el más embriagador de los placeres. Agrandar día a día su fortuna, invertir en mil sorprendentes nuevas empresas sus ganancias, he ahí el objeto deslumbrador de su vida.

Prosperaba por aquél entonces en Europa una nueva revolución, la que traía maravillado al antiguo revolucionario: la revolución industrial, que habría de darle nueva faz al planeta y que transformaría desde sus cimientos las bases sobre las que estaba asentada la sociedad. Un vértigo de progreso, una ininterrumpida sucesión de inventos y descubrimientos se iban sucediendo. En treinta años el mundo había progresado más que en treinta siglos. Se acortaban las distancias, se multiplicaban los medios de comunicación; industrias hasta ayer desconocidas daban nueva configuración a los pueblos; había más actividad, más trabajo y gracias a tales progresos una nueva casta, la del inversionista, estaba en vías de con-

vertirse en supeditadora de reyes, en la verdadera fuerza pujante y triunfadora del porvenir.

No era como antes, como cuando los comerciantes de Venecia traficaban con tangibles productos de la tierra o con los que eran acarreados desde el Asia en interminables caravanas y a costa de enormes riesgos. No era como en la época de los Médicis, cuyo peligroso comercio era prestar dinero a los príncipes, los que cancelaban sus préstamos sólo si salían triunfantes de la guerra. Ahora era distinto: se formaban sociedades industriales gigantestas que emitían acciones mediante las cuales se ganaba un dinero seguro y copioso. Sin conocer siquiera las fábricas o yacimientos ubicados en otros países; sin tener idea de cómo producían sus telas los establecimientos de Manchester o Silesia; careciendo de la menor noción de cómo se ponía en marcha la nueva maravilla, la locomotora de ferrocarril, o de la forma en que accionaban las máquinas de un barco a vapor, podían hacerse enormes utilidades. Ignorando el proceso mediante el cual el gas de alumbrado daba claridad de sol a ciudades ubicadas a cientos y miles de leguas de distancia, se podían cobrar los bien rentados dividendos. Ningún trastorno revolucionario más productivo que éste de la era industrial en permanente progreso y del cual se obtenían beneficios con sólo ir de mañana y tarde a la bolsa a seguir la marcha siempre ascendente del mercado. Sí; no podía quejarse *monsieur Arcós* de su idea de haber abandonado la aún colonial América española para radicarse en París, la capital del mundo, en donde el barón de Rothschild era el cabecilla de la sorprendente revolución y los inversionistas, él entre ellos, sus soldados victoriosos.

EN EL AMBIENTE principesco y fastuoso de que nos dá cuenta el general Miller fuese desenvolviendo la vida de los cuatro hijos de Arcos. Barros Arana dice que recibieron "una esmerada educación de corte", la que no pudieron adquirir sino en los planteles más aristocráticos como eran los colegios San Luis y Enrique IV, educación que comprendía los ramos más

indispensables del saber, además de aquellas artes que hacen de los hijos de familias adineradas verdaderos hombres de mundo. Así, exquisitamente educados y de buena presencia, ricos y emparentados por su madre con principales familias españolas, un porvenir esplendoroso se presentaba ante ellos.

Ostentoso a pesar de su avaricia, no escatimó el viejo Arcos lo necesario para atender a las necesidades y a los gustos de sus hijos, pero cuando éstos entraron en la edad de la adolescencia, quiso endilgarlos en las actividades de su especialidad. Serían banqueros como él, magnates de la bolsa, verdaderos señores de la nueva heráldica del dinero.

Pero ¡ay! está visto que si bien se heredan los bienes de los mayores, no siempre sucede lo mismo con el talento y la función creadora. Antonio, el mayor de los Arcos Arlegui, fue bolsista y banquero como su progenitor, pero sin vuelo, sin esa confianza en sí mismo que asegura el éxito; carecía de la intuición de su padre y de su privilegiado y exitoso cinismo. De los dos siguientes, Francisco Javier y Domingo, ningún destello de personalidad los hizo distinguirse del montón. Durante la vida del padre vivieron mansamente sometidos a su férula, para llevar después de su muerte una existencia opaca y sin sobresaltos al resguardo de la copiosa fortuna heredada.

Solamente Santiago Mariano del Carmen fue el hijo con tamaz y sin asidero. No se distinguió en sus estudios, no siguió una carrera universitaria. Como bien dice de él Vicuña Mackenna, fue un diletante ávido de curiosidades que incurrió por los variados campos del conocimiento sin profundizar en ninguno. Para una sola cosa el hijo menor mostró desde su adolescencia tesonero ahinco: rebelde a la influencia paterna en lo que a los negocios se refiere, nunca quiso interesarse ni menos dedicarle su tiempo a las empresas comerciales de la familia. Sin saber de su progenitor otra cosa que sus éxitos económicos, un delicado refinamiento espiritual heredado de su madre lo hizo distanciarse de él. No estaba entonces en edad de juzgar al autor de sus días, pero la sordidez de éste repugnaba al muchacho, su grosero materialismo lo ha-

da rehuir su contacto. Una evidente dualidad de su carácter fue a la vez la justificación y la tragedia del futuro socialista: necesitando del dinero de su padre, el que éste le daba quemábale las manos, aunque érale imprescindible al mismo tiempo para disfrutar de su vida regalada y ociosa.

Pero a la edad de veinte años —que cumplió Santiago Arcos en la primavera europea de 1842—, derrochaba alegremente el peculio paterno sin inquirir aún el origen de su procedencia. Comenzó a participar en la existencia esplendorosa de París, frecuentó los teatros, el bajo mundo de las grisetas, los medios donde brillaban las luminarias del arte. Eran los tiempos en que Balzac, Víctor Hugo, desenvolvían sus alucinantes trayectorias; los días en que Baudelaire, Teófilo Gautier y Barbey d'Aureville, más que de sus talentos se enorgullecían de sus llamativos chalecos; la época en que Listz y Chopin, dos extranjeros, cautivaban a París con su virtuosismo. Pintores famosos como Delacroix, Corot, Horacio Vernet e Ingres ganaban fortunas con sus telas, al mismo tiempo que otros, Courbet el más señalado, pugnaban en su pobreza por buscar nuevas formas de expresión sin importarles su misérrima existencia en las bohordillas del Barrio Latino. La divina Rachel, alta, pálida, sensitiva, enloquecía a los públicos representando *Fedra* en el escenario de la Comedia Francesa, al mismo tiempo que Lola Montes, escandalizaba en París y en todo lugar donde se presentara. Amante sucesivamente del zar de Rusia, de Leopoldo de Bélgica, de Franz Listz, de Federico Guillermo de Prusia y de Luis I de Baviera que perdió el trono por culpa suya, Lola resumía como nadie la licencia y el derroche de aquellos años pródigos en dinero y en sensaciones.

Pero el adolescente Santiago Arcos estaba poseído de una inquietud que nunca le permitiría fijar su humanidad en ningún sitio ni su mente en determinado afán. Viajó entonces por Italia; estuvo en Inglaterra, cuyo idioma aprendió a la perfección; pero la mayor parte de su tiempo y de su afecto lo compartió entre Francia, el país donde había crecido, y España, tierra natal de su padre y donde su abuelo materno, el

obispo Rodríguez Zorrilla, había fallecido no hacía aún muchos años.

VENÍA saliendo la península de la guerra carlista, guerra muy a la española en la que por ambos bandos hubo saqueos de conventos, asesinatos de curas y monjas, incendios, exterminios... y canciones. Porque los españoles, entonces y como siempre, se destrozaban entre sí sin perder el buen humor. Durante la invasión de Bonaparte los patriotas empuñaban a la vez el fusil y la guitarra, y los gritos de dolor se veían apagados por la alegre intención de sus coplas:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Así también en 1840. Cuando en abril de aquel año entraba a Madrid Isabel II —reina de diez años cuya consolidación en el trono le costaba tres años de guerra contra el pretendiente don Carlos, 140.000 hombre y veintiún millones de reales—, en medio de la alegría general, el pueblo la recibió cantando bajo sus ventanas la siguiente rondalla:

Cuando comenzó el diluvio
todos estaban alegres
y unos a otros se decían:
¡qué buen año va a ser éste!...

Como era España era el mozalbate Santiago Arcos, chileno por casualidad, pero español, o por mejor decir andaluz en cada fibra de su alma. Andaluz eran su buen humor, su chispeante ingenio, su alegre y a la vez resignado fatalismo. La tierra de sus mayores lo cautivó y siempre volvería a ella cuando las circunstancias se lo permitieran. El calavera precoz se sentía a sus anchas allí donde la reyecía había sido una

alegre calaverada desde la época de Carlos IV. Nunca ha quedado suficientemente en claro si Isabel II fue nieta de aquel monarca o de Manuel Godoy, el amante de María Luisa. A su vez María Cristina, la esposa de Fernando VII, a los tres meses de haber fallecido éste se había casado con su amante el plebeyísimo Fernando Muñoz, razón por la que hubo de renunciar a la regencia. Sesudamente discriminaron los consejeros de la corona que si bien la Reina Madre estaba en condiciones de gobernar a España durante la minoría de edad de su hija, había impedimentos de toda índole para que la *señora Muñoz* asumiera tan decisivo papel. De ahí el ascenso de Espartero y los pronunciamientos militares que se siguieron. De ahí también que Isabel continuara por la senda del adulterio como sus reales madre y abuela. Casada a los 16 años contra su voluntad con su primo Francisco de Paula, mozalbate afeminado e histérico al cual llamaban *la Paquita*, seis meses después de su boda Isabel se liaba con el general Serrano, al que ella, sin el menor tapujo, llamaba en público el *general bonito*.

Había una cierta lógica en el desenlace de la guerra carlista: después de dos siglos y medio, Goya se había impuesto al Greco. Ya había dejado de ser la España sombría y frailuna de Felipe II; se iban ahora con el pretendiente don Carlos los contornos trágicos y los rostros austeros que pintara Theotocopuli y de los que habían sido reciente expresión Zumalacárregui y el Tigre del Maestrazgo. La España goyesca, plena de color, quedaría vigente con sus pilluelos alegres y desarrapados, con sus damas de amplios escotes, con los *caprichos*, los *disparates* y los toros en las plazas calcinadas de sol.

Seguramente que en la mansión parisién de los Arcos Arlegui se leían los relatos que desde un tiempo atrás enviaban desde España Teófilo Gautier y Próspero Merimée. Todavía éste no había dado vida a su fogosa Carmen ni a su cohorte de contrabandistas, pero el uno y el otro se sentían ya embrujados con el arte de la tauromaquia y sus relatos llegaban a Francia exaltando las peripecias de los lidiadores. El más gran-

de de los toreros era Francisco Montes, al cual, durante una corrida, según refiere Gautier, "una muchacha guapa le dice, echándole un beso:

—“Vamos, señor Paquito, usted que es tan amable, haga una cosita para una señora.

“Y Montes salta por encima del toro, poniéndole el pie en la cabeza, o agita la capa delante del hocico, se envuelve en ella con movimiento brusco, y dando un salto burla al toro, que lleva demasiado ímpetu para detenerse”.

Otros de los ases del toreo eran Chiclanero, Morenillo, y acababa de morir el legendario Francisco Sevilla, al que Merimée retrata como un rejoneador tan posesionado de su infalibilidad que “cuando se presentaba delante de un toro se indignaba de que la bestia no le tuviese miedo.

—“¿Es que no me conoces —le gritaba, furioso, y no tardaba en demostrarle con quién se las había”.

FUE EN Madrid y en Granada que Santiago Arcos tuvo oportunidad de trabar amistad con una familia que años más tarde saltaría al primer plano de la actualidad europea. Al igual que Antonio Arcos, el jefe de este hogar andaluz había combatido del lado de los franceses durante la invasión napoleónica, debido a lo cual se vio obligado a refugiarse durante largos años en París. Pero más tarde pudo regresar con los suyos a Granada, donde ocurrió un suceso que la casual protagonista relataría seguramente a su amigo santiagoño.

—A los cuatro meses de venir yo al mundo desencadené un terremoto en Chile, mi país natal—, informaría jocosamente el mozo refiriéndose al *temblor grande*.

—Pues —debió haber sido la respuesta de su chispeante interlocutora—, yo provoqué otro mayor en el momento mismo en que nació.

Efectivamente, Eugenia de Montijo, hija de los condes de Teba, vio la luz en tales circunstancias. Cuando en mayo de 1826 la condesa su madre estaba en trance de alumbrar, sintióse un temblor de tal intensidad que hubo de trasladarse

a la parturienta al jardín de su casa, bajo una tienda. No cesaba aún el fenómeno cuando vino al mundo la que veintiséis años más tarde sería emperatriz de los franceses.

Que durante los años juveniles hubo cordiales relaciones entre ambas familiar lo confirma el hecho de que el segundo o el tercero de los Arcos Arlegui obtuvo un cargo en la corte de Napoleón III. Y solamente relaciones menos rigurosas que las impuestas por la etiqueta pudieron dar lugar a la escena que se produjo entre la emperatriz y Santiago Arcos cuando aquélla estaba en el apogeo de su deslumbrante trayectoria, escena que en su debido lugar relataremos. ¿Y sería aventurado relacionar la amistad adolescente de Eugenia con el fundador de la Sociedad de la Igualdad al recordar que en cierta ocasión ella declaró al diputado Ollivier que había sido socialista en sus años mozos?

VEINTE AÑOS después de haberse instalado en París, *monsieur Arcós* poseía el aire satisfecho del triunfador y la seguridad en sí mismo de quien tiene inversiones seguras y rentas a destajo. El vigor no le había disminuido ni menos su ambición, pero, si lo quería, bien podía retirarse de los negocios sin mengua de su fortuna. El antiguo oficial de ingenieros del Ejército de los Andes había perdido el gallardo talante y la airosa apostura. Había engordado y sus contornos eran lo que convenían a un banquero adinerado. Con segura y autoritaria voz alardearía ante los suyos de sus éxitos, de su aguda visión comercial, del poder omnímodo que representa el dinero. Guardaría silencio Isabel Petronila y respetuosos asentarían los tres hijos mayores ante sus afirmaciones perentorias.

No así Santiago Mariano del Carmen. Un sentimiento todavía inconcreto pugnaba por consolidarse en su interior. No obstante la frivolidad inherente a su carácter escarabajeaban en su mente difusas sensaciones que alteraban su natural despreocupado, y de regreso a casa tras de sus diarias correrías por las calles de París, un creciente desasosiego lo atormenta-

ba. Había atisbado en los barrios bajos viviendas miserables, ropas andrajosas, hombres, mujeres y niños en cuyos rostros la miseria y la fatiga ponían su sello inconfundible. Entonces el mozo de veinte años experimentaba, ¡qué tontería! algo así como el remordimiento y la vergüenza de ser rico.

T i e m p o s d e r e v o l u c i ó n

EN 1840 fue leída en la Academia de Ciencias Morales de París una memoria que comenzaba con éstas palabras: "Si tuviese que contestar a la pregunta *¿qué es la esclavitud?* y respondiera: *Es el asesinato*, mi pensamiento se aceptaría de inmediato. No necesitaría de grandes razonamientos para demostrar que el derecho de quitar al hombre el pensamiento, la voluntad, la personalidad, es un derecho de vida y muerte, y que hacer esclavo al hombre es asesinarlo". "¿Por qué, pues, —proseguía el ensayo— no puedo contestar a la pregunta *qué es propiedad*, diciendo concretamente la *propiedad es el robo*, sin tener la certeza de ser comprendido, a pesar de que esta segunda afirmación no es más que una simple transformación de la primera?" Y líneas más adelante la memoria agregaba: "¡La propiedad es el robo! ¡Es aquí el toque de rebato! ¡La turbulenta agitación de las revoluciones!"

Quiénes oyeron en dicha oportunidad la coruscante fraseología se encargaron de esparcirla; al cabo de un tiempo el nombre de Pedro José Proudhon y su sentencia la *propiedad es el robo*, andaban en boca de todo París, luego se expandían a través de Francia y saltaban por fin más allá de las fronteras.

Es de rigor suponer que el latigazo revolucionario restalló también en la mansión de los Arcos Arlegui y que, como en todos los hogares pudientes, se le condenara. El viejo Arcos debe haber irrumpido en iracundas expresiones. El seguía siendo republicano, ¿pero qué clase de sujeto era el tal Proudhon que así atentaba contra el sagrado derecho de los demás? ¿Era que el trabajo de toda una vida y la capacidad para los negocios no debían ser recompensados? ¿Resultaba cuerdo suponer que cualquier pelafustán vago e inútil compartiera los bienes que con su propio esfuerzo él se había procurado? ¡Al

diablo con esa gentuza que andaba propalando tales absurdos! ¡Su Majestad Luis Felipe debía tomar medidas contra ella!

El "toque de rebato" quedó tintineando, sin embargo, en los oídos del hijo menor. La propiedad es el robo. ¿Qué clase de propiedad? No solo la territorial, seguramente. También serían robo la propiedad del dinero inmoderado, del bienestar llevado al exceso, de las arcas de caudales repletas de títulos de renta, de acciones industriales, de joyas. Leyó indudablemente Santiago Arcos el libro *¿Qué es la propiedad?* y encontró en él no solamente una brillante argumentación, sino también pasajes que perduraron en su imaginación. "Propiedad y sociedad son conceptos que se rechazan recíprocamente; es tan difícil asociarlos como unir dos imanes por un mismo polo; por eso, o la sociedad mata a la propiedad o ésta a aquella". "La vida es un combate, pero no del hombre contra el hombre, sino del hombre contra la naturaleza". Se impuso también de la lata nomenclatura del robo que contenía la obra, y un calofrío le heló la espalda, porque en ella estaban expuestas con crudo realismo las actividades de su padre: "La definición del comercio es bien conocida, —decía Proudhon—: es el arte de comprar por tres lo que vale seis, de vender en seis lo que vale tres". Y luego: "La distinción del banquero y del usurero es puramente nominal; como el usurero que presta sobre muebles e inmuebles, el banquero presta sobre papel moneda u otros valores corrientes y como el usurero cobra el interés por anticipado; como el usurero, conserva su acción sobre el prestatario si la prenda parece". "En cuanto a los capitalistas que colocan sus fondos ya en el Estado, ya en el comercio, a tres, cuatro o cinco por ciento, es decir, que cobran una usura menor que la de los banqueros o usureros, son la flor de la sociedad, la *crème* de los hombres de bien. La moderación en el robo es toda una virtud".

De golpe se rasgaron las brumas que hasta entonces obscurecieron la mente del muchacho. Ahora comprendió el por qué de su creciente desazón y la causa por la cual, empecina-

damente, se había resistido a participar en los negocios de su padre. ¿Cómo no había comprendido antes cuanto había de reprochable en que los bienes fuesen acaparados por unos pocos mientras la mayoría se debatía en la miseria? Se dio a conocer entonces las obras de otros autores socialistas y a frecuentar su compañía. Vicuña Mackenna y Barros Arana nos informan que leyó a Saint Simón, a Owen y que perteneció a las sociedades secretas socialistas. En estos centros —frecuentados también por Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar— estuvo cerca de Blanquí, de Leroux, de Fourier, de Luis Blanc, del propio Proudhon. Y no es de extrañar que alguna vez asistiera a las ardientes polémicas que sostuvieron este último y un intratable alemán de cerrada barba llamado Carlos Marx. Marx llegó a París en 1843 —Santiago Arcos tenía entonces veintiún años— y de inmediato quiso conocer a Proudhon, de quien apreciaba "la potente musculatura de su estilo". "En el curso de las largas discusiones que se prolongaban a veces toda la noche, —escribiría Marx— le infecté, con gran perjuicio suyo, de un hegelianismo que Proudhon no podía profundizar por su ignorancia del alemán".

Pero más que la apretada dialéctica del teutón atraían al impresionable mozalbete los utópicos de la nueva postura. Etienne Cabet había escrito su novela *Viaje a Icaria*, hija de la *Utopía* de Tomás More, en la cual el autor soñaba con una confraternidad humana sin problema, sin violencias y donde las bajas pasiones se desleían en un ambiente idílico. Fourier soñaba con sus falansterios, en los cuales todos trabajarían en hermandad exenta de conflictos. Como discípulo del anterior, Luis Blanc propiciaba la organización del trabajo con auxilio del estado, a fin de que los obreros se viesan libres de la tiranía patronal.

Se impuso también Santiago Arcos en ésta su apasionante incursión por los campos del socialismo (la expresión fue empleada por Cabet antes que por ninguno otro), si no de toda la obra, por lo menos de lo más imperativo del credo de Saint Simón, y que éste resumiera así: "Queremos la abolición de

todos los principios hereditarios, sin excepción; de la emancipación de los trabajadores y la cesación de la falta de trabajo que los roe y consume; queremos que el que siembra recoja, que el fruto de las clases productoras no lo devoren las clases ociosas que nada hacen, saben ni aman sino a sí mismas; queremos un orden social completamente fundado sobre este principio: *a cada uno según su capacidad y a cada capacidad según sus obras*". Esta última sentencia quedó resonando también en los oídos de Carlos Marx, que se la apropiaría incluyéndola en su obra futura con alguna mutación. Igualmente Santiago Arcos, y Marx, leyeron el *Manifiesto de la Democracia* de Víctor Considerant, aprovechado en muchos de sus acápites en el manifiesto comunista de 1848 y del que también saldría, aunque irreconocible, la carta que Arcos le envió a Bilbao en 1853. Y junto a estos estudiosos soñadores estaban Bazard, Fernando Lesseps y ese estrafalario *padre* Enfantín que hacía que los miembros de su cofradía usaran chalecos abotonados a la espalda a fin de que aun en el menester de abrochárselos tuvieran que ayudarse unos a otros. Seguramente que Santiago Arcos trató también por aquella época en París a Flora Tristán, la peruana que en 1843 publicó *La Unión Obrera*, "el que puede considerarse como el primer programa práctico para la organización del proletariado", dice Marx.

No fueron, pues, vanos los años en que el elegante hijo del millonario *monsieur Arcós* frecuentó a los artífices que se empeñaban a construir un mundo nuevo: sabía al menos la razón por la cual el ser rico parece ser también un delito.

CUANDO en el penúltimo decenio del siglo XVIII el inglés Edmundo Cartwright aplicó la fuerza del vapor a los telares y a las máquinas de cardar, no pensó que sus, al parecer, modestos artefactos, iban a ser el fundamento de las más grandes mutaciones que iba a experimentar el conglomerado humano durante su curso de milenios.

La mecanización de los textiles trajo de inmediato la

creación de fábricas que, en Manchester antes que en ninguna otra parte, se desarrollaron en creciente empuje de progreso. Pero junto con ello los artesanos, que hasta entonces laboraban trabajosamente las telas con sus propias manos, vieron que las nuevas y endemoniadas máquinas producían mejor, más rápidamente y más barato que los telares con que ellos y sus abuelos venían trabajando desde la Edad Media. La competencia era imposible; la lucha de los hombres contra las máquinas parecía una lucha de pigmeos contra gigantes. Así, en 1793, los artesanos ingleses elevaron al parlamento un memorial que llevaba 50.000 firmas, en el que se pedía la prohibición de los telares y las cardadoras mecánicas. Petición tan desesperada como absurda: imposible que por consideraciones de orden sentimental se le pusiera tope al progreso. El petitorio fue rechazado y, en desquite, los damnificados incendiaron 400 telares Cartwright.

De nada les valió el recurso. Al cabo de corto tiempo Manchester se convertía en el primer centro industrial de la nueva época y allá tuvieron que llegar, vencidos y sumisos, los artesanos faltos de trabajo. Para muchos no hubo empleo; para la inmensa mayoría no hubo tampoco albergue: la ciudad no se hallaba preparada para recibir a centenares de miles de personas en un corto período de meses, por lo cual los obreros y sus familias tuvieron que cobijarse en cualquier parte y como pudiesen. Muchos cavaron cuevas bajo tierra y allí se refugiaron; otros, los más afortunados, levantaron miserables viviendas hechas de desperdicios, y para que el cuadro resultara todavía más desolador, los salarios que percibieron fueron inhumanamente bajos.

En Francia aconteció algo semejante. Hacia 1834, en Lyon, los que trabajaban en las hilanderías de algodón desgastaban rápidamente su salud accionando con sus brazos las pesadas maquinarias. En la industria del lino se trabajaban doce y catorce horas por día con el agua hasta los tobillos. La tuberculosis y el reumatismo hacían estragos, y lo que se les pagaba a los trabajadores apenas sí les permitía seguir subsistiendo.

Vino la huelga, intervino el ejército y durante cuatro días tronaron en Lyon los cañonazos; hubo muertos por centenares, heridos por miles, cárceles y relegaciones. Sin embargo, diez años más tarde, a través de encuestas realizadas por Lavedan en *Democracia Pacífica*, se comprobó que los hombres ganaban en la industria textil francesa hasta dos francos diarios; las mujeres, uno; los muchachos de trese a diecisiete años, 0,75 centavos; los niños de ocho a doce, 0,45. El trabajo fabril había retrotraído al ser humano a la esclavitud.

Fue así como en Inglaterra, en Francia, en Alemania, filósofos y políticos se preocuparon del problema y que los trabajadores empezaran a reclamar con el puño amenazante lo que les negaba el egoísmo patronal. Resucitaba un problema de siglos, porque dos mil años atrás había dicho Cicerón que se diera a cada uno lo que le corresponde.

Todo esto fue viendo y aprendiendo Santiago Arcos. Su espíritu se sublevó ante la confrontación de los excesos y comprendió que la revolución industrial que tanto regocijaba a su padre y le producía tan fabulosas y fáciles ganancias tendría una réplica que él veía venir: la revolución social. En su propio hogar Santiago Mariano del Carmen puso sobre el tapete el problema, su padre lo contradijo y así quedó planteado en pequeño el conflicto, del que veremos más adelante su desenlace. Pero mientras éste llegaba, en la mente del joven socialista golpeaba como martillazo el ritmo de la cantinela: ¡la propiedad es el robo! ¡la propiedad es el robo!...

EN EL MES de febrero de 1845 llegaban a Francia tres jóvenes chilenos, el futuro de uno de los cuales quedaría ligado a la amistad que desde su arribo a París entablara con Santiago Arcos. Los recién llegados eran los hermanos Francisco de Paula y Manuel Antonio Matta, pertenecientes a una acaudalada familia de Copiapó, y un mozo alto y de aspecto soñador llamado Francisco Bilbao. Escasos años de diferencia separaban a los integrantes del flamante grupo: Francisco de Paula Matta tenía veinticuatro años; lo seguía Arcos con veinti-

tres; Bilbao era un año menor que éste y Manuel Antonio Matta no llegaba aún a los veinte.

Como era la primera vez que el menor de los Arcos Arlegui frecuentaba a compatriotas de su misma generación y los recién llegados eran, según parecía, espíritus despiertos, quiso el joven parisién saber por ellos noticias de Chile. ¿Cómo se vivía en su patria distante y desconocida? ¿Qué se pensaba en ella en cuestiones de política? ¿Se estaba al tanto en Santiago de cuánto acontecía en Europa y de las inquietudes que agitaban al viejo mundo? Oyó hablar entonces de Andrés Bello y de Ignacio Domeyko, cuyos esfuerzos hicieron posible que se creara la Universidad de Chile; supo de los argentinos Sarmiento y Vicente Fidel López, asilados en el país para escapar a la dictadura de Rosas, los que daban ímpetu y vigor al pensamiento literario santiaguino. Le contaron de cómo los liberales vivían aplastados desde la época en que Portales aventólos con un sólo ademán de su mano voluntariosa y que ahora eran los "retrogrados" pelucones los que gobernaban. Se le dijo que por primera vez se publicaba en Santiago un verdadero diario, *El Progreso*, y que bajo la dirección de José Victorino Lastarria, los jóvenes con inclinaciones literarias y progresistas tenían en el periódico llamado *El Crepúsculo* un medio para publicar sus producciones.

Junto con la mención de *El Crepúsculo* vino a imponerse Santiago Mariano del Carmen de que Francisco Bilbao llegaba a París tocado con las aureolas de mártir y de héroe popular. El 1º de junio del año anterior había publicado Bilbao en dicho periódico su primer trabajo llamado *Sociabilidad Chilena*, y, en él, criticaba el aprendiz de sociólogo los usos, las costumbres y los vicios coloniales de su patria; fustigaba sin piedad al sacerdocio católico que, en opinión del autor, había desnaturalizado la religión; protestaba este adolescente soltero y de veinte años contra la subordinación en que mantenía a la mujer el matrimonio, y por fin advertía que si no se reconocían al pueblo sus derechos, éste los haría prevalecer por su propia mano.

Sociabilidad Chilena, que en un principio despertó en Chile poca o ninguna atención, pasó a conmover la opinión pública cuando *La Revista Católica* tronó contra ella. Las autoridades eclesiásticas, refrenadas en su primer impulso de excomulgar a Bilbao, ordenaron predicar en los púlpitos en contra del opúsculo y de las ideas que en él se exponían, y hasta en los colegios seculares fue de obligación refutar las teorías del adolescente.

Pero no paró ahí el encono: el autor y su libelo fueron llevados a los estrados judiciales y acusados por los delitos de blasfemia, sedición e inmoralidad. El proceso consiguió lo que no había logrado el escrito: convertir en el personaje del día al autor. Unos lo atacaron, lo defendieron otros, y como estos últimos eran alborotadores por naturaleza, las calles de la adormilada capital chilena se conmovieron a los gritos que vivaban al perseguido y de mueras al "oscurantismo". El jurado eximió a Bilbao del cargo de sedicioso, pero lo condenó a pagar una multa por los delitos de blasfemo e inmoal; si no pagaba la multa, dictaminó la resolución, el culpable iría a la cárcel. Frente a la puerta del juzgado del crimen (ubicado en la plaza de armas, donde hoy se encuentra la municipalidad), una multitud enardecida reunió el dinero, pagó la multa y salió con la víctima en andas por las calles del centro.

Pero hubo más. Cuatro días después de dictado el veredicto, el fiscal pedía que al panfleto causante de tanto alboroto se le condenara a la destrucción pública. Como el juez adujera que no había leyes que dispusieran pena semejante, recurrió el fiscal a la corte suprema, la cual exhumó una Ley de Indias, reproducción de una real cédula de Felipe III expedida en 1609, con lo cual pudo lograrse que el herético escrito fuese incinerado por mano del verdugo.

—Yo defendí a Francisco en el diario *El Siglo* y quise servirle de abogado durante el proceso, pero mi padre lo impidió —explicaría Francisco de Paula Matta al compatriota residente en París.

—De manera que vosotros estáis aquí como exilados —respondería con su permanente gracejo el hijo del gallego.
—Eso mismo.

BILBAO y los Matta frecuentaron los planteles educacionales de la capital francesa. Estudiaron astronomía con Arago; geología y química con Dumas, y en el Colegio de Francia asistieron a los cursos de historia que dictaba Michelet, como también a aquellos en que Quinet disertaba sobre el cristianismo y la revolución francesa. Bilbao, —el único de la exaltada cofradía— era pobre y necesitaba ganarse la vida para subsistir. Vivió en una buhardilla del barrio latino y su tiempo libre lo dedicó a hacer clases de español. Pero le quedaban, sin embargo, ratos desocupados para dedicarlos a sus tres amigos. Pasaron interminables horas juntos visitando lugares históricos y charlando. Para los recién llegados París era el santuario de la revolución francesa: allí se había alzado la Bastilla; se conservaba intactas la torre del Temple y la *Conciergerie*, donde según la leyenda se llevó a cabo la última cena de los girondinos; nada habían variado las callejuelas lóbregas del faubourg. *Saint Antoine* y del barrio de San Marcelo que frecuentara Marat. ¡Inigualable placer el de realizar la peregrinación recordatoria! De las evocaciones se pasaba a los temas que los apasionaban, especialmente a aquel en que los cuatro estaban de acuerdo: el de la libertad de conciencia. Bilbao, lector de las novelas de Jorge Sand, se aferraba a las teorías lamennesianas que por entonces apasionaban a la escritora, y los Matta, librepensadores, entreveían la posibilidad de crear en Chile un nuevo partido político que planteara la lucha religiosa como una de las necesidades de la época. De los cuatro del grupo, solamente el más joven, Manuel Antonio Matta, llegaría con los años a ser un completo hombre de estado y uno de los fundadores en Chile de un partido político de avanzada, el radical. Francisco de Paula habría de morir en Lima nueve años más tarde, abatido por la fiebre amarilla y cuando su porvenir se presentaba promisorio. Por lo que hace a Arcos y a Bil-

bao, tendrían un breve y fulgurante destello para desaparecer después, envuelto el segundo en una aureola romántica e inmerecida, y olvidado Arcos en el tráfigo de una vida que nunca llegó a satisfacerle.

DESPUÉS de algunos meses los hermanos Matta partieron a Alemania, donde seguirían estudios de filosofía, política y literatura, mientras Arcos y Bilbao continuaron sus relaciones en París. El primero quiso saber más acerca de las inquietudes políticas del autor de *Sociabilidad Chilena*. ¿Había leído a Proudhon, a Luis Blanc, a Saint Simón? No; no le interesaban estos autores. Despertaban su atención su profesor Quinet, quien analizaba con rigurosa meticulosidad los fundamentos del cristianismo; también había frecuentado ahora último a Pierre Leroux, el que predicaba una confortante solidaridad entre los hombres.

—Pero mi maestro es Lamennais.

¿Lamennais? Arcos recordaba vagamente a este sexagenario que rompiera años antes con la iglesia y que ahora, olvidado de todos, seguía abogando por un neocristianismo en el que nadie reparaba. ¿Nadie? Ahí estaba él, Bilbao, que era su discípulo, y en cuyo honor había compuesto una oración que dio a conocer a su amigo: “Hombre sublime, la indiferencia te proclama... Maestro amado, osaste y el mundo escuchó. Distinguió tu voz entre las voces y el mundo dijo: he aquí un hombre como teniendo autoridad... Lamennais fue la palabra. El mundo escuchó. Todas las potestades se inclinaron, desde los sabios hasta la Iglesia Romana, desde los pueblos hasta los reyes. Hubo como una respiración celeste que alivió el pecho oprimido de las gentes. El siglo se levantó para interrogar a ese hombre”.

Mientras oía el alucinado lenguaje, Santiago Mariano del Carmen contemplaría asombrado a su reciente amigo. ¿Qué clase de místico era este mozo de expresión lejana, de claros ojos azules y de amplia frente que, al parecer, a su dueño no le parecía tanto porque, como observara más tarde Vicuña

Mackenna “solía raparse a navaja las entradas de las sienas para dar más relieve a su cabeza?” ¿Cómo era posible que quien empleara expresiones que querían ser profundas, pero que eran nada más que incoherentes hubiese soliviantado a Chile entero con sus escritos? Suavemente, como debe hablársele a un poseso, debe haberle dicho el cáustico parisino a su amigo:

—Francisco, ¿si me dejaras leer tu *Sociabilidad Chilena*?

IDÉNTICO lenguaje pomposo y a veces ininteligible y disparatado contenía el panfleto incinerado en Santiago: “La Iglesia necesita incienso, pompa, candelabros, campanas que asustan, ornamentos que aterran, oro, plata, cobre; necesita el sostén del clérigo y de la comunidad, que no pueden trabajar sino estudiar para la interpretación; luego el pueblo tiene que dar diezmos y primicias de su trabajo”. Si, aquella filípica contra los frailes estaría bien si Bilbao hubiese empleado expresiones menos bombásticas. Arcos siguió leyendo: “La mujer está sometida al marido: esclavitud de la mujer. Pablo, el primer fundador del catolicismo, no continuó la revolución moral de Jesucristo. Jesús emancipó a la mujer; Pablo la sometió. Jesús era occidental en su espíritu, es decir, liberal; Pablo era oriental, autoritario”. Debíó contener el aliento el sorprendido lector ante el estafalario parangón, pero sacando fuerzas de su propia curiosidad arremetió contra otro párrafo: “Pero la cuestión se agita, la democracia matrimonial penetra. La Francia está a la cabeza de la revolución y Jorge Sand a la cabeza de Francia. Ahí está esa sacerdotisa que se inmola, pero sus miradas proféticas señalan el crepúsculo de la regeneración del matrimonio”.

¡Qué carcajada debíó lanzar el joven calavera a la lectura de lo anterior! ¡Jorge Sand, la esposa del condescendiente conde de Dudevant, la que cambiaba de amantes como de camisas, calificada como inmolada redentora del matrimonio por el inexperto sociólogo santiaguino! Pero ya que estaba metido en la lectura del panfleto, había que seguir adelante. “El

pueblo, sin conciencia de la individualidad y de su posición social, animalizado con el trabajo del día y para el día, es el tropel o torrente que amenaza". ¡Evidente! Ahora estaban de acuerdo, más no así en las líneas siguientes: "Eduquemos al pueblo en la teoría de la individualidad, del derecho, de la igualdad y del honor". Para quién, como Arcos, había leído a los autores contemporáneos de mayor peso, no era fomentando la individualidad sino la solidaridad de clase como el pueblo podía imponer sus derechos. ¿Y qué honor, como no fuese el de morir orgullosamente de hambre, habría para el desarrapado si éste no buscaba mediante la unión los medios para satisfacer sus urgencias? En resumen, *Sociabilidad Chilena* era un trabajo que no merecía el honor de la persecución que se le había hecho, ni la fama que le diera a su autor.

Pero aunque estaba algo más asentado en la tierra que Bilbao, Santiago Arcos era también un divagador. Siguió frecuentando a su amigo y continuaron ambos hablando de los problemas divinos y humanos que les interesaban. Aquellos días de París permitieron que se consolidara una amistad que tres años más tarde habría de rendir sus frutos mediante la organización ideada por Arcos que se llamó la Sociedad de la Igualdad.

ESTALLÓ por fin en el palacete del faubourg de la Magdalena el conflicto familiar que se veía venir. El 25 de julio de 1847 Santiago Arcos entraba en su mayoría de edad y entonces el padre le planteó en términos categóricos el dilema en que lo colocaba su nueva situación: o se decidía su hijo menor a participar en los negocios comunes o se marchaba de la casa. Desde el momento en que había cumplido 25 años, ya dejaba de ser el hijo de familia entregado a sus caprichos para convertirse en celoso cumplidor de sus obligaciones; si no, allí estaba la puerta.

Hay en los débiles de carácter, en los pusilánimes, un instante en que la misma falta de convicciones hace que en determinado momento se aferren a la única que tienen, aun-

que ésta sea vacilante. No fue Santiago Arcos socialista sino durante breves años de su vida; tampoco fue un luchador que permanentemente arriesgara persecuciones y padecimientos por defender una causa. Por el contrario, disfrutó del dinero paterno hasta su mayoría de edad y aparte de un lapso de diez años —durante los cuales recibió de los suyos una pensión mensual—, vivió con comodidad y sin trabajar hasta que la muerte del viejo Arcos lo puso en disposición de su herencia. Aquello de que *a cada cual según su capacidad y a cada capacidad según sus obras*, según pidiera Saint Simón, no contaba en su propio caso. Pero cuando se le colocó frente a la disyuntiva no trepidó: prefería irse del hogar a sentar plaza de amanuense, o lo que fuera, en negocios de bolsa y banca. El ser o no ser shakesperiano había llegado para él: partiría donde fuese, pero manteniendo incólume su conciencia.

Nada de lo anterior consta de las escasas referencias que hacen de él sus contemporáneos. Barros Arana señala, sí, la oposición de Arcos para participar en los negocios de su padre, pero el rigor de la lógica nos induce a suponer que cuando llegó el día en que aquél dejó de depender obligatoriamente de sus mayores, prefirió renunciar a su vida regalada a sentar plaza de agiotista. Las fechas coincidentes de uno u otro acontecimiento son explícitas.

Pero no abandonó así no más el gallego a su suerte al hijo insumiso: cuando éste anunció que quería partir hacia Chile, no se le escatimaron los fondos; la vanidad, más la débil influencia de Isabelita, influyeron en su generosidad. En Santiago vivían aristocráticos parientes del viajero, tíos y primos, y había que presentar ante ellos en su debido rango a un Arcos Arlegui. En cuanto a la determinación del archi-europeo mozo de irse a vivir a su ciudad natal, hay que atribuirle al interés que despertaron en él las conversaciones que sostuvo con Bilbao y los Matta.

Así, una vez que se hubo despedido de los suyos —Bilbao acababa de iniciar una jira europea— Santiago Mariano del Carmen se embarcó para Inglaterra, desde donde, en los pri-

meros días de agosto de 1847, zarpó rumbo a los Estados Unidos para continuar desde allí viaje a la tierra que lo vio nacer.

Pocos días antes había llegado a Nueva York Domingo Faustino Sarmiento procedente de Europa, después de haber cumplido una misión educacional que le confiara el ministro de instrucción pública de Chile, Manuel Montt. De regreso de este viaje por Europa y Africa, Sarmiento se dirigía a Chile cuando lo encontramos en Nueva York.

Refiere Sarmiento en sus crónicas que estando un día de agosto del 47 acodado en la ventana del *boardig house* en que se alojaba, "480 carruajes entre ómnibus, carros y coches" había visto pasar por *el Broad-Way*. "Por la noche —prosigue— dábase el *Hernani* en un teatro improvisado en Garden Castle, y allí nos reunimos seis sudamericanos: Osma del Perú; el joven Alvear, argentino; el señor Carvallo (enviado extraordinario de Chile en Washington) y su secretario de legación, mi amigo Astaburuaga; y un recién llegado que a poco se introdujo en la conversación preguntando:

—“¿Conocen ustedes a un señor Sarmiento que debe haber llegado de Europa?”

“Era don Santiago Arcos, quién, reconociéndome por el tal, me dijo que venía desde Francia en mi seguimiento, que desde allí seríamos inseparables hasta Chile, y que éramos amigos, muy amigos de mucho tiempo, acompañando estas palabras con aquél reír de buena voluntad que tiene, y que haría desarmar la naturaleza más quisquillosa”.

Después que el autor de *Facundo* se encontró con Arcos en Nueva York, emprendió por su cuenta una jira a través de Estados Unidos y parte del Canadá porque “¿cómo no haber inspeccionado las escuelas de Massachussets, las más adelantadas del mundo”, ni él, que era republicano, había de pasar-se sin conocer “la república, grande y poderosa que existe hoy en la tierra?” Contaba, según refiere, con seiscientos duros para hacer el recorrido hasta Chile, pero calculó que si el dinero le faltaba, sus aptitudes de maestro y periodista le permiti-

rían irse ganando el sustento y el pasaje hasta regresar a Santiago. Así las cosas, una vez cumplida la jira regresó Sarmiento a Nueva York donde lo aguardaba Arcos, el que, impaciente, anhelaba seguir cuanto antes en su compañía hasta el término del viaje.

“Cada vez que me hablaba de este asunto —explica Sarmiento— poniale yo cara de un ministro del despacho, cuando no se sabe si se acordará o no lo que de él se solicita. Abríamos el mapa, trazábamos la ruta, y ya estábamos punto menos que en marcha, sin que yo diera síntomas de convenir en nada. Hubimos al fin de explicarnos. Yo tenía en caja veintidós guineas y como treinta papeles de un peso, ni medio más ni medio menos. Al fin cogí yo a dos manos mi resolución, y expuse mi situación financiera con toda la dignidad de quien no pide ni acepta auxilio, intimando mi ultimátum de separarme desde La Habana, para seguir mi camino por Caracas. Arcos me había escuchado con interés, y aún le tentaba la perspectiva de atravesar las soledades tropicales de América del Sud, correr aventuras ignoradas, pasar trabajos, y no contar sino consigo mismo para sobreponerse a ellos; pero el lado romancesco y viril de su carácter no es menos aparente que la jovialidad y franqueza que lo distingue. Cuando yo me esperaba ofrecimientos y protestas, salióme con un baile pantomímico y un reír a desternillarse, que me puso en nuevos gestos de dignidad.

—“¡Qué bueno —decía saltando y riendo—, pues yo no tengo sino cuatrocientos pesos! Hagamos compañía y donde se concluya el capital de ambos, provereemos según aconseje la gravedad del caso”.

“Dispusimos, pues, —prosigue Sarmiento— que yo continuaría mi ruta por Filadelfia y Baltimore, que nos daríamos cita en Filadelfia para emprender la jornada por Harrisburg y Pittsburg para descender el Ohio y el Mississippi hasta Nueva Orleans, distante 22.234 millas del lugar en que nos encontramos; y acordándose la hora de la partida del tren de la mañana de Filadelfia, hice a prisa mi maleta y la entrega (a Ar-

cos) de billetes y guineas para que los cambiara, prestándome 30 ó 40 dólares para gastos de la excursión. Este pequeño incidente es, sin embargo, el origen del más espantable drama de que he sido víctima en mis viajes”.

Sarmiento ha sido uno de los más, si no el más vanidoso ser que halla existido. ¿Reparó él o pasó descuidadamente por alto que en este “pequeño incidente” que constituía el trueque de guineas y billetes por dólares de plata quedaba de manifiesto toda la delicadeza de espíritu de su compañero de viaje? Santiago Arcos, el aristócrata por linaje materno, vividor, pero sensible al extremo y poseedor de un dinero cuyo origen le repugnaba, no iba a herir la dignidad del maestro once años mayor que él por asuntos de pesos más o pesos menos. Al hacerse cargo de los escasos fondos de Sarmiento quedaba establecido sin decirlo que él, Arcos, se haría cargo en adelante de los gastos del largo recorrido. Y que así fue lo prueba el hecho de que, contrariamente a la determinación inicial de Sarmiento, no hubo que pasar apuros en adelante para llegar a Chile. Pero el mozo era extravagante y de ahí que se produjera el *espantable drama* de que fuera protagonista Sarmiento, y cuyos incidentes dejaremos que él mismo nos relate.

“Mi permanencia en Washington se prolongó un día más sobre el tiempo convenido con Arcos, pues nos habíamos dado cita últimamente en Harrisburg en el *United States Hotel*, que se había señalado como punto de reunión.

“Hube de regresarme a Baltimore y desde allí tomé el ferrocarril que conducía a aquella ciudad; y no bien hube llegado a la posta, empecé a inquirirme del *United States Hotel*. ¡Cuál fue mi sorpresa al saber que en Harrisburg no había hotel con ese nombre! Como en toda ciudad americana hay uno que lo lleva, yo había dado a mi futuro compañero de viaje cita al que suponía debía haber en Harrisburg. Con trabajo hube de averiguar el paradero de Arcos, que había dejado escrito en el libro del hotel de la posta estas laónicas palabras: “Lo aguardo en Chamberburg”. Asaz mohino y cariacontecido por este contratiempo me dirigí a Chamberburg, donde, des-

pues de recorrer las posadas con inquietud creciente, nadie supo darme noticias de la persona por quien preguntaba, tanto más que hablando Arcos el inglés con rara perfección, y gaseándose por travesura cuando se dirigía a norteamericanos, nadie, ni los mismos que habían hablado con él, me daban noticias del joven español por quien preguntaba en un inglés que hacía estremecer las fibras de los pobres yankees... Al fin supe que había dejado en la posta una esquila en la que repetía lo de Harrisburg: “Lo aguardo en Pittsburg”. *Malheureux!*, exclamé acongojado. ¡Cincuenta leguas de Chamberburg a Pittsburg, los Alleghanies de por medio, diez pesos de pasaje en la diligencia, y no cuento sino con tres o cuatro en el bolsillo, los suficientes apenas para pagar el hotel en que estoy alojado! Supe, pidiendo detalles circunstanciados sobre la indirecta partida de mi intangible precursor, que no habiendo encontrado asiento en el interior de la diligencia, se había metido en el saco de heno que lleva encima para proveer a los caballos, y que allí debía viajar dos días y dos noches, impulsado a tanto sacrificio por la inquietud juvenil de una sabandija incapaz de aguardar en un lugar ocho horas, que era la diferencia de tren a tren que nos llevábamos en el camino de hierro. Héme aquí, pues, en el corazón de los Estados Unidos, como quien dice tierra adentro, sin medio, haciéndome entender a duras penas y rodeado de aquellas caras impasibles y hechas de los americanos”.

Pasó el desolado Sarmiento dos días en Chamberburg en “continuo suplicio”, ofreciendo dejar su maleta en el hotel como prenda hasta que devolviera desde Pittsburg lo que le facilitarían. Pero nadie le entendía una palabra y a sus demandas cada vez más irritadas se le respondía con flemáticos encogimientos de hombros.

“Al fin me sugirieron escribir a Arcos por el telégrafo eléctrico, lo que hice en cuarenta palabras por valor de cuatro reales, y en los términos más sentidos. No obstante aquél laconismo telegráfico, *no sea usted animal...* era la introduc-

ción a mi misiva, y le contaba lo que por su indiscreción me sucedía”.

Se consume de impaciencia el así burlado durante dos horas en el telégrafo, hasta que de Filadelfia le llega la respuesta de que “no hay tal individuo”. ¿Filadelfia? Si él había pedido que su telegrama fuese enviado a Pittsburg. El empleado explica que como es en Filadelfia y no en Pittsburg donde se encuentra el terminal del ferrocarril, a dicha ciudad se envió el mensaje. Sarmiento quiere que se corrija de inmediato el error, pero como ya es tarde, debe aguardar hasta las ocho de la mañana del día siguiente. Como el viajero se desespera, el telegrafista sale a escape y regresa al cabo de un rato con un sujeto que lleva una pluma en la oreja. Logran entenderse en francés y el providencial aparecido le dice:

—“Sí; lo único que puedo hacer es pagar el hotel y el pasaje de usted hasta Pittsburg, a condición de que llegando usted a esa ciudad haga abonar en el *Massachuset Manufactory Bank*, en cuenta de Lesley y compañía, la cantidad que usted crea necesario anticiparle aquí.

—“Gracias, señor, pero usted no me conoce; y si puedo darle alguna garantía...

—“No hace falta —responde el flemático mister Lesley—; personas en la situación de usted no engañan nunca...”

Por la tarde aparece nuevamente Lesley llevándole de regalo a Sarmiento algunos libros en francés, un tomo de Quevedo y otro del Tasso en italiano; a la mañana siguiente le hace entrega de veinte dólares, que insiste en hacerlos llegar a veinticinco, con lo cual el zarandeado viajero puede continuar su viaje. En el *United States Hotel* de Pittsburg encuentra por fin a Santiago Arcos, el que “a la sazón escribía en los diarios un aviso previniéndole su paradero. Venía dispuesto a reconvenirle amigable, pero seriamente; más me puso una cara tan cómicamente angustiada al verme, que hube de soltar la risa y tenderle la mano”.

A bordo del *Martha Washington* los dos amigos navegaron 450 millas. Ohio abajo hasta llegar a Cincinatti. Pasaron allí cuatro o cinco días llevados “por el placer de recorrer las calles y alrededores, de visitar el museo, holgarnos en el *far niente* del turista”; y fue en Cincinatti donde Santiago Arcos “viendo a un pacífico yankee que leía su Biblia, sentado en la puerta de su tendejón, se paró delante de él, le sacó de la boca el cigarro que fumaba, prendió el suyo, volvió a metérselo y siguió su camino sin que el buen hombre hubiese levantado la vista, ni hecho otro movimiento que abrir la boca para que le ensartaran el cigarro”.

Luego continuaron rumbo al sur por el Mississippi en un viaje que Sarmiento se solazaba en recordar. A ambos la dos del río más extenso del planeta se extendía hasta el infinito un mar de verdura. Una humanidad bullente de pescadores, de labriegos, de traficantes; de hombres, mujeres y niños que representaban a todas las razas y que ostentaban todos los matices de piel, poblaba las riberas. Barcos de variadas formas iban y venían, y aquél en que viajaban los dos sudamericanos, ancho y bajo de fondo como un pontón y con sus ruedas de paletas desgranando el agua a sus costados, ofrecía todas las satisfacciones que solamente se creía poder encontrar en los hoteles de lujo de las grandes ciudades. Sin que Sarmiento lo diga en sus apuntes, se adivina que esos días de navegación fueron los más gratos y apacibles que viviera hasta entonces. Ya no era el sujeto gruñón e intratable que fuera en Chile; y hasta los años ya distantes en que se jugara la vida en la guerra contra Rosas parecía haberlos olvidado. Y para que todo fuese completo, “Arcos, que había comenzado nuestra asociación con un niñada, se propuso en aquellos días conquistar mi afecto, haciendo ostentación de cuanto salero y jovialidad hay en su carácter, alimentados por un inagotable repertorio de cuentos absurdos, ridículos, eróticos, tales cuales sabe atesorar la juventud calavera de París o de Madrid. Ibamos con esto de zamba y fiesta permanente”.

Una mañana Arcos se enfrenta sobre cubierta a un pacífico ministro protestante.

—“Señor —le dice Arcos—, ¿de qué profesión es usted?

—“Presbiteriano, señor.

—“Dígame, ¿cuáles son los dogmas especiales de su creencia? Y el padre procede bondadosamente a satisfacerlo.

—“Pero usted, señor —le decía Arcos con aire convencido y como si ambos estuvieran de inteligencia—, usted no cree nada de eso, por supuesto. Es usted demasiado sensato para poner fe en esas bromas.

“El clérigo se ponía de todos colores, y medio indignado, medio suplicante, hacía profesión de fe de su creencia. Pero el implacable y serio burlón le replicaba con un aplomo imperturbable:

—“Comprendo, comprendo; usted predica y sostiene en público sus doctrinas; vive usted de ello y la dignidad de su carácter así lo exige, pero aquí, entre los dos, yo sé lo que hay en plata”.

“Otra vez —prosigue Sarmiento en su relato—, ante un grupo de yankees horripilados, y levantando más y más la voz para que el escándalo fuese mayor:

—“Gobierno —decía—, es el del emperador de Rusia. ¡Eso sí que es un gobierno! Cuando un general delinque o desagrada a su soberano, se le desatan los calzones y se le dan quinientos azotes. ¡Pero éstas repúblicas! ¡Esto es un escándalo y un desorden! ¿Qué significan vuestras elecciones? ¿Y qué sabe usted, ni usted, añadía, dirigiéndose a éste o al otro de sus auditores espantados, lo que conviene al estado; cuándo debe hacerse la guerra o la paz? Al pueblo sólo le toca pagar los gastos de la corte del soberano, que gobierna por derecho divino”.

No paró aquí el desconcertante mozo en sus bromas. En otra oportunidad llegó a convencer a una solterona melindrosa de que Sarmiento era primo hermano de Abd-el Kader y que viajaba de incógnito. Era posible el *quid pro quo* por cuanto el argentino era el único de a bordo que usaba barba

cerrada y birrete; y para que no le cupiera duda a la cuarentona del origen exótico de Sarmiento, Arcos se dirigía a él en castellano “exagerando el sonido de la *j*, y se empeñaba en que me pusiese albornoz para completar el chasco”.

Escribe después Sarmiento: “Más tarde me mostró este joven la parte seria de su carácter, que no es menos notable por el buen sentido que lo caracteriza, a lo que se añade mucho trato de la sociedad y la rara habilidad de revestir las formas populares de lengua y porte, cualidades que, con su instrucción en materias económicas, lo harían un joven espectacular si supiese dominar las impaciencias de su espíritu impresionable que no contiene ideas fijas y sentimientos de moralidad teórica, aunque su conducta sea regular. Necesito añadir estas rectificaciones —añade el futuro presidente de Argentina—, por temor de que sin ellas hiciese aparecer como un truhan en mi narración a un compañero de viaje que me acompañó más de cuatro meses y que me prestó amigables servicios”.

Terminaron ambos viajeros la navegación en Nueva Orleans, y después de diez días de permanecer en la ciudad partieron hacia La Habana en “un malísimo y pestilente buquecillo de velas que llevaba su carga de cerdos con el aditamento de tres o cuatro tísicos moribundos que partían con nosotros, camarotes estrechísimos, calientes y cubiertos de telas de araña. El mundo norteamericano concluía y principiábamos a sentir con anticipación las colonias españolas adonde nos dirigíamos”.

Por fin, el 24 de febrero de 1848, Domingo Faustino Sarmiento y Santiago Arcos arribaban a Valparaíso a bordo del vapor *Perú*, procedente del Callao. Una semana descansaron nuestros personajes en el puerto, pero al cuarto día —hecho que debe haberle parecido un significativo recibimiento al mozo nacido el año del *temblor grande*—, se sintió un “corto pero violento temblor” según daba cuenta *El Mercurio* en su edición del día siguiente. El 1º de marzo ponían su planta en Santiago los zarandeados viajeros, haciendo que el prolonga-

do recorrido terminara con una chuscada, por lo menos en lo que a Arcos se refiere. Porque en el diario *El Progreso*, del que Sarmiento había sido director antes de su viaje, el día 2 se lee: "Ayer han llegado a nuestra capital el señor Don Domingo Faustino Sarmiento y el distinguido joven chileno, el señor Arcos. Creemos que estos dos sujetos vendrán a contribuir con sus talentos, y con el provechoso fruto de sus viajes, a dar más vida a nuestra prensa y más gloria a nuestra naciente literatura". Aunque por lo anterior puede suponerse que Santiago Mariano del Carmen hubiese escrito algunos artículos de prensa en los diarios franceses o españoles, nada, aparte de su avidez de sensaciones traía el mozo como bagaje espiritual, por el momento.

Dos hechos habían ocurrido entretanto en Europa aquel mes de febrero de 1848: el 24, el mismo día en que el futuro fundador de la Sociedad de la Igualdad pisaba su tierra natal, abdicaba en Francia el rey Luis Felipe; también, y a comienzos del mes, pero sin que ello tuviera influencia en los sucesos de París, se entregaba en Londres a los interesados un folleto impreso en alemán en cuya portada, adornada con viñetas del gusto de la época, se leía:

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Publicado en febrero de 1848

Proletarios del mundo, uníos

Londres

Impresores: J. E. Burghard

Calle Liverpool 46

Fue así como en París, en Londres y en Santiago de Chile, tres hechos de diferente origen y por completo ajenos al uno del otro, conducían por distintos derroteros a una misma finalidad: la revolución.

Lucha social... y familiar

EL HOTEL CHILE, ubicado en la calle Catedral a dos cuadras de la Plaza de Armas, era entonces el mejor establecimiento de este estilo que existía en Santiago. Inaugurado hacía solamente un mes, no pudo ser sino en él donde se instaló Santiago Arcos. El mejor hotel hasta entonces había sido el Inglés, pero con motivo de su traslado a la calle San Carlos (ex calle de los Huérfanos, rezaban los anuncios), no reabrió sus puertas sino a mediados del año.

Sabía el experimentado viajero que para percibir de inmediato los matices de la ciudad donde se llega, nada mejor que leer su prensa. En Santiago existía por entonces un solo diario, *El Progreso*, y a él se remitió Arcos para informarse.

El Progreso costaba cuatro reales y no era noticioso. Aparte de reproducir interminables artículos tomados de periódicos extranjeros —los de Europa llegaban con tres meses de atraso—, publicaba nada más que los decretos del gobierno y una novela en forma de folletín. Como actualidad local solamente contenía un editorial que invariablemente polemizaba con *El Mercurio* de Valparaíso, el que poco tiempos antes, de gobiernista que era, se había convertido en opositor. Nada más contenía *El Progreso* ya que, como en el caso del arribo de Sarmiento y Arcos, muy de tarde en tarde informaba de sucesos nacionales. De sus cuatro grandes páginas, más de la mitad las ocupaban los temas anotados; parte de la tercera y toda la cuarta estaban destinados a los avisos. Como estos, por ejemplo:

¡OJO! ¡OJO!

Se vende mosto de Concepción de muy buena calidad. Para tratar véase con D. Domingo Tagle en su casa de la plazuela de la Moneda.

AVISO

Ahora sí que podemos ricamente con gusto grandioso!!! y con poco dinero, empapelar cuadras, salones y dormitorios. Por esos buques que acaban de entrar, Pedro Claveau recibe de sus fábricas dos grandísimos y completos surtidos de papel pintado de 3 ó 4 reales arrazados finos, hasta precios muy subidos para cuadras hermosas, Templos, palacios y riquísimos salones en bronce, oro y plata, etc., etc.

SANGUIJUELAS DE EUROPA.—Muy grandes y superiores han llegado a la Droguería de la calle Ahumada.

SE VENDE.—En diez onzas de oro una calesa de dos ruedas, en buen estado de servicio, con una mula excelente y su respectivo arnés. En esta imprenta darán razón.

SE VENDE.—La casa de esquina que fue del canónigo Garro en la calle de las Agustinas al lado de la del general Prieto, distante una cuadra de la casa de moneda. Tiene más de la mitad de su valor en censo, hay muy poco que dar al contado, quien se interese por ella puede verse con D. Nicolás Silva en su escribanía.

También ese día, y durante varias semanas, se publicó el siguiente curioso remitido:

S.S.E.E. del Progreso.

Sírvanse U.U. insertar en las columnas de su apreciable diario el siguiente aviso:

He sabido extrajudicialmente que en esta capital se ha tomado mi nombre para decir que el Sr. Melo Riquelme había asesinado de un modo *orroroso* a su señora.

Estoy pronto a desmentir a cualquiera persona que diga que yo he sido el autor de tal noticia, siendo todo falso.

Rancagua, enero 16 de 1848.

Ramón Bell.

La Intendencia de la provincia publicaba también en el diario un memorándum de este tenor:

Santiago, febrero 23 de 1848.

Médicos y boticarios de servicio en la semana que principia el día de la fecha y concluye el 4 del corriente inclusive:

Médicos

D. Ildefonso Raventós, D. Vicente Padin, D. Isidro Cox.

Boticas

D. Angel Vásquez en la calle de las Delicias frente a San Juan de Dios, D. Joaquín Mateluna en la Plaza de Abastos, la de D. Juan Miquel en la esquina de la plazuela de la Compañía.

Sangradores

Jerónimo Reina, José María Latorre.

Movimiento de correos

Para Concepción los días 4, 17 y 27 de febrero.

Para el Norte los días 1º, 11 y 1º de marzo.

Para Buenos Aires los días 1º y 15.

Para San Felipe los días 1º, 5, 11, 17, 21 y 29.

Para Melipilla, San Antonio y Quillota los jueves y viernes de cada semana.

Para Valparaíso y Casablanca diariamente.

Tales avisos, pensaría nuestro personaje, daban una síntesis completa de lo que era su patria en la mitad del siglo:

calesas tiradas por mulas; sanguijuelas como remedio para todos los males; sangradores en competencia con los médicos; correspondencia al norte y al sur tres veces al mes. ¡Y todo esto mientras en Europa y en Estados Unidos los trenes corrían a velocidades fantásticas de doce leguas por hora! Chile, en muchos de sus aspectos, estaba retrasado en cincuenta años respecto al viejo mundo. En cuanto a las ideas, el amigo Bilbao con su trasnochado Lamennais era fiel trasunto y compendio.

LA CAPITAL no era más de lo que ahora llamamos *el centro* y abarcaba prácticamente desde la Alameda hasta Santo Domingo y desde Teatinos a la calle Las Claras, además de la primera cuadra de la calle de San Diego. El resto eran casas quintas y chacras, sin contar extensos sitios eriazos diseminados aquí y allá. Dos años después del arribo de Arcos a Santiago, un joven de categoría que vivía tres cuadras más abajo de la Iglesia de Santa Ana, debía trasladarse a la *ciudad* a caballo y con la correspondiente tenida de acuerdo al viaje.

La calle de la Merced terminaba en la cancha de gallos situada en la falda norte del Cerro Santa Lucía, donde hoy se encuentra la calle Victoria Subercaseaux; y el mismo cerro era nada más que basural y refugio de ladrones y prostitutas. Las calles atravesadas hedían con su hacinamiento de toda clase de desperdicios y cadáveres de animales. Pálidos candiles humeantes apenas si iluminaban por las noches el frontis de algunas casas, mientras que los serenos rezongaban el paso de las horas y el estado del tiempo, aunque sin anteponer el antiguo *Ave María Purísima*, suprimido como una conquista de avanzada cinco años antes. Las moscas y la tierra que levantaba el paso de las carretas por la alameda enrarecían el aire, mientras que los aguateros anunciaban su cristalina mercancía de puerta en puerta al grito de: “¡...tero, ...tero!”. De tal magnitud era el salto que Santiago Mariano del Carmen había dado desde el bullicioso París hasta la aldea adormilada y maloliente en que un cuarto de siglo atrás había nacido.

POR LA RAMA MATERNA, el recién llegado tenía en la capital parentela numerosa y conspicua. Su tío José Manuel Arlegui habíase casado con una Gorbea y Encalada. El tío Domingo era esposo de una Sotomayor y Elzo. El tío Francisco Javier había formado hogar con una Rodríguez Rozas. De sus primos hermanos Arlegui Gorbea, Teresa estaba casada con un García Huidobro Aldunate y Juan de Dios con una Alvarez Condarco; Francisco Javier Arlegui Rodríguez Rozas, otro de sus primos, era un joven serio y estudioso que estaba por recibirse de abogado. El clan de los Arlegui aparecía evidentemente aristocrático y fiel a las costumbres tradicionales, y en sus hogares se presentó el primo europeo trayendo saludos y recuerdos de los suyos.

Nos dice Barros Arana que el hijo del *gallego* fue bien recibido en las casas más aristocráticas de la capital. No es extraño que así sucediera, ya que además de rico y de buena familia, el recién llegado era “de ingenio vivo, de espíritu observador y crítico, de chiste pronto y oportuno, de trato fácil y agradable y de modales cultos”. Benjamín Vicuña Mackenna, que entonces contaba con diecisiete años, lo vio “de estatura menos que mediana, vestido con cierto lujoso desaliño y en su acento un dejo pronunciando de andaluz; agrega que era “pródigo como un andaluz, fino y exquisito como un parisiense” y que con su “carácter festivo y alegre, simpático y retozón, habíase abierto fácil paso en la sociedad y en la juventud, en cuyos saraos gastaba fácilmente su bullicio y su dinero”. Quien poseía tales prendas físicas y morales tenía necesariamente que ser bien recibido en un mundo cuyo incipiente snobismo se afincaba en cuanto se relacionara con París. ¡París, el centro de todos los refinamientos y de donde llegaban las sedas primorosas, los exquisitos perfumes, los guantes del famoso monsieur de Preville, los pañuelos femeninos transparentes y etéreos! Y también las novelas. ¿Conocía Santiago Mariano del Carmen a Alejandro Dumas, cuyo *Conde de Montecristo* leíase apasionadamente en el folletín de *El Progreso*? Por cierto; más de una vez vio su talla gigantesca

y su cabeza leonina en el Café Napolitano y en la Rotonda. ¿Era cierto que, como decían algunos, el literato Jorge Sand era mujer y vestía ropa de hombre? Mujer, y encantadora. No hacía muchos años paseaba por las calles de París junto a un músico polaco y moribundo llamado Federico Chopin.

Si Santiago Arcos se convirtió en el niño mimado de los hogares de la capital, en cuyos salones descollaba gracias a los múltiples atractivos de su ingenio, fue mayor el interés que despertó su presencia entre el mocerío masculino dado a la literatura y a la política. Despertábase entonces un interés creciente hacia las actividades de la pluma: escribir versos constituía casi una obligación, y bajo la égida de Bello, de Eusebio Lillo y de José Victorino Lastarria, una legión de poetas, de novelistas y de historiadores iba en alarmante tren de crecimiento. Precisamente en los primeros días de abril de aquel año 48 —que tanta influencia habría de tener en los sucesos futuros—, se daba a luz el primer número de la *Revista de Santiago*, en la cual los consagrados y los nuevos publicaban sus escritos.

En cuanto a la política, sufría una especie de modorra que contrastaba con la agitación habida hacia 1845. Las próximas elecciones estaban distantes, y como tendría ocasión de comprobar Santiago Arcos, las ideas efervescían en su país nada más que en vísperas de tales eventos. Pero el mozo venía de Europa, había frecuentado a políticos y escritores franceses, y el provincianismo santiaguino se despertó en ávida sed de noticias. Los nombres de Lamartine, de Thiers, de Guizot, de Quinet, fluyeron en las conversaciones. Aun los más radicales traían a colación *Las Palabras de un Creyente* de Lamennais, que leyeron en la traducción hecha veinte años antes por el ya difunto Mariano José de Larra. Nunca, hasta entonces, las charlas de los jóvenes santiaguinos habían sido más animadas y provechosas. ¡Santiago Arcos tenía tan fácil labia y había tanto que preguntarle! Tras de estas conversaciones, en las cuales ponía el recién llegado su nota personal, aguda, chispeante e intencionada, parecía quedar flotando en el ambien-

te una sensación indefinible. Parecía como si esos espíritus juveniles esperaran la concreción de algo, no sabían que, que estaba por venir.

EL 25 DE MAYO lo supieron. Ese día —¡tres meses después de acaecidos los sucesos!—, publicaba *El Progreso* las recién llegadas *noticias del vapor*. Textualmente el diario decía así:

Noticias de Valparaiso
¡Revolución francesa!
¡Viva la República!

“La revolución más trascendental del siglo XIX acaba de efectuarse en la gran capital de Francia.

“Un gobierno retrógrado y oligárquico acaba de ser derrocado por el heroísmo del pueblo de París. La Francia ha sido declarada en República. El pueblo, asumiendo su soberanía, ha dado una terrible lección a los reyes de Europa, que haciendo uso legítimo del poder, usurpan los derechos del hombre y sacrifican la libertad a los ciegos caprichos de la ambición. Un pueblo culto no puede menos de ser libre, el pueblo que soporta la tiranía es porque le falta la voluntad, no poder”.

En seguida, a través de dos páginas, se daban los detalles de lo ocurrido en París desde el 22 al 24 de febrero: las barricadas, la abdicación de Luis Felipe, la constitución de un gobierno provisional, los decretos y los discursos que habían seguido al estallido revolucionario. En los días siguientes fueron insertos nuevos pormenores de la revuelta y relataban los cronistas de *El Progreso* que ellos habían tenido en sus manos un trozo de terciopelo del trono francés destrozado por la multitud. Se publicaba también el mensaje dirigido por Jerónimo Bonaparte al nuevo régimen: “El viejo soldado de Waterloo, el último hermano de Napoleón, entra en este momento en el seno de la gran familia”.

Ante estas noticias la ciudad de Santiago se entregó al frenesí republicano. Al día siguiente de recibirse las primeras noticias, "la juventud distinguida de Santiago", informaba *El Progreso*, festejó el acontecimiento con un banquete. La colonia francesa hizo igual cosa y este nuevo banquete fue presidido por el cónsul. El domingo hubo misa en el templo de la Compañía para conmemorar el advenimiento de la república y cantaron en ella arias alusivas la Pantanelli y la Rossi, artistas de la compañía de ópera que entonces actuaba en Santiago. La caída de Luis Felipe se consideró en la capital de Chile como una conquista nacional.

Aunque indudablemente participó el archiradical Santiago Arcos en estos festejos, comprendió de inmediato que los acontecimientos desarrollados en París estaban sólo en sus comienzos. Y ello porque junto a los nombres que componían el gobierno provisional: Dupont del Fure, Lamartine, Cremieux, Ledrú-Rollin, Garnier-Pagés y Marie, aparecieron dos que le dieron que pensar: el de Luis Blanc y el del obrero Albert.

Se encargó entonces nuestro personaje de informar a sus relaciones de los alcances que esto podía tener. Luis Blanc y Albert eran socialistas. ¿Socialistas? ¿Qué era aquello? Entonces volcó Arcos, acaso con excesivo apasionamiento, el caudal de sus conocimientos sobre la materia. Los socialistas —dijo—, propendían al reparto proporcional de la riqueza; aspiraban a que los obreros disfrutaran de los bienes que ellos contribuían a crear; Saint Simón, Considerant, habían dicho que cada uno debía recibir según su capacidad y necesidad, y últimamente un tal Carlos Marx se presentaba como el más empecinado batallador de la lucha obrera. El mismo había traído en su equipaje libros que trataban de las nuevas doctrinas. ¿Se interesaba alguien en leerlos?

¡Pobre Arcos! ¡Qué mal conocía a sus compatriotas! Los jóvenes que frecuentaba, los más liberales, solamente escucharon con estrañeza y recelo la para ellos absurda novedad socialista, o se encogieron de hombros frente a ella. Y con razón.

En el Chile del medio siglo los problemas del trabajo no se dejaban sentir. Una artesanía incipiente, ni creaba problemas ni parecía darse cuenta de lo precario de su situación. Los campesinos mal comían, mal vestían, se reproducían y morían sin pasárseles por las mentes que su suerte pudiera ser distinta a la que les daba el patrón. Los mineros, mejor pagados que los demás trabajadores, dejábanse arrastrar por la aventura, y los burdeles de Copiapó —el centro de la plata— daban fe de su índole manirrota e imprevisora. Cada uno de ellos era un Juan Godoy en potencia, y como sus necesidades eran escasas, no sentían necesidad de luchar para conseguir las mejores.

Solamente un recién llegado como Santiago Arcos, imbuido de las nuevas ideas que prosperaban en Europa, estaba en condiciones de darse cuenta de las condiciones por demás precarias en que vivía el *roto*. Y esta misma palabra, que los propios afectados con ella aceptaban de buena gana, no dejó de sorprender al teorizante socialista, ya que era símil de andrajo, de desperdicio, de miseria.

Inquiriendo respecto a los salarios, comprobó que un trabajador del campo, un *gañán*, ganaba un real y medio (menos de veinte centavos) al día, y que los mineros recibían de cuatro a seis reales por una jornada que podía ser de doce horas. Por otra parte, los futuros titanes de la industria y de la banca que serían los iniciadores de las grandes empresas —Cousiño, Urmeneta y Edwards— deseambulaban todavía por las soledades del norte sin consolidar aún las fortunas que les permitirían hacer surgir poderosas industrias. Únicamente en Lirquén, Alemparte y Arteaga pugnaban vanamente para hacer prosperar la industria del carbón, y un centenar de obreros entusiastas los acompañaban en la porfiada lucha contra las condiciones adversas que creaba la falta de mercados. Allí, la escasez de dinero afectaba por igual a patrones y trabajadores.

Así las cosas, la política estaba circunscrita nada más que al antagonismo de orden religioso y sobre todo electoral que

separaba a conservadores de liberales. Aferrábanse al poder los pelucones y sus adversarios trataban de arrebatarlos. Pero tanto los unos como los otros pertenecían a una misma clase; sus entronques familiares eran comunes, e idénticos sus intereses basados en la fácil explotación del agro, o en el alto comercio acaparado en parte por los ingleses. A los jóvenes de las clases media y alta no se les presentaba otra posibilidad que la profesión de abogados, tan remunerativa en un país atosigado de pleitos. También quedaba el recurso de ingresar a la administración pública, especialmente a la diplomacia, pero para ello eran necesarios los compadrazgos. ¿A quién, entonces, podía interesarle el socialismo?

Pero si de todas maneras hubo por aquellos días un santiaguino que por curiosidad se interesó en leer las obras de sociología que trajo Santiago Arcos en su bagaje, muy pronto debió arrojarlas lejos de sí al imponerse de los sucesos acaecidos posteriormente en París, y de los cuales dio *El Progreso* alarmantes pormenores tres meses después.

EL 25 de junio lanzó el diario en las últimas horas de la tarde, cosa inusitada, una especie de suplemento en el que, bajo un título a todo lo ancho de la página (lo que nunca antes se había hecho), reproducía las *noticias del vapor* llegadas ese mismo día:

“Toda la Francia está en combustión. En Viena y en Berlín ha habido pronunciamientos que han obligado a los gobiernos a conceder reformas que el pueblo exigía.

“En Inglaterra e Irlanda los meetings son cada vez más numerosos y alarmantes.

“La Francia sigue organizándose, aunque muy agitada. Venecia ha proclamado la república. Los austríacos han sido arrasados de sus cuarteles.

“El Papa se ha visto obligado a expulsar a los jesuitas”.

Otra noticia, tanto o más inquietante que la anterior, exponía de la siguiente manera la situación interna de Francia:

“Los ricos han acumulado sumas inmensas que han guardado temiendo trastornos. La crisis de Francia es espantosa; las primeras casas (de banca) han suspendido sus pagos. Todas las fábricas han cerrado sus talleres; el gobierno ha tenido que abrir talleres nacionales para dar trabajo a los obreros”.

Esto último quedó tintineando en los oídos de muchos. ¿No eran los talleres nacionales ideas de aquel Luis Blanc del que hablaba Santiago Arcos? Decididamente el mozo no había andado errado en sus predicciones cuando aseguraba que la caída de Luis Felipe daría ocasión a nuevos y hasta ahora desconocidos trastornos. Por de pronto, y como es de suponer, “la juventud distinguida” de Santiago se abstuvo de celebrar con nuevos banquetes tan sombrías *noticias del vapor*.

A fines de septiembre, y siempre con el atraso de tres meses con que se recibía la correspondencia de Europa, se supo de los acontecimientos acaecidos en París desde el 23 al 26 de julio cuando empuñó las armas la revolución socialista. Durante cuatro días y cuatro noches atronó el cañón, y el Hotel de Ville, del cual los obreros habían hecho un nuevo símbolo cual había sido la Bastilla en 1789, concentró los esfuerzos de la lucha entre los sublevados y las tropas del gobierno. La insurrección fue sofocada, nueve generales cayeron en la refriega, y la crisis económica sepultó a Francia en el caos.

Pero a medida que en Europa empeoraban las cosas, los santiaguinos de edad madura, ya que no podían hacer otra cosa, comenzaron a mirar a Santiago Mariano del Carmen con malos ojos y a arrugar el entrecejo. ¿Cómo era posible que un joven adinerado y de buena cuna se interesara por ideas que auspiciaban la extinción violenta de los ricos? Cautamente entonces, los padres de familia se informaron más detalladamente respecto al simpático aunque desaprensivo alborotador.

Y como una vez que se avanza por el camino de la suspicacia se llega lejos, después de las consiguientes averiguaciones se supo que el mozo era no solamente radical en política sino ateo y masón. ¡Y además hijo de aquel gallego Arcos, el más redomado pillo que conociera el país!

El efecto fue instantáneo. Comenzaron a escasear las invitaciones; las mamás y las niñas *bien*, tan expertas en la dosificación de las sutiles tonalidades del desdén, fueron escatimando gradualmente sus saludos, y los parientes empingorados dejaron de lado al sospechoso. En muchas casas de Santiago se decidió que si los muchachos lo deseaban, podían seguir frecuentándolo, pero del lado de afuera de sus casas. Por sobre todas las cosas, y aunque el mocito fuera atrayente, rico y "casadero", estaban los buenos principios. Desde ahora en adelante, el hijo del gallego Arcos, por anarquista y descreído, no pondría más los pies en los hogares patricios.

No dejó de advertir el mozo el cada vez más evidente desapego. Su jovialidad y su alegría apenas si lograban ocultar el fondo de su naturaleza enfermiza. Los pormenores que nos cuenta de él Sarmiento; sus estrafalarias ocurrencias y sus desconcertantes actitudes de clown que acompañaron el viaje que hicieron juntos; esa inquietud a todas luces irrazonada que lo hizo viajar dos días y dos noches por el interior de los Estados Unidos dentro de un saco de heno colocado en el techo de una diligencia, no eran sino las manifestaciones de una psiquis irregular. Y nada resulta más lastimosamente conmovedor que su manera de presentarse por primera vez a Sarmiento: "Somos amigos, muy amigos de hace mucho tiempo" le dice de tal modo jovial y a la vez suplicante, "que haría desarmar la naturaleza más quisquillosa".

Provenía su desajuste interior de lo que sin desearlo había ido sabiendo del pasado de su padre; de las actividades tan oscuras y tenebrosas que éste permanentemente había desarrollado. Un espíritu "observador y crítico" como el suyo no podía menos de hallarse en perpetuo sobresalto ante la posibi-

lidad de que a cada instante afluyeran en su presencia alusiones relativas al autor de sus días, lo que, naturalmente, acabó por convertirlo en un desambientado. De lo que él se sabe lluye el hecho de que, por sobre todas las cosas, fue un permanente insatisfecho falto de carácter y consecuentemente un fugitivo. Su vagancia por Europa y América tuvo un carácter patológico como consecuencia de la inseguridad en sí mismo, nacida, más que de ninguna otra cosa, de haberse cerciorado de lo deleznable que era su padre. De cuantos individuos aparecen influyendo, poco o mucho, en los sucesos de Chile, es el más solo, el más excéntrico; el único que pasa fugazmente e incomprendido por las páginas de nuestra historia, temeroso de que su nombre evoque el tan desacreditado que le cupo en suerte.

No es de extrañar entonces que percibiera de inmediato el ambiente hostil que lo fue cercando a los pocos meses de haber llegado a Santiago y que pensara alejarse de una ciudad donde comenzaban a cargar sobre él una parte de las culpas de su progenitor. Algo más lo decidió: la noticia, nada halagadora, de que el viejo Arcos preparaba viaje a Chile. Los últimos acontecimientos ocurridos en Francia habían asustado de veras al bolsista millonario, y como toda Europa aparecía convulsionada, se resolvió a regresar al país donde comenzara a hacer fortuna.

Entonces el fugitivo ya no dudó: partiría como había partido antes y como partiría tantas veces. Pero como el dinero no abundaba en su gaveta desde que vivía de una mesada fija, optó por una correría que fuese accesible a sus medios.

En la primavera de 1848 cruzó la cordillera de los Andes y llegó a Mendoza. Desde allí, y acompañado nada más que del baqueano Juan Seguel, se dirigió al sur, hacia las áridas regiones que bordean el nevado. Pasó en la pampa largas noches durmiendo al aire libre, con la montura de su caballo por almohada, pensando largamente y fumando. Comió acuciado "por ese buen hambre que da un galope de 215 leguas"; se detuvo "a las orillas del Malargue (arroyo que se pierde en

ciénagas)", cien leguas al sur de Mendoza, y de boca de Selguel escuchó la historia de los indios pehuenches y ranqueles que habitaron antes esa región, tan desamparada, tan yerma, "que hasta ahora guarda el nombre de *la querencia de los buitres*". Nada mejor que esta larga correría para templar nuevamente sus nervios y devolverle la quietud que tan repentinamente se le había arrebatado.

Las citas anteriores fueron escritas por el mismo Arcos en sus *Cuentos de Tierra Adentro o Extracto de los Apuntes de un Viajero* que publicó la *Revista de Santiago* en enero de 1849. Pero ni aún entonces, en sus horas más depresivas, pudo el incorregible disociador librarse del placer de la observación sarcástica, del goce de la frase aguda y punzante. Así, cuando en sus notas describe el paisaje que lo circunda, no puede dejar de decir que "las manchas de pasto solo sirven... a un sinnúmero de quirquinchos, *proletarios del desierto, pues de ellos vive cuanto animal carnívoro pasa por esos campos*".

A poco de regresar Santiago Mariano del Carmen a Santiago, su familia regresaba de Europa. Volvía Isabel Petronila Arlequí con la cabellera blanca y la expresión resignada. De sus numerosos hermanos y hermanas, algunos habían muerto, otros estaban casados o eran monjas o clérigos. Antonio, el mayor de sus cuatro hijos, era ya un hombre hecho y derecho, cercano a los 30. Domingo y Francisco Javier, petrimetros bien vestidos, seguían siendo los entes anodinos de siempre, dóciles a la tutela paterna. En cuanto al viejo Arcos, más seguro de sí mismo y más vanidoso que nunca, traía proyectos de grandeza que, estaba seguro, no encontrarían tropiezos.

Si el *gallego* habíase resuelto regresar a Chile era porque, espantado de los sucesos que habían ocurrido en Europa, estaba cierto que en el pequeño país no había posibilidad de que los obreros se sublevaran primero, porque como no había industrias no había obreros, y segundo, porque la *plebe* seguía sumisa, al igual que en los tiempos de la Colonia, al mandato del *patroncito*.

El *gallego*, a pesar de su avaricia, era aficionado a las cosas en grande. Por cálculo y por vanidad pensó que mientras más fastuosa fuera su instalación en Santiago, mejor sería él considerado. En todas partes (menos en Europa ocasionalmente) el dinero y quien lo posee han sido siempre bien recibidos. Fue así como la instalación del ahora sexagenario Antonio Arcos en la capital chilena fue impresionante: nunca en la austera y nada opulenta ciudad se vio más derroche de muebles suntuosos, de finos cortinajes y alfombras, de vajillas principescas, de estatuas y cuadros magníficos. Todo cuanto había acumulado en París —y algo más comprado, seguramente, al lance en los días de pánico—, lo volcó el *gallego* en los amplios salones de su residencia de la calle Moneda esquina de Morandé, donde hoy se alza el edificio del Seguro Obrero. Luego, haciendo alarde de su riqueza, de su numerosa servidumbre, del lujo sin medida, se dio a ofrecer banquetes con la esperanza de ganarse la confianza de los orgullosos santiaguinos y de hacer olvidar su pasado.

Sin atenuantes fue rehusada, sin embargo, la amistad del desacreditado anfitrión. Fueron pocos los que aceptaron sus agasajos y muchos los que murmuraron. Ni siquiera el hecho de que la esposa de alto rango presidiera las aparatosas comidas logró quebrar la resistencia de la buena sociedad, tanto más cuanto que la expresión resignada y triste de Isabel, si bien disponía en su favor, hacía más despreciable la satisfecha vanidad de su marido.

No por eso iba el viejo Arcos a desistir de los propósitos que abrigaba. Si no era capaz de romper el hielo de la aristocracia, por lo menos trataría de hacerse oír en los altos círculos de gobierno. Quien fue valido de O'Higgins y de su ministro Rodríguez Aldea, quien había logrado penetrar en el círculo íntimo y pasional del emperador del Brasil, no iba a fracasar, seguramente, en su propósito de ganarse la voluntad de quienes administraban el país, e interesarlos en el proyecto que quería exponerles. Por de pronto, el presidente Bulnes era conocido suyo desde los días en que más de treinta

años atrás compartieron la vida de los campamentos; pero quien le interesaba particularmente era el ministro de hacienda. ¿Qué clase de sujeto era? Se dio a averiguar y lo de que él supo lo dejó satisfecho.

Así como O'Higgins había estado sometido al chillanejo Rodríguez Aldea y Prieto a Portales, el último de los generales-presidentes, Bulnes, lo estaba al inquieto y aparatoso Manuel Camilo Vial, ministro de interior en propiedad, ministro de hacienda en un interinato que duraba dos años, ministro de relaciones exteriores por veleidades de la política y durante algunos meses ministro de justicia. De cinco ministerios, en el espacio de una temporada, había acaparado cuatro.

Pero no paraba aquí la insatisfecha avidez del favorito. Lo que él no estaba en condiciones de disfrutar lo había puesto al servicio de sus parientes. Uno de los hermanos de Vial era intendente de Talca; otro, su propio subsecretario de hacienda; a un tercer hermano se le había dado la proveeduría de los guardianes del presidio, y un cuarto, más un cuñado, ocupaban puestos espectables en las oficinas del estanco del tabaco. Además, *Papetit vient en mangeant*, en aquellos últimos días del año 48 se había hecho público un nuevo manejo del insaciable ministro. Antes de ingresar al gabinete Manuel Camilo Vial había desempeñado el cargo de fiscal interino de la corte suprema, pero una vez adueñado del poder se había hecho dar ese cargo en propiedad aunque haciendo que el nombramiento se mantuviese en secreto. Nada se habría sabido del asunto si no fuera que *El Mercurio* de Valparaíso lo hizo público con estrepitosa insistencia. Ya no pudo abrigar dudas el gallego de que si sabía hacerse oír de quien controlaba todos los resortes de la administración, estaría en condiciones de salir adelante con sus ambiciosos designios.

LO QUE QUERÍA el gallego era instalar en Santiago un banco, el que, de realizarse su propósito, sería el primero que existiese en Chile. Cinco años atrás el gobierno había intentado hacer venir al país a banqueros europeos o norteamericanos,

aunque sin resultado. De tal manera que cuando Arcos le expuso al ministro su plan, éste recibió el proyecto con entusiasmo.

Vial, como hacendista, era fantasioso; cuanto había realizado hasta entonces en los vastos dominios que abarcaba su poder, había sido hojarasca. Se creaban comisiones que nunca se reunían; se dictaban decretos y reglamentos de imposible ejecución; se quería innovar sin orden ni concierto, con más efectismo que sentido práctico. Le fue fácil al gallego con su labia fecunda y su "actitud de suficiencia como si tratara no de pedir algo sino de hacer concesiones" conquistarse al ministro, el que sin discutir aceptó cuanto se le antojó al solicitante. De acuerdo con las condiciones aceptadas por ambas partes, el banco tendría como socio al estado, el que aportaría un millón de pesos; otro millón sería colocado entre el público, y un tercero lo pondría el banquero de su peculio, quien, además, durante diez años sería el gerente con facultades casi omnímodas. La ventaja, la única que ofrecía Arcos, que quería imitar así a los Rothchilds, era establecer créditos del 6% en vez del 12% que se pagaba hasta entonces. A cambio de esto, la institución estaría facultada para emitir billetes, los que debían ser recibidos como moneda corriente por todas las oficinas públicas, además de que en las arcas del banco debían hacerse todos los depósitos judiciales y fianzas en metálico que hasta entonces ingresaban en las oficinas estatales de recaudación. El capital invertido quedaría libre de impuestos, y Arcos, por fin, disfrutaría de un privilegio de veinte años, durante los cuales ningún otro establecimiento similar podría ser establecido en el país. Así eran de enormes las prerrogativas que iban a serle otorgadas al primer banquero chileno, el que, una vez que el gobierno dictara las resoluciones correspondientes, sería el contralor absoluto de la economía nacional.

Pero los hombres de negocios más caracterizados de Santiago y Valparaíso se alarmaron ante la inminencia de este monopolio. Comerciantes al fin, no estaban dispuestos a que

el negocio del crédito, hasta ese momento controlado por ellos, fuese a parar a las ávidas manos del *gallego*. Advirtieron además que la sustitución de dinero en metálico por papel moneda no podía acarrear sino perturbaciones, ¿y quien, por otra parte, podía garantizar que el desaprensivo agiotista no hiciera emisiones a su antojo, conocidos como eran sus antecedentes? Vinculados a las esferas políticas y sociales como estaban los hombres de negocios, no fue extraño que el clima de resistencia hacia el banco fuese cada día en aumento. De esta manera, a los pocos meses de haber regresado al país el funesto personaje, concitaba una vez más en torno a su persona a los más importantes sectores y enfrentaba al gobierno a un grave conflicto.

Para desgracia de Manuel Camilo Vial (y de Arcos), el asunto del banco coincidió con las elecciones parlamentarias de marzo de 1849, y los enemigos del ministro no dejaron de aprovechar esta circunstancia para atacarlo. El *affaire* del banco, o mejor dicho el *affaire* Arcos, se convirtió en un asunto de alcances electorales. ¿Cómo era posible —declamaron airadas las voces más influyentes—, que el gobierno pretendiera entregarse él mismo y entregar al país a las audacias de un individuo de tal calaña y con antecedentes tan escandalosos como los del *gallego*? ¿Qué pasaría en Chile si las pesadas onzas de oro desaparecieran dentro de la bolsa insaciable del aventurero para ser reemplazadas por unos billetes cuya única solvencia sería la firma del funesto trapalón?

Los pormenores de las elecciones, tan decisivas en el curso de los acontecimientos políticos que siguieron, deberán formar parte del capítulo siguiente, pero podemos adelantar que nadie en aquellos días dejó de reparar en que una de las causas de la caída de Vial fue el negocio bancario que se gestaba.

CUANDO posteriormente Antonio García Reyes ocupó el ministerio de hacienda en reemplazo de Vial, hubo un respiro de alivio en la opinión pública y el propio Arcos comprendió

que su proyecto estaba destinado a fracasar. Pero el millonario no era de los que así no más cejaban en sus intentos, de manera que dos semanas después de producido el cambio ministerial hizo llegar a manos de García Reyes el proyecto de contrato que había celebrado con Vial, solicitando que se le hiciera saber “si el ministerio actual estaba o no con el ánimo de llevar adelante el proyecto en los términos convenidos con el anterior”. Señalaba asimismo que las bases del convenio habían sido prolijamente estudiadas y convenidas con el ex ministro de hacienda, como también el que, debido a las gestiones hasta entonces favorables, “se habían puesto en movimiento capitales considerables”.

García Reyes, después de consultar con los representantes más caracterizados del comercio, dictaminó que no eran “admisibles las bases del banco nacional que don Antonio Arcos acompaña a la presente solicitud”. Pero éste no se dio por vencido: ya que el gobierno se desistía de ser su socio, él por su cuenta instalaría un banco particular si las leyes chilenas no se oponían a tal intento. Era legalmente imposible negarse a tal pretensión, de manera que la constitución del banco Arcos fue autorizada. Se le garantizó a su fundador que durante diez años no se gravarían los fondos del establecimiento, y que si más adelante el gobierno persistía en su propósito de fundar un banco privilegiado, se le daría al suyo la preferencia si presentaba condiciones similares a las de otros proponentes. Una cosa, sí, rechazó el ministro: que no serían recibidos en arcas fiscales los billetes que fuesen lanzados a la circulación.

Así las cosas, en los primeros días de octubre de 1849, y ante la expectación general, pudo, por fin, inaugurarse el Banco de Chile de Arcos y Compañía. Todo el primer piso de la residencia familiar fue ocupado por las oficinas, y en ellas el *gallego* y sus tres hijos mayores, además de algunos amanuenses, aguardaron en vano la llegada de la clientela. Solo uno que otro comerciante de pequeña categoría utilizó sus servicios y los billetes recién emitidos fueron mirados con

más curiosidad que confianza. De las diez mil acciones de valor de cien pesos que según los estatutos estaban a disposición del público, ni una sola fue suscrita. El alto comercio y los particulares que por sus condiciones económicas pudieran haber sido accionistas, se resistieron a entrar en negocios con Arcos, y un ambiente de hielo rodeó a la primera institución de crédito que hubo en el país.

Pero no sólo con reservas y desconfianzas fue recibida la innovación comercial. El 27 de septiembre, pocos días antes de que se inaugurara el banco, otra vez los hombres de negocios de Santiago y Valparaíso volvieron a reunirse para demandar que los tribunales de justicia se pronunciaran acerca de la validez de los billetes por emitirse. La corte de apelaciones primero y la suprema después resolvieron que tales emisiones carecían de todo valor legal. Ante este pronunciamiento el alto comercio volvió a la carga y pidió al gobierno que los billetes del Banco Arcos fuesen retirados de la circulación y se prohibieran nuevas emisiones. En abril de 1850, se dictaba un decreto en tal sentido y quince días después de esta fecha el Banco de Arcos y Compañía, que tantas alarmas y desazones había provocado, cerraba definitivamente sus puertas. En su reemplazo, el hijo mayor del *gallego*, Antonio, abrió un negocio de índole parecida en el mismo local en que había funcionado el banco, pero tampoco logró prosperar. Así las cosas, Antonio Arcos Arjona solo pensó en alejarse de Chile, esta vez para no regresar. Algunos meses más tarde vendió su menaje a buen precio y acompañado de su mujer y de sus tres hijos mayores partió a Europa, donde murió quince años más tarde.

¿Y SANTIAGO Mariano del Carmen, entretanto? También él se encargó de asestarle a su padre, solapado e imprevisto, un nuevo golpe. Cuando mayores eran los afanes para la apertura del banco; cuando todo era defenderse de los ataques; cuando se trataba de que íntegro el clan de los Arcos resistiera a pie firme la avalancha de inyectivas e impedimentos que par-

tían de todos los sectores, él no solo desertó de su puesto sino que lo hizo ostentosamente.

El 2 de octubre de 1849 —¡en los mismos días en que estaba por abrir sus puertas el banco de la familia!— obtenía que el ministro del interior, José Joaquín Pérez, cursara un decreto por el cual se le designaba para formar parte de una expedición destinada a efectuar reconocimientos en las cordilleras inexploradas del sur de Valdivia, la que estaría a las órdenes del capitán de corbeta Benjamín Muñoz Gamero. No pudo discurrir el mozo una forma más espectacular y desafiante para protestar, él como todos, de los intentos financieros del autor de sus días: no sólo se negaba a ser, como los suyos, un prestamista al tanto por ciento, sino que, a la vista de todos y en el momento de mayor expectación, quería manifestar con su alejamiento el repudio que le inspiraba la aventura financiera próxima a iniciarse.

¿Qué empeños hizo valer Santiago Mariano del Carmen para obtener el nombramiento? ¿Fue su amigo Domingo Faustino Sarmiento, amigo a su vez del influyente Montt, quien le dispensó su apoyo? ¿O bien alguno de sus parientes aristócratas intercedió por él, compadecido de aquel cuyo padre era la comidilla de todos los círculos?

Como fuese, y aunque tenía ya el decreto en su poder, no pudo el desazonado tráfuga emprender la fascinante aventura cordillerana. Apenas supo el *gallego* de este intento de deserción, estalló incontenible su violencia. Con los nervios tensos frente a la situación adversa, y al ver que en su mismo hogar uno de sus hijos se plegaba con su actitud a sus enemigos, su furor estalló en proporciones estremecedoras en los ámbitos de la fastuosa residencia. Hasta qué extremos llegó el viejo Arcos en su ira contra el hijo que así quería hurtarle su parte de solidaridad a la situación familiar, no hay el menor vestigio; pero ella debió de ser de tal magnitud y plagada de tantas inyectivas y amenazas de represalia, que el pusilánime se atemorizó. Dobleándose a la voluntad del padre se vio precisado a cancelar su proyectado viaje y se quedó en Santiago.

PERO SI aparentemente pareció sometido el hijo que a los veintisiete años era incapaz de librarse de la tutela paterna, comenzó a atenazarlo una idea que ya no lo dejó en paz. Contemplado a la luz de la psicología moderna, es posible explicarse el proceso mental que llevó a Santiago Arcos a lanzarse durante las semanas siguientes por los derroteros del más desenfundado socialismo. "Todo ser humano —dice Adler— tiene un objetivo en la vida; sin éste no podemos pensar, sentir, querer o actuar. A fin de alcanzar este objetivo ideamos, quizá inconscientemente, un plan de vida. Objetivo y plan son vagos en la infancia, pero se definen en la vida del adulto. La totalidad de nuestros esfuerzos están encaminados al logro de este objetivo, elegido en forma de compensar nuestra inferioridad, física o social, y de establecer nuestra superioridad".

En el caso de Santiago Arcos el *objetivo vital* se definió después de varios años de haber entrado en la edad adulta, y provino de la serie de presiones paternas que habían obrado en él en forma coercitiva. Y fue debido a que se le impidió alejarse de Santiago en momentos para él críticos, que reaccionó en forma explosiva y "encaminó todos sus esfuerzos al logro de su objetivo, elegido en forma de compensar su inferioridad física o social, y de establecer su superioridad". Esta reacción compensatoria fue fundar la Sociedad de la Igualdad.

Por su parte C. G. Jung nos proporciona nuevos elementos de juicio para fijar a Santiago Arcos dentro de un tipo definido de la tipología psicológica. "El tipo reflexivo extravertido —señala Jung—, no solo se subordina a su fórmula (la de acondicionar su manifestación vital a los conceptos de lo bueno y de lo malo, de lo bello y de lo feo), sino que pretende que lo hagan así, por su propio bien, cuantos le rodean. Pues quien no lo hace obra mal, contradice la ley del mundo; luego no es razonable, ni moral, ni tiene conciencia. Al tipo reflexivo extravertido su moral le prohíbe tolerar excepciones, pues su ideal ha de ser realidad por encima de todo, ya que, según a él le parece, se trata de la más pura formulación de la

efectividad objetiva y ha de ser, por lo tanto, verdad universalmente válida, imprescindible para la salvación de la humanidad". Añade Jung que "este tipo puede, como reformador, como público admonitor y depurador de las conciencias o como propagandista de innovaciones de importancia, representar un papel en extremo útil para la vida social". Y cuando agrega que "son los propios deudos los que han de soportar las desagradables consecuencias de su fórmula extravertida" y que "no es raro que los familiares más próximos, los hijos, por ejemplo, sólo vean en el padre un cruel tirano, mientras en el ámbito se extiende el eco de su pura humanidad", no hace sino presentarnos a un siglo de distancia el cuadro familiar de los Arcos, padre e hijo, cuyo antagonismo habría de traer como consecuencia el fantástico contrasentido de que al mismo tiempo que el gallego fundaba la primera organización típicamente capitalista que hubiese en Chile, su hijo menor creaba antes que ninguno otro una organización de corte definitivamente socializante.

HEMOS creído necesario traer a colación las opiniones de los psicólogos modernos por tratarse de un personaje de tan endiabladas reacciones como fueron las del revolucionario que en el curso de algunos meses, y más que por otra cosa por desavenencias familiares, hizo estremecerse hasta sus cimientos los fundamentos de la sociedad chilena de cien años atrás. En efecto, de haber logrado Santiago Arcos su empeño de acompañar a Muñoz Gamero en su expedición al interior de Valdivia, la Sociedad de la Igualdad no habría existido. Cuando la expedición regresó a Valparaíso algunos meses después, ya el Banco de Arcos y Compañía había puesto fin a sus actividades, y este solo hecho habría bastado para que el hijo se desistiera de oponer una entidad antagonica a la organización bancaria de su padre. Además, como se verá más adelante, las circunstancias políticas habrían dejado de ser propicias para que prosperara su intentona igualitaria, y el curso de los acontecimientos

tecimientos chilenos habría seguido un derrotero totalmente distinto.

Con lo dicho no pretendemos restarle el mérito que tuvo Santiago Arcos de ser el primero en Chile que se preocupó del destino de las clases desvalidas agrupándolas en una organización a la que él quiso darle un acentuado tinte de avanzada. Pero al hacer el estudio de su personalidad sin otras miras que mostrarlo a la luz de la historia en sus verdaderos contornos, no podemos dejar de insistir en lo que constituyó el *leit motiv* de su existencia hasta que su padre bajó al sepulcro: la resistencia permanente y sin tregua que, en la medida de sus fuerzas, opuso a las actividades financieras de su progenitor, con lo que se dio el caso de que la lucha de clases proclamada por Marx no tuviera en Chile otro origen que una desigual y sorprendente lucha familiar.

L a r u t a d e M a r t í n R i v a s

DESDE 1830 y durante los dieciocho años siguientes, nadie, aparte, naturalmente, de los pipiolos, osó transgredir una ley no escrita impuesta en su oportunidad por Diego Portales, la que puede resumirse así: todo el poder para los pelucones. Pero desde que los movimientos europeos de 1848 desbordaron por el mundo el torrente liberal, un político, pelucón él también y tan osado como ambicioso, pensó que había llegado el momento de hinchar las velas de su propia nave al viento reformista, aunque de esta manera pusiera fin a la tradición portaliana.

Desde la altura de su omnipotencia y aprovechando la proximidad de las elecciones parlamentarias de 1849, Manuel Camilo Vial no tuvo reparos para intentar el formidable trastrueque. Como jefe del ministerio le correspondía seguir con un procedimiento que se venía prolongando desde los primeros días de la república, cual era el de que el gobierno fuese quien eligiera a su sabor el congreso.

Solamente contados "representantes del pueblo" llegaban a ser designados sin el visto bueno del ejecutivo, y como el ejecutivo entonces era Vial ya que su primo hermano el presidente Bulnes lo dejaba hacer a su antojo, se entregó aquel a la confección de las listas de candidatos, o lo que es lo mismo, a designar desde su bufete ministerial a los futuros senadores y diputados.

Sus hermanos y parientes más próximos fueron los que encabezaron la singular minuta. Luego vinieron los paniaguados y aquellos que por deberle al ministro las situaciones que disfrutaban, podía éste considerarlos sus incondicionales. Integraron por último las listas hombres jóvenes de la aristocracia y de la clase media y que, como Federico Errázuriz, los

presbíteros Ignacio Víctor Eyzaguirre y Francisco de Paula Taforó, Manuel Ramón Infante, los hermanos Bello (hijos de don Andrés), Marcial González y otros, formarían la bulliosa pléyade que pensaba levantar Vial en la cámara para beneficio de sus futuros designios. También liberales probados, Lastarria entre ellos, fueron incluidos en la lista, como asimismo un par de conservadores al estilo de Montt, el que no obstante su antivialismo, era una figura política a la que no se podía desairar.

El juego de Vial parecía tan evidente que los pelucones de mayor peso decidieron oponerse con toda su influencia a los intentos personalistas del jefe del ministerio. La primera escaramuza de esta guerra intestina entre conservadores estuvo a cargo de Manuel Montt, el que haciendo aparecer más severo que nunca su rostro pétreo, llegase donde el presidente Bulnes para manifestarle que las personalidades ultramontanas más consideradas no estaban conformes con la lista de candidatos a diputados, y que si no se incluían en ella los nombres de Antonio García Reyes, de Manuel Antonio Tocornal y otros que, aunque desafectos a Vial, se habían destacado hasta entonces en la cámara, estaban dispuestos a luchar en las urnas para imponerlos como diputados.

El estupor y la indignación de Bulnes no tuvieron límites. Que cualquier pipiolo falto de criterio se atreviera a oponerse a la voluntad del ejecutivo podía parecer comprensible, ¡pero que los propios hombres del partido de gobierno asumieran una actitud que él llamó anárquica, resultaba tan monstruoso, tan fuera de las normas de respeto a su investidura, que él no podía tolerar! ¿En qué venía a parar entonces el precepto portaliano de un gobierno fuerte que pusiera atajo a la rebeldía de los díscolos y los enemigos del orden? Pero Montt, que pertenecía a la derecha del portalismo y era su jefe, alegó que lo verdaderamente portaliano era el gobierno impersonal, cosa que el ministro Vial parecía haber olvidado. La discusión se tornó agria, y como no se llegó a ningún acuer-

do, las elecciones del 25 y 26 de marzo del 49 pusieron frente a frente a los bandos antagónicos del conservantismo.

Sucedió entonces un hecho inusitado: la oposición logró sacar triunfantes a cuatro de sus candidatos. A pesar de la intervención más desembozada habida hasta entonces, la voz oficial fue desoída por la porción de electores insurrectos. Es cierto que el senado, que se elegía por voto indirecto y por ende mayormente controlable, fue íntegro gobiernista, pero aquellos cuatro intrusos que llegaban a la cámara de diputados desafiando al Ejecutivo, consternaron al Presidente. Había de reconocerse, sin embargo, que en el norte José Joaquín Vallejos y Miguel Gallo habían triunfado por influjo del dinero del segundo, debía reconocerse también que en la elección de Tocornal en Valparaíso y de García Reyes en La Ligua había habido *trampa*, pero esto no le restaba gravedad al caso, no sólo a juicio del jefe del estado sino también de la opinión pública soliviantada.

En Valparaíso era intendente el general Blanco Encalada el que lejos de intervenir en favor del candidato oficial desmontó la máquina electoral en forma que Manuel Antonio Tocornal resultó elegido. En el caso de García Reyes, el truco preparado por los *anarquistas* de Montt fue memorable. Se había inscrito a García Reyes en San Fernando, pero vista la ninguna posibilidad de conseguir el triunfo, retiró éste espectacularmente su candidatura al mismo tiempo que se presentaba en secreto en la Ligua: tan en secreto que el gobierno no lo supo a tiempo, por lo que no hubo intervención en contra suya y la victoria fue lograda.

El primer acto de la tragicomedia había terminado. Habría de comenzar el segundo, tras el cual caería el telón con la derrota y el castigo del *villano*, esto es de Manuel Camilo Vial y la consiguiente apoteosis de Portales en la persona de Manuel Montt.

UNA VEZ en posesión de su discutida mayoría parlamentaria, el ministro pensó que había llegado el momento de llevar ade-

lante la segunda parte de su proyecto, cual era la creación de un partido político controlado por él. Una vez logrado esto, ¿quién estaría en condiciones de arrebatárle la presidencia de la república, el único cargo que le faltaba por conseguir? Teniendo a su primo Bulnes sometido a su voluntad; dueño virtual del Congreso; en posesión de un partido por él dirigido, y todavía con un banquero, el único, a su disposición, no habría fuerza ultramontana capaz de hacerle frente.

Con febril actividad ambiciosa y apenas pasadas las elecciones parlamentarias, Vial posó su mirada sobre el panorama político. Si; le era imperioso formar un partido, ¿pero de donde sacarlo? Del vivero siempre prolífico donde se incubaba el descontento; de aquellos sectores donde hombres ávidos de reformas o de cargos preponderantes aguardan solamente una oportunidad para desbordar su actividad impaciente. Allí estaban los últimos sobrevivientes del pipiolaje abatido en Lircay; los liberales más jóvenes imbuidos del moderno espíritu europeo; los conservadores que resistían someterse al tutelaje ultramontano. Con estos elementos, más la fuerza proyectada por la dinamo oficialista, podía conseguir el objeto deseado.

El primer contacto del ministro fue con Lastarria, cabeza visible de un partido liberal informe, con el fin de echar entre ambos las bases del partido reformista. Las conversaciones progresaron, aunque para ello debió someterse Vial a condescendencias que eran la negación de su más inmediato pasado. El, que se había convertido en encarnizado perseguidor de la prensa libre, debió aceptar una reforma de la ley de imprenta. Asimismo Lastarria puso como condición que Vial abandonara la cartera de hacienda, cuya posesión por parte del ministro había despertado tantas críticas, a lo que accedió éste dócilmente; se discutieron otras reformas sustanciales hasta que llegaron a elaborar las bases del partido que Vial ambicionaba.

Pero mientras así procedía el ministro, sus adversarios actuaban a su vez activamente. Una sola manera, pensaron, po-

día emplearse para contrarrestar al ambicioso: el de que Bulnes se deshiciera de él. Si el favorito era obligado a abandonar su posición privilegiada y desaparecía otra vez en el montón, su sueño presidencial, falto de poder y de influencias, se desvanecería. Así pues, hacer que el presidente de la república diera a su primo hermano el portante fue la preocupación de los patricios, y para lograrlo no había otro camino que ganarse al primer mandatario a toda costa. ¿Pero cómo, si pocas semanas antes Bulnes había tratado a Montt de alborotador, de opositor contumaz y de anarquista?

Se usó entonces con Bulnes el mismo procedimiento empleado cerca de Freire cuando se trató de derrocar a O'Higgins: el de la seducción. El rudo soldado criado en los vivacs que se había abierto el camino a la fama con el vigor de su brazo musculoso (*el sableador de Lircay* lo habían llamado después de esta acción y el cáustico coronel Godoy lo apodaba el *huaso* Bulnes) poseía, como todos nuestros hombres de armas cuando se ven en posiciones espectantes, nada más que la apariencia de la voluntad. Tras de su apariencia testaruda se ocultaba un ánimo impreciso, su inseguridad se disfrazaba de gritos y se fingía a sí mismo una energía que se exteriorizaba en su vozarrón de cuartel. Era presa fácil, por lo tanto, para quienes supieran envolverlo en las sutiles mallas de la intriga.

Para comprender lo que sucedió en seguida es necesario proceder como los diarios del presente cuando reseñan la vida social. Manuel Bulnes *Prieto* había heredado el mando de su tío carnal Joaquín *Prieto* Vial. El general José María de la Cruz *Prieto*, intendente de Concepción y que habría de ser a la postre el candidato de los liberales, era asimismo sobrino en segundo grado de *Prieto Vial* y primo hermano de Bulnes *Prieto*, el que a su vez, como queda dicho, lo era también de Manuel Camilo *Vial* Formas. Al mismo tiempo un liberal de viejo cuño, el general Francisco Antonio Pinto, era suegro del mandatario en ejercicio. En torno a este galimatías familiar debía resolverse el problema relativo a la próxima presiden-

cia de la república (1). Primero debían actuar los pariente antivialistas junto a Bulnes con el objeto de indisponerlo con su primo Vial Formas, y cuando esto se hubiera conseguido vendrían de atrás los políticos ajenos a la parentela con argumentos de grueso calibre para convencer al presidente de que debía enmendar el rumbo de su gobierno haciéndose asesorar por un ministerio de índole genuinamente ultramontana.

Fue el suegro el encargado de plantear las cosas al presidente en términos precisos. El general Pinto no sólo había sido presidente de la república y desempeñaba el cargo de senador, sino que era el más representativo sobreviviente de los pipiolo de 1828. En su cuádruple papel de padre político, de ex presidente, de liberal de antigua cepa y de senador en ejercicio inició la tarea de *desvializar* el ministerio. Los argumentos abundaron. Primero señaló Pinto la acción más aparatosa que efectiva realizada por el ministro; luego, el hecho de que Vial hubiese adulterado el ejercicio financiero del año anterior, haciendo aparecer un superávit presupuestario que no existía. Además, dijo, la inexplicable complacencia de Vial hacia el gallego Arcos en el asunto del banco, despertaba las suspicacias no sólo de los políticos de todos los bandos sino también de la porción más considerable de los hombres de negocios. Pero, sobre todo, Manuel Camilo Vial aparecía envuelto en una aventura demagógica inquietante. ¿Qué era eso de la creación de un partido reformista que estaba tramando?

(1) Resulta interesante establecer de qué manera los parentescos formaron la apretada trama de la política chilena en el pasado siglo, a través de la cual resultaba casi imposible deslizarse a quienes no contaban en el linaje gobernante. Así, en el Congreso de 1849 eran senadores el ministro Vial Formas, su primo hermano Ramón Formas, Ramón Vial y Juan de Dios Vial. A la cámara ingresaron Rafael Vial, hermano de Manuel Camilo, Ramón Vial y Carlos Formas, sus primos hermanos. Por el lado del presidente (y del ministro, algunos) aparecían como senadores José Joaquín Prieto Vial, Francisco Antonio Pinto, suegro de Bulnes, y José María de la Cruz Prieto. Es revelador el hecho de que una vez elegido Montt presidente de la república en 1851, cinco Montt ingresaran a la Cámara durante su decenio, a saber, Ambrosio, Manuel, Anacleto, José Antonio y Rafael.

¿Acaso la implantación de la república en Francia no había derivado en una revolución social siniestra y la bandera roja no había flameado en el Hotel de Ville? ¿Quería el presidente de Chile que se reeditaran en la patria hechos semejantes y que el glorioso ejército de Yungay tuviera que batirse en las calles de Santiago contra el populacho atrincherado en las barricadas, a semejanza de lo sucedido recientemente en París?

Bulnes se sobresaltó. En efecto, su primo hermano estaba llevando las cosas demasiado lejos y había que ponerle inmediato atajo a su ambición. Tras de la conferencia entre yerno y suegro vino la reconciliación de Bulnes con Montt. Ya no fue éste considerado disociador por el primer mandatario sino que, por el contrario, apareció a sus ojos como el salvador de la república. Durante los conciliábulos que se siguieron entre ambos, y donde los mandamientos de la ley de Portales fueron sacados a relucir una vez más, el destino de Manuel Camilo Vial quedó sellado.

IGNORANTE de lo que se tramaba en contra suya, el ministro llegó donde Bulnes con la declaración de principios de su partido reformista bajo el brazo a fin de que éste la incluyera en el mensaje presidencial que debía leer ante el congreso recién elaborado. Pero llegó tarde. Ya habían obrado en el ánimo del primer mandatario las influencias contrarias y lo que recibió Vial con gran admiración suya fue una repulsa vociferante y decidida. No sólo rehusó Bulnes transformarse en el portaestandarte del vialismo sino que, por el contrario, se opuso a todo intento reformista. ¿Cambios en el país? ¿Y para qué, si todo marchaba a pedir de boca y había orden, lo único que se requería? Y en cuanto a suplantar a un respetable ministro de la corte suprema —¡nada menos que un Ovalle y Landa!—, por un juez pipiolo de apellido Ugarte cómo pretendían Vial y Lastarria, que no se le hablara más de ello.

Ante la insospechada resistencia no le quedó al ministro otro recurso que amenazar al presidente con presentar su re-

nuncia. Si Bulnes la aceptaba ocurriría que el parlamento, de gobiernista que era hasta ese instante, se convirtiera en opositor y de que el ejecutivo, por primera vez en la historia de la república, se enfrentara a un parlamento adverso. ¿Se atrevería el presidente a afrontar una situación semejante? Si que se atrevió, porque el jefe del estado había aprendido la lección. Según sus nuevos consejeros, era de sentido común esperar que si Vial se veía precisado a abandonar el poder, el parlamento lo abandonara a él. Para decirlo con palabras de Vicuña Mackenna, "el gobierno, es decir, el peso, probaría, como siempre, que su ley de gravedad supedita las leyes de ascensión que forman la dinámica del espíritu".

La apertura del nuevo congreso —vialista más que liberal y oficialista más que vialista—, se efectuó el 1º de junio de 1849, pero aunque Bulnes concurrió a la ceremonia con su ministerio, todos los congresales sabían ya que éste se encontraba renunciado. En efecto, doce días más tarde un nuevo gabinete se encargaba de asesorar al primer mandatario y a preparar, a dos años plazo, la elección presidencial próxima.

La formación del nuevo ministerio había llevado dos semanas de ajeteos y compulsas, pero el resultado de tales gestiones logró magistralmente su objetivo. Ministro del interior fue nombrado José Joaquín Pérez, pero a su vera aparecían dos nombres que eran como hacerle llover sobre mojado al bienquisto en desgracia. Estos nombres fueron los de Manuel Antonio Tocornal y Antonio García Reyes, los de las *diablu-ras* electorales de Valparaíso y La Ligua, y la inclusión de ambos en el gabinete constituía una jugada maestra del ahora adiestrado y malicioso *huaso* Bulnes. Era como decirle a Vial que la acción futura del gobierno iría exclusivamente contra su candidatura, al mismo tiempo que se insinuaba a los opositores la posibilidad de un ulterior acuerdo... siempre que se deshicieran cuanto antes de su líder. Sucedió como se había previsto, porque si bien desde junio a diciembre del 49 conservó el ex ministro algún ascendiente sobre su equipo parlamentario, al iniciarse el período legislativo del año siguiente

casi la totalidad de los diputados se habían pasado al gobierno. El *villano* pagaba así sus culpas liberalizantes y su estrella política, que tan esplendorosamente brillara durante casi tres años, se apagó para siempre.

EL MOCERÍO, que desde los bancos parlamentarios lanzó sus fuegos sobre el ministerio Pérez-Tocornal-García Reyes (había la consigna de no zaherir a Bulnes con la esperanza de reconquistarlo), libró sus batallas oratorias en medio de un frenesí *libertario* que enardeció los ánimos. Benjamín Vicuña Mackenna, en una de las páginas más brillantes que salieron de su pluma, nos ha dejado un cuadro inolvidable de aquellos días en que se fue forjando en Chile un nuevo espíritu.

"Había entonces juventud —escribía Vicuña en 1872—, si bien es cierto no había pueblo, como no lo hay todavía. Pero aquella lo suplía todo. Era una generación ilustrada, laboriosa, susceptible de fe en las creencias y de aspiraciones altas en los hechos. Era la juventud que había recogido la herencia de Bello y Mora, de Gorbea y de Sazié.

"Nacía la historia nacional, y alboradas lucientes iluminaban su cuna. Lastarria, Benavente, los Amunátegui, el presbítero Salas, Santa María, Tocornal, Concha y Toro, Sanfuentes, compaginaban esas hojas dispersas de una gran edad. La prensa mostraba ya vigor lozano, promesa de su robusta vida de más tarde. Espejo, Vallejos, Blanco Cuartín, Talavera, los tres Matta, Rafael Vial, Felipe Herrera, Eusebio Lillo, Ambrosio Montt, Francisco Marín y su ilustre hermana, Pedro Gallo, Irisarri, Jacinto Chacón, Santiago Godoy, Santiago Lindsay, Víctor y Pío Varas, Francisco, Carlos, Juan y Andrés Bello, Ramón Sotomayor, Francisco y Manuel Bilbao, los tres Blest, Marcial González, Marcial Martínez, Diego Barros, José Antonio Torres, Paulino del Barrio, Juan Vicuña, Cristóbal Valdés, Salustio Cobo, el malogrado Ruíz Aldea, Santos Cavada, Ignacio Zenteno, don Pedro Godoy, que era ya un veterano de la espada y de la pluma, Isidoro Errázuriz que era sólo un niño, ¡pero qué niño! y en pos de ellos llegaban ya en ho-

ra temprana, pero lucidos, los dos Arteaga Alemparte, Vicente Reyes, musa perezosa y espiritual, inimitable en el chiste, Balmaceda, Eduardo de la Barra, brillante en todo, Román Vial y tantos otros que nos vienen de golpe al recuerdo, todos historiadores, diaristas, poetas, críticos, polemistas, los más escritores serios de nota, cada cual en su esfera.

“La sociedad misma —prosigue Vicuña en su inspirada evocación— se sentía de suyo arrastrada a las emociones de una vida de novedad en cambios y en encantos. Era la primera vez que el arte desplegaba sus alas de oro en nuestro cielo de zafir. Munvoisin había clavado al muro de su taller sus primeras telas, Ciccarelli nos había traído en seguida su rica paleta meridional. Teresa Rossi cantaba desde antes como las sirenas de que habíamos oído hablar en nuestra cuna, y la arrogante Clorinda Corradi —la Pantanelli— revelaba en los salones, poblados en esos años de bellezas que hoy aparecen dando casta sombra a nuevas flores, el secreto del cielo y de sus ángeles. En todo se notaba un movimiento, una expansión, una vitalidad poderosa y brillante, como en esas alegres mañanas de la juventud y del estío en que se emprende, en medio del alborozo y del bullicio de la casa, un viaje de placer. ¿Adónde íbamos? Nadie lo preguntaba. Divisábase en el horizonte la luz del faro, y esto bastaba para que cada cual alistase animoso y confiado su barquilla para lanzarla a las olas. El entusiasmo soplaba en la brisa, sentíamos el ruido de sus alas en la ribera y el grito de todos era: ¡al mar, al mar!”

EN VERDAD, la efervescencia política que se dejó sentir en 1849 y que se prolongó durante los dos años siguientes, tuvo más de novelería que de fundamento, más de juego y de diversión que de fe en los principios. El romanticismo revolucionario alcanzó entonces su cúspide y una juventud exuberante se entregó a él en fantástica algarabía. A los gobernantes se les tildó de tiranos; al régimen imperante se le consideró absolutista; en el *huaso* Bulnes se vio a un monarca despótico como no lo habían sido Luis XVI y Luis Felipe; y ellos, los ardorosos

campeones de una libertad que llegó hasta la licencia, llegaron a considerarse a sí mismos los personajes legendarios de la gran revolución. Quien así había exacerbado las mentes de los liberales santiaguinos era Alfonso de Lamartine, poeta, historiador, novelista y la figura descollante de la política francesa a la caída del *rey burgués*.

Seguramente fue Santiago Arcos quien trajo a Chile el primer ejemplar de la *Historia de los Girondinos* de Lamartine. La obra había aparecido en Francia en los primeros meses de 1847, y cuando el hijo del *gallego* se embarcó con destino a América en las postrimerías de julio del mismo año, el éxito del libro era tal, que de seguro nuestro personaje, ávido siempre de toda clase de novedades, adquirió su correspondiente volumen. Sea como fuere, la *Historia de los Girondinos* adquirió en Santiago, como en todas partes, el mayor éxito de librería que se registrara hasta entonces. En seis onzas de oro (recuérdese que una calesa con su mula valía diez onzas) se vendió el primer ejemplar, y a precios semejantes los que llegaron más tarde. La avidéz que despertó la obra hizo que, según lo confesara Lamartine, percibiera en un año más de dos millones de francos por derechos de autor. Se ha dicho que la fantasía histórica de Lamartine precipitó la revolución de 1848. Nada importó que la crítica la fustigara severamente, pues así como el monarquista Chateaubriand declarara ácremente que “monsieur Lamartine ha dorado la guillotina”, y que Tocqueville, escandalizado, dijera que nunca había conocido un autor que respetara menos la verdad, los escritores republicanos exaltaron la obra hasta la ponderación. María Flavigni —la amante de Listz así como su amiga Jorge Sand era la amante de Chopín—, en una historia de la revolución del 48 que escribió con el seudónimo de Daniel Stern, decía que a la lectura de los *Girondinos* “Europa sintió ese estremecimiento que precede a los huracanes”.

En Chile, la *Historia de los Girondinos* llegó al extremo de hacer que el grupo de fantasiosos *libertarios* que iban de los 18 a los 40 años se identificaran con los personajes de

1789 no sólo en sus actitudes sino también en sus nombres. Lastarria, hombre maduro ya, no desdeñó que se le llamara Vergniaud, como correspondía al jefe de la gironda santiaguina; los hermanos Amunátegui aceptaron de buena gana ser los hermanos Lameth; Bilbao se designó a sí mismo el Robespierre del grupo; Eusebio Lillo no podía ser sino el poeta de la revolución y, por cierto, ostentó orgulloso el apodo de Rouget de Lisle. Los sacerdotes Eyzaguirre y Taforó se convirtieron en el abate Siéyes el primero y el segundo en el obispo Gringoire, y en cuanto a Arcos, que jovial y dicharachero abogaba por el exterminio violento de los ricos, escogió para sí el nombre del comunista sanguinario y terrible que fue Marat.

Hemos adelantado el curso de los acontecimientos en lo que se refiere al estado de los ánimos imperante en Chile hacia 1850, nada más que con el objeto de presentar un cuadro del exaltado ardor que predominaba entonces en los espíritus. La entretención, tan ingenua como pueril, de darse unos a otros los liberales apelativos de los revolucionarios de 1789, tuvo lugar solamente cuando la Sociedad de la Igualdad estaba por disolverse y se aguardaba de un momento a otro que el gobierno decretara el estado de sitio. Así, para atenernos al orden cronológico de los hechos, debemos volver al instante en que Santiago Arcos, frustrado en su propósito de explorar en los desconocidos territorios sureños, dióse a organizar su entidad de corte extremista secundado por un zapatero remendón, dos sastres, un maestro sombrerero y un tocador de clarinete que frisaba en los 50 años.

LA SOCIEDAD de la Igualdad creada por Arcos fue hija bulliciosa e infortunada del Club de la Reforma que fundaron los adversarios del ministerio Pérez-Tocornal-García Reyes una vez que se puso término a las bulliciosas sesiones del Congreso de 1849. Los reformistas de Vial discurrieron que así como los ministeriales se reunían a diario en casa del millonario Victorino Garrido con el fin de imponerle a la Moneda la candidatura presidencial de Manuel Montt, era conveniente que

ellos formaran a su vez una organización que mantuviese viva la llama del entusiasmo opositor.

Pero le faltó al club reformista desde un principio lo que tuvo en exceso la cámara de diputados recién clausurada, a saber, espíritu combativo y belicosidad. Su presidente, Salvador Sanfuentes, era un hombre frío al extremo e incapaz de transmitirle a sus consocios un fervor de que él mismo carecía, y como, con la excepción de algunos exaltados, los demás miembros del club asistían a él más por matar el ocio que por otra cosa, la tertulia reformista llevó desde un principio una existencia artificial y desfalleciente. Eran asiduos contertulios miembros de la familia Larrain —la familia de los ochocientos o familia otomana, como se la llamaba—, los parientes de Manuel Camilo Vial, una docena de hacendados aposentados en la capital y algunos jóvenes de verdadero espíritu liberal, que eran los únicos que le daban animación a las veladas. ¿Pero qué podía unir a los altivos miembros de las familias pudientes que se las daban de progresistas con sujetos como Manuel Recabarren, modesto profesor de estado, con el humildísimo maestro músico José Zapiola y con Eusebio Lillo, que para colmo era poeta? Aparecía también de tarde en tarde por el recinto el senador Ramón Errázuriz, casi septuagenario dueño de la hacienda Popeta, el que había aceptado de mala gana la candidatura opositora a la presidencia que le había endosado Manuel Camilo Vial; ¡y Errázuriz, que había sido ministro conservador y presidente de la Sociedad del Orden cuatro años atrás, debía platicar ahora sobre temas de avanzada con Lastarria y aceptar la cháchara insufrible y petulante del gallego Arcos!

Porque desde que fue inaugurado el club, el marido de Isabel Arlegui fue asiduo concurrente a él. Aunque había medrado a la sombra del emperador del Brasil y de las monarquías de Carlos X y de Luis Felipe, el viejo Arcos seguía dándose las de republicano. ¿Cómo no iba a adherirse entonces al salón reformista si además Vial, el que le servía de padrino en el asunto del banco, era uno de sus promotores?

Pero de los miembros de la familia (Antonio, Francisco Javier y Domingo también se hicieron socios) quien más frecuentaba las reuniones era Santiago Mariano del Carmen. Como a él no le preocupaban en absoluto los asuntos del banco, podía disponer de su tiempo como le viniera en gana, el que dedicó casi por entero a frecuentar el club, en el cual se señaló desde el primer día como uno de sus miembros más entusiastas. Apenas se le veía venir se formaban corrillos en torno suyo, y él, con su charla desenvuelta, con sus ocurrencias sin fin, con las experiencias políticas adquiridas en Europa, se convertía de inmediato en el centro de la atención general. El bromista empedernido que había sacado de quicio a los yanquis durante la navegación por el Mississippi, se encargaba de escandalizar ahora a los aristócratas que frecuentaban el club, "declarándose entero y resuelto socialista como Proudhon". ¡Júzguese qué cara pondrían los hacendados millonarios y su propio padre cuando el mozo proclamaba a voz en cuello que la propiedad es un robo!

Pero no solamente alarmaba a los pacatos liberales sino que los divertía con toda clase de ocurrencias. Así (la referencia es una vez más de Vicuña Mackenna) "cierta noche explicaba la peligrosa dilatación del secreto político entre los componentes de cualquier plan revolucionario, escribiendo con un lápiz en la pared tres números I, y en seguida decía al auditorio complacido de su sutileza, éstas o muy semejantes palabras de diestro juglar político:

—“¿Creéis, señores, que un secreto confiado a estas tres unidades es un secreto a tres? Pues, lejos de eso, leed la cifra entera y veréis que en política lo que saben tres lo saben en realidad III”.

FUE EN EL adormilado recinto del Club de la Reforma donde Santiago Arcos pudo advertir lo que llevaba a ciertos miembros de las clases altas a dárselas de liberales. En la carta que escribiría tres años más tarde a Bilbao desde la cárcel de Santiago (la que reproducimos íntegra dos capítulos más adelan-

te), expuso sin ambages la opinión que le merecían estos pipiolo abrumados de prejuicios que en sus charlas tildaban de *retrógrados* a los pelucones. “De los ricos es y ha sido desde la independencia el Gobierno... Pero como todos los ricos no encontraban, a pesar de la Independencia, puestos para sí y sus allegados, como no todos podían obtener los favores de la República, las ambiciones personales los dividieron en dos partidos. Un partido se llamó pipiolo o liberal, no sé por qué. El otro partido, conservador o pelucón... No la diferencia de principios o convicciones políticas. No las tendencias de sus prohombres hacen que los pelucones sean retrógrados y los pelucones parezcan liberales. No olvidemos que tanto pelucones como pipiolo son ricos, son la casta poseedora del suelo, privilegiada por la educación, acostumbrada a ser respetada y acostumbrada a despreciar al roto... Los pipiolo con los ricos que hace 20 años fueron desalojados del gobierno y que son liberales porque hace 20 años están sufriendo el gobierno sin haber gobernado ellos una sola hora. Son mucho más numerosos que los pelucones, atrasados como los pelucones, creen que la revolución consiste *en tomar la Artillería* y echar a los pícaros que están gobernando fuera de las poltronas presidencial y ministeriales y gobernar ellos”.

No es de extrañarse después de leer este juicio, que Arcos comenzara a madurar el proyecto de crear una organización que estuviera de acuerdo con las de carácter avanzado que había conocido en Europa. De la misma manera que a Manuel Camilo Vial lo incitó el aspecto liberal de la revolución parisiense del año anterior para su fracasado intento reformista, así también fueron Luis Blanc y los promotores del movimiento socialista que siguió al advenimiento de la república francesa los que llevaron a Arcos a imitarlos. Era inevitable que quien, el único en Chile, poseía un acopio de experiencias conformes al nuevo espíritu europeo, quisiera darlas a conocer en un país donde, para su sorpresa, las clases bajas tomaron su nombre genérico de la magnitud de sus andrajos. Y también, ¿por qué no, si ya conocemos su naturaleza?, algo

debió influir también en su propósito (aparte de los de índole familiar a que ya hemos hecho mención) su sempiterno y casi selvático sentido del humor. ¡Cómo no darse el gusto de fundar una asociación francamente radical sólo para ver el espanto de los Errázuriz, de los Larraín, de los Vial y de cuantos se las daban de *avanzados*, una vez que algunos centenares de *rotos* adiestrados por él enarbolaran en Santiago la bandera roja!

Tal como lo pensó lo hizo. En noviembre del 49 ya se vio al mozo en la tarea de tomar contactos. En el Club de la Reforma había tenido oportunidad de intimar a través de Eusebio Lillo con José Zapiola, personaje singular en nuestro medio, al que su afición a la música lo había sacado de su ínfima condición para elevarlo a la inmediatamente superior. Zapiola tocaba algunos instrumentos de viento, el violín y había formado parte en Santiago y en Buenos Aires de conjuntos orquestales y de bandas. Su lugar intermedio entre los artesanos y las clases acomodadas le permitió vincular a Arcos con algunos jefes de taller, los más apropiados para secundar a nuestro saintsimoniano en sus propósitos. Y es aquí donde nos encontramos con una de las tantas encrucijadas humorísticas tan frecuentes en la historia. Lillo había sido, como se sabe, autor de la letra de la nueva Canción Nacional, así como Zapiola lo fue de la música de la Canción de Yungay. Uno y otro himnos eran los cantos más representativos de la patria y, por ende, sus autores aparecían tocados con el nimbo de sus glorias. ¡Y fueron ellos los que contribuyeron a crear la Sociedad de la Igualdad, la que según sus aterrorizados enemigos estaba destinada a hacer de esa misma patria un campo de exterminio y devastación!

Se siguieron entonces los días más apasionantes y los únicos verdaderamente dignificativos en la vida de Santiago Arcos. Se acabaron para él durante algunos meses la holganza y la existencia sin provecho. Ya ni siquiera tuvo tiempo para ser hostil en su hogar, donde febrilmente se afanaban para hacer prosperar el banco recién fundado. Todas sus horas, to-

dos sus entusiasmos fueron destinados a sacar adelante sus propósitos. Acompañado unas veces de Zapiola, solo en otras ocasiones, se le vio entonces departir con rudos hombres del pueblo, los que, entre incrédulos y maravillados, oyeron al elegante explayarse en un lenguaje para ellos hasta ese momento sorprendente y desconocido. Nunca hasta entonces un *caballero rico* les había tratado de igual a igual y con una llaneza de tono y de actitudes a los que no estaban acostumbrados. Fue así como llegó Arcos a entenderse con algunos artesanos, fogueados y desencantados de las luchas callejeras en que habían intervenido, los que aparecen como los auténticos iniciadores del movimiento obrero de Chile. Todos ellos han sido olvidados, y si no fuese por la minuciosidad de Vicuña Mackenna y de Zapiola, ni siquiera sus nombres nos serían conocidos. Ellos fueron el maestro sombrerero Ambrosio Larrache-da, el que aunque militaba en la guardia cívica, no descuidaba su rebeldía; los sastres Cecilio Cerda y Rudecindo Rojas, este último "hombre de raza y dotado de considerable energía muscular", y el zapatero Manuel Lúcares, "un verdadero corazón de chileno, hombre probado en el calabozo y el fuego, que murió, como sus compañeros, en la infelicidad y en la miseria".

Con su verba convincente explicó Arcos a estos hombres su propósito: el de crear una agrupación controlada por los artesanos destinada a educar al pueblo y a crearle conciencia de clase. En Europa había concurrido él a reuniones de esta especie, en las cuales incansablemente se luchaba por conseguir alguna educación, mejores salarios, habitaciones higiénicas y un trato aceptable para los trabajadores manuales. ¿No se podría hacer en Chile algo semejante? Supo entonces el mozo que cuatro años atrás, en noviembre de 1845, Pedro Félix Vicuña y un joven politiquero de buena familia llamado Manuel Guerrero Prado, habían organizado una entidad semejante, pero que ésta no había tenido otro objeto que ganar los votos populares para las elecciones. Lo que había resultado de este episodio fue un rigor gubernativo sin ejemplo, la

deportación para Vicuña, el destierro por algunos meses a Juan Fernández para Guerrero y prisión de casi un año para los desdichados artesanos que se habían visto envueltos en la aventura. No, ellos no volverían a las andadas si se trataba solamente de obtener los votos de los trabajadores para conseguirles asientos en el congreso a los ricos.

Pero no era eso lo que perseguía Arcos. También él reparaba en que, como ocurriera antes, como ocurrirá siempre, se buscaba al pueblo nada más que para ganarse sus sufragios, abandonándolo después a su suerte. Lo que él deseaba era que los elementos populares adquirieran conciencia de su propio valer, que se unieran e ilustraran a fin de que, constituidos en una verdadera fuerza, lograran más adelante hacerse oír de los de arriba. Si estos formaban una casta, una clase, ¿por qué no habían de formarla también los trabajadores? El se comprometía a que no se usara la entidad obrera con propósitos electorales, y si algunos pipiolos pretendían servirse de ella para sus fines, ya se sabría ponerlos en su lugar.

PROPÓSITO tan bien intencionado como irrealizable. Por de pronto, ¿con qué medios podían contar los flamantes activistas para instalarse, esto es, pagar el alquiler de un local apropiado, amoblar el recinto y cuánto se requiere en empresas semejantes? El maestro Zapiola y los jefes de taller, por mucho que lo quisieran, no podrían sacar de sus menguados bolsillos los centenares de pesos necesarios para ello. En cuanto a Arcos, después del último enojo de su padre, enojo bullicioso y terrible, andaba sin blanca. De seguro que fue él, sin embargo, quien afrontó los primeros gastos ya que la pobreza del rico es siempre más próspera que la opulencia del desvalido. Pero, ¿y en adelante? ¿Podrían pedir dinero a los futuros miembros zaparrastrosos del club proletario? No había ni que pensarlo. Quedaba solamente una posibilidad: la de recurrir a los amigos acomodados. ¿Quiénes? Eusebio Lillo, en primer lugar. El mismo Pedro Félix Vicuña, el profesor Guerrero y José Victorino Lastarria, los que si no eran ricos, aflojarían

gustosamente algún dinero. ¿Y Vial, el ex ministro, no se mostraría igualmente generoso ahora que se las daba de liberal? ¿Y el candidato Errázuriz? Así, el propósito de despolitizar la agrupación obrera se fue desvaneciendo y el enemigo del capital que era Santiago Arcos debió convencerse que hasta para organizar una asociación socialista se necesitaba del aborrecido dinero de los ricos.

Sucedió entonces lo inevitable. Cierta noche se debatía en el Club de la Reforma acerca de la elección de presidente de la república que debía efectuarse año y medio más tarde. Uno de los contertulios expuso que no habría para los liberales la menor posibilidad de triunfo sin el apoyo del pueblo, como lo demostró la elección de Bulnes, la que había sido una fácil victoria para los *retrogrados* a causa de que la oposición descuidó atraerse en tal oportunidad a las masas. Arcos, que escuchaba, manifestó a su vez:

—“Usted es de mi opinión; nos reuniremos con el fin que usted ha indicado; pero nuestros trabajos no solo deben tener por objeto el triunfo de un candidato progresista sino también sacar al pueblo de la vergonzosa tutela a que se le tiene sujeto. He hablado con unos pocos amigos verdaderamente demócratas, nos reuniremos mañana y espero que usted nos acompañe”.

No nos dice Zapiola en su remembranza quién fue este invitado de Arcos, pero no pudo haber sido otro que Manuel Guerrero, dada la preponderancia que éste alcanzó en breve plazo dentro del grupo organizador de la Sociedad de la Igualdad, quien, como ya dijimos, había formado una sociedad obrera con Pedro Félix Vicuña. Cogió el aludido la oportunidad al vuelo y llegóse donde los jefes reformistas con la noticia de que el hijo menor del *gallego* Arcos andaba en trajes para formar un club obrero y que sería conveniente establecer enlaces con esta gente. La sugestión fue aceptada y se le encomendó al oficioso informante encargarse del asunto.

Para que los acontecimientos se presentaran más y más favorables a la infiltración política, llegaban hasta Arcos “no-

ticias desoladoras sobre la disposición del pueblo". En vano Rojas, Cerda, Larracheda y Lúcares hablaban con sus amigos de los suburbios: atemorizados estos por los fracasos anteriores, se resistían a ingresar en una asociación que seguramente habría de acarrear para ellos nada más que persecuciones y cárcel. Con todo, se consiguió que otro obrero de apellido Mondaca, también sastre, se uniera a los promotores del movimiento.

Impensadamente, un nuevo refuerzo les llegó a estos una vez que Francisco Bilbao regresó de Europa en enero de 1850. De inmediato se le incorporó a la directiva y este aporte resultó eficazísimo. Bilbao se había convertido en figura de primera magnitud entre los elementos populares después de la persecución de que había sido víctima en 1844, de tal manera que su solo nombre era ya una esperanza alentadora. Desde entonces, con Bilbao como enseña de propaganda, con Guerrero en calidad de agente financiero y con Arcos difundiendo las nuevas doctrinas, el porvenir de la que sería la Sociedad de la Igualdad podía considerarse asegurado.

MARZO FUE UN mes excepcionalmente inquietante en el adormilado Santiago del medio siglo. En la Moneda y en las casas de los magnates, dos nombres acaparaban la atención y daban origen a toda suerte de comentarios: uno era el del gallego Arcos, que pugnaba contra viento y marea por hacer prosperar su organización capitalista, y del otro el de su hijo Santiago Mariano del Carmen, afanado en crear una sociedad de amenazante corte proletario.

Del padre, ya se sabe la opinión que se tenía en las esferas influyentes: era unánime el repudio que despertaba su persona, vinculada desde hacía más de treinta años a toda clase de negocios turbios y sospechosos. El hijo, león algunos meses en los círculos aristocráticos, aparecía ahora entregado a afanes que no podían causar sino alarma. Se le había visto por allí en conciliábulos nada tranquilizadores con gente del pueblo, y se murmuraba que quería desencadenar en Chile una

revolución social a semejanza de la habida recientemente en París. ¡Los Arcos, los Arcos, los Arcos!... En todas las empinorotadas tertulias se hablaba de ellos con sobresalto al saberse que cada cual se entregaba a actividades tan inusitadas como peligrosas. ¡Banco y comunismo a un mismo tiempo y cada una de estas innovaciones a cargo de miembros de la indeseable y singular familia! ¡Era para volverse locos!

SUS CONTEMPORÁNEOS y los escasos investigadores que se han preocupado más tarde de él, no han logrado ponerse de acuerdo acerca de la clase de individuo que fue Santiago Arcos. Sus detractores han sido tan severos como magnánimos sus apolo-gistas, y esta misma disparidad de opiniones demuestra la índole endiabladamente contradictoria de su naturaleza.

"Se le enseñó —dice Barros Arana, el único imparcial de sus críticos—, lo que los hombres favorecidos por la fortuna quieren de ordinario que aprendan sus hijos para que sean hombres de mundo, esto es, los idiomas vivos, la música, el dibujo, la esgrima y el arte de la sociedad. Su padre hubiese querido que fuese un negociante entendido, versado en los conocimientos de los hombres, y capaz de ayudarlo en las especulaciones de banco en que había engrosado su fortuna. El joven Arcos no tenía inclinaciones para nada de eso; y más que la práctica de los negocios le interesaban las especulaciones teóricas de la economía política y las reformas sociales que veía discutir en la prensa y en los libros.

"La franqueza de su carácter —prosigue Barros Arana—, la penetración de su talento, su buen humor inagotable, su espíritu despreocupado, y sobre todo, sus instintos democráticos que lo acercaban a los jóvenes en quienes creía descubrir algún mérito sin tener en cuenta la posición y la fortuna, lo pusieron naturalmente en contacto con los hombres que luchaban en la política por el triunfo de los principios liberales. La ignorancia de nuestro pueblo, la miseria de su condición, el despotismo social más bien que político que pesaba sobre él, lo hicieron pensar en el remedio para estos males; y Arcos cre-

yó hallarlo en la formación de una sociedad que acercase a la clase trabajadora a algunos hombres ilustrados y de buena voluntad, que le proporcionase alguna instrucción y le enseñase a estimar sus derechos políticos”.

Sarmiento, como vimos antes, se refiere a él con simpatía y condescendencia, pero no oculta la reserva que le merece cuando dice de él que podría ser un joven meritorio “si supiera dominar las impacencias de su espíritu impresionable que no contiene ideas fijas y sentimientos de moralidad teórica, aunque su conducta sea regular”.

Con su ímpetu imaginativo, Vicuña Mackenna, que colaboró con él en la aventura igualitaria, le prodiga contradictorios calificativos, y esta disparidad acaso sea la más acertada forma de enjuiciarlo. Lo ve “bueno, compasivo, humano y filántropo a su manera”, lo que no obsta para que lo considere “una especie de Maquiavelo andaluz, insensato en muchas ocasiones, pero certero y terrible en otras”; refiriéndose a los vínculos que unieron a Arcos y a Bilbao en la Sociedad de la Igualdad, escribe: “El hombre había encontrado al hombre. El emblema a la fórmula; el brazo al acero; la laringe a la palabra fascinadora. Fausto (o sea el inocente Bilbao) había caído en brazos de Mefistófeles”, que en este caso era Arcos...

Aunque Augusto Orrego Luco escribió acerca de él sin conocerlo y sólo a través de ajenas impresiones, no escatima las aseveraciones imperativas: “Arcos —dice— era una especie de Alcibíades, una mezcla de griego, de italiano, de maquiavelismo y suspicacia; con su espíritu inquieto, sagaz, poderoso en las artes de la intriga política, lo miraba todo con desdén y frialdad, y acentuaba siempre sus palabras con la sonrisa irónica, ligera y suficiente del excéptico”.

Entre los historiadores del medio siglo, Alberto Edwards no disimula la animadversión que le inspira. En media docena de líneas dice que el autor de la “peregrina idea” de fundar la Sociedad de la Igualdad “fue don Santiago Arcos, joven nacido en Chile, pero educado en París, donde le tocó ser

testigo de las turbulencias de 1848” (lo que no es efectivo, como sabemos); y luego de llamarlo “revolucionario positivo y plutocrático”, no se preocupa más de él.

Otro historiador de extracción reaccionaria y unilateral en sus apreciaciones, Francisco A. Encina, elucubra una caprichosa imagen de Arcos, guiado, como acostumbra hacerlo, por su empeño de pasar por su tamiz psicológico a cuanto personaje del pasado se pone a su alcance. “Cerebro de corte español y judío, el desquiciamiento estrepitoso del orden social existente, le atraía con la fuerza de un imán, sin curarse para nada de lo que viniera después. Paladeaba sádicamente la sensación de espanto que producían sus doctrinas sociales en un medio tradicionalista, religioso y pacato, como el chileno. Gustaba hacer el papel de redentor de las injusticias sociales, sin amor al pueblo y repugnándole la miseria... Astuto, falso y sin ningún sentido moral como su padre, hablaba a cada uno en su lenguaje... En 1850 su móvil era destruir y derribar lo existente por el placer de hacerlo”. Y por último, ¿como no?, lo sepulta en su arcón histórico con su consabida clasificación de *desconformado cerebral* que aplica a las figuras de otro tiempo que no son de su agrado.

“La iniciativa de la Sociedad de la Igualdad —dice a su vez José Zapiola— pertenece al joven Arcos; y le adjudicamos esta gloria con tanta más justicia cuanto que creemos que nadie era más apropiado.

“En efecto, ¿quién podía presentarse con más prestigio que un joven que poseyendo una gran fortuna y ocupaba una alta posición social, todo lo posponía por la causa del pueblo? Sólo el espíritu ciego de partido ha podido atribuirle miras personales. Los que no le hemos perdido de vista un momento, no nos equivocamos al juzgarlo como un ardiente amigo del pueblo, o como un socialista si se quiere, si este nombre puede darse al hombre que con las circunstancias de Arcos ha consagrado gran parte de su vida a estudiar las necesidades del pobre para aplicar a este mal los remedios posibles. A estas prendas debe añadirse mucha facilidad para expresar-

se y conocimientos económicos y políticos que honrarían a muchos de nuestros hombres públicos”.

Julio César Jobet, el último de sus biógrafos, lo define como un “espíritu realista y penetrante”. Añade que “era en realidad un verdadero revolucionario y reformador” y que “fue un pensador anticipado que mirado desde nuestra época aparece profético y extraordinario”.

¿COMO FUE y qué fue Santiago Arcos en realidad? No presumimos nosotros como para decirlo, aunque creemos que en su aventura socializante de 1850 se encuentra solamente una de las múltiples facetas de su personalidad, y que solamente es posible formarse un juicio acerca de ella siguiéndolo a través de su vida infinitamente caprichosa y novelesca. Novelesca, en verdad; y ya que le aplicamos este término, fluye por sí sola una comparación entre nuestro personaje y aquel otro que Alberto Blest Gana incorporó con contornos imperecederos en la vida chilena.

Blest hace aparecer a Martín Rivas llegando a Santiago en junio de 1850, cuando la Sociedad de la Igualdad se encontraba en el cénit de su corta y beligerante trayectoria. El copiapino era pobre, se hallaba en la edad de los generosos desprendimientos, 22 años, y era lógico, entonces, que ingresara a la agrupación recién fundada por Arcos y que, aún, expusiera su vida en la jornada del 20 de abril del año siguiente.

Pero Martín Rivas, además de orgullo y merecimientos, tenía ambición, y aunque no por interés sino por amor, llegó a casarse con la hija del millonario Dámaso Encina, momento en que Blest Gana interrumpe su biografía. Pero avancemos nosotros veinte o más años en la seguridad de encontrar a Martín Rivas disfrutando de la copiosa fortuna heredada, convertido en propietario de fundo y ejerciendo exitosamente su profesión de abogado. ¿Qué extraño que en estas condiciones logre realizar el sueño nunca cumplido de su suegro? Tenemos entonces al *señor don* Martín Rivas, obeso ya y cargado de hijos, respetado y respetable, hablando sesudamente desde su si-

llón del senado del orden, de la propiedad y del respeto que hay que guardarle a las instituciones establecidas.

Santiago Arcos, por el contrario, habiendo existido verdaderamente, aparece como un fantástico personaje de novela, el que habiendo sido millonario desde su cuna, llevó una permanente existencia de insatisfacciones y sobresaltos, a la que puso fin de un pistoletazo que lo sumergió en las aguas del Sena.

Colocados así frente a la antinomia de lo verdadero y lo falso, resulta sarcástico el parangón de un personaje inexistente escalando las esplendorosas cumbres del éxito y el de su contrafigura de carne y hueso, irreal en la vida y en la tradición.

La Sociedad de la Igualdad

LA SOCIEDAD de la Igualdad, que tantos sobresaltos habría de causar en las clases pudientes del medio siglo, que sacó de quicio al presidente Bulnes y a causa de la cual estalló primero un motín en Santiago y luego una revolución en el norte, quedó formalmente constituida en los últimos días de marzo de 1850, y sus primeros integrantes no alcanzaron a una docena. Fueron estos Arcos, Bilbao, Lillo, Zapiola, Larracheda, Cerda, Guerrero, Rojas y Francisco Prado Aldunate, primo hermano de Guerrero y que junto con éste había complotado años atrás contra Portales. Ingresaron también en esta ocasión el obrero Mondaca y un ex oficial del ejército derrotado en Lircay llamado Luciano Piña Borcosqui. Once en total. Once igualitarios a cuyo frente aparecía un hijo del primer banquero que hubo en el país.

En esta primera sesión oficial fueron aprobados los estatutos y reglamentos, que habían sido previamente redactados por Arcos y Zapiola, discutiéndose también una declaración de principios propuesta por Bilbao, la que decía así:

“El objeto que nos proponemos es la asociación para conseguir la vida de fraternidad en nosotros mismos, en nuestras organizaciones políticas y sociales, en nuestras creencias. Todo socio dará su palabra de profesar los siguientes principios:

“1. ¿Reconocéis la soberanía de la razón como autoridad de autoridades?

“2. ¿Reconocéis la soberanía del pueblo como base de toda política?

“3. ¿Reconocéis el amor y la fraternidad universal como vida moral?”

El asunto dio origen a controversias. Aunque la mayor parte de la declaración era difusa como todo lo de Bilbao, el

primero de los “principios”, aquél que hacía aparecer a la razón y no a Dios como suprema autoridad, sobresaltó a Lillo, a Guerrero y a Prado, los que se opusieron a su aprobación. Aunque se guardaron de manifestar a los demás su pensamiento, no dejaron de pensar en las consecuencias que esta manifestación de ateísmo podía traer. ¿Qué diría don Ramón Errázuriz, qué dirían los gazmoños liberales del Club de la Reforma si la organización por ellos financiada iniciaba su misión alardeando de librepensadora? Pero el resto del directorio se mostró inflexible y la proposición de Bilbao fue aprobada.

Fue Piña quien propuso que el nombre que tuviera la asociación fuese el de Sociedad de la Igualdad, como también el de que los socios se dieran el trato de *ciudadanos* en vez del de señor. Luego, de acuerdo con los deseos de Arcos, se resolvió que los igualitarios se organizaran en grupos no superiores a veinticuatro individuos. La sugestión provino de la afición del mozo al secreto político (recuérdese su ingeniosa exposición sobre el mismo hecha en el Club de la Reforma), y la había adquirido cuando frecuentó las sociedades secretas europeas. En el viejo mundo los clubs socialistas y republicanos estaban prohibidos, de allí que se constituyeran núcleos, lo que hacía difícil la delación. Pero aunque en Chile no eran necesarias tales precauciones, se aceptó la fantasía de Arcos a fin de “no herir la conocida susceptibilidad del gobierno”. Prado, sin embargo, que para los fines electorales quería notoriedad y no misterio, propuso que cada quince días hubiese una reunión general de los grupos, lo que también fue aceptado aunque esto último se contradecía con lo anterior. Se solemnizó luego la fundación de la sociedad eligiendo la junta directiva, que quedó compuesta así: presidente, Eusebio Lillo; vicepresidente, Manuel Guerrero; secretario, Francisco Bilbao; segundo secretario, José Zapiola; directores, Santiago Arcos, Ambrosio Larracheda, Francisco Prado y Cecilio Cerda. Como se ve, los elementos genuinamente políticos se ubicaron los tres en el directorio, y dos de ellos, Lillo y Gue-

rrero, ocuparon los cargos más representativos. En cuanto a Prado, llegado de la calle pocos días antes, logró un cargo de director desplazando a los artesanos que desde noviembre se afanaban por sacar adelante la organización.

Un año más tarde, cuando la Sociedad de la Igualdad había sido disuelta por el gobierno, escribía Zapiola que “desde las primeras reuniones pudo fácilmente advertirse que los fines que animaban a la reunión eran más bien sociales que políticos, pues, por un convenio tácito habíamos hecho abstracción de toda cuestión de partido y sobre todo de la candidatura para la presidencia de la república”. Al tomarse este acuerdo debe haberles costado reprimir una sonrisa a los representantes pipiolos. ¿Pero a qué decirles al grupo de fanáticos de la fraternidad que sin política y sin candidatura presidencial no habría habido dinero, ni por ende Sociedad de la Igualdad, ni local donde reunirse, ni el diario de batalla que estaba por aparecer? Pero por el momento era cuestión de buen sentido acatar la opinión de la mayoría. Ya habría tiempo para convertir la sociedad en un choclón político, siempre, naturalmente, que el pueblo respondiera al llamado de sus líderes avanzados y concurriera a la Sociedad de la Igualdad en el número que éstos esperaban.

Así pues, a pesar de que habría que reconocer a la razón como autoridad de autoridades y de que, por ahora, la organización iba a ser fraterna y no política, no hubo diferendos entre los presentes. Previos los juramentos de estilo y de las mutuas felicitaciones, se levantó la primera sesión general con el compromiso común de allegar tanto nuevos socios como fuesen capaces de hacerlo los once campeones de la igualdad.

Pocas referencias han quedado acerca de la constitución de cada uno de los grupos que se formaron en seguida. Se sabe, sí, que el grupo N^o 1 fue presidido por Manuel Guerrero y que Zapiola fue su secretario. También consta que el grupo N^o 6 lo presidió Santiago Arcos, desempeñando la secretaría el adolescente Benjamín Vicuña Mackenna, y que existió un tercero en el barrio de La Chimba, ignorándose quiénes

fueron sus jefes ni menos los componentes de esta “célula” enclavada en un sector tan alejado de la mano de Dios y de los hombres como era el del “otro lado del río”. Lo que sí consta es que a mediados de abril existían siete u ocho núcleos, esto es, que en un par de semanas se había logrado reunir cerca de doscientos socios.

Pero no fueron todos artesanos los recién ingresados. Apenas fundada la sociedad, Guerrero y Prado habían hecho que el Club de la Reforma se refundiera con la flamante organización. Naturalmente que ni los ochocientos Larraín, ni Manuel Camilo Vial, ni siquiera el candidato Errázuriz firmaron sus registros, como tampoco lo hizo José Victorino Lastarria. Solamente los reformistas más jóvenes y entusiastas se enrolaron, a los cuales sedujo el novedoso contacto con el populacho. ¿No habían hecho algo semejante los girondinos de la gran revolución? ¿No se reunieron entonces en un mismo recinto y despotricaron juntos contra la tiranía jóvenes distinguidos como Vergniaud y el hermoso Barbaroux, y los *montagnards* de rostros brutales y barbudos que seguían a Marat?

No HAY posibilidad de éxito para una organización que busca hacer proselitismo si no la respalda un diario de batalla. Lo tuvieron, pues, los igualitarios, financiado con buen dinero burgués. Los Vial eran propietarios de “El Progreso” y tenían experiencia en el asunto. Ellos y otros reformistas no escatimaron seguramente las onzas de oro para la empresa, y así fue como, apenas hizo la Sociedad de la Igualdad su entrada en la vida pública, salía a luz *El Amigo del Pueblo*, nombre simbólico, pues éste había sido el nombre del diario de Marat. No fue Arcos, sin embargo, nuestro Marat del medio siglo, sino Eusebio Lillo su director, el que, como sabemos, era a la vez presidente de los igualitarios. Pero Lillo, olvidándose del compromiso de no mezclar a la sociedad en asuntos políticos ni menos electorales, desde el primer número del periódico lo hizo aparecer abanderizándose en la cuestión presidencial.

“He aquí —escribía Lillo en *El Amigo del Pueblo* del 1^o

de abril de 1850—, lo que queremos para llevar la reforma social que vamos a proclamar. Queremos que nuestro pueblo se rehabilite de veinte años de atraso y de tinieblas. Queremos que los que representan hoy los principios de esos fatales veinte años, caigan de rodillas ante el pueblo que se levanta a recobrar su puesto. Queremos que don Manuel Montt, fatal a las libertades públicas, fatal a la educación, fatal a la república, se anule para siempre, y quede solo como un monumento de la justicia y de la generosidad del pueblo”.

Bilbao, por su parte, se encargó de sobresaltar aún más a los ultramontanos cuando en esa misma edición del diario escribía: “Si el bien de la patria es mirado con tanto desprecio por los hombres del poder, si ahijan odios encarnizados hacia la república social, liguémosnos con el pueblo y por el pueblo los que amamos esa república como a la madre que nos alimentó con su leche; los que esperamos el triunfo de los buenos principios y tenemos fe en el porvenir, los que deseamos la luz y la abundancia para el artesano, liguémosnos bajo una sola bandera y emprendamos la cruzada por la regeneración de Chile. Proclamemos en voz alta la revolución y aceptemos el título de revolucionarios; pero hagamos conocer a la nación entera que odiamos la revolución por la violencia, y que nuestro único objeto es el progreso de las ideas con ayuda de la propaganda escrita y hablada y sirviéndonos de medios pacíficos... Abramos paso con nuestras ideas hasta el corazón del pueblo, dejemos allí el germen vivificador de nuestros principios; y una vez llegados a ese punto habremos logrado fortalecer la forma republicana”.

Por el hecho de haber aparecido *El Amigo del Pueblo* el 1º de abril, su contenido aparecía, evidentemente, como la voz oficial de la Sociedad de la Igualdad, cuya fundación tuvo lugar en la última semana de marzo. Así pues, para las personas ajenas a ella, la sociedad no tenía otro propósito que combatir la candidatura Montt, y que en caso de que el gobierno no la desautorizaba proclamando a otro candidato, estallaría

la revolución. Esto, por lo menos, se desprendía de lo dicho por *El Amigo del Pueblo*.

De este mal entendido fueron culpables los propios directores igualitarios, ya que ellos mismos se contradecían y desautorizaban unos a otros. Como llevamos dicho, en el grupo organizador se definían dos tendencias: una, la eminentemente política y antimonttina representada por Lillo, Guerrero y Prado, y la encabezada por Arcos, Bilbao y Zapiola que querían acercarse al pueblo para darle “la luz y la abundancia”, como decía Bilbao en su artículo. Pero no paraban aquí las diferencias. Arcos y Bilbao tenían también puntos de vista fundamentalmente opuestos en lo relativo al rol que les correspondía frente a los elementos populares. Bilbao seguía, como en 1845, aferrado al precepto mitad místico, mitad soñador y “fraternal” de Lamennais. Arcos, en cambio, que había sido asiduo frecuentador y lector de Proudhon, de Fourier y de Luis Blanc, era partidario del adiestramiento de las masas para que éstas influyeran en la constitución del poder.

Esclarecidas las fundamentales diferencias anteriores, podrán darse cuenta los lectores de lo que sucedió en seguida, cuando Santiago Arcos no tardó en salir él también a la palestra periodística lanzando brulotes que alarmaron tanto al gobierno como a los pelucones, a los pipiolos reformistas e igualitarios y aún al mismo Bilbao. Aunque el artículo que reproducimos en seguida no lleva la firma de Arcos (como no las llevaron los de Lillo y Bilbao), no puede haber sido escrito sino por quien había asimilado en Europa las últimas y más audaces teorías de un socialismo que cada día se alejaba más de los soñadores de épocas anteriores. Nadie sino Arcos poseyó entonces un lenguaje tan virulento, una tan precisa y apretada dialéctica; y es sorprendente comprobar como en la prensa de aquel tiempo se destaca, único y personal, el estilo de quien, aunque no firmaba sus artículos, aparecía como el único capaz de exhibir tamaña audacia y tan acerados puntos de vista revolucionarios.

“La clase obrera —decía *El Amigo del Pueblo* en su edi-

ción del 11 de abril en un escrito titulado *Los Guardias Nacionales*, ha pasado desapercibida para los hombres públicos de Chile; y ha llegado el tiempo de que esa clase obrera adquiera conciencia de su poder. Deber es de los que mandan prevenir ese momento en que cansado el obrero de trabajar sin fruto y sin protección, reclame por la fuerza lo que no ha podido conseguir con la calma y el sufrimiento... Los artesanos, al alistarse bajo las banderas de la guardia nacional, van a entregarse a la voluntad de algunos jefes que los explotan en beneficio de los que mandan. De esta manera cincuenta mil cívicos derramados en toda la República son otros tantos pasivos sostenedores del poder y otros tantos enemigos con que el pueblo se encontraría a su frente en el día de la lucha... ¡Los cívicos han sido hasta ahora juguetes del poder! Los hombres que quisieron apoderarse de la clase obrera para explotarla en beneficio de su poder... la pusieron bajo el imperio de las leyes militares... Déngle en buena hora un fusil y prepáresele en el ejercicio de las armas; pero hágase entender que esa arma no debe servirle para apoyar el poder, para conservar lo que los *retrogrados* llaman orden; que esa arma no ha de dirigirse jamás contra el corazón del pueblo, sino en su defensa y protección. Cuando el soldado cívico tenga la conciencia de estas verdades, cuando se presente armado y decidido a sostener los derechos de sus hermanos, llegará a ser imposible que la República sufra la tiranía de un hombre o de un partido”.

En este incendiario escrito no se atacaba a nadie en particular, pero su último párrafo parecía ser un arma de doble filo que alcanzaba a cualquier candidato *burgués*, ya fuese *retrogrado* como Montt o *progresista* como Errázuriz. Era, sin tapujos, el total del artículo, la exposición de las doctrinas más acres y violentas que se habían expuesto hasta entonces en el país, y por poco que se aguce el oído se perciben en él, claras y distintas, las voces de Marx y Engels hechas oír en su manifiesto londinense de 1848: “La historia de toda sociedad ha sido hasta nuestros días la historia de una lucha de clases...

La sociedad tiende más y más a reducirse a dos campos enemigos, a dos grandes clases opuestas directamente la una a la otra: la burguesía y el proletariado... El Estado moderno no es otra cosa que una comisión que administra los negocios comunes de la burguesía... *La burguesía no ha forjado solamente las armas que le darán la muerte: también ha creado a los hombres que se servirán de esas armas: los obreros de hoy, los proletarios...* Los obreros comienzan a coaligarse contra la burguesía: se reúnen para la defensa de su salario... Toda lucha de clase es una lucha política...”.

SE COMPRENDERÁ que un artículo periodístico de esta especie llevara la consternación y el pánico a las clases acomodadas. En la prensa oficial se acusó a los igualitarios de hacer “propaganda contra la fortuna y la tiranía del capital”. En la *Moneda* se comentaron con inquietud “las doctrinas disolventes y netamente comunistas de Santiago Arcos”, y los medrosos temieron que la revolución sin violencia de que hablara *El Amigo del Pueblo* en su primer número fuera solo el preludio de una verdadera revuelta que reeditara en Chile los excesos del Terror. No solamente —decíase—, predicaban los igualitarios la revolución, sino que incitaban a los guardias cívicos, todos ellos *rotos* que ganaban un real y medio por día en la faena de resguardar el orden, a que dispararan sus armas contra los ricos, asaltaran sus hogares y se apoderaran del poder. ¡Qué horror! ¡Qué escándalo! ¿Cómo podía el presidente de la república tolerar excesos semejantes?

El presidente Bulnes no pareció menos inquieto, y lo que hizo fue convocar apresuradamente a sus ministros y a los pelucones más connotados. El ministro del interior, José Joaquín Pérez, que era partidario de arreglar pacíficamente los conflictos, no le daba importancia a los alborotadores de la Sociedad de la Igualdad. ¿A qué alarmarse con la gritería de media docena de locos? ¿Ignoraba el presidente que junto al infame Bilbao y a Arcos, el único temible, estaban vigilantes algunos hombres de buen sentido que aunque se las daban de

liberales sabrían deshacerse a su debido tiempo de tales disolventes? Al igual que Pérez, los ministros García Reyes y Tornal, así como los dirigentes conservadores más hábiles, tampoco se sobresaltaron con los que aparecían ser intentos de so- liviantación popular. Especialmente los últimos, duchos en las artes políticas, discurrieron que si se explotaba el pavor de las familias pudientes, la candidatura oficial del partido, ya fuese la de Montt o de cualquier otro, iría ganando adeptos aun entre los opositores timoratos y se impondría al fin sobre Errázuriz, si es que éste consentía en ir a la lucha como abandonado comunista. Por el momento era mejor esperar.

Esperaron, pues, hasta el 14 de abril, cuando, tres días después de haberse publicado el artículo sobre los guardias cívicos, se llevó a efecto con gran solemnidad y despliegue de propaganda la primera reunión general igualitaria.

Desde una semana antes, y en forma especialmente llamativa, se venía publicando en cada edición de *El Amigo del Pueblo* el siguiente suelto:

SOCIEDAD REFORMISTA

Se avisa a todos los ciudadanos progresistas que está abierto diariamente desde las 6 de la tarde en adelante el local en que se reúne la sociedad, que es en los salones de la filarmónica, casa del señor Ariztía, calle de San Antonio. Allí se encontrarán todos los diarios de Chile y muchos diarios Europeos y Americanos, y la asistencia necesaria para comodidad de los concurrentes.

Para incorporarse, basta ser presentado por uno de sus miembros e inscribir su firma en el gran libro de registro.

Se invita a los socios a que concurren el domingo a las doce del día, hora en que tendrá lugar la reunión y en que se discutirán asuntos de gran interés.

Como bien decía el aviso, el recinto alquilado por el directorio para sede de la sociedad había servido hasta pocas semanas atrás como centro social de la aristocracia. En la casa ubicada en la calle de San Antonio esquina de Catedral, acera norponiente, habíase tratado de revivir, aunque sin éxito, la antigua Sociedad Filarmónica. El propietario del edificio era el millonario Mariano Ariztía, el que, visto que la casa se encontraba vacía, no tuvo inconveniente en cederla para fines totalmente distintos a los que tuvo hasta poco tiempo atrás. Primero danza y luego alboroto; ¿qué importaba si se cobraba el alquiler? Los igualitarios amoblaron el local con mesas y sillas del fenecido Club de la Reforma, entoldaron el patio para que sirviera de salón de sesiones y mediante el aviso que acaba de leerse aguardaron la concurrencia de los *ciudadanos* al que habría de ser el primer ampliado de carácter proletario que hubiese en el país.

De acuerdo con los estatutos, cada reunión general debía ser presidida por uno de los miembros de la junta directiva, y en esta ocasión le correspondió tal honor a Santiago Arcos, como una deferencia hacia quien había sido su exclusivo creador. Y debe haber sido impresionante para él contemplar el abigarrado conjunto de alrededor de doscientas personas que llenaron el local, entre las cuales, junto a jóvenes elegantes, predominaron los artesanos y los rotitos de poncho y ojotas venidos de los barrios más apartados. ¡Con qué sobresaltada curiosidad contemplarían éstos a los *patroncitos* que los rodeaban y a los que ocupaban el estrado de honor! Al centro de éste aparecía el joven millonario Arcos, de rostro vivaz y expresivo y de ancha sonrisa acogedora. A su derecha estaba Eusebio Lillo, autor de la Canción Nacional. En el asiento opuesto aparecía, más que cuarentón, Manuel Guerrero, observando con satisfecha seguridad la asistencia de tantos analfabetos, todos ellos votos seguros para don Ramón Errázuriz.

Hubo discursos, por supuesto. Hablaría primero Lillo como presidente de la junta ejecutiva, el que seguramente despotricó contra Montt. Luego Bilbao, orador inimitable, exal-

tando la fraternidad entre los hombres de buena voluntad. En seguida Santiago Arcos, cuyo discurso abundaría en conceptos estampados ya en su artículo de *El Amigo del Pueblo*: "Ha llegado el momento en que la clase obrera adquiera conciencia de su poder... Llegará el momento en que reclame por la fuerza lo que no ha podido conseguir con la calma y el sufrimiento". Y a continuación, más contundentes, más fustigantes, nacidas del calor de la oratoria, expresiones que dejarían atónita a la asamblea:

—“¿Qué fuerza sería suficiente para apagar el clamor de diez mil ciudadanos obreros que exigiesen reunidos más justicia y más protección para su clase y para sus trabajos? ¿Qué gobierno subiría entonces al poder sin haber estudiado antes las necesidades del pueblo para remediarlas y hacerse aplaudir de las clases trabajadoras?... Para conseguir talleres nacionales, escuelas gratuitas... es preciso que comience la clase de artesanos a unirse entre sí y fortalecerse. Es preciso que vaya adquiriendo conciencia de lo que vale y de lo que puede... Si todos a una obráis en este sentido, no habrá gobierno que deje de atenderos, porque su conservación depende de vosotros” (1).

Aunque la primera reunión general de los igualitarios se desarrolló sin incidencias, el presidente Bulnes creyó llegado el momento de enfrentarse definitivamente con ellos. Calculó con justeza que si en el término de quince días el club había reunido sin mucho esfuerzo más de doscientos socios, la mayoría de ellos hombres del pueblo, esta cifra iría en peligroso aumento en las reuniones siguientes. ¡Y además esos discursos y esos artículos de prensa verdaderamente disolventes! ¡Y esa prédica calcada palabra por palabra de los comunistas parisienses del 48! ¿Talleres nacionales? ¡No faltaba más! Bulnes, hasta entonces indeciso respecto de la candidatura oficial, ya no trepidó. Tenían razón Victorino Garrido y el senador Subercaseaux cuando exigían que Montt fuese el candidato de la Moneda porque él era el único hombre de *nervio y garra*

(1) Conceptos estampados en *El Amigo del Pueblo* del 16 de abril de 1850.

capaz de afrontar la situación. ¿Los igualitarios se buscaban otro Lircay? ¡Pues, lo tendrían!

Sin más dilaciones les pidió el presidente a sus ministros que lo acompañaran en la extralimitación del rigor o bien que lo dejaran en libertad de acción. Pérez, Tocornal y García Reyes, los contemporizadores, los tibios, prefirieron renunciar, y el primer mandatario colocó a Antonio Varas en el ministerio del interior. Si Montt era el cerebro de su propia candidatura, Varas sería en adelante el brazo ejecutor.

Perdida por el elemento pipiolo la esperanza de ganarse al presidente de la república, el encono de los despechados adquirió proporciones violentas. Ya no se excluyó más a Bulnes de los ataques y algunos días después de cambiado el gabinete, *El Amigo del Pueblo* refería jocosamente un suceso acaecido en la Moneda poco ha. Según el diario, el representante diplomático de Inglaterra había concurrido a palacio a fin de entrevistarse con el presidente para asuntos de su incumbencia. Larga y vanamente deambuló el inglés por los patios vacíos, hasta que por fin un alma compasiva lo puso frente al primer mandatario. Añadía el periódico que Bulnes estaba de tal manera ajeno al estado de sobriedad que corresponde a un jefe de estado, que el ministro de su majestad británica, ofendido, se retiró.

MIENTRAS COMENZÓ así de violento el ataque de la facción pipiola enquistada en la organización popular, Arcos y los suyos prosiguieron por su cuenta y ajenos a la política en la labor de ilustrar al pueblo que se habían propuesto. “Cupo a la Sociedad de la Igualdad —dice Vicuña Mackenna— el honor de ser la primera asociación política o puramente intelectual que produjo en Chile el útil sistema de las conferencias, tan en boga hoy día”. Disertaron en ellas sobre variadísimos temas los igualitarios más capacitados, y mientras en la calle y en el Congreso los sectarismos encendían las pasiones, dentro del concentrado recinto que otrora fuera centro de diversión de las clases altas, los obreros más humildes veían por bo-

ca de los conferenciantes ensancharse el horizonte increíblemente estrecho de sus conocimientos. Profesores, abogados, viajeros, todos ellos jóvenes aún y generosos de espíritu, dedicaron largas horas a estas tareas que se veían recompensadas por la asistencia numerosa y atenta de los desaliñados oyentes. También estas conferencias sirvieron para que se debatieran asuntos de interés general, lo que dio lugar a que se presentaran varios proyectos en beneficio de los trabajadores. Uno fue el de la creación de baños públicos gratuitos, otro, el de la apertura de escuelas para adultos, también gratuitas. El sastre Rojas, influenciado tal vez por la alharaca del banco Arcos, presentó un proyecto relativo a la creación de un banco para obreros, y por último Santiago Arcos abogó para que se crearan las casas de empeño o montes de piedad, lo que fue materia de un proyecto de ley que se presentó a la cámara, en cuyo recinto durmió el sueño de la indiferencia.

Conjuntamente con esta labor, noche a noche hubo clases para los miembros de la sociedad. Zapiola enseñó música. El sastre Rudecindo Rojas hizo clases de costura. Manuel Recabarren y Nicolás Villegas, profesores ambos del Instituto Nacional, consumieron sus horas libres tratando de que entraran en las mentes rudimentarias de sus consocios nociones de economía política y de aritmética. Domingo Santa María, futuro presidente de la república y entonces de 25 años, enseñaba historia de Chile; Francisco Marín historia de Roma; Bilbao exponía sus conocimientos bíblicos, y Santiago Arcos, al decir de Vicuña Mackenna, enseñaba la demagogia, o por mejor decir sociología en sus formas más audaces y actuales.

También, y a manera de nota jocosa aunque el profesor no lo pretendiera, hubo clases de inglés a cargo de un tal Moore, negro de las Antillas, el que, según se decía, había desertado de un barco donde se desempeñaba como cocinero. "El negro era ladino —escribe el fecundo Vicuña Mackenna— y enseñaba a la atónita muchedumbre por un sistema sumamente práctico, que consistía en ir denominando en inglés todas las facciones del rostro y partes componentes del cuerpo huma-

no, cuyos nombres, y mostrando con el gesto o con la mano, mitad en inglés y mitad en catíngua, debían ir repitiendo los ciudadanos de poncho que se sentaban en derredor".

"Era un espectáculo hermoso —dice a su vez Zapiola— contemplar los vastos salones llenos de hombres que acababan de salir de su trabajo y que en lugar de ir a pasar el tiempo en la ociosidad o de un modo más pernicioso, lo consagraban al cultivo de la inteligencia con una atención y esmero que enternecía a los espectadores". No es de extrañar entonces que los cursos que se dictaban en la Sociedad de la Igualdad contaran desde un principio con "más de trescientos alumnos, cuyo número se dobló antes de dos semanas". Tal fue el inmediato y confortante resultado de la "peregrina idea" de haber creado Santiago Arcos la Sociedad de la Igualdad.

Nos dice también Vicuña Mackenna que Arcos fue "el dictador casi absoluto de la Sociedad de la Igualdad durante los meses de marzo y abril de aquel tormentoso año 1850. Efectivamente, en marzo había conseguido hacerse asesorar por los que él estimó más eficaces para el logro de su empresa. En marzo, también, incansablemente y secundado por Zapiola, Larracheda, Cerda, Rojas, Lúcares y Mondaca, realizó la tarea para él subyugante de entrevistarse con el más heterogéneo conjunto que en su vida frecuentara: carpinteros, albañiles, gañanes, changadores del abasto, mozos de café, criados de las casas de posta, a todos los cuales había de explicarles el fin que se proponía y lo que esperaba de ellos. Luego, en abril, sus escritos lustigantes en *El Amigo del Pueblo*, su presencia diaria por las tardes y las noches en el local igualitario, el infundirle seguridad a los tímidos, el dar confianza a los recelosos, el hacer clases y adoctrinar a sus huestes, y el salir adelante exitosamente con la primera asamblea general, convirtieron verdaderamente a Arcos en el hombre indispensable de la sorprendente obra hecha surgir por un milagro de convicción y entusiasmo.

Hubo más. Según se desprende de la correspondencia sostenida por Arcos y Bilbao dos años más tarde, parece que en-

tre ambos existió el propósito de extender la actividad de la Sociedad de la Igualdad formando un partido político de extrema izquierda. "Así pensábamos en 1850 —dice Santiago Arcos a su amigo y confidente en su carta de octubre de 1852— cuando nuestro pensamiento fue sofocado por la precipitación para llegar al mando y por la poca fe en la República de los jefes del partido (liberal) al cual pertenecíamos entonces".

Pero también, durante aquellos dos meses, los primos hermanos Francisco Prado y Manuel Guerrero habían comprobado de qué manera asombrosa concurrían los artesanos al recinto igualitario, y cómo, aun en los hogares más pudientes, encontraba también eco favorable la sorprendente creación del hijo del gallego. "Al cabo de corto tiempo —refiere Alberto Blest Gana en su novela *Martín Rivas*— la Sociedad de la Igualdad contaba con más de ochocientos miembros y ponía en discusión graves cuestiones de sociabilidad y de política. Con esto se despertó poco a poco una nueva vida en la inerte población de Santiago y la política llegó a ser el tópico de todas las conversaciones, la preocupación de todos los espíritus, la esperanza de muchos y para otros la pesadilla.

"Vio entonces el pacífico ciudadano tornarse en foro de acalorados debates a su estrado; abrazaron los hermanos diverso bando los unos y los otros; hijos rebeldes desobedecieron la voluntad de sus padres, y turbó la saña política la paz de gran número de familias. En 1850 y después en 1851, no hubo tal vez una sola casa de Chile donde no resonara la descompuesta voz de las discusiones políticas, ni una sola persona que no se apasionase por alguno de los bandos que nos dividieron".

No podía presentarse una ocasión más propicia para los miembros de la oposición que "habían buscado su salvación cargando todo su trazo a la peligrosa asociación igualitaria". Había que apoderarse de ella a toda costa y desplazar al "directorio socialista y reformador" empeñado en mantener "sus primeras posiciones de reposo, de observación y de propaganda puramente democrática". Pero ¿cómo hacerlo? ¿De qué ma-

nera alejar a Bilbao y especialmente a Arcos de la directiva, sin exponerse a que los obreros descubrieran el juego y frustraran la tentativa?

Por lo que se refiere a Bilbao, la oportunidad se les presentó providencialmente en mayo. El 20 de dicho mes salió a luz un opúsculo de unas cincuenta páginas titulado *Los Boletines del Espíritu*, en el que Bilbao reeditaba, sobrepasándolo, el difuso lenguaje de que había hecho gala en *Sociabilidad Chilena*. Según parecía colegirse de la inconsistente y larguísima divagación, lo que buscaba el autor era "la manera de llevar a la práctica una reforma social que el atraso del pueblo parecía exigir". Sin embargo, resultaba imposible, aun para los espíritus más sagaces, extraer del ensayo una sola idea práctica. Siempre inspirado en Lamennais, alardeando como éste de bíblico y de profeta, una sola cosa parecía quedar en claro de lo que ahora último se ha dado en llamar el *pensamiento vivo* de Francisco Bilbao: su permanente ataque a la iglesia católica.

He aquí algunas tiradas de *Los Boletines del Espíritu* escritas por quien aseveraba haberse batido en las barricadas de París dos años antes:

"¡Salud, aurora de paz que vienes sobre los desheredados del derecho para poner en fuga a tinieblas y tiranos! ¡Hosanna, espíritu de libertad y redentor de los oprimidos! Ya no es un hombre quien únicamente clama en el desierto preparando la venida del hijo del hombre, sino que son los pueblos que se levantan llevando en sus manos el esplendente escudo de la justicia. Salud y bienaventurados vosotros, que jemáis ayer vencidos bajo la coyunda de los sacrificios y de las aristocracias! Ahora podemos preguntar, ¿en dónde estáis hombres de la iniquidad y del orgullo que habéis devorado el fruto del trabajo de los plebeyos y de los rotos de todos los tiempos y comido, en vuestras seculares orgías, el pan de los miserables? Lo poseísteis todo, ciencia, poder, honores, riquezas y el usufructo escandaloso de vuestro sacerdocio, ¿y qué hicísteis de la doctrina de Cristo? Acercaos y ved como ruedan en vuestro

infierno los reyes coronados que degüellan, los judíos que roban, los ricos sin corazón, los prostituidos del oro, los hipócritas y los corruptos de la conciencia y de la autoridad.

“En los grandes momentos de tribulación es cuando digo a Manuel Rodríguez: Dadme la inspiración que tuviste cuando Chile estaba perdido, y tú, rodeado del espanto de las ciudades, organizaste el Escuadrón de los Húsares de la Muerte. Alma de Francia en Waterloo ¡dadme la hora en que la vieja guardia se envolvía en un manto de metralla! Polacos en Varsovia, guerreros que dísteis el postrer adiós a vuestra patria, reveladnos, en nombre de Cristo, la religión de vuestra última batalla...”

“Lautaro salvó al indómito Arauco y Arauco aún puede levantarse por entre las razas esclavizadas de América y decir: “España, yo te vencí; América, yo te vengué”. Esperemos aún qué dirá: “Fraternidad, seré tu brazo”.

“En ti, pueblo de Arauco, la palabra *nación* significa *meditada* y Thoquinche *pueblo midiendo*, lo cual quiere decir que en ambas voces tenéis representadas la personalidad y la justicia. Tu, Lamennais, el venerado de nuestro siglo me dirás si esa palabra contiene el secreto de la arquitectura del templo cristiano del porvenir”.

El *Amigo del Pueblo* se vio obligado a hacer una débil alabanza del folleto, pero se desdijo cuando la prensa oficial y *La Revista Católica* despotricaron contra él, y la inquietud de los pipiolo se tornó en pánico cuando intervino el arzobispo Valdivieso, quien, en una pastoral en que condenaba las afirmaciones de Bilbao referentes a algunos dogmas de la iglesia (el del pecado original principalmente) terminaba por excomulgarlo a él y a quienes sustentaran sus errores.

No necesitó más Manuel Guerrero para lanzarse sobre su presa. Alardeando de su sincera amistad hacia Bilbao y que lo hacía con íntimo dolor, propuso que se le expulsara del seno de la sociedad. La oposición de Arcos, de Zapiola, de los obreros, y aun de Lillo a tal medida, fue unánime e instantá-

nea, y Bilbao “sin odios, sin resentimientos, extraños a su corazón bondadoso, quedó imperando tranquilo en el directorio”.

Pero, discurrieron los pipiolo teñidos de igualitarismo, no era Bilbao sino Santiago Arcos el verdaderamente peligroso. El, sí, con su prédica desquiciadora, con su precisión sin tapujos y su descarnado lenguaje contundente, representaba un motivo de alarma para los elementos pipiolo que querían apropiarse de la organización igualitaria. ¿Cómo deshacerse de él? Por de pronto usaron del diario *El Amigo del Pueblo* para contrarrestarlo. Después de cada artículo de Arcos, y bajo el mismo título que éste empleara, se dieron a bajar el diapason de su encendida prédica. Por ejemplo, dos días después de aparecido el artículo del 16 de abril, se publicó otro que, como el anterior, se titulaba *Asociación Popular*, en el que se advierte desde la primera línea el estilo blando y contemporizador de Bilbao, en el que se decía: “Acostumbremos al pueblo a ser más social, más comunicativo. Acostumbrémoslo a buscar su fuerza en la confraternidad y en la discusión de sus intereses. Así podrá conseguir el remedio de sus necesidades y de su postración, sin pasar por la dura y peligrosa situación de un movimiento revolucionario”. Aquello resultaba grotesco y Arcos debió sentir en carne viva la naturaleza del impacto. ¡Hasta el luchador que en 1844 había sido llevado en andas por el elemento popular, se atemorizaba ahora frente a la posibilidad de que el pueblo impusiera por la fuerza lo que le negaba el egoísmo de los ricos! ¿Pretender que un Lúcares, que un Larracheda, que zapateros remendones y cortadores de sastrería fuesen comunicativos con los Subercaseaux, los Bulnes y los Errázuriz? Aquello sonaba a escarnio y a burla.

Así las cosas, y mientras Prado Aldunate y Guerrero Prado discurrían quizás qué nuevas artimañas para deshacerse del inquietante comunista, he aquí que el propio Arcos se encargó de facilitarles la tarea. Sucedió que tres días después de haberse realizado la primera asamblea igualitaria, Antonio García Reyes ponía su firma en uno de los últimos decretos que cursara como ministro de hacienda: el que junto con prohibir

que el Banco de Chile de Arcos y Compañía emitiera nuevos billetes, ordenaba el retiro de los que había en circulación.

Si a través de estas páginas hemos conseguido dar al lector la impresión, para nosotros arraigada, de que fue la permanente repulsa hacia las actividades financieras del gallego la que impulsó al mozo a lanzarse en la lucha social, será fácil comprender lo que aconteció en seguida. La supresión de las emisiones significaba la muerte a cortísimo plazo del banco inaugurado no hacía aún seis meses; y si podía abrigarse alguna duda al respecto, ella quedó eliminada cuando el viejo Arcos y su hijo Antonio anunciaron públicamente el último día de abril la existencia nada más que nominal del banco "puesto que está tan combatido en su giro, que nos vemos en la necesidad de declarar, como solemnemente declaramos, que desde esta fecha no existe el Banco de Chile de Arcos y Compañía".

El 30 de abril se anunció de tan patética manera el cierre del banco: el último día del mes en que Santiago Mariano del Carmen dejó de ser "el dictador casi absoluto de la Sociedad de la Igualdad". La coincidencia de fechas no puede ser más reveladora. Cuando más empecinado estaba el saintsimoniano en contrarrestar desde su propia entidad anticapitalista el feudo del capital que, pensaba, iba a ser el banco paterno, he aquí que por su liquidación se encontró, por así decirlo, sin adversario que combatir. El tipo psicológico que, al decir de Jung, hace que sean "los propios deudos los que deban soportar las desagradables consecuencias de la fórmula extravertida", vino a caer de pronto en la cuenta de que, sin tener que exagerar la nota de su agravio, veía desaparecer el incentivo que lo había arrastrado a la pugna. Ante tal hecho, de manera instantánea y llevado por su temperamento versátil (Sarmiento dio pruebas de conocerlo bien cuando dijo de él que carecía de ideas fijas), pareció perder todo interés en su obra redentora. De golpe abandonó su posición archirradical y revolucionaria, sin ocurrírsele ser ya el "organizador sagaz en las artes de la intriga política" de que habla Orrego Luco; el "revolucionario positivo y plutocrático" imaginado por Al-

berto Edwards; el hombre "astuto, falso y sin ningún sentido moral como su padre" que ha caricaturizado Encina. Desde el momento en que en la lucha familiar él había resultado impensadamente vencedor, amainó su deseo de ver agudizada la lucha social.

Y he aquí que por lo mismo el autor de este trabajo se ve colocado frente a una encrucijada. Una vez más el fugitivo contumaz que fue Santiago Arcos ejecuta hoy lo que invariablemente realizara en vida: escurrir el bulto en los momentos críticos, irse a campo traviesa por los vericuetos de su personalidad inexcrutable. Igual que cuando abandonó Europa una vez cumplida su mayor edad; igual que estando en Santiago y por llevar el nombre que le cupo en suerte se escapó hacia la pampa mendocina; igual que cuando pretendió vanamente refugiarse en las soledades cordilleranas en el momento en que el *affaire* del banco provocaba odiosidades sin cuento, así también ahora, ochenta años después de muerto, se esquiva y deja con un palmo de narices a quien trata de asirlo.

No por eso debe cesar, sin embargo, la búsqueda del semipiterno vagabundo. Bastará escudriñar por nuevos derroteros, los más impensados, para dar con él y asirlo hasta donde sea posible. Habrá que hurgar en lo poco que de él se ha escrito en la seguridad de encontrarlo nuevamente en actitudes desconcertantes y excéntricas propias de su índole endemoniadamente tornadiza.

Aquí lo tenemos otra vez entregado a una actividad de orden distinto: el amor. "En 1852 —dice Barros Arana— estaba preso en la cárcel de Santiago, pero se le dejó en libertad a condición de abandonar el país. Arcos se había casado secretamente en Chile, y tenía dos hijos. Con éstos y con su esposa se trasladó a la República Argentina, sin otros recursos que una pensión de cien pesos mensuales que le hacía pagar su familia". Respecto al mismo asunto asegura Vicuña Mackenna que Arcos legalizó la situación de su esposa, y por ende la de sus hijos, no en Santiago como asevera Barros Arana, sino en Men-

doza después que hubo emigrado allí. Por nuestra parte hemos tratado de confirmar lo uno o lo otro sin conseguirlo, lo que nos permite suponer que no hubo tal boda y que sus hijos, al menos durante algunos años, no fueron legitimados. Lo que sí hemos logrado constatar es que la esposa, o lo que fuese, de Santiago Arcos, llevaba el apellido Ugalde, según se desprende de una información publicada por la revista *Zig-Zag* con anterioridad a 1910, en la que se daba cuenta que el pintor chileno Santiago Arcos Ugalde, "hijo del revolucionario de este nombre", acababa de obtener una segunda medalla en el salón de París.

Pero hay más en la vida pasional de nuestro subrepticio Casanova. Vicuña esboza otros dos significativos pormenores al respecto. Uno es el que presenta a Arcos concurrendo noche a noche con Bilbao "a la misma cariñosa tertulia familiar" hacia fines de marzo de 1850, y otro en que da cuenta que Arcos logró ser apresado en octubre del mismo año por delación de una mujer.

Cabe preguntarse si Bilbao, tan recatado y honesto, tan puro, consentiría en visitar una casa en la que una de las hijas era no solo la concubina sino también madre de uno de los hijos de Arcos o estaba en trance de serlo. Es difícil imaginarse al apóstol de la más alta moral cristiana sancionando con su presencia un orden de cosas a todas luces pecaminoso. Era otra, por lo tanto, la tertulia que ambos amigos frecuentaban, y un nuevo devaneo el que preocupaba por aquellos días, además del anterior, al tornadizo calavera. Tampoco cabe suponer que la señorita Ugalde, con la cual, casado o no, habría de convivir más tarde, o que las jóvenes cuya amistad cultivaba públicamente Bilbao, fuesen de tal calaña como para denunciar al mozo en momentos para él difíciles. Es así como nos encontramos entonces con una nueva mujer en la vida de Arcos durante el año 50, con la que llegamos a tres: una, la que iba a ser o era madre de su primer hijo; otra, la que todas las noches frecuentara con Bilbao, y una tercera cuya índole no es difícil suponer, la que por celos seguramente,

lo delató a las autoridades, y en casa de la cual Mesalina, a lo mejor, el perseguido se ocultaba. ¡Y todo ello en la época más febril de su existencia, en la única por la cual su nombre merece ser recordado!

CIRCUNSTANCIAS como las antedichas fueron las que hicieron desaparecer del primer plano a la figura principal y más temible de la Sociedad de la Igualdad cuando ésta llevaba solo dos meses de existencia. Pero si los deliquios amorosos por un lado y el fracaso del banco por otro apaciguaron sus ardores revolucionarios, contribuyó también poderosamente a ello el doble juego que los igualitarios de tinte pipiolo habían comenzado a hacer a costa suya. ¿De qué le servía a Arcos inducir diariamente a los *ciudadanos* obreros a que se unieran fétreamente en torno a su propia clase, con qué fin escribir artículos incendiarios en *El Amigo del Pueblo* si de inmediato sus compañeros de directorio se encargaban de desvirtuar la índole de su extremismo? El pueblo, pensó entonces —y lo reiteró más tarde en su carta a Bilbao— no estaba preparado para asimilar doctrinas de la especie que quería él inculcarle. Se vio solo en la lucha empeñada, y esto mismo contribuyó a desanimarlo. El mismo Bilbao, como hemos visto, no se interesó nunca por los sociólogos posteriores a Lammenais, y sus actitudes de redentor de las masas no pasaron de algunos trabajos desoladoramente ampulosos e inconvincentes. En cuanto a los obreros que en los primeros días estuvieron de acuerdo en apartar a la Sociedad de la política, comenzaron, especialmente Mondaca y Larracheda, a desertar de su lado para entrar de lleno en el inútil y peligroso juego de la contienda electoral.

No siendo Santiago Mariano del Carmen un Maquiavelo ni un Alcibiades sino un generoso impulsivo falto de voluntad, es que luego de encender en el espíritu de algunas centenas de obreros una chispa de rebeldía, ya perdido el ánimo los dejó a merced de los oportunistas que habrían de desatar contra ellos la persecución y la matanza.

cedido así por Arcos a otros más empeñosos el predominio dentro de la Sociedad, el elemento pipiolo comenzó a prevalecer en la vieja casa de la calle de San Antonio. Hicieron entonces profesión de fe igualitaria Rafael Vial, el diputado hermano de Manuel Camilo; los hermanos Bello, tan distantes de la parsimoniosa circunspección de su padre, y los amigos de todos ellos. El desaparecido Club de la Reforma, con sus representantes más conspicuos, recobró sencillamente el predominio perdido al refundirse con la organización obrera. Fue así que en junio, cuando había abierto sus sesiones el Congreso, podía decir Vicuña Mackenna que en la Sociedad de la Igualdad "comenzaba a notarse que los sombreros negros de pelo entero prevalecían sobre el de medio pelo y el humilde tejido vegetal con que nuestro pueblo, aun en el frígido invierno, cubre su cabeza". La Sociedad de la Igualdad, en suma, se había aristocratizado.

A pesar de todo continuaron las clases y las conferencias, y Arcos mismo no descuidó tales actividades. Pero ellas no fueron sino un pasatiempo concedido por los nuevos amos a los humildes alumnos y a sus maestros. Desde entonces en adelante, desde que Arcos dejó de ser *dictador*, los fines de la organización fueron permanentemente desvirtuados.

El gobierno y su prensa tuvieron su parte en este cambio al empeñarse en insistir que los igualitarios solo querían desencadenar la revolución social. Un día tras otro los diarios oficiales repetían lo que a todas luces era una consigna: la de decir que las sesiones de tales "revoltosos" eran secretas, no obstante que los espías del gobierno concurrían a ellas sin tropiezos, y que en tales conciliábulos se planeaba el exterminio violento de los ricos. Lo que se perseguía con esta permanente exacerbación del miedo era, como hemos dicho, apartar del lado opositor a los pusilánimes y ganarlos a la causa del *orden*. Pero lo que también se buscaba era irritar a la prensa pipiola a fin de que ésta, con sus réplicas, hiciera perder los estribos al siempre irritable e impetuoso presidente Bulnes. Una vez que tal cosa se consiguiera, la *manu militari*,

siempre predispuesta al exceso, sancionaría el estado de sitio, disolvería la Sociedad de la Igualdad, y tras una temporada de cárcel, la plebe, sumisa nuevamente, entregaría sus votos a los delegados del gobierno, y éstos a su vez a Montt.

De tal manera evidente se veía venir la clausura de la sede popular, que Arcos, dolido del destino que a ésta le aguardaba, intentó un último esfuerzo para salvarla. Propuso en el seno del directorio que se hiciera pública un acta solemne de la Sociedad, que él mismo había redactado, la que apareció en los diarios de la oposición y que decía así:

1º Nos reunimos en sociedad usando del derecho que tienen los hombres libres para asociarse para todo objeto que no esté prohibido por las leyes.

2º Nos reunimos para formar la conciencia pública; es decir, para ilustrarnos en los derechos que nos conceden las leyes y en los deberes que nos imponen.

3º Nos reunimos con el objeto de considerar nuestra situación especial y hacerla presente a las autoridades legalmente constituidas, indicando los medios que creemos puedan hacer desaparecer el mal, usando en esto del derecho que nos concede el capítulo 5º, artículo 6º de la Constitución y conforme a las disposiciones generales de ésta.

Estos son nuestros únicos medios, nuestros únicos fines.

Los trastornos, el empleo de la fuerza, sólo sirven para dar glorias inútiles al que triunfa: queremos la paz, la tranquilidad, porque de ellas solas podemos esperar la tranquilidad de la república.

Respetamos todas las opiniones, como queremos ver respetadas las nuestras.

Queremos convencer, no queremos imponer nuestras ideas. La santa palabra Igualdad es la que nos sirve de bandera. Rechazamos toda opresión, toda tiranía, la tiranía del capricho popular, como la tiranía del mandatario apoyado por la fuerza.

Publicamos esta acta solemne para que sepan nuestros conciudadanos nuestras intenciones, para que vengan a engrosar nuestras filas los buenos patriotas.

Fue vano este último intento de Arcos para salvar la organización del destino que se le tenía reservado. El diapasón del diario *La Barra* —que había sucedido a *El Amigo del Pueblo* a raíz de los incidentes provocados alrededor de *los Boletines del Espíritu*— era cada vez más virulento. La sede igualitaria se había transformado en recinto electoral frecuentado cada vez con más asiduidad por los jóvenes de las clases altas, y allí lo único que hacían era insultar al presidente, a los ministros y a Montt. Convencido Arcos de la inutilidad de sus esfuerzos, se eliminó voluntariamente o fue eliminado del directorio, dispuesto a no intervenir en la, para él, peligrosa e inútil aventura electoral en que la entidad hija de sus desvelos se veía envuelta. Lo que va en seguida es la historia del paulatino derrumbe de la Sociedad de la Igualdad en manos de la “fronda aristocrática”.

EL 2 de julio el monttinismo obtuvo, por fin, que el jefe del estado abandonara definitivamente sus vacilaciones. Hasta ese día Bulnes había dejado sin proveer la cartera de justicia e instrucción pública como un recurso destinado a engañarse a sí mismo más que a los demás respecto a su deseo de entregar el gobierno al extremismo pelucón. Pero tanto se le insistió, tanto leyó en la prensa opositora ataques a su persona y en la oficialista que solo Montt debía ser el candidato “porque es el que con más calor rechazan nuestros adversarios”, que a pesar de lo peregrino de este último argumento, se decidió. Y como el sableador de Lircay era hombre de resoluciones a macha martillo, una vez que estuvo decidido en favor de la candidatura Montt, designó al más furibundo de sus parciales para integrar el ministerio de abril, al mismo sujeto que como fiscal de la corte de apelaciones había hecho procesar a

Bilbao en 1844 e incinerar su *Sociabilidad Chilena*: a Máximo Mujica.

Por cierto que tal designación hizo perder los quilates a la cada vez más insolente aristocracia que ahora alardeaba de igualitaria. Era lo que, ladinamente, perseguían sus adversarios: exasperarla y restarle toda mesura; y como sucedió lo previsto, hasta las personas más circunspectas advirtieron que la lucha presidencial desembocaría por el trillado camino recorrido anteriormente por la oposición para conseguir su objetivo: la revolución. A prepararla se dedicaron en adelante los progresistas de Manuel Camilo Vial, los liberales de Lastarria, los desplazados de Lircay y los elementos de que disponía Manuel Guerrero, ahora dictador indiscutido de la Sociedad de la Igualdad.

¿Y el pueblo, con el que este último creía contar? De cuantos han escrito la crónica de esos días, solamente Santiago Arcos vio la verdad. Como lo expresó más tarde desde la cárcel con su peculiar lenguaje incisivo, “no es por falta de inteligencia que el pobre no haya tomado parte en nuestras contiendas políticas. No es porque sea incapaz de hacer la revolución. Se ha mostrado indiferente porque poco hubiera ganado con el triunfo de los pipiols (en 1851), y nada perdía con la permanencia en el poder del partido pelucón... Cuando el pobre sepa que la victoria no es sólo un hecho de armas glorioso para tal o cual general... sino la aprobación de un sistema político que lo hace hombre, que lo enriquece, entonces acudirá a la pelea a exponer la vida como va ahora a exponerla en el rodeo de su patrón”.

El ingreso de Máximo Mujica al ministerio (Muxica escribió él, con x, para darle tinte nobiliario a su apellido), tuvo una misión precisa y de batalla. Dos días después de efectuarse su nombramiento, el intendente de Aconcagua, José Manuel Novoa, se había encargado de echarle leña a la hoguera pipiols. En San Felipe se había creado una organización electoral que se dio a sí misma el nombre de Sociedad de la Igualdad, aun-

que no tenía el menor vínculo con la de Santiago y que había sido repudiada por los hombres avanzados de ésta, y a la vera de esta apócrifa organización se quiso reeditar un periódico titulado *El Aconcagüino*, dirigido por un tal Ramón Lara, instrumento del diputado vialista de esa zona, Fernando Urizar Garfias. Como desde antes de aparecer el diario se sabía que éste atacaría al gobierno y a Montt, el intendente Novoa (nunca se sabrá si por propia iniciativa o por sugerencias emanadas de la capital), preparó una pequeña treta destinada a malograr su aparición. Sucedió que Lara se vio precisado a lanzar su diario a la calle antes de haber alcanzado a rendir la fianza que exigía la ley, debido a engorros hechos surgir maliciosamente por el propio intendente; y visto que *El Aconcagüino* fue impreso y lanzado a la circulación sin cumplir con el requisito legal de la fianza, Novoa, sin más trámites, encarceló al editor.

Pensó el clan de la Moneda que, naturalmente, esta medida a todas luces exagerada iba a provocar incidencias en la cámara, y que si bien Varas, como ministro del interior, tendría que salir en defensa del intendente, era oportuno contar en el ministerio de justicia con una persona decidida para lo que fuese menester. De ahí a que al día siguiente de haber ingresado Lara a la cárcel, Mujica ingresaba a su vez al ministerio.

Los opositores respondieron como el toro de lidia al trapo provocador. El diputado Urizar llevó el asunto de *El Aconcagüino* a la cámara, planteó la causal de acusación contra el intendente Novoa, y a pesar de la hábil defensa que hizo Varas de su subordinado, los diputados dieron lugar por unanimidad a que la acusación siguiera su curso constitucional.

Pero entretanto esto ocurría, otro monttino, el canónigo Juan Francisco Meneses, que en la última etapa del coloniaje había sido consejero áulico de Osorio y de Marcó del Pontt y que era a la sazón presidente de la academia de leyes, discutió por su cuenta infligirle un nuevo agravio al pipiolaje. Con mojigato candor presentó el canónigo a sus jóvenes alum-

nos un proyecto de nota por la cual la academia en masa felicitaba a Mujica por su "acertado" nombramiento. Un mozalbete de 18 años, apasionado como habría de serlo toda su vida, Benjamín Vicuña Mackenna, objetó enardecido la idea. Se acalararon los ánimos; Meneses expulsó primero de la sala y más tarde de la academia a Vicuña; protestaron y fueron sancionados otros alumnos; polemizaron los diarios; se debatió el asunto en el parlamento; los hermanos Bello pusieron en un disparadero a su padre, y de una futesa se hizo un mundo.

No pareció suficiente todavía el haber sacado de quicio a los estudiantes y encarcelado a un periodista para hacer que los opositores llegaran al estado de exasperación. Si bien el intendente de Aconcagua y el canónigo realista habían cumplido debidamente sus respectivos roles, se necesitaba algo más gordo para hacer que los pipiolos se lanzaran por las tantas veces recorridas sendas de la ilegalidad. Tocóles entonces actuar a su turno a los provocadores furtivos, a aquellos que por su anonimato pudieran dar golpes a mansalva sin que llegara a colegirse cuál era la mano que los guiaba. Así, mientras el último día de junio se llevaba a la cárcel al solo a medias culpable director de *El Aconcagüino*, mientras en la segunda semana de julio Meneses provocaba el conflicto estudiantil y seguía su curso acaloradamente la acusación constitucional contra Novoa, en el mes siguiente habría de ocurrir un hecho que, por su magnitud, llevaría al paroxismo la tensión general.

EN la tarde del 19 de agosto, el diputado Urizar pronunció un discurso violentísimo en la cámara relacionado con la prisión de Lara, en el que había dicho que si "se pone a la provincia de Aconcagua en la alternativa de besar humildemente sus cadenas o romperlas por su propia mano... yo aconsejaría lo segundo". Urizar Garfias era un revolucionario de larga trayectoria, de manera que sus palabras causaron alarma. Durante el resto de la tarde, a "la hora de la oración" y antes de meterse en el lecho los santiaguinos, en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de las palabras pronunciadas con fría

y amenazante resolución por el diputado pipiolo. Un temor mezclado de angustia pesaba sobre los ánimos y más de alguien pensó que no tardarían en producirse acontecimientos decisivos.

Así llegó, fría y neblinosa, la noche invernal. En la plaza de armas y sus contornos eran pocos los que deambulaban, y aun en los cafés, de continuo concurridos, solo contados parroquianos comentaban los sucesos del día. Pero pasadas las diez, los vecinos de la conspicua calle de las Monjitas y los de la calle San Antonio despertaron sobresaltados a los gritos, las carreras y los ayes indicadores de un alboroto.

¿Qué pasaba? Que pocos momentos antes, una veintena de sujetos, todos ellos de poncho, sombreros gachos y con pañuelos cubriéndoles la cara al estilo de los salteadores, habían irrumpido en el local de la Sociedad de la Igualdad blandiendo garrotes y "varejones de membrillo". A esa hora se había disuelto ya la reunión general igualitaria y se encontraban en el patio, comentando lo acaecido por la tarde en la cámara, Francisco y Lorenzo Prado, Manuel Guerrero, el diputado Rafael Vial, Bilbao, Zapiola, el sastre Mondaca (hechura, a lo que parece, de Guerrero), Larracheda y Rojas. Los asaltantes, algunos de ellos borrachos perdidos, y "en medio de feroces alaridos y blandiendo sus garrotes", las emprendieron a golpes con los igualitarios. Se defendieron estos valientemente, siguiéndose a continuación la lucha en la obscuridad, ya que dos o tres velas que había sobre una mesa cayeron al suelo a poco de comenzado el asalto.

Felizmente, en las inmediaciones del recinto se encontraba un piquete de serenos al mando de un teniente, todos los cuales no tardaron en llegar al interior del local, donde, con la ayuda de los igualitarios, lograron reducir a los asaltantes. Pero el teniente, en cumplimiento de su deber, no solo llevó presos a los garroteros que logró atrapar, sino también a Bilbao, a Larracheda, a Rojas y a los hermanos Prado Aldunate. Los igualitarios que escaparon de la redada no perdieron su tiempo. Unos fueron con la noticia de lo ocurrido a los dia-

rios a ellos afectos, y otros en busca del juez del crimen Pedro Ugarte, el que aparte de ser opositor por arraigadas convicciones, lo era también por parentesco con Manuel Camilo Vial. A medianoche el juez Ugarte llegaba a la cárcel, ponía en libertad a los igualitarios detenidos y procedía a interrogar a sus agresores.

Como podrá suponerse, el día 20 fue pródigo en incidentes. *La Barra* encabezaba la información relativa a los sucesos de la noche con un titular a lo ancho de página que decía: "LOS REPUBLICANOS ENTREGADOS AL PUÑAL DEL ASESINO". Textualmente trataba a Mujica de "ministro verdugo, villano y asesino alevoso". Decía que "Garrido, Mujica, Meneses y otros bandidos" idearon el asesinato para destruir de golpe la Sociedad de la Igualdad. En cuanto a *El Progreso* se refería al intendente de la provincia, Matías Ovalle Errázuriz, que era sobrino del candidato opositor don Ramón Errázuriz, en los términos de "asesino, alevoso y traidor". Un artículo referente al mismo tema terminaba con estas palabras: "El gobierno que paga asesinos para inmolar a los ciudadanos es más que asesino: es salvaje, monstruo, gobierno de bandidos".

El local de la Sociedad se vio durante el día repleto de curiosos, los que, entre otras muestras de la brutalidad de los asaltantes, pudieron ver como la pared del pasadizo de entrada "tenía marcada varias manos humanas con perfecto y horrible perfil, destilando todavía sangre".

Varas, presa del desaliento, "vertió lágrimas de ira y de despecho", privándose de concurrir esa mañana al ministerio y negándose también a recibir a visitante alguno en su casa. El millonario Garrido lloró materialmente al imponerse de lo ocurrido, y al decir de Vicuña Mackenna, Manuel Montt "cerró su puerta como delante de un duelo público e hizo llamar a sus más ardientes y empeñosos amigos, a los que impuso de su firme voluntad de retirar su alta personalidad de la contienda que tan temprano maleaban y comprometían cul-

pables asesinos". Bulnes mismo y todos en el bando oficialista se encontraban deprimidos y perplejos.

Pero se recuperaron pronto y parecieron dispuestos a devolver golpe por golpe. Así, al día siguiente, el 21, *La Tribuna*, que el día anterior había guardado silencio respecto al asalto, calificábalo ahora de simple "batahola" y afirmaba que lo ocurrido en el local igualitario había sido una reyerta entre los propios miembros de ella, motivo por el cual se había llevado a 36 igualitarios presos. Y después de proporcionar otros pormenores igualmente imaginarios del suceso, terminaba diciendo: "He aquí lo sucedido. Cualquiera otra cosa es falsa". Consecuentemente, Varas abrió su puerta, Montt la suya, Garrido secó sus lágrimas, y Mujica, como ministro de justicia, se dispuso a hacer cuanto fuese necesario para sacar al gobierno y a su candidato del atolladero.

Ello era indispensable porque al paso que iban las cosas, la candidatura Montt corría el peligro de desaparecer. Después de la "sesión de los palos", que conmovió a la opinión pública sin distinción de bandos, nuevos aristócratas, que hasta entonces se habían resistido a alternar políticamente con sus zapateros y sus sastres, ingresaron ostentosamente a la sociedad. Lo hizo el candidato presidencial don Ramón Errázuriz, y tras él se afiliaron los diputados Marcial González, Luis Ovalle, Federico Errázuriz, Bruno Larraín y el exaltado Fernando Urizar Garfias. Y como nuevos elementos populares hicieron igual cosa, los 600 socios ingresados hasta el 19 de agosto se elevaron pronto al doble.

Por si lo anterior no bastara, se supo que el juez Ugarte, perdida por la pasión política la ecuanimidad que debía conservar como magistrado, estaba llevando el proceso con vehemencia y acuciosidad alarmantes. Había logrado establecer que el instigador del asalto había sido un tal Isidro Jara, apodado *El Chanchero*, el cual no fue capaz de resistir a la avalancha de preguntas del magistrado. ¿Los asaltantes? Si, él, los había reclutado. Pero si usía lo ignoraba, lo hizo cumpliendo instrucciones del comisario de policía Tomás Concha. ¿Por

qué el comisario Concha estaba en condiciones de darle a *El Chanchero* instrucciones de tal especie? Porque él, Isidro Jara, le era deudor al comisario de ciertos favores. ¿Cuáles favores? Uno, el de permitir que en su chinchel del Arenal, junto al Mapocho, se pudiera jugar dinero a la lotería de cartones. ¿Juego de lotería? Aquello estaba prohibido. ¿Es que no lo sabía el comisario Concha? Seguramente, pero como el intendente Ovalle había autorizado el permiso... Con que el intendente, ¿eh?

Ugarte ya no se recató, llegando a decir en ciertos círculos palabras como éstas: "El día menos pensado amanecerán en la cárcel los señores Montt, Varas, Mujica y algunos otros personajes copetudos que están comprometidos en el sumario".

Rápidos (los hombres de Montt) se dispusieron a devolver golpe por golpe, y fue el ministro Mujica el encargado de ello. Por sugestión suya nombró la corte de apelaciones un ministro en visita para que siguiera conociendo del asalto a la Sociedad de la Igualdad, y disponía, en consecuencia, que los antecedentes pasaran a su poder. Como hasta el tercer día no diera cumplimiento Ugarte a tal providencia, la corte, sin más trámites, lo suspendió por un mes de sus funciones judiciales. Pero como un mes pasa pronto y el sumario por el asalto podía durar más tiempo, la corte, siempre alentada por Mujica, suspendía indefinidamente a Ugarte de toda actuación funcionaria, basándose en cierto asunto que dormía por casi dos años en los tribunales, el cual se exhumó especialmente para la ocasión.

Así, 19 días después del asalto a la Sociedad de la Igualdad, el oficialismo había logrado conjurar el peligro en que se había visto envuelto. Ni Montt, ni Varas, ni Mujica caerían a la cárcel como lo había vaticinado el juez pipiolo, ni nunca podría constatarse si, efectivamente, la "sesión de los palos" había sido instigada por la autoridad, como afirmaban los afectados. En cuanto a los autores materiales del apaleo, los

"rotos" sobornados para el asalto con dinero y ponche, fueron mantenidos presos durante largos meses...

TAL estado de cosas, exasperante para la facción liberal, hizo que *El Progreso* publicara el 11 de septiembre las siguientes líneas: "La justicia, la desesperación, el odio se arman y disponen los ánimos contra el gobierno. El gobierno, por su parte, se prepara para la lucha decisiva. Una gota más de sangre inocente, una nueva tropelía preparada por la autoridad, hará estallar la guerra civil".

Pero lo que hacía el gobierno era esperar a que sus adversarios perpetraran sus propias tropelías para asestar a su vez el contragolpe. Pacientemente, y seguros de los excesos que habrían de cometer los liberales, sus adversarios no usaban de agañazas sino cuando estaban seguros de coger a los liberales de través. Es la ventaja del poder cuando se encuentra en manos experimentadas saber aguardar la ocasión para acorralar a quienes lo atacan, y si éstos aparecen débiles, obligarlos a descubrir un flanco para aniquilarlos definitivamente.

Le tocó aparecer en escena a un nuevo personaje al estilo de *El Chanchero*, el capitán del batallón Chacabuco José Manuel González. Este agente oficioso de Bulnes había encontrado poco o ningún tropiezo para ganarse la confianza de algunos jefes opositores, los cuales creían encontrar en este "soplón" un seguro adherente a su causa. Así, cuando en la lluviosa mañana del 12 de septiembre (y al día siguiente del sombrío vaticinio de *El Progreso*), cruzaba el puente Zañartu un birlocho que iba en dirección al norte, no extrañó ni alarmó a sus ocupantes encontrarse de manos a boca con González. Los viajeros eran dos: José del Carmen Stuardo, propietario de la imprenta sanfelipeña donde se editaba *El Aconcagüino*, y Francisco Prado Aldunate, director en propiedad de la Sociedad de la Igualdad de Santiago, el que, como tal, había presidido la reunión general del 19 de agosto en que la organización mitad obrera y mitad aristocrática había sido asaltada.

No tardó Prado en explayarse con su "amigo" el capitán, y en darle cuenta de que la razón por la cual él y Stuardo viajaban durante un día tan destemplado como aquel. En la travesía del vehículo, le dijo, y convenientemente asegurado, llevaban un cajón en cuyo interior iban 1.600 cartuchos de bala para fusil, y que tal cargamento iba con destino a San Felipe "con la intención de sublevar" dicha ciudad. Despidiéronse después de tan estremecedora confidencia los conspiradores, y siguieron tranquilamente rumbo a la cuesta de Chacabuco, al pie de la cual, en una posada que allí había, pensaban alojar esa noche. Por su parte galopó el encontradizo González hacia la Moneda, y a poco le daba cuenta al Presidente Bulnes de su sensacional y premeditado encuentro. El resultado de todo aquél ir y venir fue que a las dos de la mañana llegaba a la posada de la cuesta un pelotón de soldados, el que sacaba a Prado y a Stuardo de sus lechos, los reintegraba al birlocho junto con el cuerpo del delito y volvía con ellos a la capital.

La investigación subsiguiente, llevada a cabo con singular celeridad por el ministro Mujica, demostró que los cartuchos habían sido fabricados en la casa de un argentino llamado Orjera, revolucionario de profesión, y que Stuardo vivía en Santiago en la misma casa del diputado Urizar Garfias, reconocido como el caudillo opositor de la ciudad de San Felipe, y el que, como se recordará, había aconsejado a sus habitantes que "rompiesen sus cadenas" en caso de que no fuera absuelto Ramón Lara, el director de *El Aconcagüino*. Pero si el suceso de los cartuchos resultó en sí mismo grotesco debido a la forma en que habían sido sorprendidos sus portadores, quedó en pie la circunstancia de que, por primera vez, aparecía un miembro del directorio de la Sociedad de la Igualdad en flagrante actividad conspiratoria.

La prensa gobiernista arremetió esta vez sin contemplaciones contra ella. Nuevamente aseguró que lo que perseguían los igualitarios era implantar un régimen de terror, con matanzas e incendios a granel, y *La Tribuna* llegó a aseverar muy

seriamente que la oposición preparaba un nuevo golpe, cual era el de apoderarse del fuerte que por aquel entonces existía en el extremo norte del cerro Santa Lucía para desde allí... ¡bombardear la capital!

No faltaron, seguramente, quienes creyeran este último infundio por el hecho de que la *plebe*, cosa nunca vista, aparecía mezclándose en política, actividad que hasta entonces estuvo reservada nada más que a los conspiradores de levita y sombrero de copa (la *gente decente*). ¡Y todo por culpa de aquel endemoniado Santiago Arcos, cuyos escritos en el desaparecido *Amigo del Pueblo* seguían estremeciendo a los tímidos! "Ha llegado el tiempo en que la clase obrera tenga conciencia de su poder. Dénle en buena hora un fusil y préparesele en el ejercicio de las armas, pero hágasele entender que esa arma no ha de dirigirse jamás contra el corazón del pueblo, sino en su defensa y protección".

Hasta el mismo millonario Mariano Ariztía se asustó. Participando de los temores colectivos, e influenciado acaso por hombres del gobierno, requirió la entrega de la vieja casa de la calle San Antonio donde funcionaba la Sociedad de la Igualdad a poco de efectuada la tumultuosa "sesión de los paños". El desalojo trajo complicaciones para el directorio, y la búsqueda de un nuevo recinto impidió que hubiese reuniones generales y clases a los obreros en las dos quincenas siguientes. Logróse por fin alquilar un local a propósito en la calle de Duarte (hoy Lord Cochrane), llamado El Parral de Gómez, el que hasta entonces había servido como escenario para representaciones teatrales y circenses, y en donde el mismo José Zapiola había conseguido algunos años antes celebrar una función de beneficio.

El 30 de septiembre púdose celebrar la primera sesión general de la Sociedad en el nuevo y amplio local, esta vez con un número de socios que triplicaba el número de concurrentes a la sesión del 10 de agosto. Era la primera vez que se veía en Santiago reunida una multitud semejante en una manifestación política, lo que hizo que el oficialismo se sintiera de

veras alarmado. Es cierto que la *plebe* se veía superada en exceso por los igualitarios de levita, pero ello no fue óbice para que el clan conservador comprendiera que, de seguir las cosas como iban, a lo mejor el presidente de la república le daba el portante al ministerio y se decidía por un candidato menos resistido que Montt. Había que impedir una cosa semejante a toda costa, ¿pero cómo? Acabando para siempre con la Sociedad de la Igualdad, causa de tantas inquietudes; pero mientras llegaba la ocasión debía coartarse en la medida de lo posible el desarrollo de sus vociferantes y cada vez más amenazadoras asambleas.

La ocasión se presentó después de verificada la reunión general del 14 de octubre. En esta oportunidad la directiva igualitaria había ordenado que al salir del Parral de Gómez la concurrencia, compuesta esta vez de dos mil individuos, se organizara en la Alameda un desfile. Puesto éste en marcha, se vio encabezándolo, y luciendo su levita azul con botones de metal, a Francisco Bilbao. Alta su figura, dirigida hacia lo alto la mística mirada de sus ojos azules, y llevando en sus manos un árbol de la libertad hecho de mostacillas por amables e igualitarias manos femeninas, parecía ser, en verdad, el símbolo de la, al creer de muchos, inminente revolución proletaria.

Si los dos mil manifestantes fueron causal de intranquilidad para la Moneda, mucho más lo fue el hecho de que, alternando de braceté jóvenes de todas las condiciones sociales, hubiesen endilgado sus pasos hacia la parte oriente de la Alameda. Enclavado al pie del Santa Lucía (donde hoy se encuentra la plaza Vicuña Mackenna) se levantaba el cuartel de artillería que era, según la gráfica expresión de Vicuña "la obsesión y la Bastilla" del gobierno. Tanto más intranquilizador fue para éste el paseo de los igualitarios frente al cuartel, cuanto que no hacía mucho se habían sublevado algunos sargentos del batallón Valdivia, y era cosa sabida que los jefes de la oposición frecuentaban con sospechosa asiduidad a

algunos oficiales del ejército menos propensos a la delación que el capitán González. Así, para precaverse en adelante de nuevos desfiles como el recién efectuado, redactó en los días siguientes la intendencia un bando por el cual se prohibían en adelante las manifestaciones públicas bajo pena de multa o cárcel, según fuese la solvencia de los que lo vulneraran.

No solo prohibía el bando la realización de desfiles sino que ordenaba además que todas las sesiones de los centros políticos que existiesen en Santiago (y la Sociedad de la Igualdad era el único) debían ser públicas, de tal manera que pudiesen concurrir a ellas quienes quisieran, sin que ni los mismos dirigentes de tales centros tuvieran autoridad para seleccionar a los concurrentes. Se ordenaba también que antes de cada reunión debía darse aviso a la autoridad en cuanto al lugar de la concentración y el día y la hora en que ésta se celebrara, añadiéndose que de cualquier desorden que hubiese en el curso de ellas se haría responsable, no a sus causantes como era de buen sentido, sino a los organizadores. En resumen, el tal bando era la vulneración más flagrante del derecho de reunión de que hubiese memoria.

Bajo la efervescencia de los ánimos que, como puede suponerse, causaron tales disposiciones, los igualitarios se aprestaron para llevar a efecto una nueva reunión general, la que había sido convocada para el siguiente 28 de octubre. En ella, se anticipó, iba a rechazarse en los peores términos la candidatura Montt. Consecuentemente con tal anuncio, el gobierno, una vez llegado ese día, hizo que sus agentes "recorrieran las calles esparciendo la voz de que en la tarde debía estallar una revolución encabezada por la Sociedad de la Igualdad"; y para dar una sensación de mayor veracidad a tal aserto, la tropa de línea fue acuartelada, como asimismo los guardias cívicos de mayor confianza.

Pero lo que hubo de notable en la sesión no fue la presencia de siniestros descamisados dispuestos al exceso, sino la exhibición de los más elegantes atuendos que pudieron lucir los jóvenes del gran mundo que concurrieron a ella. Veinti-

cinco años después de ocurridos los sucesos, recordaba aún Vicuña Mackenna, testigo ocular del acto, el hecho de que quienes oficiaran de porteros fueran, además de Vicente Sanfuentes, de Federico Errázuriz Zañartu, de Luis Ovalle y de Vicente Larrain Aguirre, los *ciudadanos* Manuel Beauchef y Pedro Nolasco Huici "que presidieron la juventud elegante de su época". Fue incluido también en tan selecto grupo José Zapiola, con la evidente intención de que los rotitos de poncho y ojotas que concurrieron al acto no se cohibieran antes de entrar al local de la organización que habiendo sido antes de ellos, controlaban ahora los más atildados jóvenes del gran mundo.

Pronunciaron discursos en esta ocasión Piña Borcosqui, Francisco Marín (que era el propietario del Parral de Gómez), el obrero López y a continuación Francisco Bilbao, el que al subir al estrado se presentó llevando un ramo de flores. Comenzó Bilbao su arenga de esta manera: "Ciudadanos: el ruido de los tambores, la distribución de instrumentos de muerte, el armamento de los cañones, el apresto, las carreras de la caballería, todo os anuncia que se trata de matar la Sociedad de la Igualdad. Y entretanto nosotros, ¿qué hacemos? Ciudadanos, la Sociedad de la Igualdad se arma de flores". Estallaron los aplausos, y corrieron algunas lágrimas de emoción, que ya habían brotado, pero de lástima, durante el discurso de Piña. Manuel Guerrero, el diputado Urizar y algunos otros profesionales de la revuelta deben, en cambio, haber enarcado el entrecejo con las palabras de Bilbao. Esperaban una actitud más belicosa de quien, según él mismo decía, era un veterano de las barricadas. Pero bien poco podía esperarse en tal sentido si el Robespierre chileno se armaba de flores en vez de hacerlo con un fusil...

Entretanto lo anterior ocurría en el Parral de Gómez, en la calle Duarte y en la Alameda pululaba la policía, y en el cuartel de Artillería la tropa, reforzada con cien fusileros del batallón Yungay, aguardaba arma al brazo el desarrollo de posibles disturbios.

Tocóle hablar a su turno a Manuel Guerrero, quien cerró el acto pronunciando "con voz firme, pausada y solemne", la siguiente declaración:

La Sociedad de la Igualdad rechaza la candidatura Montt porque representa los estados de sitio, los destierros, los tribunales militares, la corrupción judicial, el asesinato del pueblo, el tormento en los procedimientos de justicia criminal, la ley de imprenta, la usura, la represión en todas las cosas, con perjuicio de los intereses nacionales, especialmente con respecto al derecho de asociación".

Los 2.500 igualitarios que en esa oportunidad llenaban el recinto estallaron en cerrada ovación. El frenesí opositor hizo presa en los ánimos y abrazáronse enardecidos los elegantes como Pedro Nolasco Huici y Manuel Beauchef con talarbarteros, tipógrafos y maestros de zapatería, sin reparar en indumentarias ni en condiciones de clase. Era el delirio electoral llevado a su más alta expresión, sin llegar a reparar los obreros que lo que les ofrecía el pipiolaje a cambio de Montt era un reaccionario de la peor especie como el septuagenario Errázuriz. Solo uno de los igualitarios debe haber guardado reserva si es que estaba presente: Santiago Arcos. ¿En qué habían quedado —pensaría él— los propósitos iniciales del primer directorio, cuales eran no mezclar a la Sociedad en el conflicto electoral? Este paso acababa de darse por intermedio de su "dictador" Guerrero, y como consecuencia del desafío a la candidatura de la Moneda que acababa de lanzarse, la desaparición del centro educacional de las clases populares podía darse por descontada.

UNA vez que se puso fin a la bulliciosa asamblea, casi todos los asistentes se desbandaron con el fin de no acarrear disgustos si desobedecían el bando recién dictado. Pero en número de doscientos individuos, "la parte más aristocrática y

vistosa" de la concurrencia, "casi toda gente de levita y de sombrero de copa", se mostró dispuesta a desobedecer, o a burlarse más bien, de las disposiciones de la intendencia. Para ello, y después de marchar aisladamente como los demás por la calle Duarte, volvieron los doscientos jóvenes bien trajeados a reunirse en la Alameda, marchando luego "en procesión" por las calles centrales. Aquello se parecía bien poco a la revolución que había anunciado aquella mañana el gobierno, pero era, de todos modos, una manera de mostrar que no se le tenía miedo a la autoridad. Por el momento, ésta, a través de sus soplones y de la policía, se redujo a tomar nota de los nombres de los revoltosos que pudo reconocer, dispuesta a tomar el desquite al día siguiente, una vez que los ánimos se hubiesen aquietado.

Lo que hizo el "traidor" intendente Ovalle 24 horas más tarde fue imponer multas que iban de veinte a cincuenta pesos a los burlones que habían sido personalizados la tarde anterior. A artesanos como Larracheda y Paulino López, participantes también en la "procesión", y que no disponían de tan elevadas sumas, sencillamente se les arrastró a la cárcel. Se sucedieron las indignadas protestas por aquel nuevo "abuso del poder", y atemorizado tal vez por su diapasón, Ovalle mandó devolver las multas y poner en libertad a los que no habían podido pagarlas. Esto último dio motivo para que los jóvenes *bien* dieran muestras de su solaridad con los obreros al llevar en andas por las calles centrales a López y Larracheda cuando estos salieron de la prisión, lo que horrorizó a los hombres de orden por su índole descaradamente "disolvente". El gobierno mismo comprendió que los acontecimientos iban por mal camino, y para contrarrestar cualquiera contingencia desfavorable ordenó que se trasladara apresuradamente a Santiago el batallón Valdivia, acantonado en Talcahuano. En realidad había razón para tomar precauciones de esta especie porque ya no podía contar en adelante la Moneda con la totalidad de la guardia cívica, muchos de cuyos soldados,

como en el caso de Larracheda, estaban abiertamente ganados a la causa opositora.

Un nuevo motivo de alarma se agregó el día 31 a los anteriores. Entre los multados por la intendencia figuraba Vicente Sanfuentes, diputado suplente por Valdivia, el que, a las dos de la tarde de ese día, y haciéndose acompañar por José Victorino Lastarria, José Antonio Alemparte, José Miguel Carrera y Federico Errázuriz, se apersonó al intendente Ovalle con el fin de exigirle la devolución de las multas que a todos ellos se había impuesto. Hubo un cambio de palabras entre Ovalle y los visitantes, especialmente con Sanfuentes, el que en un momento de arrebató escupió en la cara al representante de la autoridad. Antes de que éste pudiera hacerlo detener por desacato, huyó Sanfuentes del local de la intendencia, ubicada entonces en la plaza de armas, donde hoy se encuentra el telégrafo del estado, y fue a refugiarse en el edificio del diario *El Progreso*, instalado en el costado oriente de la misma plaza. La policía salió apresuradamente en persecución del ofensor, pero cuando llegó al local del diario, centenares de opositores formaron una barrera imposible de franquear como no fuese por medios violentos. Hubo un momento en que se llegó a pensar que iba a estallar allí una revuelta, y Bruno Larraín escribió luego una carta al padre de Benjamín Vicuña en la que, refiriéndose a aquel suceso, decía: "¡Qué momento se ha perdido!"

Pero intervino a tiempo Salvador Sanfuentes, hermano de Vicente, el que tras de intensos ajeteos obtuvo un arreglo: la fuerza armada se retiraría a su cuartel y Vicente Sanfuentes se trasladaría a la Cámara de Diputados, a fin de aguardar la tramitación necesaria para su desafuero, expediente previo a un sumario judicial. Cumplieron lealmente las partes, con el resultado de que la efervescencia se desvaneció, al par que Sanfuentes, tras el proceso de rigor, fue condenado a seis meses de prisión, pena que cumplió rigurosamente.

LLEGÓ noviembre, sabiéndose en Santiago en las primeras horas del 6 que el día anterior había estallado en San Felipe la tan anunciada revolución. San Felipe, como se ha visto, era el foco sedicioso más activo después de Santiago, y a donde convergían las esperanzas de los liberales para que se llevara a efecto un levantamiento armado. Allí habían ocurrido los incidentes a que diera lugar la prisión del director de *El Aconcaguino*; hacia esa ciudad se dirigían Francisco Prado y José del Carmen Stuardo con su provisión de cartuchos cuando fueron sorprendidos, y existía en ella una alborotadora Sociedad de la Igualdad que contaba con elementos suficientes como para crearle un grave conflicto al gobierno. Nada bueno podía esperarse de una ciudad tan visiblemente soliviantada.

Los primeros rumores de revuelta, amenazantes desde un comienzo, vinieron a confirmarse cuando tropa del ejército salió a marchas forzadas desde Santiago en dirección a San Felipe. Desde ese instante tanto en la Moneda como en los círculos de oposición se vivió aguardando el curso de los acontecimientos, y entretanto una era la pregunta: ¿qué pasaba en San Felipe?

Que el intendente interino Blas Mardones, monttino agresivo colocado en el cargo por el ministro de justicia, había hecho retirar con la fuerza pública del local de la Sociedad de la Igualdad una bandera patria en la cual se había estampado con grandes caracteres esta frase: "Valor contra la opresión". Presentóse a la mañana siguiente a la intendencia el ya mencionado y alborotador Ramón Lara a exigir en forma imperiosa la devolución de la bandera. El intendente Mardones, lejos de acceder a la demanda, hizo detener a Lara y poco después al abogado que había acudido en su defensa. Ante estos hechos, que pronto trascendieron a la ciudad, los igualitarios hicieron tocar las campanas a rebato, y cuando una enardecida multitud repletó la plaza, se cercó el cuartel cívico en que se encontraban arrestados Lara y su abogado, se puso

a estos en libertad y se arrestó al intendente, al cual, por añadidura, un exaltado apuñaleó gravemente en la espalda.

Dueña la Sociedad de la Igualdad sanfelipeña de la situación, una junta provisional rebelde asumió el mando de la provincia. Pero sus componentes, que carecían de un plan determinado para enfrentarse a los acontecimientos, se sintieron primero perplejos y luego atemorizados frente a la gravedad de los hechos. Para salir del paso enviaron un recadero a la capital con un mensaje al presidente de la república, en el que se decía que “respetando la autoridad de V. E. ponemos a su disposición la fuerza de que nos hemos hecho cargo, y éste poder momentáneo que sólo por amor a la patria podemos ejercer”.

Pero el gobierno, por el tenor del amedrentado mensaje, comprendió que todas las cartas de triunfo estaban en sus manos, de manera que lejos de acceder a las exigencias que ponía la junta, las cuales se referían al olvido de lo acontecido y al perdón de los autores del motín, impartió órdenes al jefe de las fuerzas encargadas de reprimir la sedición en el sentido de no admitir otra cosa que no fuese la entrega incondicional de los amotinados.

Una vez sofocado el motín de San Felipe le llegó la ocasión al elemento conservador para declarar el estado de sitio que con tanta insistencia venía reclamando su prensa, con lo cual damos término al relato del drama para entrar en el sainete.

EL 7 de noviembre, y cuando las noticias de Aconcagua aún eran confusas, reuníanse en Santiago, en el local del diario *El Progreso*, el juez Pedro Ugarte, Francisco Bilbao y José Antonio Alemparte. Estaba allí también presente, pero con calidad de simple oyente, Benjamín Vicuña Mackenna, que entonces contaba 19 años, y quien es el que relata lo que aconteció en seguida. Eran las cuatro de la tarde y en los ánimos de los allí reunidos imperaba la misma incertidumbre que en el de todos los santiaguinos.

Llegó un momento en que, tras de apasionados debates, se dirigió Ugarte a Bilbao en los siguientes términos:

—“Qué necesita usted, don Francisco, para levantar al pueblo de Santiago y sostener a San Felipe?”

—“Una sola cosa, respondió el tribuno con la flema de un estoico.

—“¿Y qué cosa es esa?, respondió Ugarte rápido como el relámpago.

—“Que se declare en estado de sitio la ciudad —contestó Bilbao—, y esta noche prometo reunir seis mil igualitarios en la plaza que está a nuestros pies, para imponer al gobierno y hacerlo cambiar su política y su candidatura”.

Siguieron deliberando los conspiradores durante una hora, y al cabo resolvieron tener una nueva reunión en la noche, convocando a ella, además de los en ese momento reunidos, a Manuel Guerrero, Bruno Larraín, Luis Ovalle, Joaquín Lazo, José Miguel Carrera, Félix Mackenna “y otros pocos, todos hombres de acción y de secreto”, a quienes debía dar oportuno aviso el joven y entusiasta Benjamín Vicuña.

Refiere éste que estaba tomando la sopa en su casa a las siete de la tarde cuando sintió que “desfilaba un tropel de caballos puestos a galope. Eran las partidas de vigilantes que salían, una en pos de otra, a ejecutar órdenes de prisión, en virtud de la declaración de estado de sitio que acababa de hacerse en la Moneda. Fuéle por tanto forzoso al narrador salir corriendo tras ellos a tomar lenguas y a dar avisos, pues tenía, como hemos recordado, “una consigna de citas que cumplir”.

“Por la proximidad de nuestros domicilios —prosigue Vicuña en su relato— escogí la casa de Francisco Bilbao para mi primera visita. Las calles estaban desiertas, el sol en su ocaso... Pero ya las patrullas arriaban a los cuarteles a los designados en la lista de largo trecho fabricada. Federico Errázuriz y don José Victorino Lastarria fueron los primeros en caer y casi los únicos.

“Al llegar a la casa de los Bilbao, la agitación de su res-

petable madre traducía la situación porque atravesaba. Tenía tres hijos y un anciano que guardar. Todos, empero, habían escapado al asalto de la policía, violento y salvaje, pero no del todo esperado aquella tarde. La señora se mostraba reservada, y respondía a las interrogaciones del emisario de la tarde sólo con medias palabras. ¿Dónde estaba Francisco Bilbao? ¿Cuál era su refugio improvisado? He aquí lo que la madre no se atrevía a revelar, y eso era lo que el portavoz de la revolución necesitaba saber. El golpe estaba dado, y era indispensable que los caudillos responsables se pusieran inmediatamente al habla. Por otra parte no había olvidado aquel ni la aspiración ni el plan de batalla que Bilbao, hacía dos horas, trazara en el altillo de la casa Morandé. La declaración del estado de sitio había sido hecha, las prisiones comenzaban, el peligro era inminente, y había, por lo tanto, llegado el momento en que los seis mil afiliados a la Sociedad de la Igualdad se convocasen en la plaza para sostener la situación.

“Porfí, y al fin la angustiada señora me reveló su secreto. Bilbao, dotado de un cuerpo fino y elástico, había pasado como de un salto del patio interior de su casa al de los señores Bernales, ayudado por una escalera y en las barbas mismas de los soldados que invadían todas las habitaciones con estrepitosa insolencia”.

Pasó el adolescente Vicuña “y no sin imprudencia, a la casa vecina”, y allí fue llevado a la presencia de Bilbao. “Estaba éste sereno y dueño enteramente de sí mismo, pero disfrazado de mujer y tras las cortinas de una ancha cama de matrimonio, con sombrero de flores de lienzo en la cabeza, por el estilo de los que entonces se usaban en París como en Santiago y que encerraban dentro de un marco todo el rostro. Lo que más extraño parecía era que Bilbao teniendo la cutis sumamente blanca y limpia, los ojos azules y hermosos y una cabellera profusa hasta la extravagancia, representaba a lo vivo el papel que ahora le cabía, al punto que el airoso triunviro de la tarde me pareció una ruborosa miss inglesa, embarrada un tanto por el exceso, la hora y el sitio de la cita”.

Se esforzó Vicuña para convencer a Bilbao de que “debía abandonar su disfraz y correr a la plaza, a la Alameda, al club, dondequiera que pudiera congregarse al pueblo para llamarlo a la batalla y al sacrificio. A todo se resistió. Presentó mil excusas diferentes, todas ambiguas”, y permaneció en el hecho con su extraño disfraz.

Tal escena lamentable constituyó el epílogo de los ocho meses de vida de la Sociedad de la Igualdad. Ni salió el pueblo a la calle a defenderla como esperaban los de la fronda aristocrática, ni ésta tuvo el menor arranque de gallardía en la hora de la derrota. A Manuel Guerrero lo detuvieron en su chacra. Bruno Larraín, Rafael Vial, Federico Errázuriz, José Antonio Alemparte, José Victorino Lastarria y Pedro Ugarte, fueron arrestados cada uno en sus casas, sin que se les ocurriera mostrar esa altivez de que hicieron alarde anteriormente. De los once fundadores de la Sociedad, fueron arrastrados a la cárcel José Zapiola, Luciano Piña, Eusebio Lillo, Mondaca y Larracheda. Bilbao se escondió, no se sabe con que disfraz, en la hacienda Las Palmas cercana a Valparaíso, desde donde aconsejaba a sus amigos en libertad que “mantuvieran grupos de conversación”. En cuanto a Arcos, alejado desde hacía seis meses de la directiva igualitaria, pero que era realmente al que más se temía, “quedó escondido y conspirando, siendo detenido dos semanas más tarde, en la noche del 23 de noviembre, por el denuncia de una mujer”.

En la hora del castigo también hubo diferencias. A Piña, Larracheda y Mondaca se les metió sencillamente en prisión. Lastarria, Errázuriz, Arcos y Alemparte fueron deportados al Perú. A Zapiola, Lillo y otros se les envió relegados a Castro. Bruno Larraín obtuvo el privilegio de refugiarse en Choapa, feudo de su parentela. En cuanto a Guerrero, que fue el sepulturero de la Sociedad de la Igualdad, se le relegó a Valdivia “por influjos de familia”.

A FINES de aquel año de 1850 tan fecundo en toda clase de incidentes y precursor en Chile del movimiento obrero, el galle-

petable madre traducía la situación porque atravesaba. Tenía tres hijos y un anciano que guardar. Todos, empero, habían escapado al asalto de la policía, violento y salvaje, pero no del todo esperado aquella tarde. La señora se mostraba reservada, y respondía a las interrogaciones del emisario de la tarde sólo con medias palabras. ¿Dónde estaba Francisco Bilbao? ¿Cuál era su refugio improvisado? He aquí lo que la madre no se atrevía a revelar, y eso era lo que el portavoz de la revolución necesitaba saber. El golpe estaba dado, y era indispensable que los caudillos responsables se pusieran inmediatamente al habla. Por otra parte no había olvidado aquel ni la aspiración ni el plan de batalla que Bilbao, hacía dos horas, trazara en el altílo de la casa Morandé. La declaración del estado de sitio había sido hecha, las prisiones comenzaban, el peligro era inminente, y había, por lo tanto, llegado el momento en que los seis mil afiliados a la Sociedad de la Igualdad se convocasen en la plaza para sostener la situación.

“Porfié, y al fin la angustiada señora me reveló su secreto. Bilbao, dotado de un cuerpo fino y elástico, había pasado como de un salto del patio interior de su casa al de los señores Bernales, ayudado por una escalera y en las barbas mismas de los soldados que invadían todas las habitaciones con estrepitosa insolencia”.

Pasó el adolescente Vicuña “y no sin imprudencia, a la casa vecina”, y allí fue llevado a la presencia de Bilbao. “Estaba éste sereno y dueño enteramente de sí mismo, pero disfrazado de mujer y tras las cortinas de una ancha cama de matrimonio, con sombrero de flores de lienzo en la cabeza, por el estilo de los que entonces se usaban en París como en Santiago y que encerraban dentro de un marco todo el rostro. Lo que más extraño parecía era que Bilbao teniendo la cutis sumamente blanca y limpia, los ojos azules y hermosos y una cabellera profusa hasta la extravagancia, representaba a lo vivo el papel que ahora le cabía, al punto que el airoso triunviro de la tarde me pareció una ruborosa miss inglesa, embaazada un tanto por el exceso, la hora y el sitio de la cita”.

Se esforzó Vicuña para convencer a Bilbao de que “debía abandonar su disfraz y correr a la plaza, a la Alameda, al club, dondequiera que pudiera congregarse al pueblo para llamarlo a la batalla y al sacrificio. A todo se resistió. Presentó mil excusas diferentes, todas ambiguas”, y permaneció en el lecho con su extraño disfraz.

Tal escena lamentable constituyó el epílogo de los ocho meses de vida de la Sociedad de la Igualdad. Ni salió el pueblo a la calle a defenderla como esperaban los de la fronda aristocrática, ni ésta tuvo el menor arranque de gallardía en la hora de la derrota. A Manuel Guerrero lo detuvieron en su chacra. Bruno Larraín, Rafael Vial, Federico Errázuriz, José Antonio Alemparte, José Victorino Lastarria y Pedro Ugarte, fueron arrestados cada uno en sus casas, sin que se les ocurriera mostrar esa altivez de que hicieron alarde anteriormente. De los once fundadores de la Sociedad, fueron arrastrados a la cárcel José Zapiola, Luciano Piña, Eusebio Lillo, Mondaca y Larracheda. Bilbao se escondió, no se sabe con que disfraz, en la hacienda Las Palmas cercana a Valparaíso, desde donde aconsejaba a sus amigos en libertad que “mantuvieran grupos de conversación”. En cuanto a Arcos, alejado desde hacía seis meses de la directiva igualitaria, pero que era realmente al que más se temía, “quedó escondido y conspirando, siendo detenido dos semanas más tarde, en la noche del 23 de noviembre, por el denuncia de una mujer”.

En la hora del castigo también hubo diferencias. A Piña, Larracheda y Mondaca se les metió sencillamente en prisión. Lastarria, Errázuriz, Arcos y Alemparte fueron deportados al Perú. A Zapiola, Lillo y otros se les envió relegados a Castro. Bruno Larraín obtuvo el privilegio de refugiarse en Choapa, feudo de su parentela. En cuanto a Guerrero, que fue el se-pulturero de la Sociedad de la Igualdad, se le relegó a Valdivia “por influjos de familia”.

A FINES de aquel año de 1850 tan fecundo en toda clase de incidentes y precursor en Chile del movimiento obrero, el galle-

go Arcos, su esposa y sus tres hijos mayores fuéronse definitivamente a Europa, mientras Santiago Mariano del Carmen, como se ha visto, fue deportado al Perú.

Pero antes de que esto último ocurriera, nuestro sempiternamente inquieto personaje se había entregado en Santiago a afanes por completo distintos a los que hasta este momento le conocemos. Los meses que permaneció alejado de la sociedad igualitaria los dedicó en gran parte a redactar un trabajo desconocido en Chile, el que es digno de ser mencionado como documento bibliográfico, histórico, político y económico. Se trata de un folleto que se dio a la publicidad en diciembre de 1850 (cuando su autor ya se encontraba en Lima) por la Imprenta del Comercio de Valparaíso, calle de la Aduana, dice la carátula, el que se titula *La Contribución y la Recaudación*. Propone Arcos en la obra una nueva forma de impuestos "sin aduanas, sin estancos, sin diezmo, sin alcábalas, sin papel sellado, sin patente, sin catastro, sin ramos eventuales", y es el contenido del folleto otra curiosa muestra de las inquietudes de todo orden que preocuparon a Arcos.

"Un malestar inmenso —dice en la introducción— pesa sobre las sociedades humanas. El pobre condenado a un trabajo monótono y repugnante vive embrutecido. El rico ve su fortuna amenazada por cada proletario que pasa por su puerta. La desigualdad de las condiciones mantiene entre los hombres una guerra incesante. Las diferentes clases que forman la sociedad se odian.

"El odio trae consigo la inquietud. No hemos sido creados para el dolor. Si el hombre sufre es porque aún no ha acertado con la forma social que le está reservada".

Afirma sus puntos de vista citando a Saint Simón, a Luis Blanc, a Proudhon, a Owen y a Carlos Fourier, al que llama "el coloso intelectual del siglo XIX", y luego de decir que si bien Saint Simón y los teóricos que lo siguieron "han sido tan hábiles médicos para analizar el mal social, como inhábiles para encontrar el remedio", asevera que Fourier ha encontrado este remedio, aunque es "inútil para la sociedad actual.

aún no suficientemente fortalecida para principiar su curación". Y dudando de que lo que va a exponer más adelante sea aceptado, reproduce lo que pide John Hershel para el estudio de las ciencias, a saber "preparar el espíritu para preparar la verdad". "Todo estudio reclama (pone Arcos en boca de Hershel) en el más alto grado una disposición liberal del espíritu para adoptar todo lo que está demostrado, todo lo que es altamente probable, por muy nuevas y extraordinarias que parezcan estas consecuencias".

Cita luego Arcos en apoyo de sus argumentaciones a Adam Smith y el *Novum Organum* de Bacon, y, rechazándolos, a Quesnay, Thomas, Mun, Ustariz y Genovesi. Se refiere en seguida al derecho de propiedad y escribe: "Entré los salvajes no hay más propiedad que la que proviene del trabajo inmediato. El indispensable son sus flechas, sus laques, su lanza; pero la tierra no está dividida: es de todos. Agrega que en las monarquías "el individuo poseerá mientras no se le ocurra al monarca desposeerlo. Otro tanto ocurre en las aristocracias. El que no pertenece a la clase privilegiada puede poseer, pero su derecho es igualmente condicional. Sólo en la democracia el derecho de propiedad es y puede ser un verdadero derecho. Así, vemos que las democracias... son las que presentan una sociedad más adelantada, más feliz, más fuerte".

En seguida se refiere a los precios, al salario y a la desvalorización de este último en relación con la oferta del trabajo, afirmando que cuando ella disminuye, llegan para los trabajadores "la emigración, la cárcel, las epidemias".

"No confundamos la riqueza con un estéril acumulamiento de plata y oro —prosigue—. La riqueza de las naciones es el bienestar de que gozan los individuos", y agrega que, por el contrario, "necesita la aristocracia como el monarquismo, primero, hacer pagar al pueblo cuanto sea posible, y, segundo, ocultar a sus ojos a cuanto asciende lo que paga". Agrega que "la democracia es el poder en manos de todos. Bajo la democracia no debe haber individuos ni clase privilegiada, ni debe el rico reprimir al pobre, ni el pobre oprimir al rico.

El poder debe hacerse sentir lo menos posible, es decir, dejar a cada individuo la mayor suma posible de libertad individual". Y líneas después: "Bajo el sistema democrático sólo el gasto autorizado por la representación nacional, hija del voto universal, puede ser considerado como gasto necesario".

Se refiere en las páginas siguientes a la contribución y dice que ella deberá ser "considerada como una necesidad, y que el que no quiera pagar, el que se resista, en vez de recibir aplausos como ahora recibe, el que engañe al fisco, sufrirá la desconsideración que sufre actualmente el hombre que no cumple con sus compromisos". Y luego de estas y otras consideraciones presenta un intrincado proyecto de ley referente a impuestos, del que compendiamos algunos puntos. Propone (en 1850!) que la declaración de renta sea obligatoria, "incluso para los asalariados", para lo cual "cada municipalidad distribuirá entre los individuos que la componen listas de rentas declaradas". Si algún contribuyente hace reparos sobre las rentas y los bienes que la municipalidad le atribuye, una "asamblea general del pueblo" decidirá respecto al reclamo y su fallo será inapelable. Diversos artículos del proyecto reglamentan el pago y cobro de contribuciones y los procedimientos a emplearse, especificando que ellas deberán pagarse por semestres anticipados.

Uno de los artículos finales, muy de Arcos, da una ingeniosa manera para evitar las declaraciones maliciosas de los bienes de los contribuyentes. Propone que "si un rico no tasa sus propiedades en lo que valen, cualquier comprador podrá adquirirla si ofrece un 20% más del avalúo de su propietario".

EN el prólogo firmado por Bartolomé Mitre que precede a la obra, podrá apreciarse en su cabal sentido el trabajo de Arcos, y la opinión que le mereció al que años más tarde iba a ser presidente de la república argentina. "Este libro que ponemos en manos del público —dice Mitre—, escrito por don Santiago Arcos, es el voto de un corazón republicano, es el espíritu de la nueva generación que se levanta proclamando

la reforma pacífica, es el último golpe dado a las instituciones coloniales, y es más que todo el eco de una gran revolución que en este momento agita al mundo.

"Producto de una idea fecunda, impregnada de un santo amor de justicia y libertad y madurado por una meditación sincera y honrada, el libro del señor Arcos es más que todo el resultado del buen sentido aplicado al fomento de la prosperidad pública.

"Desgraciadamente las conclusiones del libro —prosigue Mitre—, lógicas hasta cierto punto, no han correspondido a las premisas. El señor Arcos está muy lejos de haber encontrado la fórmula práctica que ha de elevar su teoría a la categoría de hecho consumado. El proyecto de ley que sirve de epílogo a la obra, concretándola y formulándola de una manera práctica, adolece de un vicio esencial, mientras en los detalles falta método y unidad, lo que hace aparecer su fórmula más bien como el bosquejo de una idea que como el fruto de una larga meditación.

"El vicio esencial del proyecto consiste en estar basado sobre el *impuesto del capital*, en vez de apoyarse en el *impuesto de la renta*; de haber elegido por fuente de contribuciones el *beneficio eventual* en vez del *beneficio realizado*, o en otros términos, haber gravado el trabajo en vez de la economía, y el *emolumento*, el *salario* o la *renta profesional* en vez del provecho del capital.

"La idea del señor Arcos —termina Mitre— está esperando su Galileo que demuestre su exactitud, compruebe su utilidad, complete sus cálculos, corrija sus errores y acierte con la fórmula práctica que él no ha sabido encontrar".

FUE ésta la última participación directa de Santiago Arcos en los asuntos de su patria, de la que fue obligado a partir después de treinta y tres meses de agitada permanencia en ella. En tan corto plazo había desempeñado un rol que nadie antes que él había cumplido y que, en lo que al problema social se refiere, habría que ver pasar más de medio siglo antes de

que otros se ocuparan debidamente de él. Se vio Arcos perseguido por su actuación, vilipendiado por los contemporáneos de su clase, mal interpretado por los historiadores e ignorado por sus compatriotas.

Excéntrico en todo sentido, ni siquiera ha encontrado su verdadero lugar en nuestra historia. Sin embargo, como todo lo que tiene un contenido verdaderamente humano, su obra no fue desaprovechada. La Sociedad de la Igualdad, creada exclusivamente por él —y no por Bilbao como errónea e insistentemente se ha aseverado—, permitió que entre el elemento obrero cundiera la idea de asociarse con fines de ayuda mutua. Fue así como menos de tres años después de disuelta la Sociedad de la Igualdad fue creada en Santiago la Sociedad Tipográfica formada por patrones y obreros de las imprentas de la capital. "Su organizador fue Vicente Laínez, jefe de la Imprenta Fiscal, peruano desterrado y antiguo igualitario. El primer directorio se integró con el patrocinador, más el patrón don Jacinto Núñez, y los obreros José Raimundo Martínez, Francisco Maldonado y Pedro González" (1). En los años siguientes se creaban sociedades tipográficas mutualistas en Valparaíso y La Serena, y el 5 de enero de 1862 Fermín Vivaceta fundaba la que es hoy Sociedad de Artesanos La Unión, a la que en esa oportunidad ingresaban 162 socios. A los seis meses abría una escuela nocturna (2).

Tales fueron los resultados de la labor emprendida por Arcos durante su corta permanencia en su país natal. Veintitrés meses después de haber sido condenado al exilio pondría nuevamente la planta en Chile para ser víctima de la más despiadada persecución, y ya nunca más regresaría a la tierra que lo vio nacer.

(1) Marcelo Segall: Desarrollo del Capitalismo en Chile.

(2) id. id.

El manifiesto de 1852

EL mismo barco que lo había traído a su tierra natal en 1848, el vapor "Chile", se encargó de llevar a Santiago Arcos al ostracismo en los últimos días de noviembre de 1851. Quienes lo acompañaban no eran unos cualesquiera: Federico Errázuriz sería veinte años más tarde presidente de la república; José Victorino Lastarria, además de ser ya educacionista de nota y diputado, desempeñaría en el futuro los cargos de ministro del interior y de hacienda, de representante diplomático en el Perú, de ministro de la corte de apelaciones y de consejero de estado. José Antonio Alemparte era un formidable hombre de empresa. Explotaba entonces los yacimientos carboneros de Lirquén, y después, en compañía de su hijo Juan, sería propietario de una línea naviera, dueño de una cadena de molinos, y le daría vida a otras industrias importantes. Siempre encontramos a Santiago Arcos en compañía de hombres meritorios. Algunos alcanzarán el poder como Errázuriz, Federico Santa María, Mitre y Sarmiento, pero él quedará invariablemente postergado, sin buscar las alturas ni disfrutar del éxito. Estará durante toda su vida en las filas de los sin gloria.

EL Perú gozaba hacia la mitad del siglo XIX de un auge y de una tranquilidad política que no conociera hasta entonces como estado independiente. Después de una interminable sucesión de golpes de cuartel y pronunciamientos en que habían intervenido hasta las esposas de los caudillos militares, el general Ramón Castilla llevaba gobernado casi seis años, durante los cuales la nación había alcanzado progresos notables. Habíase pacificado el país; estaban construyéndose el primer ferrocarril y la primera línea telegráfica del país, las que se

extendían desde Lima al Callao; el salitre y el guano eran fuente de abundantes ingresos para el erario. Normalizada por completo la situación interna en la época en que los cuatro exilados chilenos llegaron allá, preparábanse normalmente las elecciones presidenciales en las cuales habría de salir triunfante José Rufino Echenique.

Por carta dirigida a Bartolomé Mitre en enero de 1881, daba cuenta Lastarria de las actividades que los ex igualitarios desarrollaban en Lima. Visitaron escuelas, hospitales, iglesias, teatros, museos y la biblioteca pública fundada por San Martín. Atraieron su atención en las calles la animación y el gracejo de los limeños, especialmente las "tapadas", mujeres cuya chispa y oportunas respuestas no desmentían su ascendencia española. También los sorprendieron los vendedores ambulantes que merodeaban en torno de los mercados, uno de los cuales, un ciego, ofrecía a los transeúntes "cuatro panes de jabón y la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo por medio real".

Advirtió Lastarria que a pesar de que la constitución declaraba que nadie era esclavo en el Perú, existían no menos de 20.000 individuos sometidos voluntariamente a ese trato, "a los cuales no les interesa ser libres". Se conformaban estos "imbéciles", como los llamaba Lastarria, con ganar unos pocos reales por medio día de faena campesina, y si no trabajaban más para aumentar sus entradas era porque este salario les bastaba para sus necesidades increíblemente exiguas y primitivas.

Con referencia a la política escribía el exilado jefe del partido liberal chileno: "El sistema democrático tiene aquí obstáculos insuperables que vencer: la diferencia de castas, la indolencia y la ignorancia de las masas, los hábitos y sentimientos monárquicos que engendró y radicó el sistema colonial, y la desmoralización producida por el gobierno altamente inmoral de los virreyes y la guerra civil, darán trabajo para un siglo más a los que deseen ver realizado el prospecto de la revolución".

"He notado —agregaba—, que en los partidos hay ardor, pasión en los prosélitos, pero sólo en las personas de los candidatos". Era lo mismo que sucedía en Chile, como lo había hecho notar Lastarria en 1849 al redactar las bases sobre las cuales debía reorganizarse el partido liberal. Por eso es que escribiendo desde Lima decía además que "cuando se les oye hablar (a los prosélitos) de los intereses generales, del triunfo de la causa democrática, se nota su desencanto y su falta de fe". "Creo —admitía Lastarria a continuación— que no se equivocaría quien dijese que en el Perú no hay verdaderos partidos".

La consecuencia de lo anterior sería que después de gobernar legalmente durante dos años el presidente Echenique, Castilla lo depondría mediante un golpe de estado, para iniciar un largo período de desenfadada dictadura.

PASADO algún tiempo se suspendió en Chile el estado de sitio antes del plazo fijado por el gobierno. No había razón para seguir manteniéndolo desde que la Sociedad de la Igualdad había sido disuelta y sus cabecillas dispersados. Pudieron regresar al país entonces Lastarria, Errázuriz y Alemparte, donde serían testigos de la asonada del 20 de abril de 1851, para tomar parte luego en los sucesos que tendrían su epílogo en Loncomilla en diciembre del mismo año. Santiago Arcos, el permanentemente inquieto, el trotamundo incorregible, optó, en cambio, por partir a California, que era la gran aventura de aquellos años, el señuelo de miles de aventureros de todas partes del mundo, y que desde mediados de 1848 había hecho emigrar hacia aquella región a cerca de treinta mil chilenos.

Todo cuanto se refería al país de leyenda que era California estaba destinado a exacerbar en Chile la imaginación. El hecho de que los barcos que continuamente regresaban desde la nueva tierra de promisión a Europa recalaran obligadamente en Valparaíso y demás puertos del litoral, y que sus tripulantes narraran cosas fantásticas relativas a California,

había hecho que hombres y mujeres de todas condiciones, solos o acompañados de sus familias y hasta de sus sirvientes, emigraran hacia la región donde con solo allegarse a una quebrada, se decía, era posible recoger cuanto oro viniera en gana.

En Valparaíso circulaba el oro californiano en forma de polvo o de pepas enormes, algunas del tamaño de un pedruzco. La prensa, reacia en un comienzo a preocuparse del asunto, terminó por plegarse al entusiasmo general que ponderaba hasta el exceso las maravillas de aquella región. Así, *El Mercurio* de Valparaíso, con fecha 16 de noviembre de 1848, decía: "Cartas de California de 18 de septiembre pintan la riqueza del país siempre ascendiente; se calculaba en un millón de pesos al mes la colectación de oro, y su abundancia crecía, habiéndose descubierto un mineral en que son más gruesas las pepas auríferas". Cuatro días más tarde agregaba: "Las ilusiones de California se agigantan. El sábado, a las 11 de la mañana, se publicó un aviso anunciando la salida de un buque con ese destino y comodidades para pasajeros. Antes de las doce ya pasaba de treinta el número de los que se habían presentado a contratar su transporte. Sabemos de asociaciones que se han formado entre jóvenes de las casas de comercio de esta ciudad para trasladarse allí y reunir sus fuerzas en un trabajo común. Algunos capitales emprenden también su marcha a esas regiones, unos para comprar oro, otros para enseñorearse de las tierras".

Pero no fueron estos pioneros salidos de los escritorios de Valparaíso los primeros chilenos en llegar allá. En su obra *Chilenos en California* dice Roberto Hernández: "No sabemos en virtud de qué alternativas un pelotón de rotos chilenos luchaba con denuedo al lado de los mexicanos en las primeras operaciones militares de la desgraciada campaña contra los Estados Unidos. Juan de Dios Calderón, uno de los chilenos que más se distinguieron, llegó a ser hombre de toda confianza de don Miguel Torrena, gobernador entonces de la Alta California. Concluida la guerra, Calderón se dedicó a

minero, siendo por esta circunstancia uno de los primeros trabajadores chilenos que llegaron a los placeres, ya que el descubrimiento del oro lo pilló allí mismo".

Centenares de compatriotas que habían partido tras el vellocino de oro murieron asesinados o a causa de las fatigas sin cuento que tuvieron que soportar. Otros sencillamente desaparecieron sin que jamás volvieran a saberse de ellos. La mayoría regresaron al país extenuados, empobrecidos y desencantados. Pero algunos triunfaron de manera portentosa. Juan Manuel Ramírez tuvo participación importante en la fundación de la ciudad de Marysville. Buenaventura Sánchez se ganó una fortuna cuando planeó y loteó la ciudad californiana de Washington, cuyas calles bautizó con nombres como Constitución, Valparaíso, Cochrane, Pedro Alessandri, Bulnes, Blanco Encalada, etc. Juan Evangelista Reyes partió de Chile hacia California en 1849, perteneció a la banda de Joaquín Murieta y más tarde se dedicó a la crianza de ganado en la localidad de Kingfisher. Contrajo matrimonio con una miss Harriet, hija de uno de los primeros colonos de la región, y dejó al morir en 1897 una fortuna de diez millones de dólares. En su testamento consignó importantes sumas para obras de beneficencia, entre las cuales figuró el hospital de Guthrie, donde vivió sus últimos años, y que dirigió su hijo Luis, que era médico. Louis W. Reyes, hijo también del fabuloso aventurero, fue derrotado en cierta oportunidad por solamente dos votos para el cargo de gobernador de Oklahoma.

Pero el chileno que traspasó los límites de la leyenda en este país de suyo legendario fue el tristemente célebre Joaquín Murieta. Nacido en Quillota, partió con su hermano Carlos a California en los primeros meses en que se propagó con caracteres de epidemia la fiebre del oro. Casado allá con la mexicana Carmela Félix, Joaquín fue testigo presencial del asesinato de su hermano y de su esposa en una de las frecuentes incursiones que foragidos yanquis hacían a los campamentos chilenos y mexicanos. Fuera de sí, Joaquín Murieta no atinó desde entonces sino a vengarse de los compatriotas de

quienes tan inhumanamente ultimaron a los suyos. En poco tiempo el mocetón quillotano fue el terror de la región. Formó una banda que asaltaba nada más que a los norteamericanos; les robaba el oro y los caballos, asaltaba sus casas y dejaba en pos de sí regueros de sangre, pero parte del producto de sus robos lo repartía entre los necesitados, siempre que estos fueran de raza latina.

“La banda llegó a ser numerosa —escribe al respecto Roberto Hernández—, porque venían contingentes de Sonora como de Alta y Baja California. Uno de los principales ayudantes de Joaquín Murieta era Reinaldo Félix, hermano de la mujer de aquel... y que también ardía en deseos de vengar la inaudita profanación. Otros capitanes eran un Juan Tres Dedos, un Pedro González, un Luis Carrera, un Juan Cardozo y un Joaquín Valenzuela. Este último había sido soldado en la expedición al mando de Bulnes contra la Confederación Perú-Boliviana, y después se había habituado a la guerra de montoneras en la Araucanía”.

Fueron tantas las tropelías de Murieta y tan hábilmente esquivaba el bulto a pesar de las recompensas que se ofrecían para su captura, que las autoridades californianas terminaron por confiarla al capitán de ejército Harry Love la misión de cogerlo vivo o muerto. Un cuerpo entero de caballería convenientemente pertrechado fue puesto a su disposición con este objeto, el que durante meses se lanzó a la persecución siempre burlada de Murieta. Al fin cayó en una emboscada en el verano de 1853. Después de muerto su cabeza fue exhibida durante largos meses dentro de un frasco con alcohol en la ciudad de Stockton, cobrándosele un dólar a quien quería contemplarla.

La cámara legislativa de California recompensó con cinco mil dólares al capitán Love por su proeza.

PERO si el oro de California trastornó de tal manera no sólo a los chilenos sino a hombres de todas las razas, la historia de su descubrimiento y las consecuencias que su abundancia aca-

reó al dueño de los yacimientos, constituye uno de los hechos más singulares de todas las épocas. Blaise Cendrars escribió su historia y Stefan Zweig lo menciona como uno de los momentos estelares del siglo XIX.

Comenzó el extraordinario episodio cuando en 1834 el suizo Juan Augusto Sutter se vio obligado a emigrar de su patria por asuntos de orden policial. Instalado a poco en Nueva York, Sutter fue sucesivamente tabernero, dentista, boxeador, droguero, embalador y posadero. Un día abandonó la vida ciudadana que tan poco remunerativa le era, para trasladarse a Missouri, donde adquirió una granja en la que permaneció tres años. Pero en las vecindades se encontraba el fuerte Independence, último baluarte de la civilización, y a él llegaban de continuo tratantes de pieles, cazadores y aventureros, todos los cuales, tras breve permanencia en las vecindades del fuerte, se dirigían al oeste, más allá de los montes Rocallosos, donde, habían oído decir, existía un mundo nuevo y fantásticamente prolífico. Soñando con la riqueza, o presintiéndola acaso, vendió Sutter su granja y emprendió, como los demás, la ruta hacia lo desconocido. En 1838 estaba en Vancouver. Partió desde allí a las islas Sandwinch, luego a Alaska y arribó por fin a San Francisco, insignificante caleta de pescadores que llevaba una vida arcaica y al parecer sin porvenir.

Pronto advirtió Sutter que en aquella tierra de clima permanentemente primaveral las cosechas tenían un rendimiento asombroso de 500%, y allí resolvió instalarse. Se entrevistó con el gobernador Torrena, que vivía en el caserío de Monte Rey, al cual solicitó autorización para instalar una factoría a la orilla del río Sacramento, a la cual deseaba darle el nombre de Nueva Helvecia.

—¿Y por qué Nueva Helvecia?

—Porque soy suizo y republicano.

—Bien; le doy una concesión por diez años —dictaminó el gobernador.

Comenzaron entonces para Sutter años asombrosos de

prosperidad. Con nativos canacos que él mismo se encargó de traer, abrió canales, sembró trigo, levantó molinos, crió ganado que al cabo de pocos años se multiplicó hasta formar miles de cabezas que pastaban en aquella tierra hasta entonces virgen. Sus barcos navegaban por "su" río, el Sacramento. En las dilatadas llanuras de su propiedad crecían vides que hizo traer de Francia y del Rhin y árboles frutales que hasta hoy le dan fama a California. Hizo llevar desde Nueva York maquinaria agrícola y hasta un piano, a costa de enormes gastos y riesgos. Por fin, en 1847, invitó a reunirse con él a su esposa y a sus tres hijos, que vivían en Basilea. En aquel momento, el más trascendental hasta entonces de su vida, Juan Augusto Sutter era el hombre más rico de América y uno de los grandes potentados del planeta.

Pero un día, día "estelar", el 19 de enero de 1848, el carpintero Juan Marshall, junto con dar unos barretazos para levantar en la granja Coloma un aserradero, vio unas pepitas de metal amarillo que atrajeron su atención. Le participó Marshall a un tal Bennet su descubrimiento, y cuando éste hizo un viaje a la caleta de San Francisco trabó amistad con el marinero Isaac Humphrey, quien ensayó las pepitas con vinagre a falta de otro reactivo y como las pepitas no se pusieran verdes al contacto con el vinagre, dictaminó Humphrey que eran de oro. Volvieron Marshall y Bennet a la granja Coloma y empezaron a extraer el precioso metal. Sabedor entonces de la noticia, les pidió Sutter a sus dependientes que guardaran el secreto, pero en vano, pues una reserva semejante era imposible de guardar por mucho tiempo. El rumor de la riqueza fabulosa comenzó a esparcirse por la región, y entonces fueron acumulándose unas tras otras las incongruencias.

Los peones de la inmensa factoría de Nueva Helvecia, que era más extensa que toda la Suiza natal de Sutter, abandonaron en su totalidad las labores y corrieron al lugar del hallazgo del oro. Fue en vano que Sutter quisiera detenerlos. Ningún argumento, ningún estímulo los hizo desistir de su propósito, cual era recoger las pepas auríferas que se ofrecían

de manera prodigiosa en los placeres. Así, en medio de la fantástica abundancia de oro que era legalmente de propiedad de Sutter, comenzó para el nuevo rey Midas su ruina.

Abandonados como quedaron los campos en pocos días, comenzaron a agotarse los extensos trigales, los viñedos, los árboles frutales. Empezaron a morir por centenares cada día los animales a causa del hambre y de la sed. Nadie había que los llevara a los abrevaderos. Nadie que les diera forraje. Nadie tampoco que ordeñara las vacas, que morían de fiebre con sus ubres repletas. La zona más rica del mundo entero que era California en esos momentos, dejó de producir todo lo que no fuese oro, el que se convirtió en flagelo más devastador que las inundaciones, más catastrófico que los huracanes y las ventiscas.

Y por si lo anterior no bastara, empezaron a llegar por millares los buscadores de oro, y la creciente invasión pasó arrasándolo todo. Al cabo de pocos meses después del hallazgo de Marshall, ya no quedaba nada de los campos otrora férciles. Yanquis, rusos, chinos, mexicanos, chilenos, franceses, alemanes, seres ávidos de todos los países y de todos los tonos de piel, se instalaron en las tierras de Juan Augusto Sutter maquilando las plantaciones, esterilizando las semillas y los granos, sacrificando los animales sobrevivientes para comérselos, derribando los molinos, los graneros, los establos y cobertizos para construir con los despojos sus viviendas.

En vano reclamaba el desdichado Sutter protección de las autoridades, porque los soldados que se enviaban a poner orden y a proteger su propiedad, apenas llegaban a California desertaban y corrían como todos los demás a los placeres. La fiebre del oro había hecho de Sutter la primera víctima, la única que hasta ese momento sufría verdaderamente sus consecuencias. En sus dominios ya no era él el amo sino un pobre ser desvalido y enloquecido. Su mujer, que había llegado al país en los momentos críticos, murió por las consecuencias del largo viaje y al ver los padecimientos que agobiaban a su marido. Derrotado, arruinado, terminó por refugiarse Sutter

con sus hijos en su último asilo, la hacienda Hermitage, y allí quiso comenzar de nuevo.

Pero se estaba ya en 1850 y California había sido incorporada a los Estados Unidos. Entonces, para su mayor desdicha, se dirigió el desventurado a la justicia a fin de que hiciera desalojar a los 17.221 colonos que se habían adueñado de sus propiedades, y reclamando del estado de California veinticinco millones de dólares como indemnización por los perjuicios que se le habían ocasionado. Largos años se debatió el pleito en los tribunales hasta que el 15 de marzo de 1855, el juez Thimson dictaba sentencia favorable a Sutter, reconociendo en su fallo la totalidad de los derechos del demandante. Nunca, mejor, lo hubiera hecho. Fuera de sí, los afectados asaltaron el palacio de justicia de San Francisco y cuando se vieron rechazados por la tropa se dirigieron enfurecidos a la granja Hermitage, incendiando y destruyendo cuanto encontraron a su paso. El mayor de los hijos de Sutter, acorralado por la muchedumbre, se suicidó. El segundo fue acribillado a tiros y a puñaladas. El menor, mientras trataba de escapar de aquellas hordas sin Dios ni ley, pereció ahogado. Sutter se salvó por milagro y alcanzó a huir. Pero era ya un despojo humano que no acertaba a comprender nada de lo que acontecía. La acumulación de arbitrariedades, de vilezas y de horrores acabó por trastornarle el seso, pasando los últimos años de su vida en Washington, lastimoso y ridículo dentro de un traje de opereta que le hicieron vestir los abogados que lo explotaban, y reclamando en vano del senado que se le reconocieran sus derechos.

PERO, entretanto, en California habíase ido desplazando lentamente la barbarie e implantándose un remedo de orden que cada día era más eficaz. Sólo que el retorno a la normalidad y a la civilización, además de lento, no dejaba de seguir siendo bárbaro. La ley del más fuerte, que había imperado incontrarrestable en los primeros tiempos, por la época en que llegó Arcos a California en 1851, había sido reemplazada por

la llamada ley de Lynch. Ninguna forma más rápida y expedita de justicia que ésta: bastaba que los ciudadanos más honorables acordaran por mayoría de votos colgar o apalear al presunto culpable de un delito, para que la sentencia se cumpliera al punto.

Había, sin embargo, por esa fecha, otros aspectos que considerar. El cronista inigualable que fue Benjamín Vicuña Mackenna desde su mocedad, y que visitó California cuando tenía veintitrés años, escribió en 1853: "Como Venecia es única en Europa, San Francisco me parece único en el globo. Es una Venecia de madera de pino en lugar de mármol. Ciudad buque, ciudad muelle, ciudad marea, vi que barcos varados a gran distancia de la playa servían de habitaciones, almacenes y cafés; vi que la marea pasaba por debajo de las calles, formaba lagos en el interior de las casas y toda esta mitad de la ciudad se mecía visiblemente sobre sus postes enterrados en el lodo, como la cubierta de un navío... Donde no veía hombres a carrera y caballos al trote, veía máquinas a vapor reemplazando al hombre y al caballo". También vio Vicuña grúas a vapor descargando enormes bultos en los muelles; vio martillos mecánicos enterrando enormes pinos de Oregón a manera de postes; vio maquinarias, igualmente de vapor, que a dentelladas abatían colinas enteras en pocos días hasta dejar el terreno llano a fin de construir en él caminos y habitaciones.

En California, por el tiempo en que Arcos y Vicuña la visitaron, sucumbía el débil y prosperaba el fuerte. La producción de oro había ido decreciendo, pero el trabajo en sus formas más variadas hacía prosperar la región con pasos de gigante. Un francés radicado más tarde en Chile cuenta de cierto auténtico conde de Narbona, al que vio desempeñar con resignado fatalismo los más humildes menesteres, y de un joven santiaguino que había sido estudiante de leyes trabajar animosamente de albañil. Pérez Rosales, que partió a California en función de minero, terminó como dueño de un restaurante en el que hasta lavaba los platos.

"Si hay un país en el mundo del que el siglo XIX puede con razón enorgullecerse —escribiría a su vez Santiago Arcos en 1864 en su libro *La Plata*— es la hermosa, libre y grande California, desierta en 1847, poblada y civilizada en 1852. Sus ciudades bien construidas se levantan en la bahía de San Francisco, a la orilla del Sacramento y a los pies de los montes Rocallosos; los barcos a vapor surcan sus aguas inútiles antes de 1848, los arsenales se levantan en los puertos donde solamente algunos balleneros llegaban para renovar su provisión de agua". Páginas más adelante podrá leerse otra opinión suya acerca de aquel país, relativa a aspectos de orden social y del trabajo.

EN septiembre de 1852 se encontró Santiago Mariano del Carmen nuevamente en Chile. Durante su ausencia había ascendido Manuel Montt a la presidencia de la república, no sin antes haber tenido que soportar el estallido armado del 20 de abril de 1851. Nuevamente había imperado el estado de sitio, y después del motín aludido y de la revolución que estalló en las postrimerías del año, cuyo caudillo fue el general Cruz, todos los elementos opositores volvieron a sufrir el rigor en sus formas más drásticas.

Pero dejemos que sea el propio Santiago Arcos el que nos ilustre acerca de lo que entonces ocurría en el país. En la carta que sigue se encuentra descarnadamente expuesto su pensamiento acerca de los asuntos de Chile, y su contenido, si bien en muchos pasajes es arbitrario y hasta caótico, tiene aciertos extraordinarios y anticipos no menos sorprendentes. El hecho de que en su "manifiesto comunista" aborde temas como los de la reforma agraria y la mecanización, la separación de la iglesia del estado, la previsión y la asistencia sociales y la necesidad de crear un partido político eminentemente popular, hace que su autor merezca un lugar en la historia chilena menos subalterno que el que hasta ahora le ha correspondido.

He aquí su carta:

"Cárcel de Santiago, 29 de octubre de 1852.

"Mi querido Bilbao:

"Le citaré algunos hechos.

"Vivían pacíficamente en Concepción los ciudadanos Rojas, Tirapegui, Lamas y Serrano —sin esperanzas después de las derrotas sufridas por el partido que habían sostenido, se dedicaban a sus asuntos personales, sin pensar, sin desear otra cosa más que vivir olvidados— pero nuestro Gobierno no quiere tan solo mandar sin que lo incomoden —ahogar todo pensamiento— matar todo patriotismo; quiere más, quiere satisfacer sus caprichos, quiere que le paguen los miedos que ha tenido —los malos ratos que le han hecho pasar— nuestro Gobierno se venga, es rencoroso como un Corso y usa medios de que se avergonzaría una ramera.

"La provincia de Concepción estaba quieta —podían cometerse arbitrariedades sin peligro.

"Sin dar motivo ni razón —el Intendente Rondizzoni puso en la cárcel a Rojas, Tirapegui, Lamas y Serrano, les hizo saber que obraba por órdenes recibidas de Santiago y les ordenó que se pusieran inmediatamente en marcha para la capital. Toda resistencia era inútil —toda tentativa de fuga hubiese sido justificar la arbitrariedad—, desobedecer por otro lado la orden de marcha era condenarse a quedar presos; por no permanecer en la cárcel, estos cuatro ciudadanos se embarcan, vienen a Santiago en donde se presentan al Gobierno".

"El Gobierno se admira de verlos —ellos cuentan el caso— el Gobierno dice que nada sabía, que no ha dado tal orden, que será equivocación de Rondizzoni. Los desterrados entonces —sabiendo lo inútil de toda queja, de todo reclamo— piden simplemente volver a sus casas —a sus negocios— a atender a las necesidades de sus familias. El Gobierno no lo permite, sin desaprobar a Rondizzoni, dice a los desterrados que permanezcan en Santiago.

"El General Baquedano viene a Santiago mandado por

el mismo Rondizzoni. Y el Gobierno que lo ha mandado llamar no lo recibe —lo manda a Valparaíso, llega en vísperas de un motín de cuartel en el cual ni tenía ni podía tener parte, al Gobierno le consta su inocencia, está preso, incomunicado hace un mes y permanecerá quien sabe hasta cuando.

“Yo, Bilbao, sin amigo, sin influencia alguna en el país, sin medios de causarles el más mínimo daño, desterrado por seis meses ahora dos años, cuando los sucesos de Aconcagua, —yo que me avergonzaba de verme desterrado sin haberme ganado mi destierro, vuelvo a Valparaíso— en Valparaíso a pesar de estar enfermo no quieren dejarme desembarcar —tenía el capitán del puerto orden de hacerme salir por el primer buque que zarpase de la bahía— no importa para adonde, me tengo que escapar del buque, vengo escondido a Santiago, y en Santiago, donde he permanecido desde el 19 de septiembre no me atrevo a salir de día por no excitar los caprichos de mi Intendente, de mis Ministros y de mi Presidente. Ya no me vale la prudencia, hace cuatro días allanaron mi casa, me prendieron —y aquí me tiene preso sin que se me diga por qué, y mi prisión durará hasta que el señor Ministro Varas se canse de fregarme (es la palabra favorita de este honrado magistrado).

“De estos hechos aislados, de estas arbitrariedades sin objeto pudiera citarle mil. —El Padre Pascual— Don Alfonso Toro. Hombres encarcelados porque enganchan peones: puñaladas dadas por un agente de policía y perdonadas por la Intendencia, injusticias notorias cometidas por los Tribunales de Justicia y todo ese inevitable encadenamiento de tropelías e iniquidades que son inseparables de un Gobierno despótico, pesa sobre todo el mundo y, lo que no deja de ser gracioso, pesa también sobre todos los partidos.

“La administración en sus actos gubernativos, por otra parte, no yerra desacierto, le citaré dos hechos ocurridos en la Cámara de Diputados.

“El 15 de septiembre don Francisco Angel Ramírez Intendente de Santiago, presentó una ley “que establece y re-

glamenta las obligaciones a los maestros y empresarios de fábrica y los obreros y aprendices”. El Fuero Juzgo es más adelantado, pero se trata de mantener al *roto en sus límites*, se trata de inmovilizar la industria y la Cámara de Diputados, en pleno siglo XIX, en vez de reirse de la candidez que se le presenta admite a discusión la obra del San Bruno de don Manuel Montt.

“El 7 de septiembre el *Telégrafo* publica bajo epígrafe *Movimiento Administrativo* un extracto de la sesión del día 6 de septiembre. A primera hora se trata sobre las penas que deben aplicarse a los que hostilicen la obra del telégrafo eléctrico y del ferrocarril.

“Luego “por indicación del señor Intendente Ramírez se puso en discusión el proyecto de ley sobre PENA DE AZOTES, y, después de un ligero debate, fue deshechado el informe especial del señor Mujica, quedando derogada la ley del 50”. Ley que había abolido este deshonoroso castigo. Ya ve, usted amigo, que progresamos cual cangrejos.

“Lo que pasó después es tan inaudito, tan característico de la época. Es una bofetada dada tan de lleno a todo Chile; es una declaración tan formal de esa Cámara para probar a todas luces que no es Representación Nacional, sino una cuadrilla de corchetes puesta allí para dar carácter legal a las arbitrariedades del Gobierno, que quiero copiarle a usted palabra por palabra el extracto del diario semioficial.

“A segunda hora. Se dio cuenta de un oficio de la Cámara de Senadores avisando no haberse conformado con la variación hecha por esta Cámara en la partida de gastos del Ministerio de Justicia, que fija condicionalmente el sueldo del Reverendo de Concepción.

“Se remitió aprobado el proyecto de gracia en la solicitud de la viuda del coronel Letelier, como también el de la reforma de nuestros Códigos.

“Se leyó un mensaje del Ejecutivo en que pide la prórroga de las facultades extraordinarias conferidas al Presidente de la República en septiembre de 1851, y por indica-

ción del Ministro del Interior se omitió todo trámite; puesto en votación, fue aprobado por un voto en contra.

“El señor Mujica hizo indicación para que pudiese el Presidente de la República proceder contra los militares en caso de rebelión, sea cual fuere su graduación, a lo que se opuso el señor García Reyes manifestando que dicha indicación se encontraba en oposición con los tratados de Purapel; después de un detenido debate entre los señores García Reyes, Mujica, Varas, Tocornal y Ramírez (Intendente) fue aceptada la indicación del señor Mujica por 18 votos contra 15.

“El señor Mujica introdujo en el debate la indicación de que dichas facultades conferidas al Presidente de la República contra los militares, se hiciese extensiva contra toda clase de empleados públicos, quienes serían arbitrariamente removidos de sus destinos, si faltaban a su deber. Fue desechada.

“Se levantó la sesión”.

“El hecho no necesita comentarios; quedan los ciudadanos privados de sus derechos por otros 14 meses. Esto se hace en plena paz, sin discusión, sin bulla, cuando el silencio es el único enemigo del Gobierno. ¡Oh! ¡valientes Diputados, honrados patricios! ¡Echad vuestros hijos a los huérfanos, para que más tarde no se avergüencen de llevar vuestros nombres!

“Nadie negará estos hechos. El público los conoce, la prensa del Gobierno ha anunciado con la más candorosa ingenuidad, el más importante, la concesión de facultades extraordinarias a un Gobierno que se dice nacido de la voluntad nacional, cuando el país está tranquilo, cuando en toda la República no existe ni una montonera ni una reunión de tres hombres para hablar de política.

“Los cito, no por su importancia y su singularidad, los cito porque es lo que pasa en la República siempre, ayer y hoy, y es lo que pasará mañana si una revolución no pone fin al desorden organizado. Estas mismas escenas se repitieron en 1831 con Portales, en 1837 con Egaña. Don Joaquín Prieto gobernó siempre con facultades extraordinarias. En 41 y

en 46 Bulnes pidió facultades extraordinarias, exportó, encarceló e hizo todo cuanto se le dio la gana. Montt ha gobernado un año con facultades extraordinarias —tiene provisión hecha para otro año más y gobernará sus 10 años, si le da la gana y Varas y Mujica y Tocornal gobernarán cada uno sus 10 años si el pueblo no despierta para poner fin a tanta mentira, a tanta miseria, a tanta iniquidad y a tanto miedo.

“Le preguntaría, mi amigo Bilbao, a cualquier hombre que se estime, al hombre más pacífico de cualquier país cristiano:

“¿Podemos sin faltar al respeto que nos debemos nosotros mismos, como hombres nacidos libres, podemos, sin ruborizarnos de ser chilenos, mirar con indiferencia la triste suerte de nuestro pobre país? ¿Podemos emigrar siquiera en presencia de tanta injusticia? Usted que tiene alma para sentir por sus hermanos, comprenderá que la expatriación es el recurso de los egoístas, los hombres honrados no emigran: luchan hasta el último momento.

“Los hombres honrados a quienes duelen los insultos que los vencedores de Petorca y Loncomilla hacen al nombre chileno (que pronto se convertiría en insultante apodo si cesara la resistencia) deben trabajar para despertar al país del letargo en que su administración de hombres viciados en el poder quiere mantenerlo.

“¿Quién no aplaudirá Bilbao, nuestra obra, quiénes serán los que nos apelliden revoltosos, desorganizadores? Nadie, amigo mío, tenemos a nuestro favor la conciencia de todo hombre que piensa, —y por eso escribo a usted por la prensa (1)— nuestros fines son puros, desinteresados, honrosos, nuestros medios son justos y morales. Si más tarde le hablo de expropiaciones necesarias a la transformación del país— al cambio de condición de la mayoría de los ciudadanos también le hablaré de un equivalente que la República le dará al ex-

(1) La carta de Arcos nunca fue publicada en los periódicos, y si solo en un folleto, cuyo único ejemplar conocido se encuentra en la Biblioteca Nacional.

propiado, nosotros no queremos venganzas, a nadie queremos castigar. ¡Ojalá, como se lo he oído decir, pueda el manto de la República cobijar a todos y dar amparo a sus más encarnizados enemigos!

“Le escribo a usted para que me diga si es justo lo que quiero. Para que sancione usted mi trabajo con su juventud sacrificada a la libertad.

“Le escribo para contestar a su carta de Lima en que dice (traduzco del francés):

“Es necesario aprovecharse de la victoria, hacerlo todo en un día, echar al crisol un siglo entero de porvenir, el fuego de la revolución funde el pasado como plomo aunque esté empedernido de egoísmo, la indiferencia y la degradación.

“¿Qué haremos? el fuego prende, el bronce hierve líquido. ¿Dónde está el molde para la gigantesca estatua de la libertad?

“¿Cómo dar dinero, millones a la revolución?

“¿Qué utilidades prácticas, materiales, visibles daríamos el día después de la victoria?

“¿En qué instituciones podríamos encarnar la República, para que fuese la idea, el patrimonio, el egoísmo de cada uno?

“¿Puede usted levantar el impuesto directo en 6 meses y organizarlo para siempre?

“¿Cómo obtener un crédito nacional suficiente para alimentar el trabajo y que la revolución no traiga consigo la paralización?

“¿Tenemos terrenos para distribuir a las nuevas asociaciones, podremos colonizar el país con naturales y extranjeros y hacer que las ciudades echen su superabundancia de población en los campos?

“¿Levantaremos ejércitos industriales, y hasta qué número? ¿cómo organizar una policía? ¿cómo organizar cárceles? ¿Auburn Philadelphia, cual de los dos sistemas?

“Si fuese preciso desencadenaré el elemento popular co-

mo una tempestad de la providencia para la purificación del país.

“Abolición de la provincia, subdividir el país en Municipalidades, jurados por todas partes, aunque nuestros huasos no sepan leer —la tempestad alejará la ignorancia y Dios estará con el pueblo”.

“Estas son palabras bellas, mi querido Bilbao, pero para ser útil la palabra debe convertirse en hecho y no hacer olvidar el hecho.

“Tal es mi intención —mi maquiavelismo será la franqueza, si mi franqueza me trae enemigos despreciables, también me dará, espero, amigos verdaderos. Desencadenando, como desencadenaremos, sin duda alguna, el elemento popular, produciremos la tempestad, pero esa tempestad puede desde su primera hora producir el bien. Entre los subalternos del partido vencido en Chile hay inteligencias claras, corazones patrióticos, amantes de la justicia y que sabrán llevar por buen camino el tan temido elemento popular. A esos subalternos vencidos, pero no domados me dirijo también. Ellos comprenderán su misión y el gran porvenir que les está reservado.

“Regidos por una Constitución viciosa en sus bases, y que el Primer Magistrado de la República puede hacer cesar siempre y cuando gusta, en Chile el ciudadano no goza de garantía alguna —puede ser desterrado sin ser oído, pueden imponérsele multas. El Gobierno intenta pleito a un ciudadano que hace encarcelar si se presenta a defenderse: en una palabra, el estado de sitio, que es la dictadura, que es la arbitrariedad siempre constante, siempre amenazando al país —va destruyendo el patriotismo, premiando como las primeras virtudes del chileno la indiferencia, el servilismo, la delación. Todos sabemos que estos son los requisitos que el Gobierno exige a los hombres a quienes confía los puestos más importantes del Estado.

“Nuestras leyes políticas, civiles, militares, fiscales y eclesiásticas tienden todas a conservar el despotismo, a hacerlo cada día más normal, y dándole medios legales de que echar

mano, hace que los mandatarios usen sin reserva de medidas arbitrarias, por la cual su fama de hombres probos no sufre pudiendo escudarse, como lo hacen, con las leyes sancionadas por la titulada Representación Nacional.

“Los males que produce este estado de cosas, aunque gravísimos, serían todos remediables por una administración honrada —laboriosa y patriótica— más para cambiar a Chile no basta un cambio administrativo.

“Un Washington —un Robert Peel— el Arcángel San Miguel en lugar de Montt serían malos como Montt. Las leyes malas no son sino una parte del mal.

“El mal gravísimo, el que mantiene al país en la triste condición en que le vemos —es la condición del pueblo, la pobreza y degradación de los nueve décimos de nuestra población.

“Mientras dure el inquilinaje en las haciendas, mientras el peón sea esclavo en Chile como lo era el siervo en Europa en la Edad Media —mientras exista esa influencia omnimoda del patrón sobre las autoridades subalternas, influencia que castiga la pobreza con la esclavatura, no habrá reforma posible —no habrá Gobierno sólidamente establecido, el país seguirá como hoy a la merced de cuatro calaveras que el día que se les ocurra matar a Montt y a Varas y algunos de sus allegados —destruirán en la persona de Montt y Varas el actual sistema de Gobierno y el país vivirá siempre entre dos anarquías: el estado de sitio, que es la anarquía a favor de unos cuantos ricos —y la anarquía, que es el estado de sitio en favor de unos cuantos pobres. Para organizar un gobierno estable, para dar garantías de paz, de seguridad al labrador, al artesano, al minero, al comerciante y al capitalista necesitamos la revolución, enérgica, fuerte y pronta que corte de raíz todos los males, los que provienen de las instituciones como los que provienen del estado de pobreza, de ignorancia y degradación en que viven 1.400.000 almas en Chile, que apenas cuenta 1.500.000 habitantes.

“Queremos asegurar la paz por el único medio eficaz —haciendo que las instituciones sean el patrimonio de cada ciudadano y estén en armonía con los intereses de una fuerte mayoría.

“Desearíamos que el chileno, como el norteamericano, se mostrara orgulloso de sus leyes y las presentase al mundo como su más preciosa joya, como su indisputable título de nobleza, su título de hombre libre más honroso que el que puedan dar los grados de un ejército o los caprichos de un monarca.

“¿Pero de qué medios valernos? —¿cómo vencer? ¿cómo una vez alcanzada la victoria, realizar un ideal? Estudiemos el país.

La población de Chile asciende probablemente a 1.500.000 almas —sus preocupaciones son la agricultura en las provincias del sur y del centro, la minería en las del norte.

“El comercio que se halla en manos de los chilenos tiene por objeto o la primera venta de los productos agrícolas o la venta al menudeo de las exportaciones extranjeras.

“Los chilenos especulan poco fuera de su país, sus relaciones con el resto del mundo, aunque de alguna importancia, están con cortas excepciones a cargos de extranjeros domiciliados en el país —muchos de ellos casados con chilenas y con hijos chilenos —identificados, interesados en el adelanto del país, pero a quienes nuestras leyes han sabido aislar.

Los extranjeros en Chile forman casta aparte

“Desgraciadamente no es para formar cuerpo que la nación chilena se ha aislado —basta salir a la calle para observar dos castas divididas por una barrera difícil de traspasar. Todo lo indica: el traje, el saludo, y la mirada.

El país está dividido en ricos y pobres

“Hay 100.000 ricos que labran los campos, laborean las

minas y acarrear el producto de sus haciendas con 1.400.000 pobres.

“Pensar en la revolución sin estudiar las fuerzas, los intereses de estas tres castas sin saber qué conviene a pobres, ricos y extranjeros, es pensar en nuevos trastornos sin fruto, exponerse a nuevos descalabros.

“Todos los hombres con excelentes jueces de su interés, sirvamos esos intereses y las resistencias que encontraremos serán insignificantes, nuestras derrotas, nunca serían la muerte del nuevo partido que es necesario organizar.

Los pobres

“En todas partes hay pobres y ricos. Pero no en todas partes hay pobres como en Chile. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en España hay pobres —pero allí la pobreza es un accidente, no es un estado normal. En Chile ser pobre es una condición, una clase, que la aristocracia chilena llama —rotos, plebe en las ciudades, peones, inquilinos, sirvientes en los campos —esta clase cuando habla de sí misma se llama los *pobres* por oposición a la otra clase, las que se apellidan entre sí los caballeros, la gente decente, la gente visible y que los pobres llaman, los *ricos*.

“El pobre aunque junte algún capital no entra por eso en la clase de los ricos, permanece pobre. Para que ricos más pobres que él lo admitan en su sociedad tiene que pasar por vejaciones y humillaciones a las que un hombre que se respeta no se somete —y en este caso a pesar de sus doblones permanece entre los pobres —es decir que su condición es poco más o menos la del inquilino, del peón o del sirviente.

“Por extraño que parezca lo que digo —si no fuera mi propósito evitar toda personalidad en una carta que debe imprimirse— lo probaría con cuantos ejemplos fuera necesario.

“El pobre no es ciudadano. Si recibe del subdelegado una calificación para votar —es para que se la entregue a algún rico, a algún patrón que votará por él.

“Es tal la manía de dar patrón al pobre, que el artesano de las ciudades y el propietario de un pequeño pedazo de campo (ambos pertenecen a la clase de los pobres) y dejados sueltos hubiesen podido usar de su calificación —han recibido patrón.

“Los han formado en milicias —han dado poderes a los oficiales de estas milicias para vejarlos o dejarlos de vejar a su antojo y de este modo han conseguido sujetarlos a patrón. El oficial es el patrón. El oficial siempre es un rico —y el rico no sirve en la milicia sino en clase de oficial.

“El pobre es subalterno y aunque haya servido 30 años, aunque se encanezca en el servicio el pobre no asciende, su oficial es el rico, a veces un niño imberbe, inferior a él en inteligencia militar, en capacidad, en honradez.

“En la tierra de la libertad y de nivelación social, en California han podido convencerse algunos ricos que el peón es tan capaz como el señorito.

“La clase pobre en Chile, degradada sin duda por la miseria, mantenida en el respeto y en la ignorancia, trabajada sin pudor por los capellanes de los ricos, es más inteligente que lo que se quiere suponer. Los primeros tiempos de la Sociedad de la Igualdad son prueba de ello.

“En muy escaso número de ciudadanos pobres que en 1850 estuvieron en contacto con usted se mostraron ardientes por la reforma —moderados y llenos de paciencia y de resignación hasta que algunos hombres de la clase decente los quisieron exasperar por el asesinato que tan sin escrúpulo intentaron.

“Pero los que entonces estuvieron en contacto con usted fueron muy pocos —así es que podemos decir que la clase pobre aún no ha tomado parte activa en nuestras guerras civiles.

“Separe usted los patriotas voluntarios que se armaron en Valparaíso, Coquimbo y Concepción (1) y los soldados que

(1) En la guerra civil de fines de 1851 sofocada por el gobierno.

pelearon en Loncomilla, peleaban por el patrón Bulnes o por el patrón Cruz —peleaban por la comida, vestuario y paga —y sería extraño que de otro modo hubiese sucedido —vencedor Cruz o vencedor Bulnes el inquilino permanecía inquilino y el peón, peón. Si de otro modo hubiese sido, si alguno de los dos generales hubiese ofrecido utilidades prácticas, materiales, visibles al peón, el otro general hubiese quedado sin soldados antes que se empeñase la acción.

“Los oficiales que eran de la casta de los ricos, peleaban para sí —por sus intereses, para mejorar ellos individualmente de condición— esto explica muchas traiciones, y si Bulnes no se pasó, fue porque el partido enemigo no tenía ventajas que ofrecerle, y si los oficiales de Cruz se pasaron fue porque había con qué atraerlos.

“Al pobre ¿qué le importaba las reformas de que vagamente hablaba uno de los partidos? He visto un retrato de Cruz apoyado en una columna aplastada por la Constitución, en la que se leen estas palabras *Libertad es sufragio*.

“¿Era ésta la utilidad práctica material y visible que el partido liberal daba a la gran mayoría de la nación? A esos nueve décimos de nuestra población para quién la elección es un sainete de incomprensible tramoya —que entrega su calificación al patrón para que vote por él —para quién no hay más autoridad que el capricho del subdelegado —más ley que el cepo donde lo meten de cabeza cuando se desmanda?

“No es por falta de inteligencia que el pobre no ha tomado parte en nuestras contiendas políticas. No es porque sea incapaz de hacer la revolución —se ha mostrado indiferente porque poco hubiese ganado con el triunfo de los pipiolo —y nada perdía con la permanencia en el poder del partido pelucón.

“El pobre tomará una parte activa cuando la República le ofrezca —terrenos, ganado, instrumentos de labranza, en una palabra, cuando la República le ofrezca hacerlo rico, y

dado ese primer paso le prometa hacerlo guardián de sus intereses dándole una parte de influencia en el gobierno.

“Cuando el pobre sepa que la victoria no es sólo un hecho de armas glorioso para tal o cual general, sino la aprobación de un sistema político que lo hace hombre, que lo enriquece, entonces acudirá a la pelea a exponer la vida como va ahora a exponerla al rodeo de su patrón. Cuando halla alcanzado a tener propiedad —apreciará lo que vale el orden, entonces acudirá a las municipalidades y jurados como hoy acude a la misa de su párroco y todo gobierno justo encontraría tal apoyo en las masas que la palabra revolución y su compañera estado de sitio se olvidaría en nuestro país.

“Actualmente los pobres no tienen partido, ni son pipiolo ni pelucones, son *pobres* —del parecer del patrón a quien sirven, miran lo que pasa con indiferencia, pero están dispuestos a formar un partido, a sostenerlo y no lo dudo a sacrificarse por una causa cuyo triunfo alterará realmente la condición triste y precaria en que se encuentran.

“El partido que en Chile contara con los pobres podría gobernar sin alarmas, sin sitios y hacer el bien sin que lo pararan las discusiones de pandilla en las rencillas de tertulia.

Los ricos

“Los descendientes de los empleados que la Corte de Madrid mandaba a sus colonias. Los españoles que obtuvieron mercedes de la corona —los mayordomos enriquecidos hacen dos o tres generaciones y algunos mineros afortunados forman la aristocracia chilena —los *ricos*.

“La aristocracia chilena no forma cuerpo como la de Venecia, ni es cruel ni enérgica como las aristocracias de las Repúblicas Italianas —no es laboriosa y patriota como la inglesa, es ignorante y apática —y admite en su seno al que la adula y la sirve. Ha tenido sus épocas brillantes y algunos hombres de mérito, Argomedo, Camilo Henríquez, Rodríguez, los Carrera, O'Higgins, Vera, Freire, los Egaña, D. Diego Porta-

les, Salas y hasta este Presidente Montt son sujetos todos apreciables y que hubiesen figurado dignamente en cualquier país en sus respectivas carreras.

“Esta aristocracia o más bien estos ricos fueron los que hicieron la primera revolución y los que ayudados después por San Martín dieron la independencia a Chile. Instituyeron un Gobierno al que afortunadamente se les ocurrió llamar República y son los que bien o mal nos han hecho vivir medio siglo independientes haciendo respetar en cuanto les era posible el nombre chileno en el extranjero.

“De los ricos es y ha sido desde la independencia el Gobierno. Los pobres han sido soldados, milicianos nacionales, han votado como su patrón se los ha mandado —han labrado la tierra, han hecho acequias —han laboreado minas —han acarreado; han cultivado el país —han permanecido ganando real y medio— los han azotado, encepado cuando se han desmandado, pero en la República no han contado para nada, han gozado de la gloriosa independencia tanto como los caballos que en Chacabuco y Maipú cargaron a las tropas del rey.

“Pero como todos los ricos no encontraban, a pesar de la Independencia, puestos para sí y sus allegados, como todos no podían obtener los favores de la República —las ambiciones personales los dividieron en dos partidos.

“Un partido se llamó pipiolo o liberal —no sé por qué.

“El otro partido, conservador o pelucón.

“Estos partidos mandaron alternativamente hasta 1830 —más en una de las frecuentes revoluciones de la época venció el partido pelucón —su principal caudillo D. Diego Portales lo organizó, y desde entonces ha seguido en el mando aunque no en pacífica posesión del mando. Fuera del motín militar en que murió Portales, cada elección está acompañada de su correspondiente tentativa de revolución pipiola a la que contestan los pelucones con el estado de sitio; se destierran y persiguen las personas de costumbre —se hace callar la pren-

sa y el país vuelve a dormirse como niño a quien la mamá le dio la teta.

“No la diferencia de principios o convicciones políticas. No las tendencias de sus prohombres hacen que los pelucones sean retrógrados y los pipiolos parezcan liberales. No olvidemos que tanto pelucones como pipiolos son ricos, son de la casta poseedora del suelo, privilegiada por la educación, acostumbrada a ser respetada y acostumbrada a despreciar al roto.

“Los pelucones son retrógrados porque hace 20 años que están en el Gobierno —son conservadores porque están bien, están ricos y quieren conservar sus casas, sus haciendas, sus minas —quieren conservar el país en el estado en que está porque el peón trabaja por real y medio y sólo exige porotos y agua para vivir, porque pueden prestar su plata al 12% y porque pueden castigar al pobre si se desmanda.

“Para todo pelucón las palabras —progreso, instituciones democráticas, emigración, libertad de comercio, libertad de cultos, bienestar del pueblo, dignidad, República, son utopías o herejías, y la palabra reforma y revolución significa —pícaros que quieren medrar o robar.

“Dotados de tan poca inteligencia, es natural que piensen como piensan.

“La clase más acaudalada de entre los ricos es pelucona porque está en contacto con el Gobierno —no es otro el motivo. Ya sabemos que estos señores se afligen poco la mollera en pensar en las instituciones y como son los que más tienen que perder son los que miran a los reformistas o revolucionarios con el más candoroso pavor. Ah, mi querido Bilbao, cuántos malos ratos hemos dado sin querer a estos pobres diablos que son nuestros enemigos porque nos calumnian. Ellos mismos se castigan. Perdónelos Dios, como yo los perdono.

“Para completar el partido pelucón —a esa masa de buena gente debe usted añadir la mayor parte del clero, que aquí como en todas partes es partidaria del *statu quo* —Santa Milicia que sólo se ocupa de los negocios transmundanos —que en

nada se mete con tal que no la incomoden, que el Gobierno no permita la introducción de la concurrencia espiritual dejando a cada hombre adorar a Dios según su conciencia —y con tal que se les deje educar a la juventud a su modo —o que no se eduque ni poco ni mucho —y con tal que se les pague con puntualidad. Bajo estas condiciones (que están conformes con el sentir de los pelucones) los clérigos son pelucones como serían pipiolo si los pipiolo les ofrecieran iguales ventajas.

“Además como todo partido, el partido pelucón tiene su hez. La hez del partido son sus hombres de acción. Viviendo del estado, sin más patrimonio que las Arcas Nacionales, o empresas asalariadas, o privilegios injustificables: estos hombres sin conciencia son capaces de cuanta injusticia, cuanta violencia, cuanta infamia puede imaginarse para conservar su posición —aunque el partido los desprecie y a no pocos aborrece, los pelucones tienen que someterse a sus exigencias para contentarlos; los emplean porque los creen indispensables y las medidas de estos criados mandones del partido, dan a la política del partido cierto aire inquisitorial, maquiavélico y cruel que hace odioso un partido que sin esta gente sería apocado e ignorante, pero bonachón.

“Los pipiolo son los ricos que hace 20 años fueron desalojados del gobierno y que son liberales porque hace 20 años están sufriendo el gobierno sin haber gobernado ellos una sola hora.

“Son mucho más numerosos que los pelucones, atrasados como los pelucones —creen que la revolución consiste *en tomar la Artillería* (1) — y echar a los pícaros que están gobernando fuera de las poltronas Presidencial y ministeriales y gobernar ellos —pero nada más, amigo Bilbao —así piensan los pipiolo —creo que usted lo sabe ahora.

(1) Alusión al motín del 20 de abril de 1851, cuyo centro de acción fue el cuartel de artillería ubicado, como dijimos, en la Alameda de las Delicias al pie del cerro de Santa Lucía.

“A este vacío en las ideas es a lo que debe atribuirse la mala suerte de los pipiolo.

“¿Son acaso los pelucones invencibles? No por cierto, y si han ganado los pelucones es porque han sido más hábiles que los pipiolo.

“Los pelucones han dado garantías de paz a una clase importante en Chile —han asegurado la tranquilidad a los extranjeros, es decir, la continuación del consumo de las mercaderías importadas —la inmovilidad de la legislación, es decir la seguridad del cobro de los pagarés en su posesión y con esto los pretextos individuales de protección, amistad y consideración —no les ofrecían bienes, pero no les hacían entrever males —mientras que los pipiolo daban probabilidades de desorden sin compensación alguna.

“Los pelucones daban garantías de paz a frailes y clérigos, mientras los pipiolo les habían *in illo Tempore* quitado los conventos a los primeros y mirado con poco respeto las sotanas de los segundos cuando estuvo mandando cierto pipiolo Pinto que felizmente hoy es pelucón.

“Los pelucones aseguraban a los pobres el sosiego —que de todos los males que los agobian es el mal menor que puede caer sobre el pobre. ¿Y los pipiolo qué le ofrecían? obligarlos a servir por poca paga —andar a machetazos por las costas y cordilleras y esto para conseguir el *sufragio universal, inteligente* —para nombrar Presidente de la República y diputados —sí siquiera hubiera sido para nombrar subdelegados los pobres hubiesen entendido que algo ganaban pero así!... Bien hicieron los pobres en reirse de ambos partidos.

“No haber interesado a las demás clases de la sociedad de una manera eficaz, no saber ellos mismos lo que querían, he aquí los motivos de los descalabros de los pipiolo, descalabros que no son de sentir, pues sus victorias nos hubieran traído desórdenes sin provecho que hubieran desacreditado las ideas liberales. Loncomilla pudo darnos Cruz, pero Cruz como Montt son persecución a los vencidos. Intolerancia, no por fa-

natismo, sino por miedo a los clérigos. Vaivenes, revueltas, inseguridades, sainetes en vez de elecciones, titeres en vez de representación nacional y siempre la misma administración y las mismas leyes civiles, eclesiásticas, militares, políticas y fiscales.

“Con Cruz hubiésemos discutido con libertad 3 ó 4 meses y ahora nos perseguiría Cruz como nos persigue Montt.

“A esta causa de descrédito de los pipiolos se añade otra. Este desventurado partido ha tenido que sufrir la desgracia común a todo partido que por mucho tiempo ha permanecido fuera del Gobierno. Cuánto pícaro hay en Chile que no ha podido medrar, cuánto mercachifle quebrado, cuánto hombre de pocos haberes ha perdido su pleito y cuánto jugador entrampado, otros tantos se dicen liberales.

“El Gobierno es causa de su ruina, y estos allegados hacen incalculable mal causando incalculable descrédito: así es que muchas veces las combinaciones de los pipiolos han abortado por sobrarles los elementos.

“Después de confesar tanta mengua para nuestra pobre tierra me queda una tarea más grata —quiero hablarle de la flor del partido pipiolo, flor que en vano se busca entre los pelucones —quiero hablar de los jóvenes como usted, Recabarren, Lillo, Lara, Ruiz, Vicuña y tantos otros rotos que pelearon contra lo que ahora existe en Chile. Juventud llena de porvenir, valiente, generosa, patriota, pero que confía demasiado en el acaso, que no analiza sus nobles aspiraciones —trabajo que debería emprender —a ustedes primogénitos de la República, a su inteligencia está confiado el porvenir del país.

“Estos hombres de buena fe, que a veces sin esperanza de triunfo, y conociendo la capacidad de sus jefes se opusieron a la tiranía que se entronizaba, es preciso segregarse del partido pipiolo, y con ellos formar el partido nuevo, el partido grande, el partido democrático-republicano, de cuya misión les hablaré a ustedes cuando hayamos estudiado las aspiracio-

nes, los intereses de una clase importante entre nosotros, estrictamente ligada al progreso del país —interesada en el establecimiento definitivo de la paz y del orden.

Los extranjeros

“Le escribo al autor de los “Boletines del Espiritu” y es inútil decirle que aunque nacidos en otros puntos de la tierra los extranjeros son nuestros hermanos —hermanos a quienes debemos franca, leal y desinteresada hospitalidad si pasan por nuestra tierra, hermanos a quienes debemos dar la ciudadanía si profesan los principios republicanos y quieren establecerse entre nosotros.

“¿Cuáles son los deseos de los extranjeros?

1º Poder comerciar en el país con el mayor provecho posible.

2º Poder adquirir fortuna y trabajar con las ventajas del que más.

3º Poder adorar a Dios según su conciencia.

4º Poder casarse en el país sin faltar a sus convicciones.

5º Poder ser ciudadanos siempre que les convenga.

“Los extranjeros en cuyas manos se encuentra todo el comercio de exportación e importación, en cuyas manos se encuentran muchas de nuestras industrias, a cuyos cuidados está confiado el establecimiento de educación más útil que posee el país (Escuela de Artes y Oficios) forman una clase importante en Chile dispuesta a trabajar por el partido que mejor sirva sus intereses y aspiraciones.

“Felizmente estos intereses se armonizan con la justicia y la conveniencia.

“Favorecer los intereses de los extranjeros es favorecer el aumento de nuestra población útil. Los campos despoblados del Sur, los campos a medio cultivo del resto de la República están llamando la emigración. La emigración, único medio de educar a nuestras masas —la emigración que nos traerá má-

quinas para facilitar el trabajo —hábitos de aseo y sobre todo que introducirá en el corazón de Chile una población menos maleable a las arbitrariedades, más acostumbrada a la libertad que nuestros pobres que no han conocido otro estado que la degradación en que ahora se encuentran.

“Para atraer la emigración es preciso pensar en el emigrante que ha llegado, antes de pensar y hacer leyes para el emigrante que está por llegar. Es necesario hacerse amar del extranjero ya establecido entre nosotros, es necesario contentarlo, nuestra población es asamblea simpática. Todos los extranjeros que he conocido fuera de Chile y que habían vivido algunos años en nuestro país, lo quieren; lo que les repugna son nuestras minuciosidades fiscales, nuestra intolerancia en materia de religión.

“Pensemos sin preocupación, Bilbao, y dígame con extranjeros o sin ellos. ¿La más completa libertad de comercio (free trade, libre échange), con igualdad de banderas no es el mejor medio de favorecer a los chilenos?

“Con extranjeros o sin ellos ¿no cree usted que un país no puede estar organizado mientras no se respete la creencia de cada ciudadano, mientras no se le permita adorar a Dios según su conciencia, mientras la libertad del pensamiento no se manifieste por la libertad de cultos y por la completa separación de la Iglesia y del Estado?

“La separación de la Iglesia y del Estado —reduce el matrimonio a contrato civil y la cuestión de los matrimonios mixtos está resuelta —los que quisieran hacerlos sacramentos, pueden después de casados hacer bendecir sus promesas por la Iglesia.

“Sin extranjeros a quienes satisfacer, ¿no es justo, no es conveniente dar al emigrante carta de ciudadanía en cuanto declare que es su intención permanecer en el país y en cuanto haga acto público de adhesión a los principios republicanos?

“Cada inmigrante es un ciudadano útil, por sus hábitos,

por el espíritu que trae consigo, en su fuerza, en sus brazos, en su industria. ¿Por qué privar a la República de un ciudadano, por qué rechazar, cerrar las puertas de la patria a un hermano?

“Ahora bien, si hay necesidad de atraernos a una clase enérgica e influyente a nuestro partido, deberíamos proclamar como derechos inalienables del ciudadano, la libertad ilimitada del comercio y la libertad de cultos. Si para constituir bajo bases sólidas la República, debemos proclamar la separación de la Iglesia y del Estado. Si por justicia y conveniencia debemos ofrecer la ciudadanía al emigrante.

“Con mucha más razón debemos apresurarnos a proclamar estos principios —que alejarán a muchos extranjeros de una administración que ellos protegieron y que los engañará y que nada les dará —y atraerlos a nuestro partido que de todos modos, por conveniencia, por convencimiento profesa un sistema que está en armonía con los deseos de una clase enérgica e inteligente.

“Con la amistad de los extranjeros, de quienes dependen nuestros comerciantes nacionales, a quienes dan o niegan crédito, de quienes dependen algunos artesanos, jornaleros y empleados, a quienes dan trabajo, de quienes depende la prensa de Valparaíso, que es la más influyente de toda la República, obtendremos las simpatías de sus Cónsules, y cierto disimulado apoyo de sus navíos de guerra. La última revolución hizo ver cuanto importa esta simpatía.

“He aquí en mi sentir la condición de las tres clases que forman nuestra sociedad.

“El primer paso que debe darse para formar un partido nuevo es reconocer, aceptar francamente *todos* los elementos reales y esenciales de nuestra sociedad.

“Se puede engañar a una sociedad entera —oprimirla, darle la tranquilidad que pueden mantener el miedo y el embrutecimiento —pero es imposible hacerla vivir si se contrarían las aspiraciones e intereses de una inmensa mayoría.

“Chile no gozará de una verdadera paz, no prosperará mientras no lleguen al Gobierno las ideas de los que quieren enriquecer al pobre sin arruinar al rico.

“Dar libertad a la conciencia, sin favorecer un culto nuevo a costa de la Religión Católica Apostólica Romana que profesa la inmensa mayoría de los chilenos.

“Separar la Iglesia del Estado, sin arruinar al clero, sin exigir de él sacrificios y dejándole los templos de su culto y las rentas que directa o indirectamente pagan los fieles a sus sacerdotes.

“Si las ideas que le expondré a continuación son exactas —si no arredran los trabajos que será necesario emprender más tarde para probar, mostrar la posibilidad y explicar a todos nuestras ideas —aunque calumniados al principio prevalecerán un día, y *veremos algún día* la patria tranquila y libre, rica y respetada.

Algunos años de libertad convertirían las manadas de hombres en pueblo, el suelo inútil en campos cultivados, la aldea en ciudad, el rancho en caserío.

“Más, ¿qué hacer para convertir en hechos estas intenciones? Hemos dicho que los males que pesaban sobre la República tenían dos causas:

1º *Las instituciones que nos rigen.*

2º *Las condiciones de pobreza y degradación en que viven los nueve décimos de nuestra población.*

“Los males que provienen de las instituciones que nos rigen son de facilísima curación. En toda la América del Sur las reformas administrativas ofrecen dificultad cuando el gobierno fomenta las dificultades. Es triste tenerlo que confesar, lo bueno como lo malo se admite aquí sin discusión (recuerde Ud. a Varas diciendo a la Cámara: “Ea, amiguitos, facultades extraordinarias luego sin perder tiempo en charlar”). Esta facultad de hacerlo todo es mucho mayor en todo gobierno nuevo. Los gobiernos entre nosotros nacen gigantes —se debilitan con la edad es verdad. No es del caso explicarle por

qué así sucede —las causas son bien claras —más lo que importa es conocer el hecho y aplicarlo.

“Si llegásemos al poder, sea por un motín militar, sea por una fuerte asonada popular o por ambas cosas reunidas, lo que no es imposible —seríamos como revolucionarios, Gobierno nuevo, es decir, todopoderoso. Si algún Gobierno establecido, sean cuales fueren sus antecedentes, adoptase nuestras ideas, sería por el hecho de adoptarlas, Gobierno revolucionario, nuevo, todopoderoso.

“El primer paso de semejante Gobierno debía ser promulgar los derechos y deberes del ciudadano y de la República. Deberes y derechos inalienables, superiores a la discusión —a la voluntad nacional manifestada por el sufragio universal. Deberes y derechos de los cuales ni el individuo, ni la República, que es los individuos en masa, no pueden desprenderse sin suicidarse, sin contrariar una ley superior a las leyes humanas y que éstas no pueden alterar.

Derechos del ciudadano

I. Libertad del pensamiento que se manifiesta por:

1. Libertad de la palabra escrita y hablada;
2. Libertad de enseñanza;
3. Libertad de cultos o sea separación de la Iglesia y del Estado.

II. Libertad individual que se manifiesta por:

1. Libertad de tránsito y de residencia;
2. Inviolabilidad del domicilio;
3. Derecho a testar;
4. Libertad de industria;
5. Libertad de comercio con libertad de banderas (Free trade, libre échange);
6. Libertad de defensa individual;
7. Derecho a la protección judicial. No puede perseguirse, encarcelarse a los individuos sin orden escrita del Juez or-

dinario, ni imponerle pena sin previo proceso, juicio contradictorio y sentencia.

III *Libertad política que se manifiesta por:*

1. Derecho de reunión y asociación;
2. Derecho de petición.

Deberes del ciudadano

Todo ciudadano es Legislador.

Jurado.

Ejecutor.

Todo ciudadano reconoce las asociaciones que forma la República para poseer y someter sus propiedades a las decisiones de la República que puede exigir de él una parte de sus rentas para cubrir los gastos del Estado y puede expropiarlo por causa de utilidad pública.

Más en este caso la República dará un equivalente al expropiado.

Todo ciudadano es Guardia Nacional.

Todo ciudadano debe admitir como igual y hermano a todo hombre que haya hecho acto público de adhesión al sistema republicano y reconozca como derechos inalienables, superiores al sufragio universal, los que la Constitución reclama como tales.

Todo ciudadano debe obediencia y protección a la ley.

Deberes de la República, o sean los ciudadanos reunidos

Dar crédito moral y educación.

Dar crédito material o Derecho al trabajo.

Protección al huérfano y al anciano por la sala del Asilo.

Al enfermo por el Hospital.

Al delincuente por la educación penitenciaria hasta conseguir su rehabilitación moral.

Adoptar como ciudadano a todo hombre que, adhiriendo

a los principios republicanos y jurando obediencia a las leyes, pida la ciudadanía.

Derechos de la República

Disponer de las propiedades privadas que pueden ser útiles a la República y fijar la remuneración debida al desposeído.

El gobierno al promulgar estas bases de constitución persuadido en su conciencia que ni por un momento puede existir la República sin el reconocimiento y existencia como ley suprema de todos los deberes y derechos del ciudadano, y debiendo reducirlos a la práctica lo más pronto posible, declara nula toda ley que las contraríe, hasta que la Representación Nacional promulgue las leyes que, subordinadas a estos principios, deberán regir en la República.

“El Gobierno hace promesa solemne de respetar todos los derechos adquiridos.

“La república con estas bases de Constitución que harían cualesquier organización infinitamente superior a la que tenemos, no produciría una sensación proporcionada a su importancia, pero produciría alguna alarma entre los 100.000 ricos.

“Los pobres, es decir, la gran mayoría de la nación, no entenderían su importancia. El Gobierno que diera este paso atrevido sería para ellos lo mismo que cualquier otro y no merecería ni sus simpatías ni sus antipatías. Los pobres seguirían indiferentes.

“Los ricos, en general, apreciarían la importancia de la declaración como los pobres; pero creerían de su deber alarmarse porque no están familiarizados con estas ideas.

“Pero los extranjeros y clérigos darían importancia a la declaración. Los extranjeros leerían en ella libertad de comercio, *free trade, libre échange*, los clérigos libertad de cultos. Habría desde luego antagonismo entre las dos clases más enérgicas y más influyentes del país.

“Los clérigos, es decir, los chilenos extranjeros, súbditos del Pontífice Romano, atacarían al nuevo Gobierno y los extranjeros chilenos residentes en el país, cuyos intereses están ligados con el porvenir de la República, lo defenderían.

“No debemos disimular que las fuerzas de que puede disponer el clero chileno son considerables. Debe el nuevo Gobierno procurar por su justicia y actividad administrativa, crearse desde sus primeros tiempos un fuerte partido entre el mismo clero.

“Siendo justo y consecuente con sus promesas, el nuevo Gobierno lo conseguiría.

“El diezmo es la contribución de la Iglesia, es más que una contribución, es el quinto mandamiento de la Santa Madre Iglesia al cual todos los católicos apostólicos romanos tienen obligación de obedecer. El Gobierno actual recauda el diezmo y da una parte de esta contribución a la Iglesia; cada real que toma para sí es un real que roba a la Iglesia. El diezmo, contribución del clero, debe entregarse íntegra al clero.

“Más, exigir del clero, que no está preparado, la recaudación de esta contribución, sería echarlo en graves dificultades, ponerlo en la obligación de usar medidas coercitivas que podrían causar desagradables conflictos, así es que el nuevo Gobierno debe seguir recaudando el diezmo durante un término de años (propongo 5 años), para entregarlo al clero y para que los mismos recaudadores puedan ser inspeccionados por los que deben recibirlo. El diezmo de cada curato será entregado al párroco que lo sirve. Los curas se entenderían como les pareciera con los miembros del alto clero para la distribución de los haberes de la Iglesia.

“Dado este paso, la enemistad de algunos del alto clero sería menos temible. Tendríamos a nuestro favor al pueblo de la Iglesia, los párrocos de nuestros campos, de los suburbios, de nuestras ciudades —más útiles que el engreido canónigo, más influyentes que el clerigüelo publicista e intolerante.

“Si de este modo el nuevo Gobierno conseguía hacer menos temible los ataques de los enemigos de la declaración de

deberes y derechos, por otra parte debería ser más eficaz el apoyo de los extranjeros que, como no me cansaré de repetírselo, son una clase importantísima en nuestra sociedad.

“Para dar seguridad a los extranjeros de que las declaraciones serían puestas en planta, el nuevo Gobierno debería proceder en el acto a la venta de los edificios y utensilios fiscales actualmente en su poder. Tratar con los cónsules extranjeros que se prestarían gustosos a asegurar tantas ventajas a sus nacionales y que servirían de eficaz apoyo a un Gobierno que abría ancho porvenir al comercio. Los tratados celebrados con los cónsules que no estuvieran autorizados especialmente se harían *ad referendum*, y lejos de ser rechazados serían inmediatamente ratificados por los Estados Unidos, la Inglaterra, la Francia; potencias que tanto pueden influir en favor o en contra de un Gobierno sudamericano.

“Aunque en esta carta no es mi ánimo dar a Ud. todos los pasos que debería tomar un Gobierno revolucionario, debo hablar a Ud. de una ley que debiera acompañar la promulgación de los deberes y derechos del ciudadano. La ley de jubilación, en primer lugar, porque es justa; en segundo lugar, porque el nuevo Gobierno para inspirar fe, para obtener el crédito a que le dan derecho sus intenciones y propósitos, debe ser consecuente con su promesa de respetar los derechos adquiridos.

“El empleado que ha trabajado 25 años en nuestras oficinas fiscales, en los puestos subalternos de las intendencias, que se ha sometido a los caprichos de sus superiores, no sólo ha trabajado con paciencia por el sueldo que recibe, ha seguido una carrera con la esperanza de descansar un día. El empleado que ha servido 30 años tiene derecho a la jubilación, es decir, puede retirarse y seguir gozando de su sueldo.

“La nueva organización de la República necesitaría un número de empleados mucho menor que los que ahora sirven nuestras intendencias, nuestros ministerios, nuestras multiplicadas oficinas fiscales. Rechazar a estos hombres, privarlos a todos repentinamente de sus empleos, sería dejar en la mise-

ria a familias enteras para quienes estas desgracias serían tanto más duras cuanto menos acostumbradas hubieran sido a sufrirlas, a más de impolítico este paso sería injusto y en contradicción con los principios de una Administración que se propone respetar todos los derechos adquiridos.

“La ley de jubilación que debería acompañar a la declaración de deberes y derechos, debe jubilar todos los empleados de la República, a fin de que la República se vea libre de todas las pretensiones de hombres educados bajo un sistema ruinoso y pueda escoger sus servidores, sin más condición que la capacidad de servir republicanamente.

“Otra inmensa ventaja resultaría al pueblo esta medida. Los que sirven a nuestro Gobierno no son ni pueden ser otra cosa que mercenarios, sus opiniones políticas se regulan a fin de mes; el Gobierno que le hace ganar la subsistencia ese es el bueno.

“El gobierno nuevo, al proclamar los deberes y derechos, oficiaría a todos los empleados de la República mandándoles la ley de jubilación, y notificándoles que si en el acto de recibir el oficio no reconocían el Gobierno revolucionario y no hacían cuanto estuviese en su poder para afianzarlo —anulando a cuantos hombres quisieran oponerse al movimiento democrático —perderían todo derecho a jubilación. Pronto estarían las cuentas tiradas. “Si me someto puedo seguir en mi empleo, quizás, y si me rechazan tengo derecho a jubilación”.

“Este raciocinio sería un fuerte elemento de buen éxito.

“La ley de jubilación debería jubilar en proporción a los años de servicio y a la función administrativa en que la revolución pillaría al empleado.

“El empleado que habría servido 30 años y se encuentra sirviendo un puesto en que ganara \$ 300, si se le retiraba su empleo o quería él retirarse, seguiría gozando de su sueldo íntegro.

“El empleado que habría servido 20 años y se encontrara sirviendo un puesto en que ganara \$ 300, si se le retiraba su

empleo o quería él retirarse, seguiría gozando de un sueldo de \$ 200.

“El empleado que habría servido un año y se encontrara sirviendo un puesto en que ganara \$ 300, si se le retiraba su empleo o quería él retirarse, seguiría gozando de un sueldo de \$ 30.

“Estos sueldos serían reconocidos en bonos al portador, que representarían un capital proporcionado a la venta, a fin de que el empleado pudiese en caso, para él conveniente, enagenarlos y formarse un capital del sueldo que está por venir. Estas ventajas darían partidarios útiles a la revolución. Los militares serían sujetos a la misma jubilación, sus años de campaña, debiendo contarse dobles y su adhesión a la revolución debería ser considerada como la adquisición de un grado para los oficiales pertenecientes a la Plana Mayor y de dos grados para los subalternos.

“Estas medidas no serían toda la revolución, pero encaminarían a la revolución la Administración que gobernara al país.

“Los males que provienen de las leyes desaparecerían por los primeros trabajos de una Asamblea que, subordinada a los deberes y derechos del ciudadano, no podría seguir otra marcha que aquella que fuera una consecuencia natural de estos derechos.

“Bien se ve que Ud. aprueba estas ideas que nos harían adoptar la democracia pura, es decir, a la administración de cada subdivisión territorial por su representación —su Municipalidad— al menos así pensábamos en 1850, cuando nuestro pensamiento fue sofocado por la precipitación para llegar al mando y por la poca fe en la República de los jefes del partido al cual pertenecíamos entonces.

“Pero estas ideas, muy buenas en sí, no salvarían la República. No le darían la paz, porque anhelamos la paz sólida, inalterable, que descansa en la ancha base que tiene en los Estados Unidos: el amor con que la gran mayoría de la Nación mira sus instituciones.

“Con una Administración que promulgara estas bases, el comercio tendría más facilidades, y Valparaíso sería realmente el depósito del Pacífico austral, cada caleta se animaría, nuestros hacendados de costa verían sus productos triplicar en valor. En Valdivia y Chiloé se levantarían poderosos Estados formados por una población más inteligente que la nuestra, porque vendría educada y estas provincias tendrían más tarde que luchar con el Chile viejo y si no lo dominaban, pronto se separarían para adherirse a la Unión o hacerse nuevas Islas Jónicas bajo el protectorado de la Inglaterra.

“Pero el Chile viejo —la parte de la República actualmente poblada— poseído por 1.500 o 2.000 hacendados seguiría produciendo poco; su millón y medio de pobres seguiría indiferente al adelanto de la República. Clase desheredada que no sufre en los trastornos políticos, los pobres estarían siempre prontos a la revuelta.

“Así los hombres cuyas ideas de reforma se limitarían a la reforma de nuestras leyes y que convocaría una Asamblea Constituyente con este fin, no conseguirían más que echar al país en un espantoso desorden, porque los opositores a estas ideas encontrarían más tarde o más temprano un fuerte apoyo en los pobres que les fuera posible asalariar. Las revueltas a pesar de las ventajas ofrecidas a los extranjeros, alejarían el comercio, harían imposible el crédito y concentrarían la prosperidad nacional en las provincias de Chiloé y Valdivia, que no tardarían en hablar otra lengua que la castellana y se verían obligados a poner tutor o a separarse de una República de Amos ociosos y Esclavos turbulentos.

“Para hacer prosperar al país no basta mejorar las leyes, es necesario mejorar la condición del pueblo. Es necesario dar rango de hombres a los seres que ahora sirven de instrumentos de labranza a los dueños del suelo, de máquina a los propietarios de minas.

“¿Pero podemos hacerlo? ¿Aseguraremos el porvenir de nuestras familias? ¿Afianzaremos la paz y conservaremos nues-

tra nacionalidad que los continuos desaciertos e increíble apatía de nuestro Gobierno ponen en mayor peligro de lo que algunos quieren suponer?

“Para corregir estos males que provienen del estado de pobreza y de ignorancia en que vive la mayoría, ¿qué medios tenemos?

“La República de Chile no tiene tierras baldías que ofrecer al colono o al emigrante. Todo Chile está poseído.

“Si abrimos nuestros campos del sur al emigrante, no mejoraremos los hábitos del pobre. Para dar a nuestros campesinos hábitos de aseo, para introducir en nuestro país las máquinas que facilitan el trabajo, es preciso desparramar la emigración en el centro del país, hacer que se cruce nuestra población con la población venida de afuera.

“Las tierras baldías que posee la República en Valdivia y las que la República podría comprar a los indios entre el Bío-Bío y el río Valdivia, para mejorar la condición de una parte del pueblo chileno, deberían ser distribuidas entre colonos extranjeros y colonos nacionales; pero fuera del poco éxito que semejante invitación tendría entre nuestros huasos, todo lo que ganaríamos sería despoblar el norte del Bío-Bío, para ir a poblar un desierto al sur del Bío-Bío.

“¿Qué hacer? Diré de una vez cual es mi pensamiento, pensamiento que me traerá el odio de todos los propietarios, pensamiento por el cual seré perseguido y calumniado, pensamiento que no oculto porque en él está la salvación del país y porque su realización será la base de la prosperidad de Chile.

“Es necesario quitar sus tierras a los ricos y distribuir las entre los pobres.

“Es necesario quitar sus ganados a los ricos para distribuirlos entre los pobres.

“Es necesario quitar sus aperos de labranza a los ricos para distribuirlos entre los pobres.

“Es necesario distribuir el país en suertes de labranza y pastoreo.

“Es necesario distribuir todo el país, sin atender a ninguna demarcación anterior, en:

“Suertes de riego en llano;

“Suertes de rulo en llano;

“Suertes de riego en terrenos quebrados regables;

“Suertes de rulo en terrenos quebrados de rulo;

“Suertes de cerros; suertes de cordillera.

“Cada suerte tendrá una dotación de ganado vacuno, caballar y ovejuno.

“Las condiciones para ser propietario serán:

“Ser ciudadano.

“Prometer pagar a la Nación durante 50 años el uno por ciento del producto de la suerte poseída —es decir por cada cien pesos que se sacará de la propiedad que la República le entrega, pagará un peso a la República.

“Habitar la suerte de tierra o dejar sobre ella un ciudadano que la habite.

“Cercar la propiedad y mantener sobre ella el ganado que se le ha entregado, o aumentar por algún trabajo el precio de la propiedad en caso de enajenar el ganado recibido.

“A cada once suertes distribuidas se reservarían tres para inmigrantes.

“Ay y sólo así se conseguirá enriquecer al pobre y educarlo, así conseguiremos desparramar por nuestros campos una población menos maleada, más acostumbrada a resistir a la arbitrariedad, más acostumbrada a hacerse respetar, y nuestros campesinos serían vecinos de Norteamericanos, Belgas, Franceses, Alemanes, Italianos, Chinos, Holandeses y no tardarían en educarse.

“No se nos diga que la educación primaria podría con menos trastornos educar a nuestras masas, en las escuelas no se aprende a arar como en Norteamérica, a cosechar como en Norteamérica, a criar caballos como en Inglaterra, a cuidar vacas como en Holanda, a hacer mantequilla como en Irlanda, quesos como en Suiza, vinos como en Francia, a cultivar la mo-

ra como en Italia, a cultivar el arroz como en China. En las escuelas los hombres no aprenden a asociarse, y aunque las escuelas pudieran reemplazar la revolución para los nietos de nuestros hijos, yo creo que los pobres han sufrido ya lo bastante y no tienen tiempo para sufrir ni esperar más.

“La República promete solemnemente reconocer los derechos adquiridos, y he dicho *quitar* a los ricos. He dicho *quitar*, porque aunque la República compre a los ricos sus bienes, y aunque los ricos reciban una compensación justa, esta medida sería tildada de robo para ellos, y a los que la proponen no le faltarán los epítetos de ladrones y comunistas. Pero no hay que asustarse por las palabras, la medida es necesaria, y aunque fuerte debe tomarse para salvar al país.

“Hecha la división de la República, los actuales propietarios tendrían derecho a tomar once suertes de tierras en las propiedades de sus pertenencias, y quedarían sujetos como los demás a las condiciones de cultivo y habitación que se exigirían de los demás colonos.

“Cada suerte restante sería tasada y la República reconocería al actual propietario una deuda por la cantidad de suertes de tierras que habría entregado a la República.

“La República reconocería al propietario una deuda que ganaría 5 por ciento anual, 3 por ciento como interés, 2 por ciento como amortización.

“De este modo la deuda se extinguiría en 50 años.

“Mientras una suerte no estuviera pedida quedaría en poder de su antiguo propietario.

“Tal es, amigo mío, la idea que me formo de la revolución.

“Si estas ideas fueran francamente adoptadas por Ud., creo que sobre ellas podríamos principiar a echar las bases de un nuevo partido.

“Para formarlos tendríamos que emprender trabajos que verían más tarde la luz pública —trabajos para los cuales necesitamos de toda nuestra energía— pues desterrados tendre-

mos dificultades para apoderarnos de los datos que nos son indispensables para demostrar cuan practicable es nuestra intención —pero tenemos amigos y para nuestros fines no nos faltarán colaboradores. Así poniendo desde luego mano a la obra podríamos presentar:

“Primero. A los pobres un Catecismo que les haga conocer sus deberes y derechos, que les explique lo que ganarían con la revolución.

“Segundo. A los ricos —una exposición precisa de nuestras intenciones, hacerles su porvenir en Chile, que no es otro que la suerte de los blancos en Santo Domingo.

“La revolución ligaría a los ricos, es decir los que más tiempo y medios tienen para educarse al bienestar de la República —necesitarían que la República fuese fuerte, rica y bien servida para que la República pudiera pagar sus deudas —la necesidad y el interés haría nacer el patriotismo porque la clase que más medios tiene de educarse —vería su fortuna individual íntimamente ligada a la fortuna pública. No porque se pusieran límites a la adquisición de inmensos fundos rurales— tendrían que quedar los ricos con sus capitales ociosos —la enorme industria agrícola que se desarrollaría en el país— necesitaría de inmensos capitales —perdidos en pequeñas partes, es verdad— ¿pero estas pequeñas partes sumadas a cuánto ascenderían? Luego los ferrocarriles, los canales de riego y conducción que entonces se podrían emprender, ¿cuántos capitales necesitarían?

“Tercero. A los comerciantes —cual sería el porvenir del comercio en un país de millón y medio de consumidores que gastarían cada uno \$ 100 por lo menos en artefactos extranjeros anualmente —es decir que el comercio de importación se elevaría a ciento cincuenta millones de pesos anualmente en vez de 12 millones que ahora consumimos.

“Cuarto. Una exposición clara de los recursos con que el país puede contar en los primeros tiempos de la revolución —un presupuesto de nuestras contribuciones y de los recursos

pecuniarios necesarios a cubrir los intereses y amortización de las deudas que la Nación tomaría sobre sí al promulgar la ley de jubilación y al ofrecer a los propietarios el 5 por ciento de los valores que los ricos entregaban a la República.

“Probar a los ricos que sufrirían muy corta merma en sus rentas en los primeros años y quizá un considerable aumento en el porvenir sería el mejor medio de ganar muchos de ellos a nuestras ideas.

“Quinto. Formar un catastro del país, determinar la extensión de cada clase de suerte, determinar la dotación de ganado, que a las suertes de ganado, que a las suertes de diferentes clases convendría otorgar —formar una lista de las suertes que podrían distribuirse, formar un cálculo aproximativo de lo que estas suertes podrían producir, ilustrar con ejemplos nuestros asertos —hacer ver que cuanto más cultivados están los pedazos de tierra que en Chile se llaman de pobres, y por fin, hacer comprender que la *distribución* es la riqueza y no la ruina. Es la paz y no el *desorden* que ahora nos agobia con el nombre de *facultades extraordinarias* y que nos amenaza con el nombre de *anarquía*.

“La obra es difícil —larga sobre todo, pero es posible, y si no nos dejamos llevar del amor propio, si no tememos al ridículo, a las preocupaciones, podremos quizá, atacando el mal de frente, hacer la revolución en nuestra patria sin los grandes trastornos que la subdivisión de la propiedad costó a la Francia del 93, subdivisión benéfica que ha mantenido a la Francia grande, a pesar de los horrores del terror, de la tiranía de Napoleón, de la invasión del extranjero y de las vergüenzas que se le siguieron. En Inglaterra el suelo está distribuido entre un corto número de propietarios y allí la lucha ha sido larga y a pesar de sus grandes hombres, de su admirable administración el artesano inglés sólo ha podido comer pan hace pocos años cuando Comden, en una guerra cuya táctica debemos imitar, hizo cesar los monopolios establecidos por los dueños de los campos.

“Los Estados Unidos han progresado admirablemente, ¿por qué? porque cada pobre, cada emigrante marchando al Oeste encontraba un pedazo de bosque donde edificar su cabaña, sin miedo a las reconvenciones o caprichos del patrón, así los asalariados se han elevado, el consumo es inaudito porque cien hombres con mil pesos cada uno consumen 50 veces más que un rico cuya fortuna asciende a cien mil pesos.

“Demos el grito de PAN Y LIBERTAD y la Estrella de Chile será el lucero que anuncia la luz que ya viene para la América Española, para las razas latinas que están llamadas a predominar en nuestro continente.

“Pan y libertad, el grito de los descamisados europeos llamará la emigración y con ella vendrá la educación del pueblo”.

TAL fue el documento más sensacional que se escribió en Chile en la segunda mitad del siglo XIX. Apasionado, vigoroso en muchas de sus partes, ingenuo y pueril en otras, permite apreciar en sus variados matices la personalidad fuera de lo común de su autor, y, sobre todo, su obsesionante interés hacia los pobres. Su mensaje sirve para darse cuenta que no sólo asimiló los preceptos del socialismo utópico de su tiempo, de suyo confusos debido a las contradicciones en que incurrieran sus múltiples divulgadores, sino que fue durante su permanencia en Chile el único empecinado sostenedor de las teorías que provocaron la fracasada revolución proletaria francesa en junio de 1848.

Por lo mismo es que hasta ahora, y con escasas excepciones, se ha hecho el silencio en torno a su persona. Aparte de Vicuña Mackenna, que se refirió en forma sarcástica a su carta a Bilbao, ningún historiador de la pasada centuria se refiere a ella ni para bien ni para mal. Mencionarla era divulgarla y no había interés en tal cosa. A casi todos los del presente la pluma les destila hiel cuando mencionan a su autor. Solamente Bilbao, y ello por circunstanciales razones de oportu-

nismo político, ha sido recordado, lo que constituye una de las más flagrantes adulteraciones históricas.

Por su parte, y en conocimiento de la estrepitosa carta de Arcos, el gobierno optó por deshacerse cuanto antes del enardecido comunista. Dejaronlo en libertad y le permitieron emigrar a Argentina bajo la condición expresa de que no regresara al país. Y de tal manera el manifiesto revolucionario inquietó al gobierno, que solamente debido a su contenido hay que atribuir la resolución de Montt de no concederles durante todo su decenio la amnistía ni al autor del escrito ni a Bilbao. Ambos murieron en el exilio sin retornar a su patria.

Pero hay algo más que debe hacerse resaltar, y es el contraste que a través del manifiesto se advierte entre los puntos de vista de nuestro personaje y aquel a quien su mensaje revolucionario estaba dirigido. “¿Cómo echar al crisol un siglo entero de porvenir?”, pregunta Bilbao en su peculiar lenguaje altisonante... ¡y en francés! “¿Dónde está el molde para la gigantesca estatua de la libertad?” Y luego de un cuestionario sin ilación que redacta con pomposidad, pero sin médula, habla de la revolución como cosa fácil de hacer (“si fuese necesario desencadenaré el elemento popular” dice, olvidado ya del fiasco sainetesco que provocó en 1850), pero luego, con inefable candor, pregunta: “¿qué utilidades prácticas materiales, visibles daríamos después de la victoria?” Respondiéndose a sí mismo no se le ocurre sino una sola cosa que no justifica, por cierto, una revolución: “Abolición de la provincia, subdividir el país en municipalidades, jurados por todas partes aunque nuestros huasos no sepan leer”.

“Estas palabras son bellas —le responde Arcos desde la prisión— pero para ser útiles —añade con convencimiento en que no se oculta el sarcasmo— la palabra debe convertirse en hecho y no hacer olvidar el hecho”.

Y luego, a través de páginas y más páginas apasionadas y nerviosas en que las ideas y el estilo del preso llegan a hacerse confusos, vuelva la avalancha de sus ideas largamente madu-

radas. Y mezcladas con ellas, conceptos restallantes como latigazos; conceptos personalísimos, agudos y originales; sentencias que por sí mismas son todo un programa y reflejo, a la vez, de la situación del país. “Más adelantado fue el *Fuero Juzgo*”, dice cuando se reglamenta, aherrojándolo, el trabajo fabril; “progresamos cual cangrejos” añade al imponerse que se ha restablecido en Chile la infamante pena de azotes. “Las leyes malas no son sino una parte del mal”; “háy cien mil ricos que labran los campos, laborean las minas y acarrean el producto con cien mil pobres”; “en todas partes hay pobres y ricos, pero no en todas partes hay pobres como en Chile, donde ser pobre es una condición, una clase, que cuando habla de sí misma se llama pobres por oposición a la otra clase que los pobres llaman los ricos”. “Los pobres han gozado de la gloriosa independencia como los caballos que en Chacabuco y Maipú cargaron a las tropas del rey”. “Chile no gozará de verdadera paz mientras no lleguen al gobierno las ideas de los que quieren enriquecer al pobre sin arruinar al rico”. “El estado de sitio es la anarquía en favor de unos cuantos ricos y la anarquía es el estado de sitio en favor de unos cuantos pobres”. “Para hacer prosperar al país no basta mejorar las leyes, es necesario mejorar la condición del pueblo”. “En Estados Unidos han prosperado y el consumo es inaudito porque cien hombres con mil pesos cada uno consumen cincuenta veces más que un rico cuya fortuna asciende a cien mil pesos”. “La distribución es la riqueza y no la ruina”.

Chispazos de originalidad, agudas sutilezas y verdades acumúlanse en su manifiesto en sucesión continuada, y a las vaguedades de Bilbao responde con una cartilla revolucionaria completa, en que cada punto está dirigido a un solo objeto que después de extensos preámbulos se decide a concretar. “Diré de una vez cual es mi pensamiento —escribe al autor de *Las Palabras de un Creyente*— pensamiento que me traerá el odio de todos los propietarios y por el cual seré perseguido y calumniado, pensamiento que no oculto porque en él está la

salvación del país”. Y por fin, cuando tras de tanto exordio presume que Bilbao está en condiciones de saber en qué debe consistir la revolución, lo dice en una sola frase que debió estremecer a cuantos la leyeron entonces: “Es necesario quitar sus tierras a los ricos y distribuirlas entre los pobres”.

Luego no duda en vaticinar que quienes adhieran a sus ideas serían llamados “ladrones y comunistas”. ¿Se plegaría a ellas Bilbao? ¿Estaría dispuesto el discípulo de Jorge Sand a que “el bronce que hierve líquido” permitiera forjar una nación donde la riqueza fuera equitativamente repartida?

Bilbao respondió a esta carta con su retórica frondosa y vacua de costumbre, pero cuidándose de aceptar las soluciones archirradicales de Arcos. Deportados uno y otro a Argentina, la convulsión institucional existente en aquel país absorbió en adelante la atención de ambos. Pero mientras el hijo del gallego siguió allá siéndole fiel a la causa democrática junto a Sarmiento, Mitre, Dalmacio Vélez Sársfield, todos ellos personajes sobresalientes que consolidaron la nacionalidad argentina, Francisco Bilbao se plegó inexplicablemente a la dictadura de Urquiza, continuador sin grandeza de la feroz, pero realizadora implantada anteriormente por Juan Manuel de Rozas.

"Todavía soy republicano"

Pocos hombres más enigmáticos y desconcertantes en la historia hispanoamericana que la especie de señor feudal que fue el caudillo entrerriano Justo José de Urquiza. Habiendo prosperado inauditamente en una época en que la violencia era en su país la llave del éxito, estuvo en condiciones de formar su propio reducto dictatorial desde el cargo de gobernador de la provincia de Entre Ríos que, de mala gana, le había dado Rozas.

Dueño de una inmensa fortuna que fue acumulando pacientemente durante los veinte años en que medró a la sombra del tirano, el poder de Urquiza llegó a ser tan grande que mantuvo ejércitos costeados de su peculio, y hasta Rozas, en la plenitud de su omnipotencia, se cuidó siempre de entrar en litigios con él. Pero Urquiza no usó de la fuerza más allá de los lindes de su propio dominio sino como último recurso. Prefería contemporizar y aguardar. Cautó y enigmático, sus propósitos de predominio fueron tan dilatados como la extensión de pampa que llegó a dominar sin contrapeso.

Pero porque nunca logró ser el amo absoluto de Argentina es que la posteridad no conserva de él los rasgos que permiten reconstruir por completo su psicología huidiza, ni la vastedad de sus ambiciones políticas. La historia es capaz de trazar las características de los hombres de acción solamente cuando estos logran el dominio pleno del poder. Nada más que cuando se han colocado muy alto los dictadores le es posible a la posteridad definir sus contornos sin posibilidad de equivocarse.

Pero Urquiza llegó a ser solamente un dictador a medias. Un condotiero a la manera como podía serlo un hispanoame-

ricano en una época bárbara y sangrienta en la vastedad de una llanura poco menos que ignota. Sin haber logrado jamás disfrutar del poder absoluto como fue permanentemente su deseo, su figura se diluye en los medios tonos de sus éxitos y sus fracasos, y la pampa se trató para siempre el fondo de su naturaleza tan avasalladora como esquivia. Por eso es que Justo Urquiza es un personaje sin historia. Ha llegado hasta nosotros nada más que a través de impugnadores o panegiristas.

"La pasión dominante de Urquiza —escribiría Santiago Arcos más adelante con ardorosa rudeza y precipitado juicio— no era el poder sino el interés; su ambición política estaba subordinada, por así decirlo, a su negocio, a sus cálculos de comerciante; para él lo más provechoso de cada incursión afortunada eran los miles de cabezas de ganado que añadía a las que pastaban en los extensos campos que había adquirido a bajo precio". Lo presenta a la vez tan inauditamente cruel, tan friamente sanguinario, que ello "le dio a Rozas una alta idea del gobernador de Entre Ríos, al que envidiaba y temía". Relata cosas increíbles respecto a su avaricia, como aquella según la cual mantenía un ejército de 1.500 a 2.000 soldados, no como elementos destinados a guardar el orden o como guardia de honor, sino como... consumidores. "Había establecido una gran tienda de menestras en las proximidades de su residencia, donde vendía (a los soldados) no solamente el pan de sus panaderías, el queso de sus establos, las frutas de sus plantaciones, etc., sino todo aquello que podía dejarle dinero. Y como las tropas no recibían otra ración que carne, sus pagas las gastaban íntegras en la tienda del presidente, el que no dejaba de visitar cada mañana su establecimiento informándose minuciosamente de los resultados de la venta de la víspera".

Como quiera que fuese, desde el día en que Urquiza entró como vencedor a Buenos Aires después de la fuga de Rozas el 3 de febrero de 1852, los hombres más notables de la ciudad no pudieron sino negarle su apoyo. Hasta el pueblo le rehuyó

sus simpatías cuando lo vio cruzar las calles a la cabeza de sus gauchos luciendo el poncho blanco y el sombrero de felpa que usó en la victoriosa campaña militar, y respondiendo a los aplausos con rígidas y ceremoniosas inclinaciones de cabeza. Se presentó Urquiza a los bonaerenses no como un libertador sino como un conquistador, y extremó las cosas cuando dispuso que se siguiera usando la cintilla punzó que había sido la temida insignia del dictador depuesto.

Comenzaron así de inmediato los rozamientos y los malentendidos entre los hombres de Buenos Aires y el nuevo dueño de la situación, y una vez que Urquiza se hizo designar Director Provisorio de la Confederación por una convención de gobernadores, todos ellos designados por Rozas antes de su caída, Buenos Aires no pudo menos que fijar su posición. Hablando en la cámara recién elegida acerca de la organización nacional que se le había dado al país, dijo Mitre en esa oportunidad: "¿Sobre qué base es ésta organización? Sobre la base de una dictadura irresponsable, lo que propiamente puede llamarse un gobierno despótico".

Que Urquiza demostró sus intenciones de heredar la dictadura lo puso en evidencia cuando después de Monte Caseros declaró, como Lonardi en 1955, que no habría vencedores ni vencidos. Era esta declaración del antiguo rosista un salvoconducto de supervivencia para los partidarios de Rozas y la manera de hacer plegarse a su causa a un bando todavía poderoso. Buenos Aires recogió el guante y desde ese momento comenzó una lucha entre el bando bonaerense y las provincias que habría de prolongarse durante los próximos diez años.

Lo que verdaderamente hubo en el fondo de esta guerra civil fue, como bien lo dice Julio Barreda Lynch, que "los intereses del puerto-aduana de Buenos Aires no eran los mismos que los de las provincias mediterráneas". Agrega que porteños y provincianos eran teóricamente federales, "pero su manera de interpretar la autonomía de los estados federales se subordinaba al problema del reparto de las rentas de la aduana

única de la nación. La provincia de Buenos Aires, en nombre del federalismo, creía que cada estado debía bastarse a sí mismo y manejar sus rentas propias: profesaba el *federalismo de los ricos*. Las otras provincias, en nombre de la misma doctrina política, creían que todos los estados debían ser solidarios y repartirse con equidad las rentas comunes: profesaban el *federalismo de los pobres*".

Urquiza, en nombre de las provincias, inició la guerra. En Buenos Aires, Alsina, Vélez Sarsfield, Mitre, Sarmiento y Obligado, la aceptaron. Una Argentina encendida y belicosa progresaría, a pesar de todo, fabulosamente entretanto. Pero una cosa quedaba no obstante en pie: que el caudillo correntino quería ser él y nada más que él el portavoz de la nación y su jefe. Las cámaras que instaló en Santa Fe fueron hechas a su amaño. Los gobernadores del interior eran testaferros suyos. Había en él pasta de dictador y determinó por tanto que todo aquel que contrariara sus designios debía ser aplastado. Sus gauchos, uniformados o no, harían la guerra a Buenos Aires. La constitución que él había redactado, sus leyes y reglamentos, su propia voluntad, eran, a su juicio, los únicos que debían predominar.

Pero Buenos Aires, como se ha visto, poseía el dinero, que llegaba a raudales a su aduana. Con él, en 1853, fue comprado el comodoro Coé que por orden de Urquiza estaba bloqueando el puerto de Buenos Aires. Con él, jefes, oficiales y soldados entrerrianos eran continuamente sobornados. Los sucesivos sitios de Buenos Aires que inició el gobierno de Paraná fracasaron porque el dinero bonaerense, superior al poder de convicción de una causa que se discernía confusamente, hacía estragos en las filas de la Confederación. Según lo estampa Arcos en su libro *La Plata*, en tanto que la aduana de Buenos Aires recaudaba veinte millones de pesos el año 1857, las de la Confederación apenas si lograron una entrada de un millón.

Ya en 1854 Santiago Arcos, que por entonces estaba en

Mendoza, veía claramente como se desmoronaba el poder de Urquiza por razones financieras. En carta que dirigió a Mitre el 30 de diciembre de ese año, y que aparece en la correspondencia que éste publicó más tarde en sus obras completas, decía el fundador de la Sociedad de la Igualdad con su característico gracejo: "El gobierno de Urquiza está como un miembro gangrenoso que es inútil cortar: él solo caerá. No tiene recursos ni los tendrá jamás... Antes de medio año ni los prenderos querrán prestarle, y cuando el presidente quiera gobernar con Ibarra, caerá como *corpo morto cade*".

Seguir las alternativas de paz y guerra que se sucedieron desde 1852 a 1862 en Argentina es tarea larga e innecesaria. Hubo épocas de tregua y de violencia; lucha armada y lucha de tarifas aduaneras; acuerdos y desacuerdos, mediaciones internacionales y batallas sangrientas. Pero en ninguna ocasión logró Urquiza doblegar a Buenos Aires, ni siquiera cuando el 23 de octubre de 1859 Mitre, como jefe de las fuerzas de Buenos Aires, tuvo que abandonar el campo después de la batalla de Cepeda. Triunfante Urquiza en esa acción, no supo o no fue capaz de sacarle provecho a su victoria, y un año más tarde, en Pavón, era definitivamente derrotado, con lo que se logró la consolidación argentina.

YA dijimos que en esta pugna entre los dos bandos en que se vio dividida Argentina, Arcos y Bilbao participaron, el primero junto a sus amigos de Chile, Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, y Bilbao del lado de Urquiza. Escribía Bilbao en los diarios de Santa Fe ensalzando al dictador y ponderando sus acciones bélicas, incluso las matanzas de prisioneros que hacían sus generales (1), y le respondía combatiendo Sarmiento desde la prensa de Buenos Aires.

Por lo que atañe a Arcos, desde que salió de Chile a fines de 1852, y durante los dos años y medio siguientes, vivió en Mendoza y en San Luis, donde se dedicó al laboreo de mi-

(1) Julio Victrica: "Urquiza y Mitre"; Buenos Aires 1918.

nas con mala fortuna. Promediado 1855 lo encontramos en Buenos Aires, y al respecto escribe Sarmiento "entre bromas y veras": "En el año del Señor de 1855, a ocho días del mes de septiembre, día de la Natividad de María, surcaba las aguas del canal de Luján, entre las tupidas enramadas de sauces llorones que por ambos lados la guarnecen, la lancha de la Capitánía General del puerto de Buenos Aires mandada por el comandante de marina don Antonio Somellera, e impulsada por doce robustos remeros de la marina del Estado. Iban a bordo como pasajeros, el señor coronel Mitre, Ministro de Guerra y Marina, los ingenieros don Carlos Pellegrini y don Santiago Arcos", y, entre otros, el propio Sarmiento.

"Era una expedición de exploración y de descubierta de las tierras hasta entonces ignoradas de las islas del Paraná" —prosigue Sarmiento—, el que después de detallar el viaje, la excursión más bien, añade: "Reunidos todos los argonautas en torno de la verja de un jardinillo de flores, procedióse con jocosa gravedad a plantar estanquillas de mimbre". Siempre "entre chanzas y veras" Sarmiento pronunció un discurso: "Estas varillitas que vamos a hundir en la tierra para que se conviertan en árboles han llegado hace tres años de las faldas de los nevados Andes. No sabiendo mi amigo Arcos como llevarlas a Buenos Aires, las dejó en San Fernando, donde las necesitábamos, y no pasaron a Buenos Aires donde ya había propagado otras plantas".

Tenemos, pues, a Santiago Arcos por esa fecha no solamente convertido repentinamente en "ingeniero", sino entregado a algo que siempre fue su pasión: servir a su manera a los demás, ser útil en los más variados y opuestos menesteres. Y no deja de ser una curiosidad digna de anotarse el hecho de que el mimbre y otras plantas que hoy bordean la desembocadura del Paraná y los ríos que forman su delta, hayan sido introducidos en Argentina por nuestro compatriota.

En la correspondencia que sostuvo Mitre como ministro de guerra y marina y luego como general en jefe de las fuer-

zas de Buenos Aires con anterioridad y posterioridad a la batalla de Cepeda, el nombre de Arcos aparece frecuentemente. "Querido general y amigo —escribe Pastor Obligado, entonces gobernador de Buenos Aires, a Mitre en 13 de junio de 1859—. Sin tiempo para nada, me tomo alguno robándolo al despacho, para decirle que el señor Arcos lleva apuntes para contestar a usted sobre los más importantes puntos de su carta". El 20 le escribe a Mitre el coronel Paunero, jefe de las fuerzas apostadas en San Nicolás de los Arroyos: "Hace poco rato recibí una carta para Arcos, escrita ayer a las 3 de la tarde, por persona que Ud. sabe. No puede ser más auténtica ni más verídica. Le mando copia porque temo exponer el original y a la persona que lo escribe... El corresponsal de Arcos dice que los correntinos no han llegado. No sé lo que hará Murature, pero en mi concepto debe salir a todo trance a encontrarlos".

Diez días después, el mismo Paunero informaba a Mitre: "No pasaré más adelante sin decirle que Vélez me escribe una carta, que le he dado a Arcos para que se la muestre, en que me dice que acordemos entre los dos el carácter que hemos de dar a Arcos para ser aprobado por ellos (los integrantes del gobierno de Buenos Aires). Hablando ayer con él no encontrábamos, y en este caso me ocurre que le demos el de intendente, pues yo quisiera que estuviere a mi lado, y así estaría también cerca de Ud."

"Ministerio de Guerra y Marina. Buenos Aires, junio 27 de 1859. Al señor General en Jefe del Ejército de Operaciones, General don Bartolomé Mitre: Impuesto el Gobierno por sus comunicaciones del estado de las fuerzas que se hayan ya reunidas y las que deben incorporarse en breve, así como de la situación en que se encuentran los enemigos de Santa Fe, según diferentes avisos, cree el Gobierno llegado el caso de que a la mayor brevedad posible y con la ligera organización que sea indispensable, debe V. S. proceder a operar desde luego sobre el territorio de Santa Fe.

"No pudiendo por la premura del tiempo ser más exten-

so por ahora, y marchando en esta misma fecha a ponerse a las órdenes de V. S. el señor Arcos según las indicaciones que ha recibido el Gobierno, transmitidas por el General Paunero de acuerdo con V. S., se remite en un todo a lo que el señor Arcos le instruirá de viva voz.

"Dios guarde a V. S. muchos años. Pastor Obligado".

Del general Paunero a Mitre, el 2 de julio del mismo año: "Allá va Arcos por un día y nada más que por un día, que es sobrado para lo que pueda hacer cerca de usted y mándemelo en seguida". Algunos días antes el mismo Paunero al general en jefe: "Usted me hace decir con Arcos que organice una compañía de zapadores; fácil es decirlo, ¿y el capitán y los oficiales donde están? Arcos sale dentro de una hora".

Durante esos días febriles que precedieron a la batalla de Cepeda, Arcos, como se ve, fue el hombre de confianza y de enlace que tuvo el gobierno de Buenos Aires con Mitre y Paunero. Iba y venía de Buenos Aires a San Nicolás portando mensajes confidenciales, muchos de los cuales debía interpretar el propio Arcos y transmitirlos de acuerdo con las circunstancias y su discernimiento. Disponía de informaciones propias en el campo enemigo según se echa de ver en una de las cartas. Se le confiaban no sólo secretos militares e informes tácticos, sino que en varias ocasiones tuvo a su cargo el aprovisionamiento de trigo, carne, yerba mate, caballos y forraje para la tropa, como consta de otra variada correspondencia.

Pero entre las cartas aparece una de otro orden, enviada por Paunero a Mitre: "San Nicolás, junio 22 de 1859. Arcos fue a Buenos Aires el sábado en el vaporcito "Correo", sin saber que su hijito menor murió de crup; allá se ha ido el pobre a encontrarse con la noticia".

Por esa fecha moría también su esposa, igualmente en Buenos Aires, abatida por las epidemias de una ciudad en estado de guerra. Quedó solo con su hijo mayor, entonces de nueve o diez años. Solo y falto de recursos, porque el cargo de intenden-

te de ejército que recibió, y la pensión de cien pesos que le enviaba su padre desde Europa, apenas le bastaban para subsistir.

“En 1859 traté durante algunos meses y con grande intimidad a don Santiago Arcos en Buenos Aires —escribió Barros Arana años después—. Lo encontré en situación modesta, pero siempre contento, sin quejarse de nada ni de nadie, y sin solicitar cosa alguna, a pesar que tenía estrecha amistad con Mitre y con Sarmiento, que figuraban en primera línea entre los directores de la situación”.

Pero si Arcos sufría por entonces de abandono y de pobreza, no había perdido su característica más señalada. El viajero irrefrenable que había en él lo arrastró a una nueva aventura, a una huida mejor dicho, al término de la cual, como “público admonitor” característico de su naturaleza extravertida reflexiva, publicó a comienzos de 1860 y en Buenos Aires un folleto que tituló *Cuestión de Indios. La Frontera y los Indios*. El general Paunero, en el prefacio, revela el asombro que le produjo el viaje de Arcos y la índole de su trabajo “al que ha consagrado usted con mucho acierto un estudio tan largo como laborioso y especial, recorriendo en persona la mayor parte del vasto territorio de la República a que su escrito se refiere; precisamente aquellos límites de la Pampa por el norte y por el oeste de que menos nociones se tienen en Buenos Aires”.

Incursión pasmosa ésta del antiguo revolucionario y ahora explorador y soldado. Durante los azares de la guerra, arriesgando seguramente algunas veces la vida entre los indios permanentemente sublevados, sin otra compañía que la de algún gaucho curtido en estos afanes y trotamundos como él, había hecho un recorrido por una zona dilatadísima y desconocida aún por los jefes militares y los prohombres de Buenos Aires. El por qué de este recorrido es característico en él. A poco de la muerte de su esposa y de su hijo menor sintió nuevamente el llamado imperioso de la fuga y del aislamiento que le per-

mitía soportar con más entereza su pena. “Pobre Arcos”, había escrito de él Paunero, y ninguna definición mejor para enjuiciar en cualquiera ocasión al desambientado, al vagabundo cuya desazón sólo la aplacaban las jornadas extenuadoras.

Pero como estaba en su naturaleza dar a conocer en cada oportunidad el fruto de sus experiencias, trasladó al papel las observaciones recogidas en la pampa y las publicó. Proponía en su escrito una acción militar contra los indios “que deprecian las tierras de cristianos”. Fijaba las fuerzas militares que debían emplearse en la acción y un completo y detallado plan de campaña. Trazaba derroteros y fijaba el tiempo que podría durar la expedición hasta Nahuel Huapi, y el número de soldados que deberían resguardar el territorio despojado de indios; y después de decir que “sumas ingentes se han gastado en las fronteras sin resultado alguno”, sostenía que la guerra defensiva nunca pondría a los blancos a cubierto de la invasión.

Pero, cosa igualmente peculiar en él, repetía en este trabajo algo que ya había estampado en su folleto de 1850 relativo a los impuestos: su desconfianza, su certidumbre, mejor dicho, de que sus ideas no fueran escuchadas. “Todo estudio reclama —había escrito entonces citando a John Hershel— una disposición liberal del espíritu para adoptar todo lo que está demostrado, todo lo que es altamente probable, por muy nuevas y extraordinarias que parezcan estas consecuencias”. En su estudio sobre las fronteras y los indios Arcos “está muy lejos de alucinarse con la esperanza de que sus pensamientos se aprovecharán”. Impulsivo ante todo, permanente innovador, estaba cierto, sin embargo, que cuanto propusiera sería amablemente oído, pero desechado.

Pacificada Argentina, el que fuera revolucionario en 1848, comunista en 1853, “ingeniero” en 1855 e intendente militar en 1859, trocó estas actividades por otra tan apacible como productiva. Refiere Sarmiento en sus memorias que Santiago Arcos fue “uno de los nueve primeros pobladores del Cara-

pachay", islote ubicado en el canal del Capitán, en el delta del río Paraná, y Julio César Jobet, por su parte, informa que Arcos dedicó su quinta a la producción de frutas para el abastecimiento de Buenos Aires.

Guiado por otras referencias de autores argentinos, agrega también Jobet que "Arcos en Buenos Aires se demostró como un buen escritor y hábil periodista, y que frecuentaba las salas de redacción de los clubes del Progreso y del Plata; los teatros y las tertulias". Dice también que se relacionó, además de con Mitre y Sarmiento, con Vicente Fidel López y con Lucio V. Mansilla, "quien al evocar las cosas y los hombres del pasado tenía un recuerdo grato para Arcos y en sus *Memorias* lo menciona como uno de sus contertulios".

Es digna de señalarse la preponderante situación que alcanzó Arcos en Argentina, la que contrasta con las persecuciones de que fue víctima en Chile. Es cierto que en la capital del Plata se habían apagado sus rebeldías socializantes, pero también debe hacerse notar que aunque así no hubiera sido, ya en 1840, Juan María Gutiérrez, Miguel Cané, Alberdi, Vicente Fidel López y otros "formaban una orgía de saintsimonianos" en plena dictadura de Rozas, según escribiría más tarde Vicente López y Planes, autor del himno nacional argentino (1). ¡Singular contraste que ofrecían la opresión argentina y la democracia chilena!

DE pronto, no se sabe a punto fijo cuando, pero en todo caso entre 1861 y 1864, el gallego Arcos murió en Europa. Se había ido de este mundo pasados los 70 años y dejando una fortuna cuantiosa.

Santiago Mariano del Carmen se trasladó de inmediato a París. No disfrutaría en adelante atolondradamente de su dinero, pero ya que éste había venido a sus manos sin él solicitarlo y quien lo había acumulado había muerto, ningún reparo de conciencia le impediría ser en adelante rico. Sus ex-

(1) Carlos Ibarguren: Juan Manuel de Rosas.

periencias americanas habían sido numerosas, pero nada concreto había realizado. Rebotante de generosidad y de buenos propósitos cuando emigró a su país natal a los 25 años, persecuciones, sufrimientos y pobreza era su bagaje a la hora de la partida. Sin embargo, a sus amigos argentinos Mitre y Sarmiento les guardaría gratitud, y escribiría de ellos cosas enaltecidas.

Cuando regresó Arcos a Francia después de quince años de ausencia, también su madre había muerto. Quedaban sus hermanos, pero ningún vínculo, aparte del de la sangre, lo ligaba a esta parentela sin relieve y falta de personalidad. Únicamente tenía a su lado a su hijo Santiago. A él y a sus inquietudes políticas dedicaría en adelante sus desvelos. Tenía también en París una amiga de su juventud: Eugenia de Montijo, pero Eugenia se había convertido en emperatriz de los franceses y él odiaba las monarquías.

Pasada la cuarentena, a pesar de su holgura económica, se sintió como un extranjero en París. Todo era distinto a como lo había dejado en 1847. Sus maestros Luis Blanc y Pedro José Proudhon estaban en el destierro. Fourier, "el coloso intelectual del siglo XIX", había muerto mucho antes que él partiera hacia América. Otros amigos socialistas y liberales padecían y morían en Cayena o se habían silenciado bajo la mano dura de Napoleón III.

Así las cosas, una vez instalado en el París de su juventud, se dedicó a escribir. Lo que salió de su pluma después de largos meses de compulsar libros y documentos no fueron manifiestos políticos ni breves elucubraciones apresuradas, sino una historia completa y documentada de Argentina. Su libro *La Plata, étude historique*, lo escribió en francés, fue impreso por Michel Lévy frères en 1865, y estuvo destinado a que los franceses conocieran el pasado y el presente de Argentina y emigraran a ella. En sus 600 páginas el libro abarca el desenvolvimiento de aquel país desde el siglo XV hasta los sucesos de 1861 en los que participó el autor personalmente, y termi-

na en el instante en que Bartolomé Mitre fue elegido presidente de la república.

Refiriéndose a Mitre dice que "no puede compararse a los hombres que lo precedieron. Elevado durante las luchas civiles, luchó con ardor infatigable para asegurar en su país la verdad de las instituciones republicanas; y como publicista ha dado demasiadas pruebas de sus convicciones para que una vez llegado al poder renuncie a ellas". Añade que Mitre había logrado hacer de Argentina "un país de hombres instruidos e íntegros. La inteligencia, en una palabra, ha reconquistado sus derechos".

A Sarmiento tampoco le escatima elogios: "La instrucción pública, que debe ser la primera y más grande preocupación de todo país que aspire a la estabilidad, ha recibido un gran desenvolvimiento bajo la sabia dirección de don Domingo Sarmiento, satisfecho de poner en práctica sus prolongados estudios en Europa y Estados Unidos, los que había profundizado con la intención de dotar algún día a su país de este primordial elemento de orden y de prosperidad".

No obstante la seriedad de su trabajo, diseminó Arcos en el texto las reflexiones tan ingeniosas como mordaces a que nos tiene acostumbrados. Hace destellar en cuanto tiene ocasión su ingenio, y expone sus convicciones en cada oportunidad que encuentra, sin importarle las consecuencias que su espontaneidad pudiera acarrearle en una Francia sometida a la implacable tiranía de Napoleón III. Así, cuando se refiere a la batalla de Monte Caseros en que Rozas fue derrotado, escribió estas líneas tanto más estrepitosas cuanto que fueron publicadas mientras se batía el ejército francés en México: "Los pueblos no pueden soportar veinte años de despotismo: todo se desquicia bajo un régimen embrutecedor; el valor desaparece; la ciencia militar, más que ninguna otra hija de la libertad, perece así bajo la influencia de tan temible azote". Y como si esto no bastara, en pleno período de censura de pren-

sa escribía: "La libertad (de prensa) es una especie de bozal que permite ladrar, pero que impide morder".

Si no el emperador, la emperatriz Eugenia, a la que, a lo mejor, le obsequió Arcos su libro, debió leer con evidente sobresalto, esta reflexión de su amigo de la niñez: "Moreno, Belgrano, Rivadavia, Lavalle, Paz, Varela, Sarmiento, Mitre, a menudo desafortunados, a menudo derrotados, jamás desesperaron de hacer triunfar la buena causa; luchando sin cesar contra el mal (las tiranías del virreinato, de Rozas y Urquiza), que pareció triunfante durante mucho tiempo, salvaron al país mediante la guerra civil; mediante sus luchas incesantes, las que si bien han sido reprochadas a las repúblicas españolas, permitieron implantar el derecho, el que ha hecho que las repúblicas sean en el mundo de Colón una verdad eterna, como son todas las verdades accesibles a la humanidad". Y para no dejar dudas de lo que les correspondía hacer a los franceses en el momento propicio, agregaba: "Nuestra fe en la eficacia de la guerra civil puede parecer una extraña paradoja: sin embargo, comparemos los frutos de una independencia agitada con los de una tiranía pacífica".

"Las generaciones (argentinas) por venir —escribía en las últimas páginas— apenas podrán creer al ver a su país tan próspero, que sus padres han tenido que sostener largas y sangrientas luchas para darles libertad y justicia, únicas bases de la prosperidad y de la estabilidad de los estados".

PERO es en el prefacio donde acumuló Arcos la profusión de ingeniosidades que con tanta facilidad salían de su boca y de su pluma. Véase la forma tan característica en él como expuso sus puntos de vista relacionados con la colonización americana: "En las colonias latinas lo que se pretendía era formar un pueblo de buenas personas. En las colonias sajonas lo que se pretendía formar era un pueblo de buenos ciudadanos.

"Un individuo es una buena persona (*un bon sujet*), si es obediente. En las monarquías absolutas (otra alusión al

régimen napoleónico), la instrucción, la riqueza individual, la actividad moral o material, las aptitudes para aumentar sus bienes y conservar la fortuna adquirida, son cosas puramente secundarias. Todo ello no constituye un agravio ni para la monarquía ni para el individuo; porque, después de todo, el negocio es el negocio. Pero se es tanto mejor una buena persona cuanto más se asemeja uno a un carnero.

“En un estado libre sucede precisamente lo contrario. La instrucción generalizada, los hábitos de trabajo, la capacidad de producir su propio bienestar, de aumentar su riqueza individual y conservarla; una gran moralidad en una palabra, son las condiciones indispensables para la prosperidad y estabilidad del estado. Un país no puede sino ganar si cada uno piensa en sus deberes y en sus derechos y participa en la discusión de los derechos generales. La obediencia carneril es un defecto en un buen ciudadano. En estricta lógica, la educación de una buena persona debe ser lo contrario de la de un buen ciudadano.

“Así se explican las divergencias tan profundas entre los primeros establecimientos que se formaron en las dos Américas. En las colonias españolas se hizo cuanto se estimó necesario para formar buenas personas; en las colonias inglesas todo condujo a formar buenos ciudadanos; y ello sin que deba acusarse a los unos de maquiavelismo ni a exagerar la previsión de los otros”.

Luego, con humorismo y desenfado francamente ateos continuaba el sobrino nieto del obispo Rodríguez Zorrilla: Francia, España y Portugal, que se habían librado de los errores de Calvino y de Lutero, permanecieron en pleno catolicismo. Ahora bien, un buen católico y una buena persona son una misma cosa. A estos y a aquellos les es necesario obedecer, y, sobre todo, no discutir jamás.

“La instrucción en los países católicos, y particularmente en América, se redujo a musitar algunas oraciones y a prepararse para la vida futura. ¡La vida futura! Esta fue la grande,

la única mira, la suprema aspiración, sobre todo para los indios, los que habiendo padecido a menudo el rigor de sus maestros, esperaban ser recompensados en el otro mundo, del cual se les hablaba sin cesar, y en donde encontrarían el olvido y el perdón de todos sus pecados. Nació así entre los colonos y los indios que vivían con ellos una extrema dejación y una resignada indiferencia por el estado de cosas existente. De allí también la enorme importancia del clero en las colonias españolas y la protección que no cesó de prestarle la corona de España, que tuvo en él el primero y más poderoso instrumento para mantener el orden y la obediencia en sus lejanas posesiones”.

Establecidas así las diferencias entre las colonias americanas del norte y del sur, llegaba Arcos a una conclusión: “Si es cierto que las organizaciones humanas son capaces de detener la marcha de la sociedad hacia el progreso, esas organizaciones son bien poca cosa comparadas con los embates del tiempo, los que, sea por los medios pacíficos o por los medios violentos, conducen fatalmente al mundo hacia un estado de cosas mejor”. Para ello, añade, es que escribió su libro: para que se conocieran las causas y la *utilidad* (la subrayadura es de Arcos) de las discordias intestinas en Argentina, las que “fueron el resultado natural de la tutela en que mantuvo al país el sistema colonial”.

Y para que todo quedara dicho, creyó también necesario añadir: “De la misma manera que los primeros navegantes, engañados por un lejano parecido, les dieron los nombres de leones y tigres al inofensivo puma de los Andes y al jaguar de las selvas, así también son llamados conservadores y liberales sus políticos, que se asemejan tanto a los conservadores y liberales europeos como el puma se parece al león y el jaguar al tigre”. Es ésta la única alusión a sus experiencias chilenas que encontramos en *La Plata*, la que hace recordar aquello de “unos se llaman pipiolos y otros pelucones, no se por qué”.

EL mismo año en que Santiago Arcos publicó su historia de Argentina, Napoleón III entregaba al juicio de sus súbditos la primera parte de su Historia de *Julio César*. La obra fue recibida como lo que realmente era: una apología destinada a exaltar los gobiernos despóticos: César, Napoleón I, él; he aquí el disparate escalafón para sostener el cual se había escrito un libro.

Pero el melancólico sobrino del gran corso estaba lejos de ser un émulo de los anteriores. La guerra contra Austria, si bien triunfante, políticamente había sido un fracaso. La de Crimea no había resuelto la llamada cuestión de oriente que se transformaría en los años venideros en el polvorín de Europa. En México se prolongaba una acción bélica tanto más descabellada cuanto que toda Francia sabía que tras los aparatosos pretextos, lo que se defendió en un comienzo al otro lado del Atlántico fueron los intereses del banquero suizo Jecker, compinche del duque de Morny, hermano ilegítimo del emperador.

Si Napoleón III no veía bambolear su trono era más que nada por la opresión en que mantenía a Francia y por el antagonismo que dividía a los partidos. Monarquistas orleanistas y borbónicos disputaban entre sí, y entre los liberales había quienes colaboraban con el imperio so pretexto de convertirla en una monarquía parlamentaria. Pero mientras el régimen iba bien que mal desenvolviéndose, Bismarck se preocupaba de la unidad de Alemania y Moltke, con sus ojos de ave de rapiña fijos en el Rhin, preparaba sus ejércitos, cuyos cañones Krupp de tiro rápido estaban destinados a cambiar el mapa de Europa.

Entretanto la corte especulaba y se divertía. Igual que en las épocas de Carlos X y Luis Felipe, la bolsa seguía siendo fuente de rápidos enriquecimientos e incesante foco de corrupción. Los personajes más influyentes, Morny el primero, se dejaban sobornar con enormes sumas para que prestaran sus nombres a empresas que, a la postre, se transformaban en

estafas gigantescas que arruinaban a los crédulos, pero que a sus organizadores les producían millones.

Sin embargo, las glorias del primer imperio seguían dándole prestigio a este pálido remedo del anterior, sino con hechos, con los coruscantes nombres que habíanse sacado del olvido. Jerónimo Bonaparte, el único hermano sobreviviente de Napoleón I, le servía a su sobrino emperador de enlace entre un pasado esplendoroso y el presente. El hijo de Jerónimo, Napoleón, impresionaba por su semejanza física con Napoleón I. Estefanía Beauharnais, hija de Josefina y gran duquesa de Baden, contribuía a crear una aureola romántica en torno al trono. Hijos y nietos de los mariscales que se batieron en Wagram, en Jena y Auterlitz, ocupaban cargos de primera fila y esto le bastaba al pueblo, especialmente al de las provincias, para hacerse la ilusión de que este imperio tenía el lustre y la grandeza del anterior. Un hijo de Joaquín Murat fue hecho senador. La princesa de Essling y la condesa de Montebello, nueras de Masséna y Lannes, eran damas de honor de la emperatriz.

Y en segundo y tercer rango, descendientes de oficiales subalternos del primer Bonaparte también habían llegado a la corte. Uno de ellos era Domingo o Francisco Javier Arcos Arlegui, ignórase exactamente cual, el que habiendo nacido en el lejano Santiago de Chile había sido honrado con un empleo por ser hijo de Antonio Arcos, soldado francés que luchó contra su España natal.

Si Napoleón III era hombre retraído y más aficionado al estudio y a las faldas que a la ostentación, su esposa, Eugenia de Guzmán Portocarrero y Palafox, condesa de Montijo y emperatriz de los franceses, era la encargada de darle animación y alegría a la corte. Una vez que se resignó a los devaneos amorosos de su consorte imperial, formó un círculo en que formaban personas tan brillantes como ilustradas. Contaban en primer término Próspero Merimée y Sthendal, viejos amigos de la madre de Eugenia, el retrato de la cual había pintado Go-

ya. Frecuentaban los salones de la emperatriz Alejandro Dumas hijo, Octavio Feuillet, Emilio de Girardin, Teófilo Gautier, el delicado Pablo de Musset, Sainte-Beuve, Berlioz, Gounod y Giuseppe Verdi, cuyas arias apasionadas y románticas deleitaban a Eugenia y sus invitados.

No había solamente exhibición de talentos, ingenio y música en estas soirees donde el lujo y el boato formaban el marco adecuado a su brillantez. Leverrier proyectaba por medio de una linterna mágica fotografías de la luna, o se oía disertar a Pasteur acerca de la teoría de los infusorios. Había otras veces representaciones teatrales en las cuales participaba el príncipe heredero, hijo único de la pareja imperial, y cuya vida, supremo sarcasmo, habría de ser sacrificada bajo las flechas de los zulúes.

Luego venía el cambio de impresiones, el fuego amable de las ideas, las deleitosas *causeries* de las que la emperatriz, hermosa y brillante, era naturalmente el centro. Y fue en una de tales veladas en las cuales Santiago Arcos, tras de divertir seguramente a los presentes con su chispeante charla, dio la respuesta genial.

“Hemos oído recordar —escribiría años más tarde Augusto Orrego Luco— que encontrándose Santiago Arcos en los salones del segundo imperio, le dijo sonriendo la emperatriz Eugenia, con esa sonrisa que da la familiaridad de antiguas y estrechas relaciones:

—“Santiago, ¿todavía eres republicano?”

—“Señora, todavía no he subido —fue la insolente y acera da réplica de Arcos, que por mucho tiempo se repitió en voz baja en las Tullerías”.

El flamante hombre adinerado que había llegado a ser el antiguo revolucionario santiaguino no estaba, como se ve, satisfecho en el ambiente tan favorable de París y de la corte. Seguía siendo ingenioso y burlón, pero no escatimaba ya las réplicas fogosas según se advierte por su respuesta dada entre

centenares de atónitos cortesanos a la emperatriz. Algo le faltaba para que pudiera sentirse satisfecho, y ello era el ambiente de libertad por el cual había luchado en la América española. Tenía a su hijo, al que “amaba con inquieto y entrañable afecto”, según comprobara años más tarde Vicuña Mackenna, pero eso no le era suficiente, y el cerco de hierro del despotismo le sublevaba los nervios. Cumplidos ya los 47 años, el dinero podría haber hecho de él un *bon bourgeois*, pero eso, a su juicio, era lo peor que podía ocurrirle.

Así las cosas, en los últimos días de septiembre de 1868 llegaron a París noticias de España que reavivaron en el empedernido republicano sus ansias de actividad política. Isabel II había sido depuesta y un gobierno que parecía ser progresista anunciaba el sufragio universal y la convocatoria a elecciones generales.

Vivían por aquel tiempo en París algunos miembros de una cofradía que nunca ha faltado en España: la de los exilados, con los cuales convivió Arcos cuando estos se vieron precisados a huir de su patria después del fracasado motín del 22 de junio de 1866. Formaban parte de este grupo, entre otros, Francisco Pi y Margall, Emilio Castelar, Roque Barcia, José María de Orense, Mateo Práxedes Sagasta, Carlos Rubio y Cristino Martos, republicanos todos, y, con las excepciones de Castelar y Sagasta, socialistas.

Durante su exilio, Pi y Margall había traducido al castellano el *Principio Federativo* de Proudhon, y hay que pensar que Arcos, siempre dispuesto a entregarse a la causa republicana, cooperó en lo que fuese menester junto a Pi y Margall, ya como cooperador en la traducción o en la mera obtención de copias del escrito.

La caída de Isabel llevó también a Pi y Margall a redactar un manifiesto destinado a los progresistas españoles, el que, en octubre, estaba listo para ser llevado a España. Fue su mismo autor el que se encargó de esta tarea, quien partió de re-

torno a su patria junto a los demás desterrados que compartían sus ideas. Arcos, por cierto, fue de la partida. ¡Cómo iba a privarse de una nueva aventura política, mayormente si ésta iba a desarrollarse en la patria de su padre y que él, por propio arraigo (recuérdese que cuando llegó a Chile hablaba con acento andaluz) consideraba como la suya propia! Y no es sino una lógica conclusión del estudio de su carácter suponer que su bolsa, ahora en condiciones de soportar cualquier desembolso, facilitó a los carentes de medios el regreso.

A Madrid partió, pues, el inveterado republicano. Pero a él, lo mismo que a sus compañeros de viaje, les aguardaba una sorpresa. Las elecciones que habrían de conformar las nuevas cortes constituyentes se habían fijado para los días 15 al 18 de enero del 69, pero con la debida anticipación, el gobierno provisional integrado por los generales Serrano y Prim y el duque de la Torre, había preparado de tal manera las cosas que tras el derrocamiento de la dinastía borbónica lo que tenía en vista el triunvirato era proclamar otro rey.

Si alguna duda pudo caberles a los recién llegados ella desapareció cuando en vísperas de las elecciones publicaba la prensa una proclama firmada por los generales y el duque, la que decía así:

“El Gobierno será neutral, pero no excéptico (!); hará que sean profundamente respetadas y libremente expresadas todas las opiniones, pero no puede ni debe ocultar la suya. Cual sea ésta, no ha sido preciso que llegara el momento presente para declararlo en alta voz. Prefiere, como con toda lealtad y en momento solemne lo ha dicho, al dirigir su palabra a la nación primero, y más tarde al pueblo de Madrid, la forma monárquica con todos sus atributos esenciales, y celebrará por consiguiente que salgan victoriosos de las urnas los mantenedores de este principio, y que se establezca una monarquía elegida de aquellos a quienes el pueblo español otorgue sus poderes”.

Entretanto se habían inscrito como candidatos del partido republicano federal todos los integrantes del grupo de París, Santiago Arcos entre ellos. De todas sus iniciativas personales, esta fue la más desatinada. Alejado hacía más de veinte años de España, en posesión de un lenguaje evidentemente marcado de acento americano, sin vínculos políticos de ninguna especie como no fuese el que integraban los desterrados a los cuales acompañaba, y haciendo valer su condición de hijo de español para sostener sus pretensiones, se presentó a la lucha. Era su ocasión, la única, para ingresar en la política y tomar parte efectiva en las contiendas de partidos. Extranjero en su país natal, extranjero en Argentina y Francia, extranjero en España, sólo por conseguir un asiento parlamentario usó el subterfugio de una nacionalidad de adopción no obstante que, y debía saberlo, su padre había sido un español renegado.

De haberlo querido, habría presentado Arcos su candidatura en Andalucía, donde, por lo menos, estaban sus escasos arraigos. Pero los jefes del partido republicano federal dispusieron otra cosa y Santiago Arcos tuvo que inscribirse en Ciudad Real, castellana y manchega. Como única posibilidad contaba con su entusiasmo, el que habría sido explicable en un joven, pero no en quien estaba por cumplir los 47 años.

En un ambiente predispuerto de antemano se llevaron a efecto los comicios, y, como era de esperar, los propósitos de Serrano y Prim se cumplieron. La intervención se dejó sentir mayormente en las regiones que podía abarcar fácilmente el poder central, esto es, las más cercanas a Madrid. Fueron derrotados por lo tanto en la villa y corte Pi y Margall, Figueras, Orense, Castelar y los demás candidatos republicanos. También resultó vencido Arcos en Ciudad Real, la que por encontrarse sólo a treinta leguas de Madrid hizo posible un completo dominio de la lista monárquica. Figueras y Pi y Margall, a pesar de todo, fueron electos en Barcelona y Castelar en Zaragoza. Otros republicanos federales resultaron victoriosos en Cá-

diz, Sevilla, Málaga, Córdoba y otros distritos, todos alejados de Madrid.

Una vez constituidas las nuevas cortes, comenzaron a destacar sus dotes los políticos que más renombre habrían de adquirir en el futuro. No lograron gran notoriedad ni Gaspar Núñez de Arce ni José Echegaray, pero comenzó entonces la carrera fabulosa de Castelar, quien llegó a convertirse en el orador más notable que haya tenido España en todos los tiempos.

Fue contra Pi y Margall que la mayoría monárquica lanzó sus fuegos. Se le tachaba de socialista, y, en efecto, el líder republicano federal había hecho años antes profesión de fe en tal sentido cuando polemizara en la prensa madrileña con Castelar. En aquella ocasión escribió Pi y Margall ardorosos artículos en el diario *La Discusión*, que dirigía, en los que, refiriéndose al problema fundamental de España, había escrito: "¿Ha llegado acaso la propiedad de la tierra a una construcción definitiva? ¿Qué época ha dejado de modificarla conforme a sus ideas? ¿Qué revolución ha dejado de plasmarla a sus pensamientos? Muy ciegos habíamos de estar para decir: no la reformaremos. Reconocemos las cuestiones relativas al trabajo. Somos partidarios de la nueva economía social, somos socialistas". Habían sido éstas, punto por punto, aunque en lenguaje más depurado, las mismas afirmaciones que hiciera Santiago Arcos en su carta-manifiesto de 1853, y que habría sostenido con igual énfasis en las Cortes de Madrid de no haber sido víctima de la intervención electoral y de los factores que ya mencionamos.

Lo que acordaron después las cortes constituyentes fue grotesco: tras de resolverse por la monarquía con la exclusión de los Borbones, le endosaron al gobierno provisional la tarea de buscar un rey en las antecámaras reales de Europa. Ningún príncipe parecía dispuesto a aceptar tal presente hasta que se obtuvo que Amadeo de Saboya, hijo de Víctor Manuel, sacara a Serrano y Prim del atolladero.

Este italiano de buena voluntad, pero que ignoraba hasta el idioma de sus nuevos súbditos, fue sentado por fin en el trono vacante.

SANTIAGO ARCOS permaneció en Madrid. Es cierto que su última oportunidad para intervenir en política acababa de desvanecerse, pero lo que lamentó seguramente no fue tanto su derrota electoral como el ver que España había perdido la oportunidad de darse un gobierno republicano, que él creía el mejor.

Pero su chispeante ingenio no menguaba. Por el contrario, llegó entonces a su mayor grado de agudeza y espiritualidad. Al respecto, véase lo que escribe Julio César Jobet en su obra *Los Precursores del Movimiento Social de Chile*:

"Según cuenta Héctor Pedro Blomberg en una extensa crónica sobre Arcos que le leímos en 1946, éste se encontraba en Madrid cuando recibió una larga carta de su amigo el coronel y después general Lucio V. Mansilla, el que se hallaba en Río Cuarto (Argentina) como jefe de la frontera del sur de Córdoba. En ella le narraba (a Arcos) sus impresiones y aventuras entre los indios ranqueles. A esta carta siguieron muchas otras, todas pintorescas y copiosas y en ella Santiago Arcos leyó por primera vez el que iba a ser uno de los libros clásicos argentinos: *Una Excursión a los Indios Ranqueles*, apresurándose a traducirlo al francés mientras se publicaba en los folletines de *La Tribuna* de Buenos Aires. Esto ocurría en la primavera de 1870. Recibidas las primeras cartas de Mansilla, Arcos se apresuró a contestarle con otras que relataban sus andanzas por la Madre Patria, epístolas llenas de color y gracejo que aquél publicó en el citado diario bajo el título *Sin Rumbo ni propósito* y tuvieron la virtud de deleitar a los innumerables lectores del célebre cotidiano bonaerense. Al remitirlas a su amigo le manifestaba: "Querido Mansilla: tú lo quisiste y aquí tienes las consecuencias. No lo has de lamentar tanto tú, que conoces mi incompetencia literaria, co-

mo los inocentes lectores de *La Tribuna*. A la inversa del precepto cristiano, te devuelvo mal por bien”.

La obra de Mansilla, premiada en el Congreso Internacional Geográfico del año 1875, contiene una deliciosa dedicatoria dirigida a Santiago Arcos, también reproducida por Jobet, la que resume en forma imponderable la existencia múltiple del empedernido trotamundos:

“No sé donde te hallas ni donde te encontrará esta carta y las que le seguirán, si Dios me da vida y salud. Hace bastante tiempo que ignoro tu paradero, que nada sé de ti; y sólo porque el corazón me dice que vives, creo que continúas tu peregrinación por este mundo, y no pierdo la esperanza de comer contigo a la sombra de un viejo y carcomido algarrobo, o entre las pajas al borde de una laguna, o en la costa de un arroyo, un churrasco de guanaco, o de gama, o de yegua, o de gato montés, o una picana de avestruz, boleado por mí, que siempre me ha parecido la más sabrosa. A propósito de avestruz—después de haber recorrido la Europa y la América, después de haber vivido como un marqués en París y como un guaraní en el Paraguay; después de haber comido mazamorra en el Río de la Plata, charquicán en Chile, ostras en Nueva York, macarroni en Nápoles, trufas en el Perigord, chipá en la Asunción—, recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de huevos de aquella ave pampeana en Nagüel Mapo, que quiere decir “lugar de tigre”... Pues, cortando aquí el exordio, te diré, Santiago amigo, que te he ganado de mano. Supongo que no reñirás por esto conmigo, dejándote dominar por un sentimiento de envidia. Ten presente que una vez me dijiste, censurando a tu padre, con quien estabas peleado: “¿Sabes por qué el viejo está mal conmigo? Porque tiene envidia de que yo haya estado en el Paraguay y él no”.

ENTRETANTO en Francia había sido derrocado Napoleón III. La primera guerra relámpago de la historia duró solamente un

mes y Europa, atónita y amedrentada ante la eficacia militar germana, vio la incapacidad inaudita del ejército imperial. El 4 de agosto de 1870 habían sido arrollados los franceses en Wissemburgo. El 6, el cuerpo del ejército de Alsacia sucumbía en Froeschwiller, y el mismo día, en Forbach, los alemanes se adueñaban de Lorena. El 16 ganaban éstos la batalla de Rezonville, el 18 la de Saint Privat y el 30 sorprendía Moltke a Bazaine en Beaumont y deshacía su ejército. Al día siguiente, 1º de septiembre, capitulaba Napoleón en Metz y se derrumbaba su imperio. ¿Recordaría la emperatriz en su agonía lo que había escrito su amigo Santiago Arcos? “Todo se desquicia bajo un régimen embrutecedor; el valor desaparece; la ciencia militar más que ninguna otra hija de la libertad, perece así bajo la influencia de tan temible azote”.

Regresó Arcos a París una vez que hubo terminado la guerra y puéstose fin a ese hecho sangriento que fue la Comuna. Un radicalismo informe en el que participaron republicanos exaltados y moderados a la manera jacobina, socialistas de la escuela de Proudhon, partidarios de Blanqui y elementos que en 1864 habían formado la primera internacional marxista, había reeditado los excesos del Terror. Sitiados por el ejército regular que controlaba Thiers desde Versalles, la impotencia volvió rabiosos y frenéticos a los comunales. Asestaron al arzobispo de París y a los generales Thomas y Lamotte, incendiaron las Tullerías y destruyeron el Hotel de Ville, sucumbiendo luego los exaltados bajo la implacable presión que vino en seguida.

Así había terminado la Comuna, en cuya ideología, según la aguda síntesis de Patte y Morales en su *Introducción a la Historia de Europa*, había algo de “federalismo suizo, un mucho de fantasía proudhoniana y una excesiva dosis de incoherencia”. El suyo había sido “el día de la bohemia revolucionaria dirigida por Blanqui y otros inveterados caudillos del motín callejero”.

Vio Arcos en seguida como, en forma vacilante y única-

mente por el empecinamiento del conde de Chambord, el que a toda reflexión para implantar la monarquía orleanista oponía su empecinamiento para que renaciera la flor de lis, ganaba terreno la república. Pero Santiago Arcos no alcanzó a verla constituida en la forma absoluta que hubiera deseado. En tanto que el duque de la Torre y los generales Serrano y Prim habían excluido del trono de España a los Borbones, un Borbón querían imponer en Francia Thiers y Mac-Mahón que se sucedieron como jefes provisionales del poder ejecutivo. Al morir Arcos en París en 1874, lo que existía en Francia era lo que los realistas llamaban jocosamente "la república sin republicanos".

NÁPOLES en marzo de 1871.

Allí se encontraba Benjamín Vicuña Mackenna en compañía de su esposa, delicada de salud. Terminaba el invierno, pero un clima esplendoroso con excitantes ráfagas vivificadoras anticipaba la primavera. Vicuña, el periodista americano mejor pagado de su tiempo (500 francos por artículo, lo que él llamaba "salario de rey"), disfrutaba de su permanencia en Nápoles con todo el ardor que su vehemencia le otorgaba. "Benjamín, mamá —escribía doña Victoria Subercaseaux el 9 de marzo— ha sacado los pies del plato; no pierde noche de teatro y no se conforma con dejar de ver nada, así que me ha abandonado completamente".

No tanto como para impedir que un día estuviese en condiciones de que fuera su comensal en el hotel aquel que veinte años antes fuera el *ciudadano* Santiago Arcos y el Marat igualitario y comunista. Vicuña lo halló irreconocible. "Viejo, encorvado, con su barba cana que hacía sombra a su sonrisa triste y penosa, sentábase a nuestra mesa en Nápoles el autor de la carta a Francisco Bilbao. Desatentado e incurable, no tenía otro principio fijo que su propio variable descontento".

¿Viejo Arcos? Aún no cumplía los 50 años. Lo que ocu-

ría era que le pesaba la vida, sencillamente. ¿Qué había sido ésta para él? Ni siquiera en su adolescencia había tenido lo que pudiera llamarse un verdadero hogar. Casado más tarde ¡y en secreto!, el ostracismo lo alejó sin consideraciones durante dos años de su esposa y de sus hijos. Luego, en Buenos Aires, había muerto su compañera y ni siquiera tuvo el consuelo de estar junto al lecho de su hijo menor cuando falleció. Amigos, en el sentido estricto de esta palabra, no los había tenido jamás. Toda su vida no había sido otra cosa que un continuo afanarse sin resultado, un preocuparse por cosas e ideas cuyo valor vio perpetuamente desvirtuados. Generoso de espíritu, apasionado por ideas sociales que hablaban de concordia y fraternidad, a causa de ellas sólo había experimentado el rigor en su propia carne. Cuando quiso intervenir en la política de su país natal y de su país de adopción, había sido en el uno perseguido y en el otro rechazado. Nada había resultado según sus deseos, y cuando España y Francia, a las que tanto quería, estuvieron en condiciones de conseguir la libertad según él la imaginaba y deseaba, las rencillas entre los mismos partidarios y la violencia habían malogrado todo intento generoso. Siempre el odio dividiendo a los hombres, perpetuamente el encono dificultando toda posibilidad de entendimiento. Teorías ejemplares de solidaridad humana no habían servido sino para incrementar el rencor y hacer más egoístas a los ricos y más sombríos a los pobres.

De ahí su sonrisa triste y penosa y su barba cana. No por viejo había perdido su jovialidad otrora inigualable, sino por desencanto. Estaba cansado. Exhausto. Y, además, insatisfecho de sí mismo, de su ir y venir incesante, patológico, por la mitad de Europa y por la vastedad de América. En tanto que conocidos suyos como José Victorino Lastarria, como Federico Errázuriz, como Domingo Santa María, como Mitre y Sarmiento, como Pi y Margall, Sagasta y Castelar, como el mismo Vicuña Mackenna, habían dedicado sus vidas a un solo propósito y tesoneramente se entregaban a sus ideales y triunfaban,

él había ido dilapidando los suyos a lo largo de treinta años en los lugares más inverosímiles, llevado por una morbosa e irrefrenable necesidad de desplazarse.

Eso era él, un desplazado. Y como tal se veía aquella tarde en Nápoles, con el mar esplendoroso a sus pies, sin una razón precisa y únicamente para huir de sí mismo. Con secreta envidia y amargura contemplaría al fogoso escritor sentado frente a él, tan seguro de sí, tan deseoso de indagarlo, comprenderlo y relatarlo todo, tan pleno de energía, de goce de vivir, de vitalidad y de optimismo, y cuya pluma incansable, de actividad fabulosa, volcaba sobre el papel a torrentes sus impresiones acerca del mundo que se agitaba a su alrededor y de aquel otro que rescataba, como un taumaturgo, de las sombras del pasado.

UN año más.

Otro.

Luego un tercero. Un médico de París le diagnosticó el mal. Gangrena a la nariz, según Vicuña Mackenna. Gangrena a la garganta en opinión de Barros Arana. ¿O fue cáncer, en realidad, ya que la gangrena con su acción vertiginosa no da tiempo para resoluciones premeditadas? Como quiera, la dolencia era torturante y sin remedio, la que, poco a poco, iba consumiéndole sus últimas fuerzas, su última voluntad de vivir.

Junto a él, solícito y ya posesionado de su arte, su hijo Santiago. Morena la tez, negro el pelo, mediano de estatura, el joven artista era el vivo retrato de su padre. Sin embargo, la fotografía que de él se conserva lo muestra con algo plebeyo en su rostro y en su robustez, que no había heredado precisamente de su progenitor.

Al mozo no le preocupaba la política sino el arte, pero también en esta actividad las luchas de tendencias y de escuelas eran por aquel tiempo tan ardorosas como las políticas. En 1866, y por haber defendido a Manet en *L'Evenement*, Emilio

Zolá había perdido su cargo de redactor. El grupo de Batignolles, como fue llamado el que formaron un tiempo Manet, Monet, Degas, Fantin-Latour, Berta Marisot, Cézanne, Guillaumin, Renoir, Lisley y otros, era atacado implacablemente por los críticos y veía rechazados sus cuadros en los salones oficiales.

Sublevaba a los críticos, y al público, la nueva escuela que ya empezaba a llamarse impresionista. Sus cultores eran zaheridos, menospreciados, hasta insultados. Revolucionarios al fin, pensaría Santiago Arcos *ainée*, formaban, como los revolucionarios políticos, una casta perseguida y maldita. Pero ellos soportaban estoicos la situación y hasta la pobreza, y pintaban incansablemente, estrepitosamente. Sus telas eran detonantes, plenas de color, audaces. Habían excluido los medios tonos, los atenuados contrastes de luz y sombra, y a la luz oponían más luz, y las formas humanas las trataban con tal crueldad que escandalizaba a todos.

También los novelistas y los poetas habían emprendido la nueva ruta audaz. Si Manet fue llamado desorbitado con su *Almuerzo Campestre* exhibido en el Salón de los Rechazados y por su *Olimpia*, Flaubert y Zolá horrorizaron a los pacatos con *Madame Bovary* el primero y con *Teresa Raquin* el segundo.

Fue, sin embargo, Baudelaire en 1858 con sus *Flores del Mal* el que había hecho pensar a los más serenos que el arte se encaminaba por derroteros desconocidos hasta entonces. El poeta había roto todos los moldes de la poesía, todas las convenciones del pensamiento, de la rima, del metro y del lenguaje. Pero si Baudelaire y Verlaine conturbaron los espíritus con sus poemas, Arturo Rimbaud, que a los 19 años publicó "Une saison en enfer", provocó calofríos, estupor, escándalo y asombro no superados por otro artista. "Hombre con las suelas al viento", lo llamó Verlaine, su equívoco amigo, y Hugo, ya viejo, dijo de él que era un "Shakespeare enfant". ¡Desconcertante y arisco inonoclasta que a esa edad y juzgado por sus

colegas como el mejor poeta de su tiempo, arrojó la pluma para vagar por medio mundo y terminar de traficante en Etiopía! Siendo un niño, en Charleroi, su ciudad natal, en una pared y con tiza, había escrito la primera de sus sentencias estremecedoras: "Muera Dios".

Revolucionarios eran también los amigos de Santiago Arcos hijo, y eso satisfacía al padre desfalleciente. Seguía sus trabajos, le alegraban sus precarios éxitos como pintor y dibujante. ¿Frecuentarían por aquellos años el hogar de estos chilenos afrancesados Pissarro el antillano y aquel uruguayo de vida breve y de poesía desconcertante que fue Isidoro Ducasse, al que Remy de Gourmont llamara "genio loco"?

UNA mañana de septiembre de 1874. Un amanecer tal vez. No hacía calor a esa hora, el calor aplastante del verano en París. Pocos viandantes por las calles, obreros los más. Obreros, pensaba el revolucionario excéptico. Hermanos de aquellos otros que murieron el 48 atrincherados en el Hotel de Ville, de los que fueron ametrallados durante la Comuna. Hermanos también, aunque lejanos y desconocidos, de Ambrosio Larracheda, el maestro sombrerero, del zapatero Manuel Lúcares, de Rudecindo Rojas, tan varonil e impulsivo, con los que fundó en Santiago de Chile, ¿cuántos años hacía? la Sociedad de la Igualdad.

Santiago Arcos camina lentamente. Su decaimiento físico no le permite hacerlo de otra manera. Además, para lo que ha pensado hacer, no hay apuro. Arriba, muy alto por encima de su cabeza, el cielo azul y nubes plomizas. ¿El cielo? Nunca ha creído en él como refugio definitivo. Es, piensa, espacio sin límites donde, por un azar, giran hasta el infinito del tiempo los astros.

Lleva, acaso, una carta en el bolsillo. "Que no se culpe a nadie de mi muerte". Va hacia ella como fue siempre a todas partes, voluntariamente, como un viajero empecinado. Es su última excursión, la definitiva. Llega al Sena y allí se detie-

ne. No hay persona alguna a su alrededor. Nunca, por otra parte, las ha habido en torno suyo. Baja las escaleras de piedra y allí, junto al agua, su soledad es mayor. Su hijo. Ya es un hombre y acaso a aquellas horas regresa a casa después de una noche bohemia. Su garganta. ¡Qué dolor atroz! Apoya la pistola en su sien y dispara. Cae. La corriente arrastra su cadáver reciente. Se escuchan gritos, carreras.

Únicamente cuando ha muerto se preocupan verdaderamente de él.

TENÍA 52 años. No se sabe donde fue sepultado.

I N D I C E

<i>Prefacio</i>		7
CAP. I	El año de "temblor grande"	9
CAP. II	Cortes reales y cortes financieras	38
CAP. III	Tiempos de revolución	63
CAP. IV	Lucha social... y familiar	85
CAP. V	La ruta de Martín Rivas	109
CAP. VI	La Sociedad de la Igualdad	134
CAP. VII	El manifiesto de 1852	185
CAP. VIII	"Todavía soy republicano"	236

SANTIAGO ARCOS

por *Gabril Sanhueza*

se terminó de imprimir bajo el sello de
Editorial Del Pacífico S. A., el 16 de
agosto de 1956, en las prensas de la
misma Editorial, San Francisco 116,
Santiago de Chile.

COLECCIÓN
VIDAS

LA PERRICHOLI
Luis Alberto Sánchez

STALIN
Alejandro Vicuña

SANTIAGO ARCOS
(Comunista, Millonario y Calavera)
Gabriel Sanhueza

COLECCIÓN
MUNDO NUEVO

LA REBELION DEL ASIA
Tibor Mende

INDONESIA
Tibor Mende

PAKISTAN
Tibor Mende

BIRMANIA
Tibor Mende

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
Ahumada 57 — Casilla 3126
Santiago de Chile